Crónicas, folletines y otros escritos (1879-1884)

Benigno B. Lugones

Estudio preliminar de Diego Galeano

COLECCIÓN *LOS RAROS*
Biblioteca Nacional



COLECCIÓN LOS RAROS
Biblioteca Nacional

La colección Los raros *se propone interrogar los libros clásicos argentinos que han corrido la suerte de la lenta omisión que trae el tiempo y el olvido de los hombres. Ser clásico es lo contrario que ser raro, es su espejo invertido, su destino dado vuelta. Toda política editorial en el espacio público busca volver lo raro a lo clásico y hacer que lo raro no se pierda ni se abandone en la memoria atenta del presente.*

Crónicas, folletines y otros escritos (1879-1884)

Benigno B. Lugones

Edición crítica y estudio preliminar
de Diego Galeano



COLECCIÓN LOS RAROS Nº 36

Lugones, Benigno
Crónicas, folletines y otros escritos : 1879-1884 / Benigno Lugones ; con prólogo de Diego Galeano. - 1a ed. - Buenos Aires : Biblioteca Nacional, 2011.
472 p. ; 21x13 cm. - (Los raros; 36)

ISBN 978-987-1741-18-2

1. Lugones, Benigno.Colecciones de Escritos. I. Galeano, Diego, prolog. II. Título
CDD 807

COLECCIÓN *LOS RAROS*
Biblioteca Nacional

Dirección: Horacio González
Subdirección: Elsa Barber

Dirección de Cultura: Ezequiel Grimson
Coordinación Editorial: Sebastián Scolnik y Horacio Nieva
Coordinación de la Colección: Cecilia Calandria, Yasmín Fardjoume y Juana Orquin
Producción Editorial: María Rita Fernández, Ignacio Gago y Alejandro Truant
Armado de Interiores: Carlos Fernández
Corrección: Diego Galeano y Juan Pablo Canala

2011, Biblioteca Nacional
Agüero 2502 - C1425EID
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
www.bn.gov.ar

ISBN 978-987-1741-18-2

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

ÍNDICE

Estudio preliminar

Exhumación de una obra inconclusa

por Diego Galeano

–Fundemos un diario, dijo Rodolfo.
–¿Manuscrito?, preguntó Elías.
–¿Por qué?
–No veo otro medio; se trata de buscar dinero y tú sales proponiendo gastos.
–Es que nos reportaría grandes utilidades; tendríamos un porvenir seguro, sería el órgano de nuestras ideas…
–Etcétera; si tenemos imprenta, tenemos dinero, pero necesitamos tener dinero para tener imprenta. Es cuestión de saber cuál fue el primero: si el huevo o la gallina.
–A propósito de huevos y gallinas, dijo el Gran Bohemio: criemos conejos, se multiplican admirablemente.

BELISARIO ARANA, *Juvenilia,1880.*

"Aún hay quien sostenga que se debe escribir solo en los ratos de ocio, como se fuma un cigarro".

ROBERTO PAYRÓ, *Crónicas, 1909.*

"Orgullosamente afirmo que escribir, para mí, constituye un lujo. No dispongo, como otros escritores, de rentas, tiempo o sedantes empleos nacionales. Ganarse la vida escribiendo es penoso y rudo".

ROBERTO ARLT, *Los Lanzallamas, 1931.*

Esta historia, la historia de unos textos dispersos que se convirtieron en libro, podría comenzar en una biblioteca o en un cementerio. De cualquier modo, siempre tendría como escenario al barrio de la Recoleta. Decidí empezar por el cementerio. Entré por el portón principal de la calle Junín y fui directo a la administración a preguntar por la tumba de Benigno Lugones. Me atendió un hombre de fisonomía grave, mirada circunspecta y modales rudos.

–*Quiero averiguar la ubicación de una tumba…*

–*Hay muchas*, me respondió.

–*… de Benigno Lugones.*

– *¿Benigno Baldomero Lugones?*, preguntó, casi corrigiéndome, disimulando muy mal la sorpresa y curiosidad que le provocó escuchar ese nombre.

–*El mismo.*

–*¿Ya viniste antes?*

–*No, es la primera vez.*

–*Pero mirá que ahora el lugar está cerrado. Podés dejarle una florcita y rezar desde afuera.*

De memoria, sin consultar ningún registro, como si tuviera todo el mapa de la necrópolis en su cabeza, me dio unas coordenadas para mí incomprensibles (una cierta galería, un cierto número de nicho). No me ofreció ayuda, pero percibí que seguía mis pasos desde unos metros atrás. Cuando llegué al sector se sentó en un banco, esperó pacientemente que admitiera estar perdido y me acercara a repreguntarle la dirección. Indicó el lugar con el dedo y preguntó si conocía el "Cenotafio de los tres amigos". Observé que se había quedado en un punto desde el que podía mostrarme hacia un lado la tumba y hacia el otro el cenotafio, al que después también fui. Me detuve frente a la galería en la que está el nicho. Es un nicho común, gris y envejecido. Por una ventanita pude leer una placa que decía

“Francisca C. de Dorrego - Adela Dorrego de Lugones - Benigno B. Lugones”. Los libros del cementerio explican que los restos de los tres familiares están en una misma urna y además ofrecen algunos detalles necrológicos:

> *Benigno Baldomero Lugones, 1-3-1885, 27 años, masculino, blanco, soltero, periodista, argentino. Procedencia: París. Fallecido en París, Octubre 27 de 1884. Enfermedad: tuberculosis pulmonar. Inhumado en: Sec. Nicho/No. 167/Sepultura Judic. Reducido el 2/6/1937.*[1]

Si algún vestigio de Lugones sobresale en el Cementerio de la Recoleta, no es exactamente esa tumba discreta y apartada. Es el Cenotafio de los tres amigos. Más tarde supe que un cenotafio es algo así como una tumba vacía, un monumento funerario sin cadáver. Este, en particular, está formado por un basamento sobre el que se apoya una columna en forma triangular. Cada uno de los lados tiene un óvalo de bronce con un rostro en relieve. Las placas explican quiénes son: “Alberto Navarro Viola (1857-1885)”; “Adolfo J. Mitre (falleció 21 de octubre 1884)”; “Benigno B. Lugones / Q.E.P.D. / 13 febrero de 1857 / Falleció en París / 27 de octubre 1884”. Rodeado de hojas de roble y laureles, el retrato de Lugones está acompañado por página del diario *La Nación* también tallada en bronce.

Al mismo hombre le pedí información sobre el Cenotafio y –una vez más arisco y con tono adusto– me envió al Museo de la Ciudad a consultar una revista llamada *Buenos Aires nos cuenta*. La revista da algunas precisiones sobre el monumento. Navarro Viola, Mitre y Lugones

1 Cementerio de la Recoleta, Libros de Inhumaciones, Folio 239, 1885.



Cenotafio de los tres amigos.
Cementerio de la Recoleta (fotografía del autor)

compartieron algo más que una fuerte amistad.Murieron con poco tiempo de diferencia antes de cumplir los treinta años. Adolfo Mitre, último de los seis hijos del fundador de *La Nación*, era el más joven de los tres. Jurista y poeta, falleció a los 25 años, seis días antes que Benigno Lugones muriera en París. Cuando siquiera había pasado un año, el mismo círculo de amistades perdió un colega más. Alberto Navarro Viola murió repentinamente, dejando inconcluso el sexto tomo del *Anuario Bibliográfico de la República Argentina* que creó y dirigía.[2] Tras la muerte de Navarro Viola, las amistades comunes a los tres escritores se reunieron en la casa de Guillermo Udaondo y decidieron levantar aquel Cenotafio.[3]

Este círculo de amistades pertenecía al grupo de intelectuales que en el siglo XX comenzó a ser llamado "generación del 80". A estos hombres de letras, vinculados a los sectores más poderosos de la elite porteña, se les atribuyó una sólida homogeneidad de clase, así como cierta ausencia de personalidades descollantes, en contraste con el protagonismo de Sarmiento, Alberdi o Hernández en la generación romántica.[4] El diario

2 Ese tomo se publicó, igualmente, en forma póstuma, continuado por el hermano de Alberto Navarro Viola. La publicación se inicia con un dossier *in memoriam*, en el que varios colegas se refieren a la muerte de Navarro Viola como la tercera de la trágica ristra iniciada por Adolfo Mitre. Véase: *Anuario Bibliográfico de la República Argentina, Año VI (1884).* Buenos Aires: Imprenta de M. Biedma, 1885, pp. III-XLVII.

3 Véase la revista *Buenos Aires nos* cuenta, No. 13, septiembre de 1987, pp. 83-85.

4 Es conocida la lectura que hizo Tulio Halperin Donghi sobre la "dimensión coral" de la generación del 80 en "1880: un nuevo clima de ideas", *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas.* Buenos Aires: Sudamericana, 1998, p. 242. Para una revisión crítica de los usos de la noción "generación del 80" véase Bruno, Paula. "Lecturas sobre la vida intelectual en la Argentina de entre-siglos", Universidad de San Andrés, Documento de Trabajo No. 49, septiembre de 2009.

La Prensa publicó en 1970 un artículo titulado “La numerosa generación del 80”, donde se incluía a Benigno Lugones en una larga pléyade de escritores. Pero el autor lo hacía bajo la condición de establecer una taxonomía que separaba a los porteños de los provincianos (Fray Mocho, por ejemplo); a los argentinos de los “hijos adoptivos”, nacidos en otros países (el caso emblemático era Paul Groussac); a los consagrados (Miguel Cané, Eduardo Wilde) de los “olvidados”. Y entre estos últimos aparecía Lugones, junto a sus compañeros del Cenotafio y del periodismo de la época, como Carlos Olivera y Martín García Mérou. A los olvidados no había que buscarlos únicamente entre libros viejos, ya poco consultados, sino en ese “escondido tesoro” de los anaqueles de los diarios.[5]

Esta nota reiteraba una idea que Ricardo Rojas había sugerido en la *Historia de la literatura argentina*, cuando hacía referencia a la legión de “escritores olvidados” del último cuarto del siglo XIX: “los hay tan olvidados que es necesario ir a buscar sus obras en las páginas de antiguas revistas, en la hojarasca de copiosas antologías, o en los archivos de una propiedad amistosa”.[6]

Por eso, esta historia podría haber comenzado por una biblioteca. Podría, por ejemplo, haber rodeado al Cementerio de la Recoleta, caminado unas pocas cuadras por la calle Guido y entrado al edificio de la Biblioteca Nacional. Ese camino llevaría a los textos de Benigno Lugones, aunque llegar hasta ellos no sería una tarea tan sencilla. Si subimos

5 Trigo Viera, Manuel. “La numerosa generación del 80”, en *La Prensa,* Buenos Aires, 27 de septiembre de 1970. El énfasis en los periodistas como escritores olvidados tenía que ver con el contexto de publicación de este artículo, en el marco del centenario del diario *La Prensa*, que coincidía con el centenario de *La Nación*, los dos periódicos más importantes del país en ese momento.

6 Rojas, Ricardo. *Historia de la literatura argentina. Cuarta parte: Los Modernos.* Buenos Aires: Losada, 1948, p. 330.

hasta la Sala de Referencias y consultamos los catálogos, no encontraríamos absolutamente nada de su autoría entre los millares de libros y folletos. Tampoco ayudaría ir a la Sala del Tesoro, ni consultar los archivos y colecciones particulares. Sería preciso descender hasta las catacumbas de la hemeroteca y realizar un trabajo de hormigas: revisar la *Revista Literaria*, los *Anales del Círculo Médico Argentino*, consultar los números del diario *La Nación* entre 1879 y 1884, localizar los folletines y artículos publicados con su nombre y con algunos seudónimos. Ese trabajo daría como fruto la compilación de un centenar de textos breves, que listamos al final de este estudio preliminar. Pero antes de entrar en el *corpus*, expliquemos quién fue, y quién llegó a ser hasta donde le permitió la tuberculosis, este tal Benigno Lugones.

Los becarios policiales

En los catálogos de la Biblioteca Nacional no aparece ningún texto de su autoría, pero un libro lleva su nombre como título. Es una separata de la Academia Porteña del Lunfardo, en la que se reproduce el discurso de uno de sus académicos, Miguel Ángel Lafuente, cuando asumió su lugar como miembro titular en 1971. Hacia el final del discurso, el lunfardólogo cuenta que en ese acto solemne entregó a la Academia una caja con documentos biográficos de Benigno Lugones: partidas de nacimiento, bautismo y de casamiento de sus padres, legajo como estudiante de medicina en la Universidad de Buenos Aires, avisos fúnebres en los diarios a propósito de su muerte y una compilación de artículos de su autoría publicados en la prensa.[7]

7 Lafuente, Miguel Ángel. *Benigno Baldomero Lugones*, Separata del Boletín No. 8 de la Academia Porteña del Lunfardo, Buenos Aires, 1971.

Consulté la caja en la biblioteca de la Academia y esos documentos ayudan a reconstruir una biografía sobre la cual los diccionarios de personalidades aportan pocos datos. Ya sabíamos, por las inscripciones en el Cenotafio, que había nacido el 13 de febrero de 1857. La partida de bautismo aclara que el nacimiento fue en la ciudad de Buenos Aires y que era "hijo legítimo" de Baldomero Lugones y Adela Dorrego, ambos porteños. Cuando lo bautizaron aún no estaban casados, ella tenía 30 años y él 38. Vivían sobre la calle Paraná, cerca de la Basílica Nuestra Señora de la Piedad, donde Benigno fue bautizado.[8] Lugones y Dorrego tenían un linaje familiar criollo con antepasados americanos que se remontan hasta los primeros años de la colonia, muchos de ellos militares. El padre era coronel del ejército y combatió en las batallas de Caseros, Pavón y en la Guerra del Paraguay, aunque su semblanza castrense indica que varias veces tuvo que pedir baja por problemas de salud.[9] En el legajo de los archivos del ejército aparece un pedido de internación firmado por su esposa, en el que argumenta que padecía de *delírium trémens*, es decir, síndrome de abstinencia de un alcohólico. Por esa causa fue a parar, en 1868, al Hospital Militar, y más tarde fue dado de baja por indisciplinas.[10]

Este ejemplar tiene una dedicatoria del autor al poeta César Tiempo (también miembro de la Academia Porteña del Lunfardo), cuya biblioteca y archivo personal se conservan entre las Colecciones Particulares de la Biblioteca Nacional.

8 Academia Porteña del Lunfardo (en adelante APL), Carpeta Benigno Lugones, Partida de Bautismo.

9 Véase "Teniente Coronel Baldomero Lugones" en Yaben, Jacinto. *Biografías argentinas y sudamericanas.* Buenos Aires: Metrópolis, 1938, pp. 520-523.

10 APL, Carpeta Benigno Lugones, Legajo personal 7189 existente en el Archivo del Ejército.

La madre tenía un parentesco con el patriciado porteño, era sobrina de Manuel Dorrego.[11] Sin embargo, la bibliografía sobre Benigno Lugones insiste en marcar que la difícil situación financiera de su familia lo llevó a abandonar la carrea de medicina y a ingresar a la Policía de Buenos Aires para tener un salario fijo.[12] Es posible que este dato sea una interpretación de los principales testimonios que sobre él han dejado sus colegas. Me refiero en particular a un pasaje del libro *En la brecha* (1887), donde Carlos Olivera sostiene que Lugones provenía de una "humildísima cuna" y que "economizaba sobre el hambre y la sed para tener libros"; y a otra referencia que hace Martín García Mérou en sus *Recuerdos literarios* (1891): "estudiaba con provecho medicina, cuando las necesidades de la vida le obligaron a entregarse al trabajo rudo y sin compensación del periodista".[13] Ninguno de los dos vincula su alejamiento de la carrera de medicina con el ingreso a la policía, pero coinciden en recordar la existencia de problemas financieros en su familia. García Mérou añade, a propósito de su posterior expulsión de la policía, que Lugones "se encontró en la calle de la noche a la mañana", porque debía mantener "a una vieja madre y a

11 En un aviso fúnebre publicado por *La Nación* cuando Adela Dorrego muere, en abril de 1910, se la despide como una "descendiente de un hogar patricio" y como "anciana matrona que perteneció a la antigua sociedad porteña". APL, Carpeta Benigno Lugones, noticias en los diarios por el fallecimiento de sus padres.

12 Véase, por ejemplo, la entrada "Lugones, Benigno B." en Udaondo, Enrique. *Diccionario biográfico argentino.* Buenos Aires: Imprenta Coni, 1938, p. 610. El mismo dato se repite en Lafuente, Miguel Ángel. *Benigno Baldomero Lugones…* Op. Cit., p. 11., y en otros textos que mencionaremos más adelante.

13 Olivera, Carlos. *En la brecha, 1880-1886.* Buenos Aires: F. Lajouane, 1887, pp. 294-295; y García Mérou, Martín. *Recuerdos literarios.* Buenos Aires: La Cultura Popular, 1937, p. 163.

una hermana".[14] Sobre el padre, que todavía vivía, ni una palabra se menciona.[15]

Su legajo en la Universidad de Buenos Aires despeja algunas dudas. El 19 de febrero de 1874, con 17 años recién cumplidos, firma una carta dirigida al decano de la Facultad de Medicina, solicitando la incorporación luego de haber concluido los "estudios preparatorios". Además, allí se menciona que había estudiado en el Colegio Nacional. A ese documento siguen otras cartas –por cierto, los únicos papeles manuscritos de Benigno Lugones a los que tuve acceso– en las que pide permiso para rendir varios exámenes en condición de "estudiante libre". El mismo pedido se repite para las materias de Anatomía Descriptiva, Histología, Historia Natural, Fisiología, Patología General, etc. A Lugones le tocó entrar a la Facultad de Medicina en una coyuntura bastante particular, ya que 1874 fue el año en que se reintegró la carrera a la Universidad de Buenos Aires, luego de la separación decidida tras la caída de Rosas. Era un momento de reorganización de los planes de estudio, pero además existía un conflicto de fondo por el control del ingreso a la facultad, que era a su vez un control de los que ingresaban al campo del ejercicio legal de la medicina. Un grupo de estudiantes, entre los cuales gravitaba José M. Ramos Mejía, había creado en esos años el Círculo Médico Argentino para disputar

14 Ídem, p. 164.

15 Existe un vacío en los testimonios sobre el padre, quien probablemente se haya alejado de la familia en la década de 1870. Por las biografías y el acta de defunción, sabemos que pasó a retiro en 1895 y que falleció en Buenos Aires en 1906. El aviso fúnebre que la familia de Benigno Lugones publicó en *La Nación* para invitar a la ceremonia de entierro, cuando el cuerpo fue repatriado desde París, solamente fue firmado por la madre, por la hermana y por un tío. No hay tampoco indicios de que el padre haya asistido al entierro. APL, Carpeta Benigno Lugones, Acta de defunción de Baldomero Lugones y Aviso fúnebre publicado en *La Nación* el 28 de febrero de 1885.

por una mayor apertura, renovar los sistemas de enseñanza y de exámenes.[16]

Una nueva carta, fechada en julio de 1877, se refiere por primera vez a una "expulsión" de la Facultad, sucedida dos años antes. Lugones ya estaba trabajando en la policía y pedía que le dejaran rendir los exámenes en forma libre. En la respuesta parece quedar claro el motivo de la expulsión: se habían suspendido los exámenes libres porque los miembros de la mesa examinadora estaban "recargados de trabajo" y supuestamente no podían reunirse. Al pie de esa correspondencia, se lee una anotación en grafía diferente que dice "conceder el examen en marzo próximo". La última carta es precisamente de marzo de 1878, cuando Lugones ruega que lo consideren "suficientemente castigado con la expulsión que ha sufrido durante tanto tiempo" y que le otorgaran la matrícula de tercer año, algo que al parecer nunca sucedió.[17] Es muy probable que detrás de esa exclusión y del reclamo de Lugones, exista algo de hostilidad de las autoridades hacia el estudiante, producto de su participación en el Círculo Médico Argentino y en el Centro de Estudiantes de Medicina.

Pero lo cierto es que, como se advierte en el legajo, no se trató de un alejamiento de la carrera de medicina *para* ingresar a la policía, como sostienen algunos críticos, sino un conflicto con las autoridades de la facultad, tal vez agra-

16 Véase sobre la Facultad de Medicina: Buchbinder, Pablo. *Historia de las universidades argentinas.* Buenos Aires: Sudamericana, 2005, pp. 51-54; y sobre la creación del Círculo Médico Argentino: González Leandri, Ricardo. "José M. Ramos Mejía. Médico, intelectual y funcionario de Estado (1870-1900)", en A. Álvarez y A. Carbonetti (eds.). *Saberes y prácticas médicas en la Argentina: un recorrido por historias de vida.* Mar del Plata: UEDEM, 2008, pp. 98-105.

17 APL, Carpeta Benigno Lugones, Legajo No. 369 de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, varios papeles manuscritos.

vado por la dificultad de conciliar sus ocupaciones con la vida universitaria. Sin embargo, el poeta Carlos Olivera, compañero de Lugones en la policía, recordaba más tarde ese trabajo como si hubiera sido para muchos una especie de "beca".[18] Varios escritores y periodistas trabajaban en el Departamento de Policía: Olivera y Lugones eran compañeros de Pedro Bourel (redactor de *La Prensa*, luego director de la *Revista Criminal* y *La Ilustración Argentina*), de Osvaldo Saavedra (cronista policial de *El Nacional*, novelista y dramaturgo) y del poeta Eduardo Sáenz.[19] Esta "mísera oficina" del Departamento de Policía a la que se refiere el escritor era la burocracia que rodeaba a las mesas de redacción, extracto y copiado de la jefatura de policía.[20] "Oficina con más empleados que necesidades", cuya rutina Olivera describe así:

> *Después de breves momentos de conversación, cada cual se absorbía en sus libros. De cuando en cuando, algún trabajo insignificante de la oficina obligaba a abandonar los textos, o los cálculos, o los dibujos, y a veces, hasta los huesos o los trozos de cadáver, extraídos del hospital para estudiarlos en privado.*[21]

18 Olivera, Carlos. "Eduardo Sáenz", en *Medallas.* La Plata: Talleres Gráficos de Joaquín Sesé, 1909, pp. 213-219.

19 Bourel y Saavedra habían sido, además, redactores de la primera revista policial (1871-1872). Sobre eso véase: Galeano, Diego. *Escritores, detectives y archivistas. La cultura policial en Buenos Aires, 1821-1910.* Buenos Aires: Biblioteca Nacional/Teseo, 2009, pp. 61-78.

20 Ídem, p. 213 y Olivera, Carlos. *En la brecha, 1880-1886.* Op. Cit. p. 295.

21 Olivera, Carlos. *Medallas.* Op. Cit., p. 214. En otra parte de este libro, Olivera comenta también cuando acompañaba a Lugones al hospital a buscar "brazos, piernas y cabezas de cadáveres" que disecaban en su casa, "en mi cuarto, que era biblioteca, dormitorio, templo de arte, taller de traducciones y composiciones". Ídem, p. 75.

Consulté documentación oficial que indica el puesto al que accedió Lugones en esa institución: había ingresado en 1874 como “oficial escribiente” y en 1878 lo ascendieron a “oficial de mesa”.[22] En esa época estaba vigente un Reglamento de Policía que nos describe con bastante precisión la rutina de esas oficinas.[23] En primer lugar hay que aclarar lo que significaba “trabajar en la policía” para Lugones, Olivera, Bourel y compañía. La Policía de Buenos Aires era institución fracturada en dos esferas con relativa autonomía, que frecuentemente entraban en conflicto: por un lado, estaba el jefe que gobernaba desde el Departamento Central, un edificio que en los años 1870 todavía se ubicaba al lado del Cabildo y que fue demolido para abrir la Avenida de Mayo; por el otro, estaban las comisarías seccionales extendidas por todo el territorio de la ciudad. Mientras la figura del comisario tiende a constituirse como una autoridad territorial reguladora de los conflictos en un barrio, el jefe es una autoridad política que dialoga con la justicia, el poder municipal y las distintas burocracias del gobierno nacional y provincial.[24]

Lejos de las comisarías, Lugones no era entonces un policía de calle, no llevaba uniforme, ni portaba armas reglamentarias. Era un engranaje de una suerte de gran máquina de escribir que producía diariamente una importante cantidad de pape-

22 Esta información consta en los legajos de ingresos y egresos (carpeta No. 44) en el Centro de Estudios Históricos Policiales “Comisario Inspector Francisco Romay”, que pertenece a la Policía Federal Argentina.

23 Véase los artículos 24 a 20 del *Reglamento General del Departamento de Policía de la Ciudad de Buenos Aires* (Publicación Oficial). Buenos Aires: Imprenta de La Tribuna, 1868, pp. 20-26.

24 Analicé la figura del comisario de sección usando los textos de un famoso comisario porteño, Laurentino Mejías, que ingresó a la Policía de Buenos Aires en la misma época que Benigno Lugones: Galeano, Diego. “El decano de la policía. Laurentino Mejías y la autoridad del comisario en la ciudad de Buenos Aires”, en *Signos*, Vol. 4, Buenos Aires, 2011.

les: los "oficiales de mesa" se distribuían en tres mostradores (redacción, extractos y copiado), articulados para sostener la circulación de comunicaciones entre la policía y el resto de la administración pública, así como también entre la jefatura y el comisariato. En estas mesas, los escribientes copiaban las notas en forma manuscrita, las pasaban en limpio y las extractaban en libros. Ni sables, ni balas, ni pólvora, ni persecuciones de sospechosos en la ciudad: lo que Lugones hacía en la policía envolvía un conjunto de destrezas letradas que –entre escritorios, papeles, plumas y tinteros– se acercaba mucho más a la rutina que le esperaba en la oficina de redacción del periódico.

Las fuentes permiten datar su ingreso al diario *La Nación* con cierta precisión. Este periódico fue fundado a inicios del año 1870 por Bartolomé Mitre, quien lo dirigió en sus primeros años hasta que fue clausurado en 1874. Cuando reapareció, en marzo del año siguiente, Mitre dejó la conducción en manos de Juan Antonio Ojeda y de su hijo, "Bartolito" Mitre y Vedia. Este último contaba, en el discurso fúnebre pronunciado en el entierro de Benigno Lugones, que alrededor de 1877 se presentó en su oficina "un joven como de veinte años de edad, de estatura mediana y débil contextura, cuyo rostro pequeño y animado iluminaban dos ojos vivísimos".[25] Ese joven le dijo algo que Bartolito reprodujo así:

> *–Señor, no tengo el gusto de haber tratado a usted, ni usted me conoce, mas para el objeto que me trae, juzgo que están demás las presentaciones. Soy Lugones, empleado de policía, y he escrito este artículo que desearía ver publicado en* La Nación. *Si ustedes lo aceptan, tal vez me anime a continuar el trabajo; de lo contrario, no hemos dicho nada.*

25 Discurso fúnebre de Bartolomé Mitre y Vedia, reproducido en *La Nación,* 3 de marzo de 1885.

Mitre y Vedia leyó el manuscrito. Era un artículo "descriptivo de las prácticas, costumbres y dialecto de los ladrones de Buenos Aires". Así fue que Benigno Lugones entró al diario. Pese a los cálculos de Bartolito, esa entrevista debe haber acontecido en 1878 o, como mucho, a inicios de 1879, ya que el texto al que se refiere se publicó en la sección de folletines de *La Nación* el 18 de marzo de 1879 con el título *Los beduinos urbanos*. Es el primer texto publicado en el periódico de Mitre, al menos con su firma, y el capítulo con que abrimos esta compilación.

Un proletario de la tinta

Para ir desde el Departamento de Policía hasta el diario *La Nación* a llevarle a Bartolito su texto sobre los lunfardos, Lugones debió haber caminado unos quinientos metros en línea recta. Si trazamos un recorrido hipotético, salió de la casa que la policía ocupaba en la entonces llamada Plaza de la Victoria y fue por la calle Bolívar hacia la izquierda hasta la esquina con Rivadavia, donde estaba una famosa residencia de dos plantas conocida como los Altos de Riglos, en diagonal a la Catedral. Cruzando Rivadavia, la calle Bolívar se convierte en San Martín y por ella debe haber caminado hasta el número 208 (hoy San Martín 336, adonde está el Museo Mitre), el solar en el que vivía Bartolomé Mitre y donde funcionó *La Nación* hasta 1885. Allí trabajó Lugones hasta su muerte.

Sin una familia cuya fortuna le permitiera dedicarse despreocupadamente a las letras, Lugones pasaba a vivir de la escritura como periodista. Corría una década en la que se estaban produciendo cambios fundamentales en el diarismo. La "prensa facciosa", que había dominado la tribuna

pública desde los primeros años del siglo XIX, iba cediendo lugar a la aparición de empresas periodísticas que giraban el timón hacia un mayor grado de autonomía respecto del campo político. Ese pasaje no se dio de la noche a la mañana: mientras nuevos diarios como *La Nación* y *La Prensa* introducían en la redacción el uso del telégrafo y el espacio de los folletines, mientras *La Patria Argentina* comenzaba a tramar articulaciones todavía más cercanas a la moderna industria de la información, las facciones políticas continuaban expresándose a través de sus diarios voceros.[26]

Es verdad que cuando Lugones entró a *La Nación* todavía los diarios circulaban más por suscripciones que por venta callejera, y en sus finanzas aún pesaba más la compra de ejemplares que los avisos publicitarios. Pero ya constituían una significativa opción de retribución económica para los escritores y un espacio de publicación de alcance incomparable con la menuda industria de libros.[27] En este mundo del periodismo modernizado del último cuarto del siglo XIX, emergieron dos caminos diferentes, aunque a menudo podían intercalarse en una misma persona: el "periodista profesional" y el "escritor

26 En la década de 1880 no solo continuaron trenzándose, a través de la prensa, el oficialismo y la oposición, sino que también lo hicieron distintas facciones del propio partido gobernante, como lo muestra la creación de *La Tribuna Nacional* (roquista) y *Sud-América* (juarista). Véase Alonso, Paula. "*La Tribuna Nacional* y *Sud-América*: tensiones ideológicas en la construcción de la Argentina moderna en la década de 1880", en P. Alonso (comp.). *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004, pp. 203-241.

27 Esa industria, sin embargo, comenzaría a despegar en estos años, de la mano de lo que se ha llamado "ampliación del público lector" y la autonomización de la literatura en relación a la política. La producción de libros y folletos se duplicó entre 1879 y 1887, véase: Pastormerlo, Sergio. "1880-1899. El surgimiento de un mercado editorial", en J. L de Diego (ed.). *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1800-2000.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006, pp. 1-28.

profesional”. El primero dedicaba íntegramente su tiempo a la prensa, debía conocer las reglas del oficio y ser dúctil para participar como redactor en distintas secciones, habitualmente en forma anónima. El segundo participaba de la prensa en calidad de autor, firmaba sus trabajos y, en general, tenía mayor autonomía a la hora de elegir los temas.[28]

Aunque Lugones llegó a conquistar el lugar de escritor al interior del diario, dedicó muchas horas a trabajar como redactor anónimo, porque necesitaba escribir para subsistir. Varias veces usó el humor para marcar esa diferencia con sus colegas de la alta sociedad. En un artículo de 1883, por ejemplo, trababa de refutar las “alarmas falsas” que se habían esparcido en el periodismo a raíz de los resultados del censo de Buenos Aires. Entre el poco más de medio millón de habitantes registrados en la provincia, aparecían 131.000 personas “sin profesión determinada”. Mientras la prensa agitaba rápidamente temores y perplejidades sobre un supuesto crecimiento de la vagancia, Lugones intentaba calmar los ánimos explicando la trastienda de la construcción de los datos censales. Aclaraba que las clasificaciones ni siquiera habían permitido a los censistas incluir como profesiones a los jornaleros y peones de estancia, y volvía sobre sí mismo acotando: “el autor de este artículo, que vive de su ocupación de periodista, no tiene profesión determinada”, pero podía ser “el más honrado ciudadano, laborioso y moral, como los peones de estancia de la provincia de Buenos Aires”.[29] Y al recordar a Lugones, García Mérou insistía en

28 Véase Laera, Alejandra. “Cronistas, novelistas: la prensa periódica como espacio de profesionalización en la Argentina (1880-1910), en C. Altamirano (dir.) y J. Myers (ed.). *Historia de los intelectuales en América Latina, Vol. 1.* Buenos Aires: Katz, 2008, pp. 495-522.

29 Lugones, Beningo B. “Alarmas falsas. La vagancia en Buenos Aires”, *La Nación*, 22 de septiembre de 1883.

este tipo de comparaciones: "era la síntesis del periodista", o sea, "el que gana su vida con la pluma en la mano, vendiendo ideas, párrafos e imágenes, como se vende en el mercado zapallo, papas y cebolla".[30]

Por otra parte, Benigno Lugones no se consideraba el único proletario de la tinta entre los escritores porteños. Lo reconocía al referirse a los integrantes de su propio círculo de amigos, muchos de ellos estudiantes del Colegio Nacional que habían formado una cofradía literaria. "Nuestra pequeña sociedad había nacido en el cuarto, ni pobre ni rico, de un poeta romántico –escribía Lugones en alusión a Eduardo Sáenz– que desempeñaba, para ganar el pan de cada día, las honestas funciones de telegrafista de policía".[31] A Belisario Arana lo veía como "un literato de alto mérito, en la actualidad disfrazado de comisario de policía" y a Carlos Monsalve como alguien "que escribe para adquirir gloria y corrige pruebas en la secretaría de una cámara legislativa para ganarse la vida".[32] Lugones ejercía una crítica mordaz, casi pendenciera, que le había valido varios enfrentamientos con otros escritores. Pero hacia Monsalve solo dirigía palabras de elogio: lo consideraba "el más correcto, el más fluido, el más hermosamente americano de todos los que estamos rompiendo el cascarón"; y acaso valorara aún más esos rasgos en un tipo que (como él y a diferencia de los jóvenes patricios que los rodeaban) debía usar sus dotes letrados para sobrevivir.[33]

30 García Mérou, Martín. *Recuerdos literarios.* Op. Cit., p. 118.

31 Lugones, Benigno B. "Noviscum semper", *La Nación*, 21 de abril de 1880.

32 Lugones, Benigno B. "Un autor y un libro", *La Nación*, 21 de julio de 1881.

33 Pese a su juventud, Monsalve ya había sido, según acotaba Lugones, "escribiente de la Sociedad Rural, dependiente de un abastecedor, redac-

Lugones sabía de dónde venía. Ser un proletario de la prensa implicaba una total disposición para pasar de un casillero del diario a otro, y también saber recibir órdenes y cumplirlas. En una nota cuenta que el director del diario le pidió que escribiera un texto sobre los entretelones de la "cocina del diario". Y dice que aceptó sin desearlo, resignado "por aquello de que el que manda, manda y el que obedece, obedece".[34] Al parecer nunca se alejó de esa práctica de escritura por encargo, pese a firmar muy tempranamente algunos textos con su nombre. Cuando Emile Daireaux publicó en un periódico una larga carta por la muerte de Lugones, confesaba que había seguido todo lo que Lugones publicó en *La Nación* como "cronista", pero que desde antes lo conocía como "repórter".[35]

Esa distinción se haría cada vez más clara y frecuente. En oposición al paradigma del *chroniqueur* francés, que mantiene una ligación con el mundo literario, brota el modelo americano del repórter como trabajador de la producción de noticias. Y Daireaux no solo lo consideraba un buen escritor perdido en un diario, sino que también ponderaba esas habilidades propiamente periodísticas: "difería de los que no saben más que corren, escudriñar, y si levantan liebres no cazan ninguna, (…) no espiaba sino lo que valía la pena de ser estudiado, observado, recogido y traducido".[36] Este oficio implicaba,

tor de un diario político, escribiente de policía en dos ocasiones distintas, profesor de matemáticas, tenedor de libros, dependiente de un abogado, etc." Ídem.

34 Lugones, Benigno B. "¿Cuánto da el de Lugones?", *La Nación*, 21 de julio de 1881.

35 Daireaux, Emile. "Benigno B. Lugones", *El Diario,* 11 de diciembre de 1884.

36 Daireaux marcaba, de todos modos, que junto a la figura del repórter, emergía por todos los poros el cronista: "era versado en las letras más de lo que generalmente se es en los gabinetes de redacción", Ídem.

como cualquier otro, la posesión de un conjunto de destrezas. Además de la versatilidad y del olfato para conseguir información, Daireaux elogiaba la maestría para “escribir rápido”.

Rapidez, profusión y capacidad de improvisación eran habilidades que marcaban una diferencia, y que se presentaban como distintas (no necesariamente opuestas) a la erudición del hombre de letras. García Mérou coincidía con Daireaux en atribuirle a Lugones esos atributos y ofrecía esta anécdota como ejemplo:

> *Algunas veces, después de la tarea diaria, hacíamos gimnasia de periodistas escribiendo en compañía de Adolfo Mitre artículos literarios en un cuarto de hora. Se nos daba un tema cualquiera, e inmediatamente de conocerlo, inclinándonos sobre el papel que teníamos preparado, dejábamos volar la pluma y el pensamiento, para desarrollarlo en el menor tiempo posible. A los quince minutos,* stop! *Ni una palabra más, ni una menos: se reunían los fragmentos, se numeraban las carillas y a las cajas.*[37]

Esa experiencia de literatura bajo presión originó al menos tres textos de los cuales Lugones participó, todos en 1880. El primero apareció el 21 de marzo con el título *Las flores* y con una aclaración: “artículo escrito ayer en la redacción de *La Nación* por tres personas distintas”. Aunque no aclara exactamente quiénes, sabemos por García Mérou que él lo escribió junto a Lugones, al igual que *Luz*, publicado el 29 de agosto, aunque en este caso se menciona el nombre de los autores: “artículo escrito ayer en la redacción *de La Nación* con tema obligado y en 20 minutos por los señores Martín García

37 García Mérou, Martín. *Recuerdos literarios.* Op. Cit., p. 165.

Mérou y Benigno B. Lugones". Entre ambos textos apareció otro, *Un ramo de flores*, publicado con el seudónimo "C. E. B. Monsalu" y firmado el 16 de abril "a la 1 a.m." Esas tres iniciales y cada una de las sílabas que componen "Monsalu", corresponden a los nombres y al comienzo de los apellidos de Carlos Monsalve, Eduardo Sáenz, Benigno Lugones.

Por último, el manejo de idiomas y la capacidad de traducción completaban los capitales culturales gravitantes a la hora de posicionarse en el campo periodístico. Y esto seguramente haya incidido también en el rápido ascenso de Lugones en la prensa. Según Daireaux, que pese a haber nacido en Río de Janeiro y vivido buena parte de su vida en Buenos Aires, tenía mucho de francés, Lugones hablaba ese idioma "como rara vez lo he oído hablar a un extranjero". García Mérou agregaba al listado el inglés y el italiano, asegurando que además "traducía correctamente del alemán". [38]

Al parecer, estas habilidades le permitieron no solo trabajar en *La Nación*, sino también colaborar esporádicamente en distintos periódicos y revistas, en forma anónima, usando seudónimos y firmando con su nombre. Uno de ellos fue *La Ilustración Argentina*, de Pedro Bourel, quien –como mencionamos– también había trabajado en la Policía de Buenos Aires.[39] En ese periódico apareció el que parecería ser el

38 Daireaux, Emile. "Benigno B. Lugones", Op. Cit. García Mérou, Martín. *Recuerdos literarios.* Op. Cit., p. 175. En el Colegio Nacional había cursado, según consta en el legajo de la Facultad de Medicina: "tres años de latín, tres de francés, tres de inglés, gramática castellana, tres años de literatura", entre otras materias. APL, Carpeta Benigno Lugones, Legajo No. 369 de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, varios papeles manuscritos. Olivera publicó un texto en el que narra –bajo la forma de un cuento en el que los protagonistas se llaman Benigno y Carlos– ese aprendizaje de idiomas en los tempranos años 70. Olivera, Carlos. "La vida alegre: dos amigos políglotas", *En la brecha, 1880-1886.* Op. Cit., pp. 164-174.

39 Sobre *La Ilustración Argentina* véase Malosetti Costa, Laura. *Los*

único retrato de Benigno Lugones, publicado en versión litografiada tres días después de su muerte.[40]



Retrato de Benigno B. Lugones (1881)
Archivo General de la Nación, Departamento de Documentos Fotográficos, Inv. 95145

primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001. pp. 162-176.

40 "Benigno B. Lugones", en *La Ilustración Argentina*, año IV, No. 30, Buenos Aires, 30 de octubre de 1884, p. 239. La versión de la imagen que aquí reproducimos no es exactamente la litografía que fue publicada en *La Ilustración Argentina*, ya que encontramos una copia fotográfica de mejor calidad en el Archivo General de la Nación. Esta copia parece ser una fotografía realizada sobre el retrato original, porque se nota el marco en forma ovalada en el que estaba inserto. Está pegada sobre un cartón y en el reverso del mismo se informa el origen de la pieza: pertenecía al archivo de imágenes de la revista *Caras y Caretas*. Y, efectivamente, esa fotografía fue reproducida en la revista, véase: *Caras y Caretas,* No. 1666, 6 de septiembre de 1930, p. 167.

En suma, según el relato de Bartolomé Vedia y Mitre, Lugones ingresó a *La Nación* en calidad de escritor y autor. Pero otros testimonios dan cuenta de su trabajo como obrero del periodismo. En ese sentido estaba lejos de la situación de otros miembros de ese nutrido panteón de la generación del 80, en el cual algunos memorialistas llegaron a incluirlo. Tal era el caso de sus acompañantes en el Cenotafio del distinguido Cementerio de la Recoleta, que Lugones todavía comparte con el hijo de Bartolomé Mitre y el secretario personal del presidente Roca. En contraste, su familia no era dueña de un diario, ni tenía estrechas relaciones en el gobierno; tampoco había conseguido título universitario y necesitaba dinero para sustentar a la madre y a la hermana. Sin embargo, al igual que Belisario Arana y Carlos Monsalve, consiguió convertirse en un escritor profesional, sin ser de la partida de los *gentleman* que escribían en ratos de ocio. Para lograrlo, la prensa periódica devino un espacio inevitable, y el trabajo paralelo como repórter también. Ese nuevo modelo de escritor, que se consolidaría en el novecientos con autores como Roberto Payró, tuvo claramente sus inicios en esta generación anterior de cronistas.

El primer lunfardista

El 18 de marzo de 1879 el nombre de Benigno Lugones aparecía impreso en dos sectores de la primera página de *La Nación.* En la sección "noticias del día", la dirección del diario incluía una advertencia:

> *Llamamos muy especialmente la atención de nuestros lectores hacia el artículo del joven Benigno B. Lugones, que va en el folletín. Es el primero de una*

> *serie que con el título general de* BOCETOS POLICIALES, *se propone escribir el inteligente joven Lugones, y que no dudamos serán leídos con sumo interés, pues a lo bien escritos, de lo cual responde el primero, reúnen lo útil y ameno. A nadie puede estarle de más el saber a qué atenerse respecto a los manejos de los discípulos de Caco, a fin de estar en guardia contra ellos.*[41]

La primera página de *La Nación* tenía ocho columnas, cortadas en forma horizontal por una línea que dividía la sección del folletín. Ahí aparecía nuevamente Lugones con *Los beduinos urbanos*. ¿Qué significaba, en el último cuarto del siglo XIX, para un "joven Lugones", conquistar un lugar en el folletín? ¿Qué era exactamente el folletín en el campo de la industria periodística?

El diario francés *Le Journal des débats* había inaugurado una sección dedicada a temas culturales y entretenimientos que llamó *feuilleton*, palabra que designa a una página, a la hoja material de un libro. Pero la aparición de los folletines propiamente dichos se debe a *La Presse*, un periódico creado en 1836 que redujo a la mitad el precio del abono anual, multiplicó los suscriptores y diversificó las estrategias publicitarias. La novela folletinesca se basaba en la entrega de capítulos en serie, la repetición de contenidos para retomar el hilo argumental y el uso del suspenso, a través del "continuará". Esos novelistas, cuyos íconos fueron Balzac, Sue y Dumas, disfrutaron de una popularidad construida durante el primer ciclo en la vida del folletín, que termina con la interdicción de Napoleón III en 1851. El emperador prohibió la producción folletinesca, aunque eso no implicó su completa desaparición, como testimonia la serie *Rocambole*

41 "Bocetos Policiales", *La Nación*, 18 de enero de 1879.

de Ponson du Terrail. Ya en la década de 1870 se inicia un tercer ciclo que atraviesa toda la *Belle Époque* y alcanza un enorme éxito de la mano de las ficciones naturalistas.[42]

En ligazón cultural con Francia, el folletín tuvo una amplia difusión en América Latina, no solo por las numerosas traducciones de los autores franceses. Recordemos que en 1845 Sarmiento publicó el *Facundo* por entregas en el diario *El Progreso* de Santiago de Chile. También fue el espacio que albergó *Amalia* de José Mármol, en Montevideo, y *Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla, en el periódico *La Tribuna* de Buenos Aires. En la prensa porteña, fue Eduardo Gutiérrez quien mejor supo aprovechar el folletín como plataforma para la producción literaria, con sus casi treinta novelas originalmente publicadas entre *La Patria Argentina* y *La Crónica*. Sin embargo, la propia brecha –histórica y poética– que separa a los textos románticos de las novelas populares por entregas, señala que ante todo el folletín era un espacio editorial que ocupaba el pie de la primera página del diario y albergaba géneros muy diversos.

La publicación de *Los beduinos urbanos* muestra esa elasticidad del espacio folletinesco. Era presentada como la primera entrega de una serie titulada "bocetos policiales" que continuó unos días después con *Los caballeros de la industria.*[43] Lugones desarrolla en estos folletines un tema que la crítica ha identificado como un descubrimiento de los llamados "costumbristas del 900": el mundo lunfardo, el universo de los ladrones urbanos. En general, se reconoce a *Memorias de un vigilante* (1897) de Fray Mocho como la obra que inaugura una genealogía de

42 Véase Meyer, Marlyse. *Folhetim: uma história.* São Paulo: Companhia das Letras, 1996, pp. 55-275.

43 Sección Folletín de La Nación: "Los beduinos urbanos (Bocetos policiales)" y "Los caballeros de la industria (Bocetos policiales)", *La Nación*, 18 de enero y 6 de abril de 1879.

relatos sobre los ladrones y estafadores de la ciudad, acaso la primera descripción sistemática de las "especies" –el *pillo*, el *changador de otarios*, el *punguista*, el *escruchante*– que recibían su nombre del vocabulario lunfardo, entonces identificado como una jerga exclusiva de los delincuentes.[44]

Sin embargo, si colocamos a los folletines de Lugones en diálogo con otras publicaciones que aparecieron en la década de 1870 y ofrecieron una lectura sobre los ladrones de la ciudad, tendríamos que repensar ciertas periodizaciones sobre la intersección entre crimen, periodismo y literatura. En ese espacio de cruces, los policías deben ser reconocidos como un actor con voz propia. A comienzos de esta década, un grupo de policías fundaron una revista en la que volcaban sus impresiones sobre la institución a la que pertenecían y sobre la ciudad que veían transfigurarse en una metrópolis cosmopolita, donde se multiplicaban nacionalidades, idiomas y costumbres; ciudad en la que comenzaba a despuntar el anonimato y la aglomeración de multitudes en los espacios públicos. En esa revista se publicaron unos "apuntes curiosos" en los que se describían las biografías de algunos ladrones y rateros conocidos por la policía, ejemplares de "aquella multitud de criminales, que han hecho de esta ciudad y de Montevideo el teatro de sus proezas".[45]

Un año antes de la aparición de los folletines de Lugones, *La Prensa* publicó en la sección "boletín del día" un texto (sin firma de autor) que tituló *El dialecto de los ladrones* y que prometía analizar "una nueva lengua" nacida en las ca-

44 Álvarez, José S. (Fray Mocho). *Memorias de un vigilante*. Buenos Aires: La Cultura Argentina, 1920. La primera edición apareció en 1897 en la editorial Biblioteca del Pueblo con el seudónimo Fabio Carrizo y el título "Misterios de Buenos Aires. Memorias de un vigilante".

45 "Ladrones y rateros. Apuntes curiosos", *La Revista de Policía*, Tomo 1, entrega VIII, Buenos Aires, 15 de diciembre de 1871, pp. 122-124.

lles de la mismísima ciudad de Buenos Aires. Así como *La Nación* indicaba a sus lectores que los textos de Lugones no solo ofrecían diversión sino que además eran útiles para cuidarse de los ladrones, aquí también se les prometía "un gran servicio previniéndoles de un peligro que los amaga en todas partes, así en sus lechos como en el teatro, en el tranvía y en la vereda, en el café y en la iglesia".[46] Los paralelos entre *El dialecto de los ladrones* y los dos folletines que Lugones publicó sobre los lunfardos no se agotan en esta intención pedagógica de "avivar otarios". Además compartían una visión similar del fenómeno lunfardo.

Para el escritor de *La Prensa* los ladrones porteños formaban una *cofradía*, "la más envidiable y eficaz sociedad de socorros mutuos"; mientras que Lugones los considera una "población flotante" de carácter *sui géneris*, como si fuera una especie humana singular, con sus propias reglas, sus propios códigos, su propia ética. En este momento, el lunfardo constituía un lenguaje en la medida en que era el sistema de comunicación, el estilo y la forma de hablar de esa especie de sociedad paralela. "Hablemos un momento el *caló* de los ladrones", proponía Lugones a sus lectores, "sigámoslos en sus maniobras, descubramos la estrategia que les es propia". Y ese *descubrimiento* pasaba precisamente por entender su vocabulario. Si el diario dedicaba sus páginas a explicar el significado de las palabras del lunfardo, era por una hipótesis que el artículo de *La Prensa* explicaba muy claramente: "esta cofradía tiene sus signos y su lengua propia, que permite a los cófrades tra-

46 "El dialecto de los ladrones", *La Prensa*, 6 de julio de 1878. Los lunfardólogos de la Academia consideran a este texto y a los folletines de Benigno Lugones como el primer y segundo vocabulario del lunfardo, respectivamente. Véase: Soler Cañas, Luis. *Antología del lunfardo.* Buenos Aires: Cielosur, 1976.

bar sus planes en público sin ser entendidos".[47]

Lugones dedicaba sus folletines a descubrir el velo de esos planes. No solo a través de la definición de las palabras, traducidas del caló al español, sino también explicando sus artimañas, el *modus operandi* de las pequeñas raterías, de los asaltos en las casas y de las grandes estafas. Se trataba de promover entre los lectores, considerados potenciales víctimas de los lunfardos, la mayor cautela en los movimientos cotidianos, ofreciendo algo así como una guía para vivir en la nueva ciudad. O, mejor dicho, en las nuevas ciudades, porque en estos textos aparecían indicios del carácter rioplatense del mundo lunfardo. Al igual que en los "apuntes curiosos" de la revista policial, Lugones incluía a Montevideo como territorio de acción de los lunfardos. En *Los beduinos urbanos* escribía que los *escruchantes*, los ladrones que asaltaban casas, enviaban "a Montevideo, Rosario, Río de Janeiro y aun a Europa, a vender las alhajas que roban aquí; así como los de aquellos puntos envían las suyas a esta ciudad"; y en *Los caballeros de la industria* aseguraba que los falsificadores de billetes circulaban de una orilla del Río de la Plata a la otra para dar sus golpes.[48]

Los caballeros de la industria fue el título que eligió para el folletín sobre los estafadores.[49] Los había de todo tipo:

47 "El dialecto de los ladrones", Op. Cit. Este aspecto del argot de los ladrones porteños será retomado después por los criminólogos positivistas, en particular por Luis María Drago, quien usará los folletines de Lugones para explicar –Lombroso mediante– la naturaleza de "ese lenguaje a la vez pintoresco y cínico, destinado como lo dicen los mismos criminales, a ocultar sus comunicaciones a los extraños". Drago, Luis M. *Los hombres de presa. Ensayo de antropología criminal*. Buenos Aires: Félix Lajouane, 1888, pp. 65-66.

48 "Los beduinos urbanos (Bocetos policiales)" y "Los caballeros de la industria (Bocetos policiales)", Op. Cit.

49 Al menos desde comienzos del siglo XIX, la expresión "caballero de la industria" se usaba en España para referirse a los estafadores. Véase

falsificadores que defraudaban al fisco imprimiendo sus propios billetes, circuladores de moneda falsa, timadores que engañaban en las casas de juego. Este folletín es quizás una de las primeras crónicas periodísticas sobre lo que más tarde se llamaría "cuento del tío". De hecho, Lugones explicaba con detalle cómo se estafaban inocentes otarios utilizando una máquina que los lunfardos llamaban *guitarra*, práctica que luego se haría conocida como el "cuento del *filo misho*". Era una máquina de fabricación artesanal que simulaba falsificar dinero y que Lugones consideraba "la más solemne, la más grave, la más formal estafa". También documentaba la existencia de otras formas de engaño, como la del billete de lotería premiado, conocida después como el "cuento del *tocomocho*" y que el folletinista registraba aquí como *escracho*; o el *espiante*, un paquete de papeles forrado de tal forma que simulaba ser un montón de dinero. El lector encontrará en este folletín una explicación detallada del modo en que estos cuentos funcionaban.

Es difícil datar el nacimiento de esta forma de estafa de los cuentistas del tío, pero varios testimonios parecen indicar a esta década de 1870 como el momento en que irrumpieron en Buenos Aires. Y si prestamos atención a lo que Lugones decía sobre los *angelitos* –como llamaban los lunfardos a sus víctimas, a los otarios– queda claro que la práctica se vinculaba estrechamente con la presencia masiva de inmigrantes. Esas víctimas "se reclutaban entre las personas venidas de la campaña, de las provincias o del extranjero". Los otarios eran los *recién llegados* a la ciudad, extranjeros y migrantes

Foronda, Valentín de. *Cartas sobre la policía.* Madrid: Imprenta de Cano, 1801, p. 115. A su vez, en uno de los libros menos conocidos de Herman Melville, dedicado justamente a las estafas, el escritor norteamericano se refiere al "*chevalier d'industrie*", usando el francés *chevaliers* para mencionar a los embaucadores. Melville, Herman. *The confidence-man: his masquerade.* London: Longman, 1857, p. 2.

del interior que sumaban más de la mitad de la población de Buenos Aires. En un texto publicado en *Caras y caretas*, Félix Lima refuerza esta hipótesis sobre el nacimiento del cuento del tío, al que considera un "artículo importado" durante la presidencia de Sarmiento.[50]

A través de los folletines sobre los lunfardos, Lugones habla de los cambios urbanos en Buenos Aires. Su generación construyó la imagen de la "gran aldea" para oponer la ciudad anterior a 1880 con esta metrópolis moderna que brotaba al compás de las inmigraciones masivas. Una era la ciudad criolla y patricia en la que casi todos se conocían, comunidad de lazos interpersonales basados en la confianza, en saber quién era el otro, cuál era su pasado, a qué universo social pertenecía. La otra era la ciudad de las multitudes anónimas, amalgama babélica de nacionalidades, idiomas y costumbres diversas. ¿Qué es lo que transmitían los folletines de Lugones sobre la nueva metrópolis? Que no era posible confiar en el otro, en el rostro desconocido y que las apariencias casi siempre engañaban. Tras el sujeto que ayudaba a levantarse a un pasajero caído al piso del tranvía, podía esconderse un astuto *punguista*. Cualquier extranjero que coqueteaba con la hija de alguna familia propietaria, podía ser un *escruchante* que recogía datos para preparar un asalto a la casa. La mujer que se desmayaba en una misa en la iglesia podía ser la *mina* del lunfardo, fingiendo sentirse mal para crear esos tumultos en que los ladrones hacían de la suyas. El periodismo también fomentaba la desconfianza, el miedo al desconocido y a los espacios urbanos frecuentados por las muchedumbres.

Lugones daba cuenta de una ciudad de extraños infectada por el peligro de las simulaciones: sobrevolaba el riesgo de que alguien pudiera incorporar un *habitus* distinguido, cier-

50 Lima, Félix. "El cuento del tío también tiene su historia", *Caras y caretas*, No. 1736, Buenos Aires, 9 de enero de 1932, p. 81.

to aire de alta sociedad, y pasar como una persona rica para conseguir beneficios. Ese miedo aparecía en los numerosos artículos que dedicó a la cuestión del matrimonio, como en *Una historia sencilla*, donde el narrador lamentaba haber perdido una novia en manos de un "pequeño petimetre bastante presuntuoso" que supo engañar a la joven adinerada porque "afectaba aires de diplomático, vestía según el último figurín, tenía una figura bella, rostro hermoso con bigote naciente y un par de chuletas rigurosamente británicas".[51] El desenlace de ese relato, con la joven repleta de hijos perdiendo su fortuna por culpa de quien resultó ser un vicioso jugador, era una parábola de las ansiedades del viejo patriciado porteño frente al fenómeno del anonimato metropolitano.

Los textos sobre los lunfardos tenían entonces una función pedagógica, enseñaban a manejarse en una ciudad donde las costumbres se renovaban tan rápido como las palabras. La apuesta de *La Nación* a la forma narrativa seriada del folletín justificaba una opción por el relato ordenado de la taxonomía del lunfardo. En *Los beduinos urbanos* Lugones explicaba el plan, que consistía en ocuparse primero de los ladrones propiamente dichos y dejar los estafadores para el segundo folletín. Pero en *Los caballeros de la industria* no se promete ningún tema nuevo y, de hecho, la serie de bocetos policiales se interrumpe sin mayores explicaciones.

Bohemia, humo y hojarasca

Pese a la interrupción de los bocetos policiales, Lugones continuó en el espacio del folletín. Al texto sobre los estafadores le siguió un ensayo titulado *Una faz en la vida*

51 Lugones, Benigno B. "Una historia sencilla", *La Nación*, 24 de febrero de 1880.

porteña, donde estudiaba las estadísticas matrimoniales y tocaba una serie de asuntos sobre los cuales volvería una y otra vez. La cuestión conyugal tras el aluvión inmigratorio, las familias erráticas, la red prostibularia, la sexualidad desorganizada de los hombres, la condición de las mujeres, eran preocupaciones que Lugones compartía con las primeras novelas naturalistas de Cambaceres, Podestá, Argerich y Sicardi.[52] El siguiente folletín, *Una carta familiar*, también abordaba estas cuestiones, bajo la forma de una epístola a un amigo que le pedía consejos sobre su matrimonio. Pero al momento de la publicación de esa carta, Lugones ya comenzaba a circular en otras secciones del diario. En ese primer semestre de 1879 aparecieron sus iniciáticos artículos en las secciones Literatura y Variedades de *La Nación*, desde donde también acercaría la lupa a la sexualidad, la infidelidad y las hipocresías de la institución matrimonial.[53]

Y fueron éstos los meses en que comenzó a colaborar en la *Revista Literaria*. El primer número apareció el 8 de junio de 1879 y siguió vendiéndose por suscripción, cada domingo, hasta el número 18. Publicación casi inhallable en las hemerotecas, todas las referencias indican la misma fuente: el Museo Mitre. Allí consulté las dieciocho entregas, encuadernadas en un único volumen de casi trescientas páginas.

52 Lugones, Benigno B. “Una faz en la vida porteña (Ensayo de estadística social)”, *La Nación*, 27 de abril de 1879. Sobre la novela naturalista y las preocupaciones sobre matrimonio, familia y sexualidad véase: Nouzeilles, Gabriela. “Ficciones paranoicas de fin de siglo: naturalismo argentino y policía médica”, *MLN (Hispanic Issue),* Vol. 112, No. 2, 1997, pp. 232-250; y de la misma autora: *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (1880-1910).* Rosario: Beatriz Viterbo, 2000.

53 Véase Lugones, Benigno B. “De puertas adentro”, *La Nación,* 25 de mayo de 1879.

No es difícil adivinar por qué esa colección está en la antigua casa de Bartolomé Mitre, donde funcionó la redacción de *La Nación* en la época en que trabajaba Benigno Lugones: en aquel lugar se realizaron las reuniones nocturnas del Círculo Científico Literario, un grupo de cofrades de la bohemia porteña que pergeñó y sostuvo la revista.[54]

Las actividades del Círculo habían comenzado en 1873 y se extendieron hasta los últimos meses de 1879. En esos años aparecían con frecuencia pequeños avisos en el diario *La Nación*, invitando a eventos culturales organizados por el grupo, reuniones y fiestas en el Teatro Colón, en alguna de las cuales Lugones leyó textos de sus colegas poetas.[55] Las propias páginas de la revista nos informan las intenciones de esta sociedad literaria. La comisión directiva firmó una declaración en la que alentaba a la producción de "literatura nacional" y a la vez lamentaba la indiferencia social que padecían los literatos en el país. La tarea exigía una consagración casi ciega, un "culto decidido" a las letras, culto repleto de sacrificios y privaciones. Los integrantes del Círculo se definían como un grupo de "bohemios", cuya misión consistía en salvar a las letras del triste destino al que parecían

54 El Círculo Científico Literario fue heredero de la *Sociedad de Estímulo Literario*, fundada en 1867 por estudiantes del Colegio Nacional de Buenos Aires. Al igual que su antecesor, las reuniones comenzaron en las propias aulas del colegio, se trasladaron después a la sede del diario *La Nación*, hasta que tuvieron un local propio en la calle Salta, entre Chile e Independencia. En el número 13 de la revista literaria un aviso informaba sobre esta nueva dirección y aclaraba que el lugar abría todas las noches de 7 a 10 pm. Véase "Nuevo local", *Revista Literaria. Órgano del Círculo Científico Literario,* No. 13, Buenos Aires, Domingo 1ro. de septiembre de 1879, p. 208.

55 Véase "Fiesta literaria", *La Nación*, 31 de mayo de 1879. También Lewkowicz, Lidia F. "Sociedad *Círculo Científico Literario*", en *Sociedades literarias argentinas (1864-1900)*. La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación/Universidad Nacional de La Plata, 1967, pp. 47-62.

condenadas en Buenos Aires: terminar "reducidas, en la mayor parte de los casos, a humo y hojarasca".[56]

¿Quiénes eran los misioneros de la literatura que firmaban esta declaración de principios? Entre los principales redactores de la revista había varios poetas, algunos afines al modernismo: Adolfo y Julio Mitre, Alberto Navarro Viola, Eduardo Sáenz, Carlos Mosalve, Martín García Mérou y Carlos Olivera; también diferentes prosistas y "hombres de ciencia": Luis María Drago, José Nicolás Matienzo, Eduardo Holmberg, Rodolfo Rivarola, Belisario Arana y, claro está, Benigno Lugones. Varios de estos nombres integraban en simultáneo una asociación que denominaron la Bohemia o el Cenáculo. Uno de ellos, Belisario Arana, publicó un relato ficcionado sobre la fundación de esta sociedad en la habitación de Eduardo Sáenz.[57] Lugones ratifica esa versión cuando escribe sobre Monsalve: "era uno de los miembros del Cenáculo –la Bohemia argentina, como otros le llaman– fundado en el modesto cuarto de Eduardo Sáenz, sin acto de instalación ni estatutos escritos."[58]

García Mérou contaba que, después de aquellas tertulias inaugurales en la casa de Sáenz, la Bohemia comenzó a reunirse en unos banquetes mensuales en el bar La Bodega y en el Café Filip, entre el 5 y 10 de cada mes, "en la época en que cada uno había tenido tiempo de recibir el fruto de su labor, y no había tenido tiempo de gastarlo todavía".[59] Esta mención del crítico literario no era fortuita ni ornamental. La condición de vivir al día era uno de esos "sacrificios" de

56 "Dos palabras de programa", *Revista Literaria. Órgano del Círculo Científico Literario,* No. 1, Buenos Aires, Domingo 8 de junio de 1879, p. 1.

57 Arana, Belisario J. "Juvenilia", *La Nación*, 1ro. de enero de 1880.

58 Lugones, Benigno B. "Un autor y un libro", *La Nación*, 21 de julio de 1881.

59 GarcíaMérou, Martín. *Recuerdos literarios.* Op. Cit., p. 257.

la vida del escritor que unía varios miembros de la Bohemia y les otorgaba una identidad, marcando distancia con los jóvenes de la alta sociedad ganadera. Eso también se advierte en los testimonios que aparecen en la propia revista. En un cuento Monsalve evocaba "esa vida bohemia, azarosa y pintoresca a la vez, en que la misma incertidumbre de lo que será el día venidero encierra el irresistible encanto de lo desconocido".[60] La afirmación de la bohemia sellaba un reproche contra las restricciones que el mercado imponía a los literatos, condenados a someterse a las rutinas de un empleo público o a la escritura por encargo en la oficina de redacción de un periódico.[61]

La vida bohemia se basaba en un juego de oposiciones: frente a la sociedad materialista invocaba el valor de la amistad, al afán de lucro enfrentaba el amor al arte, y combatía las estructuras vetustas del pasado con juventud y cierta fe en el porvenir. Sin dudas, de todos los que escribieron avivando estos contrastes, fue Benigno Lugones uno de los más provocadores. En un comentario que publicó en la revista sobre el cuento de Monsalve, arremetía directamente contra los ricos terratenientes, responsabilizándolos de la eventual muerte (prematura) de las "letras argentinas". Cuestionaba a los estancieros que llegaban hasta el punto de decirles a los escritores: "en los momentos de reposo, cuando no hay

60 Monsalve, Carlos. "Mi amigo Hermann", *Revista Literaria. Órgano del Círculo Científico Literario,* No. 12, Buenos Aires, Domingo 24 de agosto de 1879, p. 187. Este texto, junto con otros dos de Benigno Lugones publicados en la misma revista, fueron incluidos en la compilación de Marún, Gioconda. *El modernismo argentino incógnito en La Ondina del Plata y Revista literaria, 1875-1880.* Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1993.

61 Este era el tema del cuento de Holmberg: Holmberg, Eduardo L. "El periódico liberal", *Revista Literaria. Órgano del Círculo Científico Literario,* No. 15, Buenos Aires, Domingo 14 de septiembre de 1879, pp. 225-231.

que esquilar, o repuntar, podéis hacer *algunos versitos*".[62] Y en un folletín que dedicó a recordar sus charlas de café con Belisario Arana (a quien llamaba por el seudónimo que usaba en la revista, Elías Bori), subía el tono de la diatriba contra los ricachones de la alta sociedad:

> *¡Ah! ¡Cuántas veces, solo con Elías en medio de una turba estúpida que se embriagaba brutalmente en los cafés, hemos pensado en la fortuna mal distribuida! Muchas, muchísimas veces, han pasado a nuestro lado en Broadway, los orgullosos hijos de la burguesía enriquecida; iban lentamente con la cabeza alta como si el peso de las orejas no debiera hacerla caer. ¡Y ellos, los estúpidos, tenían los bolsillos llenos de oro que podían gastar sin pensar en el mañana, ni en la familia que espera el sueldo del hijo o del esposo! Sentía entonces arder mi sangre en ira contra los que nada han hecho para conseguir lo que poseen.*[63]

Frente a los vicios de burgueses advenedizos, materialistas y haraganes, la literatura solo sería posible bajo la condición de la emergencia de algo nuevo. Y era precisamente novedad lo que los bohemios veían en algunas corrientes estéticas europeas, como el modernismo y el naturalismo, que comenzaron a ser discutidas en las postrimerías de la década de 1870. Olivera recordaba esos entusiasmos como la voluntad de novedad de unos jóvenes "irrespe-

62 Lugones, Benigno B. "Mi amigo Hermann por Carlos Monsalve", *Revista Literaria. Órgano del Círculo Científico Literario,* No. 15, Buenos Aires, Domingo 14 de septiembre de 1879, pp. 232-233.

63 Lugones, Benigno B. "Noviscum Semper", *La Nación*, 21 de abril de 1880.

tuosos contra la tradición y las cosas viejas".[64] Y lo mismo apuntaba Arana, cuando poco después de la disolución del Círculo comenzaba a reconocer las grandes diferencias que existían entre los integrantes de esa sociedad. Solamente los unía el rechazo hacia lo tradicional y lo heredado, hacia "ese viejo decrépito" a quien había que inyectarle "la vivificante savia de las nuevas doctrinas".[65]

Sin embargo, resulta curioso que ya a comienzos del año 1880 Arana y Lugones escribieran sobre el Círculo Científico Literario como si fuera una experiencia remota. Aparentemente no hay documentos que testimonien los motivos de la desaparición de la revista, o la propia disolución de la sociedad que la sostenía. Pero algunos indicios permiten conjeturar razones de índole política. La primera pista la dan las fechas: el último número de la revista sale el 5 de octubre de 1879, precisamente el mes en que Carlos Tejedor comenzó a movilizar a la Guardia Nacional de la Provincia de Buenos Aires, dando inicio a un proceso de militarización que no culminaría hasta el final de la Revolución del 80.[66]

La segunda pista tiene que ver con las posiciones que cada uno de los miembros del Círculo tomaron en relación a los acontecimientos bélicos, ya que había miembros de los dos bandos y no exactamente poco comprometidos con lo que pasaba. Sin ir más lejos, antes de su disolución había sido designada una nueva comisión directiva, presidida por Alberto Navarro Viola, autonomista muy cercano a Roca que termi-

64 Olivera, Carlos. *En la brecha, 1880-1886.* Op. Cit. p. 164.

65 Bori, Elías F. (seudónimo de Belisario Arana). "Juvenilia", *La Nación*, 1ro. de enero de 1880. El texto se reprodujo en un folleto de 22 páginas publicado ese mismo año por la editorial *El Economista*.

66 Véase Sábato, Hilda. *Buenos Aires en armas. La Revolución de 1880.* Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.

nó siendo su secretario personal. Mientras tanto, Julio Mitre asumió como vicepresidente y Adolfo Mitre como vocal. En una ciudad políticamente escindida, los Mitre formaron inicialmente parte de las fuerzas de la provincia, movilizadas por el gobernador Tejedor, y luego se atrincheraron en *La Nación*, diario opositor al roquismo.

Desde una posición mucho más cercana a los mitristas que al autonomismo triunfante, Benigno Lugones publicaba en 1882 una reseña sobre las poesías de Navarro Viola. Y no perdía la oportunidad para marcar distancias en el terreno político: "en este punto –decía– me separa de él un abismo y me desagrada, me repugna, me horroriza mirarlo". Este repudio no alcanzaba a su producción poética, pero llegaba a englobar al *Anuario Bibliográfico*. El volumen de ese año se había convertido, según la visión de Lugones, en una "compilación de verdadera propaganda política", contaminada por un Navarro Viola que "envenena de tal manera su pluma con la pasión política, que llega a cometer verdaderas herejías de juicio".[67] Por lo tanto, no sería exagerado suponer que la Revolución del 80 haya significado un quiebre, un punto de inflexión, para los jóvenes del Círculo Científico Literario.

A comienzos de año, cuando ni siquiera se habían iniciado los enfrentamientos armados, Arana y Lugones construían un relato en el que la bohemia parecía algo lejano, cuando en realidad habían pasado tan solo unos meses y la mayor parte de sus integrantes apenas superaba los veinte años. La bohemia era ante todo un gesto literario y una construcción

67 Lugones, Benigno B. "Alberto Navarro Viola", *La Nación*, 5 de marzo de 1882. Y en el texto dedicado a Belisario Arana, escribía sobre esas diferencias presentes ya cuando formaban parte del Círculo: "el radicalismo de nuestras diversas opiniones políticas no era obstáculo a la más sincera amistad". Lugones, Benigno B. "Noviscum Semper", *La Nación*, 21 de abril de 1880.

en la que se fundían sus existencias y sus evocaciones. En tanto lectores de las *Escenas de la vida bohemia* de Henri Murger, que fueron traducidas en los diarios porteños, los integrantes del Círculo trataban de replicar esas circunstancias nocturnas, esos cenáculos y reuniones de café, mientras escribían sobre esa experiencia como viejos hablando acerca de su juventud.[68]

Naturalismo, quiebre y desplazamiento

Los *Recuerdos Literarios* de García Mérou seguían esta línea evocativa de un pasado reciente pero lo suficientemente añejado para la narración.[69] Este crítico escribía que la principal polémica sostenida por los integrantes del Círculo había girado en torno a la cuestión de los clásicos y los románticos. De hecho, el debate quedó registrado en las páginas de la revista, pero no es menos cierto que en aquel segundo semestre de 1879 brotó una nueva disputa entre los detractores y los defensores del naturalismo.

68 Sobre Murger y la bohemia parisina véase Siegel, Jerrold. *Bohemian Paris. Culture, Politics, and the Boundaries of Bourgeois Life, 1830-1930.* New York: Elizabeth Sifton Books, 1986, pp. 31-58. En un artículo en que repasa las diferentes *Juvenilias* publicadas en Buenos Aires como evocaciones de la bohemia porteña, Pagés Larraya dice explícitamente que las escenas pintadas por Murger "se reproducían *mutatis mutandi*" entre los bohemios del Círculo Científico Literario. Véase: Pagés Larraya, Antonio. "*Juvenilia*. Un título y una actitud en nuestra literatura", *La Nación*, 21 de febrero de 1960.

69 Patricio Fontana extiende esta cuestión de la evocación de vivencias cercanas a otros integrantes del Círculo, entre ellos García Mérou: véase Fontana, Patricio. "Es de la boca de un viejo/de ande salen las verdades. Memoria, vejez y usos del pasado", en A. Laera (dir.). *El brote de los géneros.* (Tomo III de la Historia crítica de la literatura argentina, dir. N. Jitrik). Buenos Aires: Emecé, 2010, pp. 80-83.

Benigno Lugones se convirtió en uno de los más fervorosos partidarios del programa naturalista.

El diario *La Nación* fue el espacio central de la polémica, abierta con la publicación de un adelanto de *L'Assommoir* (*La taberna*) de Émile Zola, o más bien por los regueros de su lectura, por las encendidas críticas que llevaron hasta la suspensión de la siguiente entrega.[70] La bibliografía que estudió esta primera penetración del naturalismo en la Argentina dató con cierta precisión la polémica y además explicó los argumentos esgrimidos de cada lado.[71] Los detractores criticaban el uso de "jerga grotesca" y el exhibicionismo de los vicios populares, acusaban a la estética naturalista de "mal gusto", "pornografía", "degradación de la literatura" y "prostitución del arte". Esas imputaciones (por cierto, idénticas a las que se desataron en Francia en torno a los propios textos de Zola) fueron respondidas principalmente por Benigno Lugones y Luis Tamini en sucesivas cartas literarias publicadas en *La Nación* a comienzos de 1880.[72]

70 La primera entrega de la traducción de *L'Assommoir* apareció en *La Nación* el 3 de agosto de 1879.

71 Véase, por ejemplo: Frugoni de Fritzsche, Teresita. *El naturalismo en Buenos Aires*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, 1966; Gnutzmann, Rita. "La batalla del naturalismo en Buenos Aires", *AIH, Actas XII,* 1995, pp. 246-253. Laera, Alejandra. "Sin olor a pueblo. La polémica sobre el naturalismo en la literatura argentina", *Revista Iberoamericana*, No. 190, enero-marzo 2000, pp. 139-146.

72 Tanto la *Carta literaria* de Lugones como la serie de textos publicados por Tamini fueron reproducidos en la compilación Frugoni de Fritzsche, Teresita. *El naturalismo en Buenos Aires*. Op. Cit., pp. 9-15 y 59-63. Al parecer, en sus viajes a Europa, durante los primeros años de la década de 1880, Lugones conoció a Zola en París. Él mismo se refiere a una conversación con el escritor francés en Lugones, Benigno B. "Periodismo parisién. Una catarata operada", *La Nación*, 19 de agosto de 1884. En tanto Emile Daireaux, uno de sus amigos parisinos, aseguraba que Lugones "era de la intimidad de Zola, Daudet y había sido recibido en la casa de Victor Hugo". Véase: Daireaux, Emile. "Benigno B. Lugones", *El Diario,* 11 de diciembre de 1884.

Sin embargo, la intervención de Lugones en la querella sobre el naturalismo había comenzado antes, y de otro modo, en el último número de la revista del Círculo Científico Literario. Llevaba como título *Una historia verosímil* y el subtítulo *Comentario al Código Penal*. No era el texto programático que publicaría meses después en el diario, sino un cuento en el que elegía otro camino para defender al naturalismo de Zola. Ese camino consistía en replicar el modelo de *L'Assommoir* en Buenos Aires, y con Buenos Aires como escenario de los acontecimientos. El primer gesto de alineamiento con el naturalismo fue el abandono de la primera persona, que Lugones ya había usado en otros textos literarios y utilizaría todavía más como cronista del diario.[73]

El personaje principal de *Una historia verosímil* deambulaba por Buenos Aires hambriento y sin dinero. Desde las primeras páginas, Lugones abunda en descripciones meticulosas, sensaciones corporales, dilemas morales y sentimentalismo. Los contrastes de la ciudad moderna se hacían rápidamente presentes. Había referencias concretas a calles céntricas donde se concentraban los restaurantes más sofisticados y los negocios con vidrieras a la vista. El "pobre diablo" de este cuento de Lugones pasaba una y otra vez por confiterías que exhibían sus manjares a los caminantes. Una exclamación puesta en boca del personaje cuando grita "*!traidoras vidrieras!*" condensaba varios efectos de ese nuevo paisaje urbano, en una ciudad que estimulaba el consumo de quienes podían consumir y exacerbaba los ánimos de los demás. Toda la información callejera parecía traducirse

73 El uso de la primera persona en textos anteriores a *Una historia verosímil* puede constatarse en los folletines sobre el lunfardo y también en: Lugones, Benigno B. "La palabra de Renán", *La Nación*, 14 de mayo de 1879; "De puertas adentro", *La Nación*, 25 de mayo de 1879; o "¿Tiene usted galletitas inglesas?", *La Nación*, 26 de junio de 1879.

en *shocks* sensitivos: “le venían a la boca los más deleitosos sabores”, las sensaciones pasaban al olfato (“aspiraba olores de suculentos platos”), y mientras “la puntada en la boca del estómago le seguía” no podía evitar que en su visión se cruzaran aquellos “sombreros de Fürsen y Lange, muy finos, muy elegantes, muy caros, pero no comestibles”.[74]

El relato se traslada desde esas calles inclementes hasta la Fonda de Don Pablo, adonde lo lleva un amigo que parece invitarlo a comer, aunque al final no tiene dinero para pagar la cuenta. En ese momento se produce un quiebre, cuando el fondero decide llamar a la policía y llega un sargento mulato que los conduce a la comisaría. Lugones toma ahí dos decisiones importantes. Por un lado, al otorgarle voz al sargento, lo hacía hablar en un argot singular, equiparándolo a la forma de expresarse del mozo y del dueño de la fonda, acercando lo que debía ser la voz de la autoridad estatal a una jerga cantinera. Por el otro, ridiculizaba la situación de la comisaría burlándose del propio comisario, a quien hacía pasar por una figura malhumorada, autoritaria y poco versada en el Código Penal.

La lectura de este cuento dejó varias secuelas. En el campo literario, Lugones recibió una dura crítica de Rodolfo Araujo Muñoz, quien junto a Olivera y García Mérou fueron enérgicos detractores de las novelas del Zola. Pero además provocó que lo desplazaran definitivamente de su puesto en el Departamento de Policía. Por distintos motivos, tanto la discusión con Araujo Muñoz como la salida de la policía fueron malinterpretadas por la bibliografía que se ocupó de Benigno Lugones.

Acaso por una confusión procedente de sus primeros exegetas, se le atribuyó su salida de la policía a la publicación

74 Lugones, Benigno B. “Una historia verosímil (Comentario al Código Penal)”, *Revista Literaria. Órgano del Círculo Científico Literario*, Año I, No. 18, Buenos Aires, 5 de octubre de 1879, p. 281.

de los folletines sobre el lunfardo.[75] Una revisión detenida de esos textos dejaría a cualquier lector desconcertado sobre los motivos de la destitución, porque no existía en esos folletines nada que pudiera incomodar a la policía. Al contrario, Lugones destacaba a los "distinguidos funcionarios de policía" y no dudaba en justificar el uso de la fuerza ante el accionar de los ladrones. Sin embargo, además de esa sospecha al nivel de la diégesis, existen otras evidencias fuera de los folletines, más claras en relación al error que significó atribuirles el alejamiento de la policía.

En primer lugar, la documentación oficial de la policía elucida la dimensión cronológica de los acontecimientos: las memorias anuales publicadas por la jefatura divulgaron la salida de Lugones y su reemplazo por otro oficial de mesa.[76] Ese dato aparecía en una nota fechada pocos días después de la aparición de la revista y a siete meses de su debut como folletinista. Eso resulta, en sí mismo, un fuerte indicio, aunque la nota es muy concisa y su contenido insuficiente para conocer la razón del alejamiento, ni siquiera para asegurar que lo echaron. Pero el propio Lugones se encarga de aclararlo en una carta publicada en *La Nación*:

> *En el número 18 de la* Revista Literaria*, que apareció el domingo 15 del corriente mes, publiqué un artículo*

75 Esa versión aparece originalmente en Mérou, Martín. *Recuerdos literarios.* Op. Cit., pp. 163-164, y se replica en otros textos posteriores, por ejemplo: Laplaza, Francisco. *Antecedentes de nuestro periodismo forense hasta la aparición de la Revista Criminal como introducción a la historia del derecho penal argentino*, *Revista Penal y Penitenciaria*, Tomo X, Buenos Aires, 1945, p. 59; y también en Frugoni de Fritzsche, Teresita. "Un precursor del naturalismo: Benigno B. Lugones", ponencia presentada en las *V Jornadas de Historia y Literatura Argentina y Norteamericana*, Córdoba, 1970.

76 Orden del día 16 de octubre de 1879, en *Memorias del Ministerio de Gobierno*. Buenos Aires: Imprenta de la Penitenciaría, 1880, p. 473.

> *en el cual, tomando rasgos de distintos empleados de policía, presento un comisario y un oficial que, siendo tipos ideales, son la caricatura de algunos vicios de que adolece el personal de nuestra policía. El señor Coronel Garmendia ha hecho de ese artículo la más arbitraria apreciación y erigiéndose a la vez en jurado y ley de imprenta, ha castigado mi* delito *destituyéndome del humildísimo puesto que, durante seis años, he desempeñado en la policía. Víctima de tan brutal tropelía, que el señor Garmendia ha tenido la cobardía de no hacer constar en documentos oficiales, he creído que debía hacer pública la causa de mi destitución, para escudar mi dignidad contra suposiciones erróneas que pudieran hacerse sobre el motivo de mi separación de la policía.*[77]

Es preciso tener en cuenta que el reproche a la figura del jefe de policía como "jurado y ley de imprenta" aludía a una coyuntura particular. Desde la revolución de 1874, y en especial durante la jefatura de Garmendia, la relación entre la policía y la prensa era bastante tensa, algo que incluyó clausuras de periódicos e inclusive la creación de una policía secreta que vigilaba las actividades de la prensa opositora.[78] Por eso la sátira del cuento no debe haber resultado simpática para la policía, pese a que Lugones sostenía una mirada muy parecida a la de los folletines. El subtítulo (*Comentario al código penal*) tenía que ver con eso: mientras en *Los beduinos urbanos* se indignaba por la forma en que los lunfardos "invocan

77 La carta fue publicada en *La Nación* el 15 de octubre de 1879, lo cual hace pensar que la destitución se produjo en la semana que media entre la publicación de la revista y ese día.

78 Véase Galeano, Diego. *Escritores, detectives y archivistas. La cultura policial en Buenos Aires, 1821-1910.* Op. Cit., pp. 85-86.

la constitución provincial como garantía", en el texto de la discordia se quejaba por las "prerrogativas de la legislación liberal", en particular el "uso y abuso" de tres artículos de la constitución provincial sancionada en 1873.[79] En eso, sin dudas, los policías estaban de acuerdo con Lugones, pero no tanto en que el comisario desconociera esas leyes y quedara desnudo en su ridiculez.

El segundo error de la crítica consistió en atribuirle a la carta que Lugones escribe en apoyo programático al naturalismo el carácter de una defensa del texto *El beso matinal*, relato breve sobre unas noches de lujuria y cierta redención mañanera en el beso materno.[80] En efecto, la *Carta Literaria* era una respuesta a Araujo Muñoz, pero el crítico no cuestionaba exactamente *El beso matinal*, que poco tenía de naturalismo, sino *Una historia* verosímil, el cuento de la revista literaria.[81] Por eso Lugones iniciaba esa carta reprochándole a su antagonista la lectura del naturalismo como prostitución del arte, ese "duro calificativo que te mereció mi humilde artículo sobre la fonda malhadada, en que tantos temas se pueden encontrar para la escuela realista".[82] *El beso matinal* no tenía mucho del programa

79 Lugones menciona los artículos 13, 17 y 18 de la Constitución de 1873, sin explicar su contenido. El artículo 13 establecía que nadie podía ser detenido sin la orden escrita de un juez; el 17 aclaraba que aun en caso de ser detenido *in fraganti*, tenía derecho a pedir la intervención de un juez; y el 18 se refería a la fianza. *Constitución de la Provincia de Buenos Aires (edición oficial).* Buenos Aires: Imprenta Americana, 1873, pp. 7-8.

80 Lugones, Benigno B. "El beso matinal", *La Nación*, 1ro. de noviembre de 1879.

81 Esa confusión aparece en el prólogo a la compilación que realizó Teresita Frugoni de Fritzsche: *El naturalismo en Buenos Aires*. Op. Cit., p. 3; pero se repite casi toda la bibliografía que posteriormente se ocupó de aquella polémica sobre el naturalismo.

82 Lugones, Benigno B. "Carta literaria", *La Nación*, 16 de noviembre de 1879.

naturalista, pero además no tenía ninguna fonda como escenario de la narración.

Si se relee la *Carta Literaria* en tándem con *Una historia verosímil*, se entenderá mejor la encendida defensa que Lugones hace del naturalismo, aunque las novelas naturalistas seguían siendo una promesa. De hecho, conjugaba en la carta muchos verbos en futuro: "el naturalismo triunfará"; sus relatos, comparados con fotografías, "deberán retratar lo malo y lo bueno, lo sucio y lo limpio, lo atrayente y lo repugnante"; y en tanto fotografías "serán por sí mismas el fiel retrato del alma de los personajes de las novelas naturalistas".[83] Si se refería a esas ficciones más bien como un horizonte ("cada novela naturalista será el programa de una reforma") era porque este debate transcurrió antes de la aparición de las primeras novelas naturalistas argentinas, que también serían muy discutidas, especialmente *Sin Rumbo* (1885) de Eugenio Cambaceres.

En *El tiempo vacío de la ficción*, Alejandra Laera estudió las operaciones de la crítica en relación a las primeras "novelas modernas" de Cambaceres, un recorrido que va desde los iniciales cuestionamientos y reticencias tras la aparición de *Pot-pourri* (1882), hasta el aplauso generalizado que rodeó a la novela *En la sangre* (1887).[84] Esa aceptación contrastó con el fuerte rechazo que los críticos manifestaron por las "novelas populares" de Eduardo Gutiérrez. Cambaceres y Gutiérrez fueron vistos como representantes de estilos novelísticos antitéticos, uno aceptable (la novela moderna de alta cultura), el otro condenable (la novela popular con gauchos). Pero Laera señala que ambos compartían una misma

83 Ídem.

84 Laera, Alejandra. *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004, pp. 155-197.

posición en relación a la práctica de la escritura de ficciones. Ellos escribían lo que la autora llama “ficciones liminares”, novelas producidas en una “zona de negociación” entre lo real y lo ficcional.[85]

En esa zona fronteriza, la prensa periódica desempeñó un papel fundamental. En el caso de Gutiérrez, por ejemplo, el tránsito desde la crónica policial a la producción de novelas sobre ladrones y gauchos matreros fue operado por la empresa cultural de sus hermanos, el diario *La Patria Argentina*, que promocionó y publicó sus primeras novelas en folletos separados. Por otra parte, Laera sostiene que la renuncia pública a la carrera militar es lo que le permite a Gutiérrez reconvertir el uso del tiempo, dedicándose plenamente a la rutina de escritor profesional. Esa escisión entre la vida pública y la actividad literaria constituye la posición singular del novelista en el heterogéneo espacio de los escritores de fin de siglo.

Contemporáneamente a Gutiérrez, Benigno Lugones parecía estar recorriendo un camino análogo. No solo *La Nación* fue el lugar desde el que pivoteó todas sus actividades literarias, sino que fue además donde se profesionalizó como escritor, a un ritmo vertiginoso que solo pudo frenar su muerte. No hubo en el medio una renuncia solemne al cargo público, pero el distanciamiento forzado de la policía lo obligó a dedicarse plenamente al periodismo como *modus vivendi*. Redactó notas en distintas secciones, tradujo textos, escribió crónicas de actualidad, encontró lugar para chispazos literarios, se convirtió en corresponsal, viajó por el interior del país y por Europa varias veces. Todo eso en cuatro años. Por eso decía un compañero suyo del diario, al despedir sus restos en la Recoleta: “vi-

85 Ídem, p. 21.

vió de prisa como quien presiente fin cercano".[86]

Volcado totalmente al diario, Lugones continuó la apuesta a la literatura siguiendo algunos lineamientos del programa naturalista por él mismo esbozados en la *Carta literaria*. Pero lo hizo más a través de la continuidad temática que del respeto a los postulados del programa. En *Una historia sencilla*, por ejemplo, reaparece la narración en primera persona, pero la mirada vuelve sobre los problemas del noviazgo y matrimonio, la infidelidad, la prostitución y la mezcolanza sexual de las clases. En varios textos realiza alegatos a favor del amancebamiento y del divorcio, criticando además los vínculos nupciales, cuyas ceremonias llega a comparar con los banquetes funerarios, prácticas ideadas para los aficionados a "comer de la gorra".[87] Finalmente, presta también atención a las derivas eróticas de la vida porteña y de esa preocupación resulta un texto exquisito, novedoso para la época, que titula *Pródromo a una descripción de la pederastia pasiva*. Fue publicado en los *Anales del Círculo Médico Argentino* y, a pesar de filtrarse todo el tiempo el escrutinio del punto de vista científico, Lugones suelta bastante la pluma hasta el punto de convertir el texto en una notable crónica sobre las representaciones del coito anal y las relaciones homoeróticas en el Buenos Aires finisecular.[88]

86 Véase: "Benigno B. Lugones. Deber cumplido", *La Nación,* 3 de marzo de 1885.

87 Véase: Lugones, Benigno B. "Una carta familiar", *La Nación*, 4 de junio de 1879; y también sobre estos temas: "Una historia sencilla", *La Nación*, 24 de febrero de 1880; "Veinte años de vida italiana en Buenos Aires", *La Nación*, 15 de marzo de 1882.

88 Lugones, Benigno B. "Pródromo a una descripción de la pederastia pasiva", *Anales del Círculo Médico Argentino*, tomo III, año III, No. 1 (1879), Buenos Aires: Imprenta de obras de La Nación, 1880, pp. 4-16. En Buenos Aires, este tipo de relatos literarios sobre la sodomía no era frecuente en 1879. Pablo Ben menciona la publicación de un texto que lleva el título de "Los maricones" en el diario *La Nación Argentina* (21 de

Después del alejamiento de la policía, regresó también al espacio del folletín con una nueva serie titulada *Microcosmos*, en la que comienza a utilizar el seudónimo "Waldemar". Era una sección de "revista de la semana", noticias de actualidad que se publicaban en el folletín de los domingos. Lugones se ocupaba de cubrir cuestiones de coyuntura política, novedades en el mundo artístico, crítica literaria y teatral, así como numerosos comentarios sobre exposiciones, fiestas populares y otros aspectos de sociabilidad urbana. En el número del domingo 4 de abril vuelve a firmar con su nombre. Precisamente ese día publicó en *Microcosmos* un comentario sobre la Feria de Saint-Cloud, una celebración de inmigrantes franceses, a la que elogiaba porque no necesitaba de la vigilancia de la policía, a diferencia de las fiestas de italianos, españoles y del "pueblo barullero y camorrista".[89] Esa crítica provocó la reacción de los periódicos que representaban a las colectividades italianas y españolas, particularmente de *El Correo Español*.

En la siguiente entrega de *Microcosmos,* Lugones responde esos cuestionamientos y allí deja en claro lo que significaba firmar el folletín con nombre y apellido. Habla de sí mismo como un "folletinista, que es al mismo tiempo cronista del diario". ¿Y qué implicaba en ese contexto ser *folletinista*? Entre otras cosas, adquirir la condición de autor:

> *La Dirección de* La Nación *no ha revisado nunca el Microcosmos, sino cuando su autor ha querido voluntariamente consultarle un punto. Los originales*

noviembre de 1862), pero la mayor parte de las fuentes de las décadas de 1860 y 1870 parecen ser legajos judiciales y policiales. Ben, Pablo. *Male Sexuality, the Popular Classes and the State: Buenos Aires, 1880-1955.* Tesis de Doctorado, The University of Ohio, Chicago, 2009.

89 Lugones, Benigno B. "Microcosmos. Revista de la semana", *La Nación*, 4 de abril de 1880.

> *entregados por el mismo folletinista al regente se han compuesto e impreso sin que leyera su contenido antes que el público, ninguna otra persona que los cajistas y el corrector de pruebas.*[90]

Es decir, en el acto de publicación del nombre y apellido no se jugaba únicamente el prestigio del escritor. Los textos firmados tenían autoría y eso traía aparejada una cuestión de responsabilidad sobre lo dicho. Si la Dirección de *La Nación* aceptaba que un redactor pasara del anonimato o del seudónimo al nombre personal, había en ello algo de desprendimiento del compromiso con las consecuencias de la información que se publicaba, lo cual era un signo más de modernización de la prensa. Y es preciso considerar que a finales del siglo XIX la cuestión de la defensa del honor era gravitante en el discurso periodístico.[91] Lugones devenía entonces periodista profesional, pero no era uno más en la redacción del diario. Era uno de los pocos que –y acaso uno de los que más rápido– conquistó el derecho a participar en la batalla de las ideas con su nombre.

Los caminos del cronista

En 1880 el panorama profesional de Benigno Lugones estaba bastante claro. La carrera de medicina ya era –en una vida tan presurosa– parte de un pasado lejano. Había quedado atrás

90 Lugones, Benigno B. "Microcosmos. Revista de la semana", *La Nación*, 11 de abril de 1880.

91 Sobre el tema de los conflictos de honor en la prensa porteña de esta época véase: Gayol, Sandra. "Caballeros de papel: solicitadas y noticias en *La Prensa* y *La Nación*", en *Honor y duelo en la Argentina moderna.* Buenos Aires: Siglo XXI, 2008, pp. 44-51.

también el trabajo en la policía. No existía más la sociedad de bohemios, el Círculo Científico Literario, ni su revista. Y si bien la veta ficcional nunca se esfumó del todo, fue ocupando cada vez menos espacio en los textos publicados en *La Nación*, que era ahora su último y gran refugio. Desde la salida de la policía hasta su muerte transcurrieron cuatro años. En ese lapso aparecieron en el diario aproximadamente ochenta textos suyos: unos veintidós folletines, muchos publicados con el seudónimo de "Waldermar"; una decena de relatos breves en la sección Literatura, dos de ellos en colaboración; aunque en el terreno artístico tendió más a dedicarse a las críticas de novelas, poesías, pinturas, esculturas y obras de teatro. Sin embargo, en los últimos dos años (desde finales de 1882 hasta la última carta enviada desde París), se perfiló casi exclusivamente como corresponsal.

Repórter, *folletinista*, *corresponsal* y *cronista*, eran categorías epocales empleadas para establecer distinciones en el campo de la prensa gráfica. Estas nociones no eran mutuamente excluyentes, ni siquiera su uso resultaba totalmente preciso y unívoco, pero al interior del espacio periodístico finisecular se advertía una progresiva diferenciación entre dos caminos posibles. En primer lugar, la modernización de los diarios ofrecía cada vez mayores oportunidades para vivir de la escritura sin necesidad de convertirse en periodista de oficio: colaboraciones, corresponsalías esporádicas aprovechando viajes por otros motivos y adelantos de textos publicados en los diarios como antesala de los libros, formaban parte de las estrategias de los escritores de literatura.[92] En segundo lugar, el camino del escritor periodista

92 Altamirano y Sarlo mostraron la consolidación de este camino a comienzos del siglo XX, sin embargo sus trazas pueden distinguirse con bastante claridad en las últimas dos décadas del siglo anterior. Véase: Altamirano, Carlos; Sarlo, Beatriz. "La Argentina del Centenario: campo

se autonomizaba de la mano de otras alternativas, fundamentalmente de la producción de reportajes y crónicas, y de los viajes como corresponsal con destinos establecidos por encargo de los diarios.[93]

Lugones tomó este segundo camino y se distanció de los ropajes del literato, aunque es difícil adivinar si sus genuinas aspiraciones literarias desaparecieron o estaban agazapadas esperando una oportunidad que su enfermedad frustró. Lo cierto es que la pluma de esta joven promesa de las letras, esa pluma nerviosa y precipitada que tanto ensalzaron sus compañeros bohemios, se abocó por completo al trabajoso oficio de repórter y cronista. Fue el territorio urbano donde esas habilidades periodísticas se enfocaron por primera vez. Lo había mostrado en los folletines, pero el estilo era más ensayístico. En *Montevideo a vuelo de pájaro* y, sobre todo, en *La ciudad a vuelo de pájaro (reportaje arquitectónico)*, irrumpe una prosa diferente, en la que el punto de vista del narrador era fundamental.[94] Los folletines sobre el lunfardo acudían a las fuentes policiales, a través de la mención de comisarios informantes, y de la misma forma el folletín sobre los matrimonios se basaba en el análisis de estadísticas. En las crónicas urbanas, en cambio, no había mediadores ni fuentes secundarias de información: todo el relato es producto de la observación directa del cronista que recorre la ciudad.

Dos conceptos importantes aparecen en estos títulos.

intelectual, vida literaria y temas ideológicos", en *Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Ariel, 1997, pp. 168-169.

93 Acerca de la consolidación de la crónica en América Latina, como género periodístico lindante con la literatura, véase: Rotker, Susana. *La invención de la crónica.* México: Fondo de Cultura Económica, 2002.

94 Lugones, Benigno B. "Montevideo a vuelo de pájaro", *La Nación*, 30 de octubre de 1881; y "La ciudad a vuelo de pájaro (reportaje arquitectónico)", *La Nación*, 17 de mayo de 1882.

Por un lado, “a vuelo de pájaro” era la expresión usada para salvaguardar la mirada del cronista. Designaba un recorrido rápido que registraba todo lo que se veía, deteniéndose en varios detalles pero por poco tiempo. Y, por el otro, aparece la palabra “reportaje”, que en esta época no era sinónimo de entrevista a una personalidad, sino precisamente de una crónica que relataba experiencias urbanas vividas por el periodista, en la que aparecía una intención testimonial. Publicado en mayo de 1882, el año en que se crean el Concejo Deliberante y el cargo de Intendente, pero antes de que asumiera Torcuato de Alvear, el *reportaje arquitectónico* de Lugones seguía con minuciosidad quirúrgica el ritmo de las construcciones en la ciudad. El cronista juzgaba cada nueva casa, cada edificio, cada confitería, daba cuenta de una geografía urbana emergente y de una “lucha por el gusto arquitectónico”.[95]

La forma del reportaje aparecía entonces como puerta de acceso de la crónica, un género que Lugones explotaría mucho como corresponsal. Pero antes de entrar a esas corresponsalías, es preciso mencionar lo que significaba devenir cronista, ya que en esa figura se jugaba para él –y para muchos otros escritores periodistas– la condición de “autor”. Sobre esta cuestión hubo un debate en los primeros años de la década de 1880. Fue una disputa que adquirió ribetes gremiales y ubicó a distintos periodistas en un enfrentamiento abierto. Lugones participó activamente,

95 En esta misma sección del libro incluimos dos textos sobre los últimos días de la Recova Vieja, publicados después de su demolición (25 de mayo de 1883). Lugones justifica allí el proyecto destructor del Intendente Alvear, e intenta refutar los argumentos contrarios, basados en su “carácter histórico”, aferrándose a criterios estéticos y ornamentales. Véase: Lugones, Benigno B. “Historia de un mamarracho. La Recova Vieja”, *La Nación*, 19 de agosto de 1883; y “El Arco de la Recova”, *La Nación*, 22 de noviembre de 1883.

siendo uno de los impulsores de un Centro de Cronistas organizado para batallar por los derechos autorales de los textos que se publicaban en los diarios. Este Centro fue creado por escritores de diferentes periódicos, aunque el principal espaldarazo provino de la sala de redacciones de *La Nación*, mientras que *La Patria Argentina*, la empresa periodística de los hermanos Gutiérrez, fue la que ofreció mayores resistencias.[96]

Entre las páginas de ambos diarios se tejieron algunos hilos de debates que daban cuenta de las cuestiones en juego. Desde la sección del folletín, Lugones arremetía contra los Gutiérrez, criticando una nota dedicada al problema de la propiedad literaria. En esa nota, *La Patria Argentina* denunciaba que los artistas (en general, desde poetas y prosistas, hasta compositores de música), eran "un gremio de personas desheredadas que no tienen garantida su propiedad en la república". Y, en particular, describía un gris panorama para los escritores que publicaban en los diarios. Según protestaba *La Patria Argentina*, los *Dramas Policiales* de Eduardo Gutiérrez se reproducían "en toda la prensa fuera de la capital", Montevideo y las repúblicas del Pacífico. Por eso pedía que las sociedades y círculos literarios del país reunieran esfuerzos para consensuar una ley de propiedad intelectual, ya que "el estimable chanchero del mercado que fabrica una morcilla" se encontraba "mejor garantido por la ley que un escritor argentino".[97]

En el fondo, Lugones acordaba con los Gutiérrez en que

96 Además de *La Nación*, participaron periodistas de *La Prensa*, *El Nacional*, *La República*, *La Pampa*, *La Tribuna Nacional*, *La Protesta*, *La Patria Italiana*, *El Correo Español* y *El Constitucional*. Véase: "Homenaje al periodista D. José M. Niño en sus Bodas de plata con *La Nación*", *Caras y caretas*, No. 201, Buenos Aires, 15 de septiembre 1900, pp. 19-21.

97 "Crónica", *La Patria Argentina*, 14 de enero de 1880.

los escritores del periodismo no debían “entregar sus obras, que son su pan de cada día y a veces el de sus hijos, a la merced del primer ignorante, falto de todo sentido moral”.[98] Sin embargo, discrepaba en buscar la solución en el terreno legislativo. Para el cronista de *La Nación*, el Código Penal de Tejedor (vigente ya en algunas provincias) permitía castigar a los que publicaban “producción literaria sin consentimiento del autor”. Por eso pedía a *La Patria Argentina* que acusara directamente ante la justicia a los “ladrones de la prensa”, esos “50 o 60 diarios” de toda la “prensa rural de Buenos Aires y buena parte de las otras provincias” que reproducían los escritos de Eduardo Gutiérrez.

La preocupación por los derechos autorales de los escritores que trabajaban en periódicos parece haber sido una de las cuestiones que motivó la fundación del Centro de Cronistas. En la colección de imágenes que *Caras y caretas* donó al Archivo General de La Nación se encuentra un cuadro con retratos de los integrantes del Centro y la fecha de fundación del grupo (mayo de 1881). El cuadro está compuesto por quince pequeños retratos ovalados, dispuestos ellos mismos en forma oval y dentro otros cinco retratos, entre los cuales estaban Benigno Lugones y José María Niño, los dos periodistas de *La Nación* reconocidos como los paladines del Centro de Cronistas.

Esta imagen fue reproducida en *Caras y caretas* en 1900, cuando todavía era dirigida por José Sixto Álvarez (Fray Mocho), otro de los periodistas incluidos en el cuadro. En esa y otras notas del mismo magazine se reafirma que fueron cronistas de *La Nación* y *La Prensa* quienes sostuvieron esta iniciativa, que tuvo a *La Patria Argentina* como su más tenaz opositora. Inclusive, se pone como ejemplo que José Varas y

98 Waldemar (Benigno Lugones), “Microcosmos”, La Nación, 18 de enero de 1880



Cuadro de retratos del Centro de Cronistas (1881).
Archivo General de la Nación Departamento de Documentos Fotográficos, Inv. 95149

el propio Álvarez eran cronistas del diario de los Gutiérrez, pero aparecían como representantes de otros periódicos en los que también colaboraban.[99] Todo parece sugerir que, en

99 "Homenaje al periodista D. José M. Niño en sus Bodas de plata con *La Nación*", *Caras y caretas*, No. 201, Buenos Aires, 15 de septiembre 1900, pp. 20-21. Otro de los integrantes sostuvo que había conocido a

tanto propuesta de organización de los cronistas, el Centro no sobrevivió a las resistencias que lo rodearon, ni a las fracturas entre los roquistas y la prensa opositora.[100]

Sin embargo, puede percibirse allí la presencia de un reclamo y de una insatisfacción de aquellos escritores que habían adoptado al periodismo como medio de vida, aquel "lastimoso proletariado intelectual" al que haría referencia Roberto Payró.[101] Fue precisamente Payró quien encabezó a comienzos del siglo XX la creación de una Sociedad de Escritores que retomaba los problemas apuntados por el Centro de Cronistas: los derechos de los escritores, la autoría y el estatuto jurídico de los textos publicados en los diarios, eran cuestiones que se entroncaban con el status del oficio periodístico. No es casual que tres décadas más tarde, en *Caras y caretas*, Pablo Della Costa usara a los protagonistas del Centro de Cronistas para construir una ficción sobre el prestigio y la influencia social de los periodistas. Se trataba de un cuento que, si bien fue publicado en 1913, evocaba una anécdota supuestamente acontecida en 1882. Los cronistas estaban reunidos para cubrir una exposición

Fray Mocho durante la experiencia del Centro de Cronistas y agregaba que Juan M. Gutiérrez "vio en tal sociedad un motivo de alarma y nos fulminó: no quería en *La Patria Argentina* gentes comprometidas en centros y le tenía miedo a *La Nación* que comenzaba a levantarse". Romero, Ramón. "Páginas nuevas de Fray Mocho. Primicias literarias", *Caras y caretas,* No. 1146, Buenos Aires, 18 de septiembre de 1920, p. 34.

100 Más allá de las menciones en los diarios, encontramos otras referencias al Centro de Cronistas: en el *Anuario Bibliográfico de la República Argentina, Año III (1881).* Buenos Aires: Imprenta de M. Biedma, 1882, pp. 562-563, se registra la existencia de una publicación llamada *El inválido argentino*, número único a beneficio del Asilo de Inválidos publicado por la comisión ejecutiva del Centro de Cronistas. Un ejemplar se conserva en la Sala de Tesoro de la Biblioteca Nacional.

101 Payró, Roberto. "El hogar intelectual", en *Crónicas.* Buenos Aires: M. Rodríguez Giles, 1909, p. 148.

industrial y a la salida uno de ellos rompió sin intención el vidrio del negocio de un zapatero extranjero. Eso provocó una pelea que terminó con los periodistas en la comisaría. La ilustración del cuento mostraba una típica escena de este magazine, bastante explotada por Fray Mocho: los detenidos de pie frente al comisario, sentado del otro lado de su



escritorio y la conversación narrada en forma de diálogo.

"El cuarto poder", Caras y caretas*, No. 785, 1913.*

En este caso eran ocho periodistas y el comisario iba preguntando los nombres uno por uno. El primero responde "Benigno Lugones, redactor de *La Nación*" y mientras iban hablando los demás, aclarando los diarios en los que trabajaban, el comisario pasaba de la soberbia al pánico. Al final, ya vencido, se dirige a un subalterno y le dice: "¡Cabo! ¡Meta en el calabozo a ese gringo de porra, sinvergüenza!", y volviéndose a los periodistas agregó: "pueden ustedes retirarse, caba-

lleros, y disculpen la molestia".[102] Esta parábola de los periodistas convertidos en un temor para la policía, contenía algo más que un reciclaje irónico de los retratos publicados antes por el mismo magazine cuando recordaba la experiencia del Centro de Cronistas. Della Costa trocaba, además, el clima de reclamo e insatisfacción por un epílogo triunfante donde los cronistas aparecían como un "cuarto poder" estatal.

Excursiones y consejos al viajero

La sala de redacción de *La Nación* se había convertido en el escenario principal de la vida profesional de Lugones. Era un espacio de negociaciones cotidianas entre el director y la pléyade de proletarios de la tinta; un espacio de literatura por encargo y de constantes cambios de rol. El redactor de noticias breves convivía con el corrector, el folletinista y el traductor. A la vez, el cronista irrumpía con su nombre, pasaba a usar seudónimos, volvía al anonimato, reaparecía una y otra vez. En su recorrido y circuitos, el trabajo periodístico hacía posible una práctica de escritura tensionada por la intervención de múltiples actores y por la forma en que cada uno de ellos interpretaba el deseo de los potenciales lectores.

El último punto de inflexión en la carrera periodística de Lugones tuvo que ver con el alejamiento de la sala de redacción, cuando asumió el rol de corresponsal de viaje. Luego de una serie de notas de crítica teatral, reaparece en *La Nación* el 9 de agosto de 1882 con una carta firmada "en el Océano Atlántico, a bordo del vapor *Araucania*, en viaje de Río de Janeiro a Bahía".[103] No era el primer viaje a

102 Della Costa, Pablo. "El cuarto poder", *Caras y caretas*, No. 785, Buenos Aires, 18 de octubre de 1913, pp. 61-62.

103 Lugones, Benigno B. "Guanabara. La Bahía de Río de Janeiro de

Europa de Lugones, ni sería tampoco el último. Según él mismo contaba, había cruzado el atlántico por primera vez en 1874, como acompañante de un hacendado argentino.[104]

La dirección de *La Nación* encargó a Lugones tres viajes como corresponsal. El primero fue a Europa (1882) y quedaron como registro seis cartas: aquella firmada en Brasil, otra desde Londres y luego cuatro desde París. La capital de Francia fue el pivote de los viajes europeos de Lugones, como de tantos otros escritores latinoamericanos. La estadía en París se había convertido para las elites en una verdadera práctica cultural, para muchos en un viaje inevitable, para otros en un símbolo de status.[105] Pero, además, era un lugar en el que residían muchos escritores, artistas y profesionales argentinos. De hecho Lugones pasó sus últimos días en la casa de un médico criollo, Udaondo. No solo lo cuidó durante la agonía, sino que organizó una ceremonia fúnebre en la iglesia Saint Étienne du Mont, a la cual, según el escritor Emile Daireaux, "toda la sociedad argentina de París se había dado cita".[106]

La segunda corresponsalía (1883) cambió totalmente el rumbo y enfoque del viaje. Se trató de una excursión "tierra adentro", al sur bonaerense. El recorrido se inició con un viaje en el Ferrocarril del Sur desde Buenos Aires hacia

lejos y de cerca", *La Nación*, 25 de agosto de 1882. La serie de notas de crítica teatral se titularon "¿Se viste bien en Fausto el tenor Nouvelli?", publicadas consecutivamente el 6, 7 y 8 de junio de 1882.

104 Existen referencias a su primer viaje en: Lugones, Benigno B. "El nuevo Londres", *La Nación*, 12 de octubre de 1882; y "Solos y solistas (Consejos a los viajeros)", *La Nación*, 3 de septiembre de 1884.

105 Sobre el viaje a París como práctica cultural de los intelectuales latinoamericanos véase: Colombi, Beatriz. *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915).* Rosario: Beatriz Viterbo, 2004, pp. 185-207; y Fombona, Jacinto. *La Europa necesaria. Textos de viaje de la época modernista.* Rosario: Beatriz Viterbo, 2005, pp. 67-107.

106 Daireaux, Emile. "Benigno B. Lugones", *El Diario,* 11 de diciembre de 1884.

Azul y siguió hasta Olavarría a caballo. En los alrededores de Olavarría visitó la Penitenciaría de Sierra Chica, los yacimientos de cal y las canteras de mármoles de Sierra Baya, y las novísimas colonias ruso-alemanas (Hinojo, Nievas y San Miguel). Finalmente, continuó el viaje en una galera tirada por ocho caballos hasta Bahía Blanca, desde donde envió las últimas cuatro cartas.

En la tercera serie de corresponsalías (1884) Lugones vuelve a Europa. Algunos amigos insinuaron que había desmejorado mucho de su enfermedad pulmonar y que buscaba también una vía de recuperación. La idea del viaje sanador estaba en esta época tan difundida como la tuberculosis y se basaba en el imperativo de cambiar de aire, salir de la ciudad, oxigenarse, respirar aire puro.[107] Esa hipótesis sintoniza bien con los lugares desde donde Lugones envió las cartas. Mientras la primera corresponsalía europea se había concentrado en Londres y París, incluyendo además algunas crónicas en espacios cerrados (Museo Etnográfico, Teatro de la Opera), esta vez todas las cartas estaban firmadas desde ciudades menores y daban cuenta de paseos por lugares más bien agrestes y abiertos: llegó al viejo puerto de Marsella, apenas pasó por París, desde allí envió solamente una carta, y continuó hacia el norte de la Península Ibérica. Llegó a La Coruña por mar, en viaje desde Burdeos, pero la carta sobre esa ciudad –que Lugones detestó– estaba firmada en un paraje de la costa cantábrica. Pasó por Candas, Gijón, Biarriz, Saint Jean de Luz y Salies de Béarn.

Otra diferencia con las corresponsalías anteriores puede abonar a la idea de una salud frágil que ya estaba haciendo

107 Sobre el imaginario porteño acerca de la tuberculosis, las grandes ciudades y la centralidad de la pureza del aire, véase Armus, Diego. *La ciudad impura. Salud, tuberculosis y cultura en Buenos Aires, 1870-1955.* Buenos Aires: Edhasa, 2007, pp. 31-74.

difícil el trabajo de escritor. Las doce cartas desde el sur de la Provincia de Buenos Aires fueron escritas en menos de un mes, mientras que las diez cartas publicadas en la última corresponsalía van desde abril hasta septiembre de 1884.

Hay que considerar que las cartas del viaje bonaerense se publicaban en *La Nación* pocos días después de la fecha en que Lugones las firmaba, mientras que las cartas europeas tardaban entre dos semanas y un mes y medio en aparecer en el diario. Ese dato, entre otros, definía el tipo de corresponsalía que Lugones practicaba. Hacía algunos años que *La Nación* había incorporado el uso del telégrafo y las noticias sobre Europa ya se publicaban en forma de corresponsalía telegráfica, unas notas breves y anónimas que se presentaban como un ejercicio de instantaneidad. En cambio, las cartas de Lugones respondían al formato del corresponsal literario, con "enviados especiales" al exterior y al interior del país, que firmaban sus cartas con el nombre de autor. Esas misivas viajaban por la misma ruta que sus autores: generalmente eran enviadas desde Francia o Inglaterra hasta algún puerto de la Península Ibérica, donde iniciaban una travesía en barco que incluía paradas en ciudades brasileras y Montevideo.

A su vez, existían dos tipos de corresponsalías especiales. Por un lado, podían llevar el título de corresponsales los literatos y funcionarios que publicaban notas sobre un desplazamiento realizado por otros motivos y financiado por otros medios. Los *Recuerdos de viaje* (1881) de Lucio V. López, las *Cartas a la prensa* (1892) de Eduardo Wilde y las notas de Paul Groussac publicadas en *La Nación,* reunidas más tarde en el libro *Del Plata al Niágara* (1897), son ejemplos de esta forma de escritura generada en misiones gubernamentales o visitas recreativas. Por otro lado, estaban los viajes de periodistas enviados por los propios diarios, como hizo *La Nación* con Benigno Lugones y más tarde con Roberto

Payró.[108] Las cartas de Lugones llevaban un subtítulo que hacía alusión a ese tipo de escritura "especial", por encargo: "correspondencia especial para *La Nación*", "de nuestro enviado especial", etc.

Esas cartas echaron mano, más o menos libremente, de recursos de distintas tradiciones narrativas. En el caso de la excursión ferroviaria al sur de la Provincia de Buenos Aires, el corresponsal incursionaba en un territorio que habían recorrido los escritores expedicionarios de la conquista del desierto, un vasto corpus cuya mayor producción se concentró en 1879.[109] Era, a su modo, un viaje al *desierto*, pero realizado desde la máquina que se presumía una herramienta poderosa en la epopeya civilizadora que avanzaba hacia el sur. El desplazamiento del cronista seguía las vías del tren en sus múltiples existencias: ruta material (desde Buenos Aires hasta Azul), ruta a punto de inaugurarse (desde Azul hasta Olavarría), ruta proyectada (desde allí hasta Bahía Blanca) y otras tantas rutas deseadas por el narrador.

La carta que inaugura la excusión apareció con el título de *El Ferrocarril del Sur*, firmada desde la ciudad de Azul el 15 de febrero de 1883. "He aquí un viaje sencillo y fácil, caro e incómodo, monótono y aburrido": es la frase que elije Lugones para iniciar esta serie epistolar. Ese inicio estaba articulado con una crítica a los capitalistas ingleses,

108 Servelli, Martín. "Ver, oír y contar: excursiones periodísticas de Roberto J. Payró", en *Actas del III Encuentro "La problemática del viaje y los viajeros"*, CESAL- UER ISHIR/UNICEN, Universidad Nacional del Centro, Tandil, 2008. Sobre los tipos de corresponsales véase Román, Claudia. "La modernización de la prensa periódica: entre *La Patria Argentina* (1879) y *Caras y Caretas* (1898)", en A. Laera (dir.). *El brote de los géneros.* Op. Cit., pp. 27-32.

109 Sobre esta cuestión véase Torre, Claudia. *Literatura en tránsito. La narrativa expedicionaria de la Conquista del Desierto.* Buenos Aires: Prometeo, 2010.

que no era otra cosa que una denuncia a la "desidia natural de toda empresa que explota un monopolio".[110] Pero no era, de ninguna manera, una resistencia al ferrocarril. El tren llevaba consigo la modernidad cinética, un salto de escala, un acortamiento de distancias y cambio de velocidades. Si dos décadas antes, según el cronista, el viaje a Azul duraba ocho días y costaba cerca de $1000 en moneda corriente, el Ferrocarril del Sur había reducido el costo a $187 y el pasajero tardaba ahora alrededor de once horas. Esa primera carta era, íntegramente, una crónica del viaje en tren, sobre el único tramo que Lugones hizo en ferrocarril, aunque seguiría viaje por la ruta en la cual el ferrocarril iba extendiéndose, hacia Bahía Blanca.[111]

Desde Azul continuó hasta Olavarría a caballo y el mismo medio de transporte usó para trasladarse hacia otros sitios cercanos, desde donde firmaría las siguientes cartas: Sierra Chica, Sierra Baya y las colonias ruso-alemanas; tierra visitada por la narrativa expedicionaria, lugares ya narrados por cronistas como Estanislao Zeballos unos años antes. En cada uno de estos poblados zumbaba todavía el ruido de los malones y su pregnancia recordaba al cronista la proximidad de una "barbarie" que ni las vías del tren lograban borrar del todo. Según Lugones, Azul, con su siglo y medio de existencia, no había tenido como ciudad una "verdadera importancia" hasta que quedó "garantida completamente contra los indios".[112]

110 Lugones, Benigno B. "El Ferrocarril del Sur", *La Nación*, 18 de febrero de 1883.

111 El tramo hasta Azul se había inaugurado en 1876 y la prolongación a Olavarría (de 44 kilómetros) estaba finalizándose en el momento en que Lugones hizo el viaje. Un año después, en 1884, el Ferrocarril del Sur llegó hasta Bahía Blanca. Véase Rogind, William. *Historia del ferrocarril Sud, 1861-1936.* Buenos Aires: Ferrocarril Sud, 1937.

112 Lugones, Benigno B. "La ciudad de Azul", *La Nación*, 20 de febrero de 1883.

Por su parte, Olavarría no había sido "realmente pueblo" hasta que en 1878 "los indios desaparecieron"; y sus habitantes tenían en la retina tan fresca la imagen del sitio de Olavarría, liderado en 1875 por la tribu de Catriel, que hablaban de los indios "en modo indicativo y tiempo presente, como si el salvaje estuviera actualmente a pocas leguas, amenazándolos como antes".[113]

Aunque en sus comentarios sobre la cuestión indígena, Lugones parecía asumir el punto de vista oficial, su escritura nunca pierde el tono de la crónica, en la que la primera persona, el yo expedicionario, ocupaba un lugar central. La primera persona aparecía recurrentemente en referencias sobre la ubicación concreta del cronista: "la azotea del hotel en que estoy alojado", decía en Azul; "pernocto en un galpón, garanto que no es divertido y que lo será mucho menos si llueve", informaba Lugones al director de *La Nación* en una carta que firmaba en "La Margarita del Trompa, campos de Carrére y Schang", de paso por el partido de Juárez en su último tramo de viaje desde Azul a Bahía Blanca. Ese tramo lo hizo en la galera *La Argentina del Sur*, recorrido en carreta tirada a ocho caballos que describe como "el viaje más pobre en aventuras y más rico en polvo que se pueda imaginar".[114]

La veracidad del relato que Lugones construía sobre cada lugar se sustentaba en algunos testimonios aportados por personas con las que dialogaba, pero fundamentalmente en las observaciones directas del cronista. El protagonismo de la mirada se multiplicaba en una plétora de imágenes, profusión de descripciones detalladas, tejiendo un relato para un lector que no había pisado jamás esas tierras. En este

113 Lugones, Benigno B. "El pueblo de Olavarría", *La Nación*, 24 de febrero de 1883.

114 Lugones, Benigno B. "En plena pampa", *La Nación*, 10 de marzo de 1883.

aspecto, Lugones continuaba con un gesto de la narrativa expedicionaria y, a su vez, anticipaba las "excusiones periodísticas" que Roberto Payró haría entre 1899 y 1900 para este mismo diario; solo que en *La Australia Argentina*, las fronteras de este tipo de excursiones a tierras inhóspitas se desplazaban hacia la Patagonia, Tierra del Fuego y la isla de los Estados.[115]

Sin embargo, en una de las cartas del viaje ferroviario aparecía una figura diferente a la del lector que alimentaba su imaginación consumiendo imágenes de excursiones ajenas. Lugones celebraba los avances del pueblo de Olavarría, pero advertía que iba a pasar mucho tiempo hasta que llegaran "verdaderos turistas" porque no existía en ese lugar la "belleza del paisaje". Sierras bajas, rodeadas de la inmensidad de la llanura, sierras "sin árboles y sin vistas", no llegaban a constituir un paisaje.[116] A esos turistas criollos, para los cuales la pampa bonaerense no ofrecía ningún atractivo, Lugones le dedicaría su última serie de corresponsalías.

Las *Cartas de Lugones* de 1884 fueron definidas por él mismo como "consejos a los viajeros". ¿Pero a qué viajeros? No eran exactamente los protagonistas del *grand tour*, esos que buscaban en el viaje una experiencia de aprendizaje en el contacto con otras culturas, ni eran exclusivamente los *gentleman* del "viaje ceremonial", recorrido obligado para los jóvenes de la alta sociedad porteña.[117] En la primera

115 Sobre estas crónicas de Payró véase Torre, Claudia. *Literatura en tránsito.* Op. Cit., pp. 153-161.

116 Lugones, Benigno B. "El pueblo de Olavarría", *La Nación*, 24 de febrero de 1883.

117 Las ideas del "gentleman viajero" y del "viaje ceremonial" pertenecen al clásico ensayo de Viñas sobre el lugar de los viajes europeos en la literatura argentina. Viñas, David. "La mirada a Europa: del viaje colonial al viaje estético" (1964), en *Literatura argentina y política, Vol. 1.* Buenos Aires: Santiago Arcos, 2005, pp. 11-67.

carta de esa serie, Lugones se preocupaba por definir los destinatarios de esos consejos: "quiero referirme aquí a los *turistas* –¡perdone la Academia!– que viajan por placer o por instrucción, a los que vienen a Europa a curarse o a los numerosos comisionados oficiales y empleados diplomáticos que vienen del Río de la Plata al viejo mundo".[118]

Esa multiplicidad de posibles lectores, pero sobre todo esa presencia del turista moderno, obligaba a abandonar el tipo de escritura que priorizaba el análisis político, "disertación plagada de clisés sobre el cambio comercial de las naciones, la rapidez de las comunicaciones comerciales, la importancia de la navegación a vapor, etc."[119] A cambio, Lugones ofrecía consejos al turista, una guía con recomendaciones sobre la práctica de viajar por Europa, aunque en algunos casos entraba en las formas narrativas que él mismo prometía evitar.[120]

Cuatro décadas antes, en su libro de viajes, Sarmiento ya mencionaba esta figura del turista. Narraba los días en Cincinnati en los que se había dejado "llevar por el placer de recorrer sus calles", visitar su museo y entregarse al "*far niente del turista*".[121] Esas dos prácticas (pasear por la ciudad en busca de imágenes y visitar museos) estaban presentes en el

118 Lugones, Benigno B. "De un mundo a otro en trece días", *La Nación*, 1 de junio de 1884.

119 Ídem.

120 Concretamente, algunas corresponsalías de Lugones se alejaban de la crónica de viaje y se aproximaban más al artículo de opinión política. En la selección dejamos por fuera estas notas, tanto en la serie de 1882: Lugones, Benigno B. "Francia Republicana", *La Nación*, 26 de noviembre de 1882; como en la de 1884: Lugones, Benigno B. "La legitimidad en Francia", *La Nación*, 21 de agosto de 1884 y "La Constitución francesa. Su revisión", *La Nación*, 26 de septiembre de 1884.

121 Sarmiento, Domingo F. *Viajes por Europa, África i América, 1845-1847.* Madrid: Edición Crítica ALLCA XX, 1996, p. 423.

turismo moderno, que se constituyó, ante todo, como una experiencia visual. Experiencia que, además, tenía un precio: casi todo lo que rodea al turismo implica desembolsar dinero, desde el transporte hasta los hoteles, y los objetos pensados como artículos de consumo del viajero, tales como guías, *souvenirs* o tarjetas postales.[122]

Cuando se publican las Cartas de Lugones, la alta sociedad porteña estaba atravesando un fuerte proceso de reconfiguración, resistido por las familias patricias que acusaban a los advenedizos de usar el consumo y la ostentación para simular una falsa pertenencia de clase. Los viajes a Europa fueron usados por el "rastacuero", aquel que se había enriquecido gracias al auge de las exportaciones ganaderas pero que carecía –según se denunciaba– del refinamiento y la sofisticación de las antiguas familias patricias.[123] Para los advenedizos rastacueros, pasear por Londres y París era una buena forma de conocer el estilo de vida de los europeos, brindaba la oportunidad de comprar ropas y adminículos para ponerse a tono con las modas, y además abría la posibilidad de construir un acervo de anécdotas sobre los viajes que, correctamente usadas en las conversaciones, podían otorgar cierto *status* al hablante.

Esos turistas, escribía Lugones, viajaban a Europa para "regresar ungidos con el santo óleo de las mayonesas de París, que consagran el tono de las personas dándoles fuerte relieve social: ¡Ha estado en Europa! ¡Ah! ¿Este joven ha estado en Europa? ¿Estuvo usted en París?".[124] La capital

122 Véase Urry, John. *The Tourist Gaze. Leisure and Travel in Contemporary Societes.* London: Sage, 1990.

123 Losada, Leandro. *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque.* Buenos Aires: Siglo XXI, 2008, pp. 149-166.

124 Lugones, Benigno B. "La vida porteña", *La Nación*, 15 de diciembre de 1881.

de Francia era un destino inevitable, por todos anhelado, pero para Lugones viajar a París no era cosa tan fácil. Los "consejos a los viajeros" tenían una doble intención: ofrecían recomendaciones para aprovechar el tour europeo, especialmente orientadas a los pasajeros poco habituados al cruce ultramarino y, a la vez, realizaban una radiografía irónica de los nuevos turistas, inexpertos, que llamaba "viajeros iletrados". No usaba esa adjetivación porque los imaginara analfabetos (ya que, entre otras cosas, les recomendaba utilizar el trayecto en barco para leer alguna guía de viaje), sino porque los diferenciaba de los viejos desplazamientos del patriciado porteño.

El primer consejo de Lugones era muy simple: cuando se viajaba a Francia, era preferible comenzar por las provincias antes de entrar a París, para amortiguar el *shock* que esa ciudad provoca al turista. El otro consejo era conocer también Londres: mientras París era el gran destino deseado por todos, pocos argentinos aspiraban a conocer la capital inglesa y casi todos los argentinos mostraban por ella un "desdén injustificado", según opina Lugones en una carta destinada a torcer esa injusticia.[125] Esos consejos terminaron siendo una especie de testamento de un joven viajero que con veintitantos años había cruzado el océano varias veces.

"Cómo se debe viajar a París", su último texto, era también una búsqueda sobre las condiciones de posibilidad del viaje en la era del turismo que se avecinaba y ya mostraba todos sus colmillos. Terminaba explicando que existían dos maneras de lograr que un viaje sea verdaderamente un viaje. Dos modos, dos estrategias: "pero no diré cuáles son", remataba, "porque su examen vale una carta y ya es tiempo de cerrar ésta". Esa otra carta nunca apareció. Firmó ésta desde

125 Lugones, Benigno B. "El nuevo Londres", *La Nación*, 12 de octubre de 1882.

Salies-les-Béarn el 4 de septiembre de 1884, el 5 de octubre se publicó en *La Nación* y pocos días después Benigno Lugones era velado en la iglesia Saint Étienne du Mont.

Final y restos: el escritor malogrado

En el siglo XX, fundamentalmente después del Centenario, en el campo literario argentino no era necesario agregar el nombre Leopoldo cuando se hablaba de Lugones. Bastaba con pronunciar el apellido para referirse al laureado poeta. Pero en 1884 la situación era distinta. Según contaba uno de los presentes en el entierro de Benigno Lugones, a la redacción de *La Nación* llegó un telegrama que decía "Lugones ha muerto" y, sabiendo bien de quién se trataba, "la noticia cundió rápido por todos los centros de Buenos Aires".[126]

Tres días después de la fecha de defunción, las páginas de los principales diarios porteños daban cuenta de esa repercusión. No solo *La Nación* y *La Prensa* dedicaron varias líneas a la noticia fúnebre que sacudía al mundo del diarismo. Inclusive sus no tan antiguos contrincantes de *La Patria Argentina* hicieron lugar a esta noticia que –de acuerdo con su redactor– tuvo especial impacto en los "círculos periodísticos y literarios donde Lugones era sumamente conocido y apreciado".[127]

Otros periódicos reprodujeron detalles sobre sus últimos días en Francia. *El Diario* publicó una carta que Eduardo Dimet envió desde París a Manuel Lainez, fechada el 15 de octubre. Había ido a visitar a Lugones a la casa

126 Discurso fúnebre de Adolfo Montier, reproducido en *La Nación,* 3 de marzo de 1885.

127 "La muerte de Benigno B. Lugones", *La Patria Argentina,* 30 de octubre de 1884.

de Udaondo y hablaba de su salud como “un caso perdido”. Según contaba, el doctor argentino lo había encontrado en un pueblito de los Pirineos cuando ya estaba muy enfermo y lo instaló en su residencia en París.[128] Udaondo se encargó luego de coordinar los servicios fúnebres, pagar los traslados y las pompas en la iglesia Saint Étienne du Mont, donde quedó guardado el ataúd hasta que otro médico argentino, que estaba concluyendo sus estudios en una universidad francesa, lo llevara consigo en un barco con destino a Buenos Aires. Todo eso contaban las cartas que llegaban desde París con informaciones sobre el funeral del “malogrado Lugones”.[129]

Los periodistas de *La Nación* crearon una “Comisión de Amigos de Benigno Lugones” que organizó sucesivas reuniones y eventos culturales para recaudar fondos. El primer encuentro fue una velada en la sala de redacción, la noche del 29 de octubre, poco después de haber recibido desde París el telegrama que informaba su muerte. Las crónicas sobre esa reunión cuentan que asistieron medio centenar de periodistas y hombres de letras, entre los cuales estaban sus amigos Carlos Monsalve, Alberto Navarro Viola, Rodolfo Araujo Muñoz, José S. Álvarez y todos los colegas del diario.

En lo inmediato, la idea era juntar los fondos para repatriar sus restos desde Francia y otorgarle una pensión a la madre, quien había quedado en una “tristísima situación”

128 “Los últimos momentos de Lugones”, *El Diario,* 24 de noviembre de 1884. Véase también “Cartas de Prat. Buenos Aires en París”, *La Nación,* 2 de diciembre de 1884.

129 *El Diario,* 28 de noviembre de 1884. Sobre los funerales de Lugones en París véase también *El Diario,* 30 de noviembre de 1884 y “Cartas de Prat. Buenos Aires en París”, *La Nación,* 3 de diciembre de 1884. En el Museo Mitre (Fondo de Emilio Vedia y Mitre, Documento No. 854), hay una copia del pago que se hizo por los servicios fúnebres, enviada por Udaondo a la dirección de *La Nación*.

financiera.[130] Para lograrlo organizaron un sistema de donaciones que podían hacerse en las secretarías de redacción de diferentes diarios, quienes a su vez enviaban lo recaudado a *La Nación*. A las donaciones se le sumaron lo recaudado en algunas fiestas en el Skating Rink y obras de teatro a beneficio de la causa.[131]

Las ceremonias que acompañaron la repatriación de los restos dan una idea del lugar que había conquistado Lugones en la prensa y, en general, dentro de los círculos de la cultura letrada. Desde finales de 1884 diferentes reporteros y cronistas celebraron reuniones para "determinar la forma de concurrir a la recepción de los restos del malogrado compañero Benigno B. Lugones".[132] El ataúd llegaba a Buenos Aires el primer día de marzo de 1885 en el vapor *Pampa* y ya en los últimos días de febrero en los periódicos se hablaba del asunto. La Comisión de Amigos y la familia publicaron avisos fúnebres invitando a seguir el cortejo desde el puerto hasta la Recoleta.[133]

El barco que trajo el ataúd llegó a Buenos Aires ese domingo primero de marzo, alrededor de las diez de la mañana, pero ya desde las seis varios amigos y colegas fueron juntándose en el Muelle de las Catalinas para esperar la llegada

130 "Benigno B. Lugones. La reunión de anoche", *El Diario,* 30 de octubre de 1884.

131 Adela Dorrego de Lugones, su madre, recibió la pensión mensual a finales de 1884 y a la hermana le consiguieron un puesto como docente en una escuela pública. En el Museo Mitre (Fondo de Emilio Vedia y Mitre, Documento No. 325) aparece una carta manuscrita de la madre, en la que le agradece a la Comisión de Amigos todo lo realizado. Sobre los eventos culturales organizados véase: "En el Skating Rink", *El Diario,* 23 de noviembre de 1884; y *El Diario,* 7 de noviembre de 1884.

132 Véase *El Diario,* 4 de noviembre de 1884.

133 Véase, por ejemplo, los avisos fúnebres en *La Nación,* 28 de febrero de 1885.

TEATRO DE LA OPERA

GRA CONMPAÑIA DRAMATICA INGLESA, DIRIGIDA POR EL SEÑOR DANIEL LATHAM

EL JUEVES 6 DEL CORRIENTE

Para aumentar la suscricion iniciada con el objeto de constituir una renta vitalicia á la familia del malogrado periodista:

BENIGNO B. LUGONES

Se pondrá en escena la gran obra de Shakespeare:

HAMLET

Con el Sr. Daniel Latham en el papel de protagonista

Entre el segundo y tercer acto del drama, leerá el señor

ALBERTO MENDEZ CALDEIRA

La magnífica composicion de Olegario Andrade:

PROMETEO

PRECIOS

Palcos bajos y balcones	$ m/n	10.50	
" altos	"	8.50	
" cazuela	"	4.20	
Tertulias balcon	"	2.50	con entrada
" altas	"	2.00	con entrada
" orquesta	"	2.50	con entrada
Lunetas platea	"	2.00	con entrada
" cazuela	"	1.00	con entrada
Entrada general	"	1.25	
" paraiso	"	0.80	

Los que suscriben, miembros de la Comision de amigos de Lugones, invocan los generosos sentimientos del público de Buenos Aires, para poner bajo su proteccion esta fiesta, que une al interés de su programa, un fin altamente filantrópico.

Ingeniero Emilio Mitre y Vedia	Presidente
Manuel J. Lainez	Vice-Presidente
Dr. Alberto Navarro Viola, Rodolfo Araujo Muñoz, Eduardo Saenz, Cárlos Monsalve	Secretarios
Enrique de Vedia	Tesorero
Bartolomé Mitre y Vedia, Belisario F. Arana, Epifanio Portela, Dr. Antonio F. Piñero, Adolfo Moutier, Joaquin Montaña, José Antonio Ojeda, Dr. R. A. de Toledo	Vocales

Las localidades se espenden en la boleteria del teatro.

Afiche publicitario de la Comisión de Amigos de Benigno Lugones
Museo Mitre, Fondo Ing. Emilio Vedia y Mitre, Documento No. 391

"de los restos del malogrado repórter".[134] Poco después que el vapor *Pampa* ancló en el puerto, los miembros de la Comisión de Amigos (Emilio Vedia y Mitre, Navarro Viola, Carlos Monsalve y otros) acompañaron a su tío, Nemesio Lugones, a buscar el féretro en una barca llamada *Braza*, que los llevó desde el muelle hasta el trasatlántico.

Pocos minutos después el *Braza* retornaba al Muelle de las Catalinas, adonde esperaba un grupo cada vez más nutrido de personas y un carruaje para llevar el féretro hasta Recoleta. En sus cortinas negras de terciopelo, el coche tenía impresas las iniciales de Lugones y el ataúd se veía cubierto de coronas con flores artificiales. La procesión se puso en movimiento alrededor de las once y, según las crónicas de los diarios, en el Cementerio también estaban esperando numerosas familias, amigos y allegados. La calle principal de la necrópolis estaba cubierta de flores y alrededor del sepulcro "infinidad de coronas formaban un marco a la lápida". Los presentes ya invadían los jardines y los curiosos se subían a las tumbas para ver lo que pasaba.[135]

El coche fúnebre frenó y la multitud vio asomarse el féretro de roble con agarraduras de metal blanco, que tomaron sus amigos para llevarlo hasta la Iglesia del Pilar, también repleta, donde hubo una misa de cuerpo presente. La ceremonia continuó hacia la tumba y en el entierro pronunciaron discursos los directivos de *La Nación* y otros periodistas. José María Niño, su camarada gremial en el Centro de Cronistas, entregó una placa de bronce "en nombre de los reporters y cronistas de la prensa de Buenos Aires".[136] Hoy, todavía podemos ver esa placa en el Cementerio de la Recoleta.

134 "El entierro de Lugones", *La Patria Argentina,* 2 de marzo de 1885.

135 "El entierro de Lugones", *El Diario,* 2 de marzo de 1885.

136 "Benigno B. Lugones. Deber cumplido", *La Nación,* 3 de marzo de 1885.

Entre esos discursos, se deslizó uno de los últimos objetivos que se había propuesto la Comisión de Amigos. Para concluir el trabajo, buscaban reunir "algunas de sus producciones en un libro que será a la vez la urna que encierre los esparcidos despojos de su espíritu", según decía Adolfo Montier frente al féretro.[137] "La Comisión de Amigos de Lugones –escribía unos días después el redactor *La Nación*– pondrá en breve término definitivo a su cometido, dando a la publicidad, en forma de libro, una colección de trabajos del malogrado escritor, entresacados entre los mejores de su fecunda pluma".[138] En los testimonios sobre las primeras reuniones de esa Comisión, se dice que la tarea de compilación de esos textos y la edición del libro quedaron a cargo de Alberto Navarro Viola, quien murió poco después del entierro de su amigo, lo que debe haber hecho naufragar el proyecto del libro.

Así, los textos de Lugones quedaron, según las palabras de García Mérou, "sepultados entre montañas de papel". Su nombre, que tanto había aparecido en la prensa de esos años, que tantos periodistas y literatos supo convocar en el entierro, fue desapareciendo hasta quedar confinado a ciertos destellos de memorias literarias, a unos pocos artículos que lo recordaron entre los escritores destacados de la prensa. Y, finalmente, quedó librado a la suerte de unos pocos lunfardistas y arqueólogos de las letras excéntricas, cultores de autores más o menos olvidados, letristas de tango y poetas infames.

Algunos, inclusive, recogieron esa intención de reunir sus

137 Ídem. La idea del libro aparecía en los primeros objetivos formulados por la Comisión de Amigos, véase: "La muerte de Benigno B. Lugones", *La Patria Argentina,* 30 de octubre de 1884.

138 "Benigno B. Lugones. Deber cumplido", *La Nación,* 3 de marzo de 1885.

textos dispersos en un volumen único. Sin embargo, por algún motivo, eso nunca se cumplió. Hasta ahora. Me pregunto qué hubiera pensando Benigno Lugones sobre esto de terminar siendo publicado en una colección llamada *Los Raros*, editada nada más y nada menos que por la Biblioteca Nacional. Me lo pregunto, consciente de la imposibilidad del condicional contra-fáctico. Pero no puedo sortear ese diálogo sordo entre el autor y el azaroso compilador. Ni puedo evitar volver sobre la imagen de su tumba, recordarme allí sentado, confundido por el sepulturero con un deudo, sintiéndome en cierto punto un deudo, casi un viudo, quizás un médium. Y pienso cuánto hay de exhumación en todo esto, cuánto de despótico tiene que un autor debute con su primer libro, sin decidirlo ni saberlo, a la promisoria edad de 27 años, pero habiendo muerto hace más de un siglo. Como sea, el malogrado escritor ha logrado alguna cosa.

Agradecimientos

La Biblioteca Nacional se ha convertido para mí en un destino inevitable. Una vez más nuestro maridaje produjo un libro y quiero dejar constancia de las deudas que uno siempre contrae en estas circunstancias. A María Pía López, a su generosidad y entusiasmo, le debemos el nacimiento de este libro una tarde otoñal de 2010. Juana Orquín supo orientarme bien por el universo de la colección *Los Raros*.

A Juan Pablo Canala le debo todo lo que esta edición tenga de crítica y, sin dudas, el haber terminado alguna vez el estudio preliminar. Nuestros diálogos veraniegos (él desde Buenos Aires, yo desde Río de Janeiro) fueron una constante fuente de ideas, revisiones y hallazgos. Comparto con él, como con nadie, el placer de transitar las fronteras entre la literatura y la historia. Espero que esto sea simplemente el anuncio de una larga serie de obsesiones comunes.

Mi primer acercamiento a Benigno Lugones estuvo centrado en sus folletines sobre los lunfardos. A ese tema dediqué un texto que entregué a Lila Caimari en un seminario que dictó en la Universidad de San Andrés. El texto se llamó "Etnografía del arte de robar" y fue incluido como capítulo del libro *Escritores, detectives y archivistas*, que también publicó la Biblioteca Nacional. Ese primer ensayo le debe muchísimo a la bibliografía seleccionada por Lila y, desde luego, a la propia lectura que ella hizo de mi trabajo. Como siempre, sus observaciones han sido cuanto menos indispensables.

El rastrillaje de textos de Lugones en las páginas del diario *La Nación* fue realizado en la Biblioteca del Banco Central durante el año 2008. Al excelente espacio físico de trabajo se le suma la buena predisposición del personal de la hemeroteca, a quien va también mi reconocimiento. A Raúl

Escandar del Museo Mitre le agradezco el asesoramiento sobre la Revista Científico-Literaria y el rastreo de un libro que había sido, en su momento, consultado por Lugones en la biblioteca personal de Bartolomé Mitre. Por último, sin la enorme colaboración de Vinícius, de mis padres y de Vicky, el trabajo con estos textos hubiera sido interminable.

Cuando ya había finalizado las pesquisas, mientras buscaba bibliografía en el catálogo de la Biblioteca Nacional, encontré dos libros que se referían a Benigno Lugones. Ambos del mismo autor, Miguel Ángel Lafuente, editados por la Academia Porteña del Lunfardo. Leyéndolos me enteré de la existencia de una carpeta sobre Lugones en la biblioteca de esa institución. Allá fui y la revisión del material me confirmó que el levantamiento de sus escritos en *La Nación* estaba lo suficientemente completo, e inclusive percibí que contaba con varios textos faltantes en la carpeta compilada por Lafuente. De todos modos, esa carpeta me facilitó otros materiales que han sido muy importantes para la investigación. Por cierto, agradezco al bibliotecario, Marcos Blum, el café servido y la exquisita selección de tangos que amenizaron mucho aquella tarde entera de trabajo en la Academia.

Mi interés por el lunfardo y por Benigno Lugones nació otra tarde, revisando la biblioteca que pertenecía a Mario Teruggi, en su casa de La Plata. Su libro *Panorama del lunfardo* fue lo primero que leí sobre el tema, mientras Kewpie servía su delicioso *lemon pie* y contaba como siempre graciosas anécdotas. Más tarde me enteré por qué Mario, afectado por el secuestro de su nieta Clara Anahí, y en su lucha silenciosa, nunca volvió a pisar la Academia Porteña del Lunfardo. A su memoria dedico también este libro.

DIEGO GALEANO,
Río de Janeiro, verano de 2011.

Criterios de la presente edición

Este libro ofrece al lector una selección de textos de Benigno Lugones, extraídos en su gran mayoría del diario *La Nación* y publicados originalmente entre 1879 y 1884. En su conjunto, constituyen una fracción significativa del corpus periodístico del autor, y la selección estuvo basada en una serie de criterios que convendría explicitar.

En primer lugar, incluimos solamente aquellos textos firmados con el nombre de autor (Benigno B. Lugones), dejando por fuera la producción publicada bajo seudónimos y, desde luego, todo aquellos artículos publicados sin firma. Existen referencias bibliográficas que atribuyen a Lugones el uso de ciertos seudónimos (Oscar Weber, Waldemar, Bachiller Lesmes Covarrubias), empleados para firmar sus intervenciones escritas; referencias hechas por él mismo y menciones efectuadas por otros. La presencia de Lugones en la prensa diaria y las revistas de la época debió haber sido más amplia y voluminosa que el centenar de textos que alistamos al final, sea porque aparecieron sin firma, sea porque lo hizo bajo algún seudónimo del cual no encontramos testimonios que a él lo atribuyan.

En segundo lugar, sobre el corpus identificado establecimos otros criterios de exclusión. Dejamos por fuera toda la serie de "revista de la semana", publicada en *La Nación* entre finales de 1879 y comienzos de 1880 bajo el título general de "Microcosmos". No sólo porque buena parte de sus títulos fueron publicados bajo un seudónimo (*Waldemar*), sino –fundamentalmente– porque reflejan la tarea de un repórter, produciendo noticias breves de actualidad. El mismo criterio aplicamos para excluir la crítica de obras teatrales, de diversas publicaciones y de otras

manifestaciones artísticas (muchos de esos textos se publicaron en las secciones Literatura, Teatro y Variedades del diario *La Nación*). En definitiva, optamos por dar mayor visibilidad al Lugones cronista, en detrimento del crítico de arte y del repórter.

En tercer lugar, los textos seleccionados fueron agrupados en cinco secciones siguiendo un criterio temático que no siempre respeta la cronología de su obra. La primera, denominada *Bocetos policiales*, toma el título del nombre que el diario *La Nación* le otorgó a una serie de folletines de Lugones, de los cuales solamente aparecieron los dos que aquí recopilamos. La segunda, *Meandros naturalistas*, sigue la ruta de una polémica literaria en la que participó Lugones, y es la única sección que abre lugar a textos publicados fuera de *La Nación*, uno en la *Revista Literaria*, el otro en los *Anales del Círculo Médico Argentino.* La sección siguiente, *Historias urbanas*, recoge diferentes crónicas sobre Buenos Aires, desde un relato sobre la epidemia de fiebre amarilla de 1871 hasta una serie de artículos sobre las rápidas transformaciones arquitectónicas y edilicias de la ciudad. La cuarta sección, *La excursión ferroviaria*, recoge cronológicamente las crónicas de un viaje en tren al sur de la Provincia de Buenos Aires, publicadas en forma de cartas dirigidas al director del diario. Esta modalidad epistolar de "corresponsalías especiales" aparece también en la última sección, *El viaje ultramarino*, donde la acción narrativa se traslada a Europa. Mientras la travesía en tren constituye una serie única y sucesiva de textos, el viaje europeo recupera dos corresponsalías diferentes (1882 y 1884), y en este caso decidimos incluir únicamente las cartas que asumen una forma de crónica de viaje, dejando de lado aquellas en las que el desplazamiento es una excusa para escribir una nota de opinión política.

Si bien los nombres de cada una de estas secciones del libro son invenciones de la presente edición, los títulos de los textos que las integran pertenecen a Benigno Lugones. En caso de presencia de títulos y subtítulos en los textos originales, tal como fueron publicados en diarios y revistas, decidimos elegir tan solo uno de ellos para simplificar la titulación de los capítulos. En muchos casos, la grafía de estos textos publicados en la prensa no resultaba únicamente de la pluma de Lugones, sino de la conjunción entre ella y las interpretaciones que los eventuales cajistas hacían de sus manuscritos. Podía suceder, sobre todo en las corresponsalías, que el autor siquiera tuviera la oportunidad de revisar aquello que los cajistas transcribían en la sala de redacción del diario.

Por todo esto, fue ineludible la revisión detenida y corrección de estilo de los textos, tal como fueron publicados originalmente. En el caso de las grafías vacilantes sin valor fonético, optamos por modernizar el texto según los usos actuales (por ejemplo, *esplicar* deviene siempre *explicar*). En general, actualizamos la puntuación e intervenimos el texto uniendo o separando palabras, unificando el uso de mayúsculas y minúsculas, siempre teniendo en cuenta el criterio de adecuar las formas gramaticales y ortográficas a los usos actualmente vigentes. El mismo criterio se aplicó a las numerosas palabras y frases en francés que Lugones incluye en sus textos: en todos los casos se corrigió y modernizó la grafía, manteniendo el texto en el idioma que el autor lo escribió. Mucho de lo modificado para esta edición puede relacionarse con erratas tipográficas surgidas en el proceso de mecanización y composición del texto en la imprenta del diario, pero al no contar con los manuscritos de Lugones, ha sido imposible aquí reconstruir ese proceso y establecer esas distinciones.

Por último, incluimos un listado completo de la bibliografía de Benigno Lugones encontrada en el diario *La Nación* y en algunas revistas de época. Los títulos aparecen al comienzo, completos, seguidos del lugar en que fueron publicados. En el caso de *La Nación* (que reúne la mayor parte de los textos), aclaramos entre corchetes si el texto fue publicado en alguna sección del diario. Se utiliza también el corchete al final de la cita, para especificar si el texto apareció bajo algún seudónimo o si se trató de un texto escrito en colaboración. Por último, para facilitar la búsqueda de los textos editados en el presente libro, se incluyen asteriscos al final de cada asiento bibliográfico del siguiente listado.

"La exogamia (artículo que deben leer las madres de familia)", *La Familia. Periódico ilustrado*, Buenos Aires, Año I, No. 46, 1 de diciembre de 1878. [publicado con el seudónimo "Oscar Weber"].

"Pródromo a una descripción de la pederastia pasiva", *Anales del Círculo Médico Argentino*, Año III, Tomo III, No. 1 (1879), Buenos Aires, Imprenta de obras de La Nación, 1880, pp. 4-16.*

"Los beduinos urbanos (Bocetos policiales)", *La Nación* [Folletín], 18 de marzo de 1879.*[1]

"Los caballeros de la industria (Bocetos policiales)", *La Nación* [Folletín], 6 de abril de 1879.*[2]

"Una faz en la vida porteña (Ensayo de estadística social)", *La Nación* [Folletín], 27 de abril de 1879.

"La palabra de Renan", *La Nación* [Literatura], 14 de mayo de 1879.

1 Este texto fue editado previamente por Gobello, José, *Vieja y nueva lunfardia*, Buenos Aires, Editorial Freeland, 1963, pp. 101-109

2 Este texto fue editado previamente por Gobello, José, *Vieja y nueva lunfardia*, Op. Cit., pp. 109-119

"De puertas adentro", *La Nación* [Variedades], 25 de mayo de 1879.
"Una carta familiar", *La Nación* [Folletín], 4 de junio de 1879.
"Karl Graners", *Revista Literaria. Órgano del Círculo Científico Literario*, Año I, No. 1, Buenos Aires, 8 de junio de 1879, pp. 4-6.
"Karl Graners (conclusión)", *Revista Literaria. Órgano del Círculo Científico Literario*, Año I, No. 2, Buenos Aires, 15 de junio de 1879, pp. 24-27.[3]
"Un poco de critiquilla", *Revista Literaria. Órgano del Círculo Científico Literario*, Año I, No. 4, Buenos Aires, 29 de junio de 1879, pp. 55-56 [publicado con el seudónimo "Lesmes Covarrubias y Tocata"].
"¿Tiene Ud. galletitas inglesas? (Variaciones sobre un tema que no es nuevo)", *La Nación*, 29 de junio de 1879.
"Familia de las rubiáceas, género coffea", *La Nación* [Variedades], 9 de julio de 1879.
"Una poesía del siglo XII", *Revista Literaria. Órgano del Círculo Científico Literario*, Año I, No. 6, Buenos Aires, 13 de julio de 1879, pp. 68-87.
"Epístola amigable del Bachiller Tocata", *Revista Literaria. Órgano del Círculo Científico Literario*, Año I, No. 7, Buenos Aires, 20 de julio de 1879, pp. 106-108 [publicado con el seudónimo "Lesmes Covarrubias y Tocata"].
"Es preciso conocer el mundo", *Revista Literaria. Órgano del Círculo Científico Literario*, Año I, No. 12, Buenos Aires, 24 de agosto de 1879, pp. 177-179.
"Emilio Du Bois Reymond", *La Nación* [Literatura], 14 de septiembre de 1879.

3 Este texto publicado en dos entregas fue editado previamente por Marún, Gioconda, *El modernismo argentino incógnito en La ondina del Plata y Revista Literaria: (1875-1880)*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1993, pp. 161-169

"Mi amigo Hermann (crítica)", *Revista Literaria. Órgano del Círculo Científico Literario*, Año I, No. 15, Buenos Aires, 14 de septiembre de 1879, pp. 232-233.[4]

"Una historia verosímil (Comentario al Código Penal)", *Revista Literaria. Órgano del Círculo Científico Literario*, Año I, No. 18, Buenos Aires, 5 de octubre de 1879, pp. 280-284.*

"Rectificaciones históricas. El busto de Garay", *La Nación* [Historia], 30 de octubre de 1879.

"El beso matinal", *La Nación* [Complemento], 1 de noviembre de 1879.*

"Carta literaria", *La Nación* [Literatura], 16 de noviembre de 1879.*[5]

"Microcosmos", *La Nación* [Folletín], 30 de noviembre de 1879 [publicado con el seudónimo "Waldemar"].

"Microcosmos", *La Nación* [Folletín], 7 de diciembre de 1879 [publicado con el seudónimo "Waldemar"].

"Microcosmos", *La Nación* [Folletín], 14 de diciembre de 1879 [publicado con el seudónimo "Waldemar"].

"Microcosmos", *La Nación* [Folletín], 21 de diciembre de 1879 [publicado con el seudónimo "Waldemar"].

"Microcosmos", *La Nación* [Folletín], 28 de diciembre de 1879 [publicado con el seudónimo "Waldemar"].

"Microcosmos", *La Nación* [Folletín], 4 de enero de 1880 [publicado con el seudónimo "Waldemar"].

"Microcosmos", *La Nación* [Folletín], 11 de enero de 1880 [publicado con el seudónimo "Waldemar"].

"Microcosmos", *La Nación* [Folletín], 18 de enero de 1880 [publicado con el seudónimo "Waldemar"].

4 Este fue editado previamente por Marún, Gioconda, *El modernismo argentino incógnito*, Op. Cit., pp. 195-197

5 Este texto fue editado previamente por Frugoni de Fritzche, Teresita, *El naturalismo en Buenos Aires*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1966, pp. 9-15

"Microcosmos", *La Nación* [Folletín], 25 de enero de 1880 [publicado con el seudónimo "Waldemar"].
"Microcosmos", *La Nación* [Folletín], 1 de febrero de 1880 [publicado con el seudónimo "Waldemar"].
"En la patria chica", *La Nación* [Literatura], 21 de febrero de 1880.
"Microcosmos", *La Nación* [Folletín], 22 de febrero de 1880 [publicado con el seudónimo "Waldemar"].
"Una historia sencilla", *La Nación* [Literatura], 24 de febrero de 1880.*
"Microcosmos. Revista de la semana", *La Nación* [Folletín], 29 de febrero de 1880 [publicado con el seudónimo "Waldemar"].
"R", *La Nación* [Folletín], 3 de marzo de 1880.
"Quintas de recreo", *La Nación* [Folletín], 10 de marzo de 1880.
"Microcosmos. Revista de la semana", *La Nación* [Folletín], 21 de marzo de 1880 [publicado con el seudónimo "Waldemar"].
"Las flores", *La Nación* [Literatura], 21 de marzo de 1880 ["Artículo escrito ayer en la Redacción de La Nación por tres personas distintas"].
"Microcosmos. Revista de la semana", *La Nación* [Folletín], 4 de abril de 1880.
"Microcosmos. Revista de la semana", *La Nación* [Folletín], 11 de abril de 1880.
"El jubileo de Czar. Lo que no puede decirse", *La Nación* [Variedades], 15 de abril de 1880.
"Un ramo de flores (Inpromtu)", *La Nación* [Literatura], 17 de abril de 1880 [publicado con el seudónimo "C. E. B. Monsalu", escrito en la redacción por los periodistas Carlos Monsalve, Eduardo Sáenz, Benigno B. Lugones].
"Noviscum semper", *La Nación* [Folletín], 21 de abril de 1880.

"Microcosmos. Revista de la semana", *La Nación* [Folletín], 25 de abril de 1880.
"Microcosmos", *La Nación* [Folletín], 2 de mayo de 1880.
"Nuestros artistas. Dalmiro Costa", *La Nación* [Folletín], 15 de mayo de 1880.
"El baile", *La Nación* [Folletín], 6 de junio de 1880.
"Luz", *La Nación* [Literatura], 29 de agosto de 1880 ["Artículo escrito ayer en la redacción de LA NACIÓN con tema obligado y en 20 minutos por los señores Martín García Mérou y Benigno B. Lugones"].
"In monachio libertas", *La Nación* [Literatura], 13 de marzo de 1881.
"La España del pasado", *La Nación* [Literatura], 26 de abril de 1881.
"Isis", *La Nación* [Literatura], 6 de julio de 1881.
"Un autor y un libro", *La Nación* [Literatura], 21 de julio de 1881.
"Montevideo a vuelo de pájaro", *La Nación*, 30 de octubre de 1881.
"La vida porteña", *La Nación* [Folletín], 15 de diciembre de 1881.*
"O locura o santidad (Representado anteanoche en el Politeama)", *La Nación* [Literatura], 22 de diciembre de 1881.
"Alberto Navarro Viola", *La Nación*, 5 de marzo de 1882.
"La princesa Jorge", *La Nación*, 7 de marzo de 1882.
"Veinte años de vida italiana en Buenos Aires", *La Nación*, 15 de marzo de 1882.
"La ciudad a vuelo de pájaro (reportaje arquitectónico)", *La Nación*, 17 de mayo de 1882.*
"¿Se viste bien en Fausto el tenor Nouvelli? I", *La Nación* [Teatro], 6 de junio de 1882.
"¿Se viste bien en Fausto el tenor Nouvelli? II", *La Nación* [Teatro], 7 de junio de 1882.

"¿Se viste bien en Fausto el tenor Nouvelli? III", *La Nación* [Teatro], 8 de junio de 1882.
"Guanabara. La Bahía de Río de Janeiro de lejos y de cerca", *La Nación*, 23 de agosto de 1882.*
"El nuevo Londres", *La Nación*, 12 de octubre de 1882.*
"El museo etnográfico del Trocadero", *La Nación*, 18 de octubre de 1882.*
"El teatro de la Ópera", *La Nación*, 16 de noviembre de 1882.*
"Francia Republicana", *La Nación*, 26 de noviembre de 1882.
"Graciano Mendilaharzu", *La Nación*, 12 de diciembre de 1882.
"En 1871 (fragmento)", *La Nación*, 7 de enero de 1883.*
"El Ferrocarril del Sud", *La Nación*, 18 de febrero de 1883.*
"La ciudad de Azul", *La Nación*, 20 de febrero de 1883.*
"El pueblo de Olavarría", *La Nación*, 24 de febrero de 1883.*
"Una excursión al sur. Establecimiento penitenciario de la Provincia", *La Nación*, 28 de febrero de 1883.*
"Una excursión al sur. Cal y mármoles", *La Nación*, 2 de marzo de 1883.
"Una excursión al sur. Las colonias ruso-alemanas", *La Nación*, 4 de marzo de 1883.*
"Una excursión al sur. Alrededor de las colonias", *La Nación*, 6 de marzo de 1883.*
"Una excursión al sur. En plena pampa", *La Nación*, 10 de marzo de 1883.*
"Una excursión al sur. El puerto de Bahía Blanca", *La Nación*, 11 de marzo de 1883.*
"Una excursión al sur. La vida en Bahía Blanca. *La Nación*, 13 de marzo de 1883.*
"Una excursión al sur. Cuestiones Agrícolas", *La Nación*, 15 de marzo de 1883.
"Una excursión al sur. Turbot Sauce Hollandaise", *La Nación*, 16 de marzo de 1883.*

"El sepulcro de la familia de Berisso", *La Nación*, 25 de abril de 1883.
"¿Cuánto da el de Lugones? *La Nación*, 21 de junio de 1883.
"Historia de un mamarracho. La Recova vieja", *La Nación*, 19 de agosto de 1883.*
"Alarmas falsas. La vagancia en Buenos Aires", *La Nación*, 22 de septiembre de 1883.
"Arte", *La Nación*, 6 de octubre de 1883.
"Un Titán Pigmeo", *La Nación*, 11 de noviembre de 1883.
"El Arco de la Recova", *La Nación*, 22 de noviembre de 1883.*
"Edmundo de Amicis", *La Nación*, 5 de enero de 1884.
"Cartas de Lugones. De un mundo a otro en trece días", *La Nación*, 1 de junio de 1884.*
"Cartas de Lugones. París en verano", *La Nación*, 13 de junio de 1884.*
"Cartas de Lugones. La Coruña, su vida y su comercio", *La Nación*, 31 de julio de 1884.*
"Cartas de Lugones. Por montes y por valles", *La Nación*, 1ro. de agosto de 1884.*
"Cartas de Lugones. Emigración Asturiana", *La Nación*, 15 de agosto de 1884.*
"Cartas de Lugones. Periodismo parisién", *La Nación*, 19 de agosto de 1884.*
"Cartas de Lugones. La legitimidad en Francia", *La Nación*, 21 de agosto de 1884.
"Cartas de Lugones. Solos y solistas (Consejos a los viajeros)", *La Nación*, 3 de septiembre de 1884.*
"Cartas de Lugones. La Constitución francesa. Su revisión", *La Nación*, 26 de septiembre de 1884.
"Cartas de Lugones. Cómo se debe ir a París (Consejos a los viajeros)", *La Nación*, 5 de octubre de 1884.*

Bocetos policiales

Los beduinos urbanos

La sociedad, o para precisar mejor, los hombres honrados, viven bajo la acechanza constante y perenne de una fracción de individuos que, siendo una minoría numéricamente insignificante, dominan la inmensa masa de las poblaciones, apropiándose –para vivir– lo que otros han ganado.

Esos hombres, en quienes toda noción de moral está borrada, ahogada por el más sórdido egoísmo, por la más estúpida negación del buen cálculo de la vida, esos hombres –decimos– constituyen una población flotante que refleja una parte del carácter nacional, pero que tiene uno *sui géneris*, adaptado, como es natural, a las condiciones y circunstancias del ser en quien se encarna.

Se engañaría quien creyera que ese tipo no tiene a su vez una parte de influencia sobre el carácter de la sociedad en que vive y se desarrolla: el estudio de nuestra propia etnografía sería, pues, incompleto, si él faltara en el vasto cuadro de aquella.

Si al punto de vista sociológico es útil la pintura de sus hábitos y costumbres, no lo es menos al punto de vista de la seguridad individual, en cuanto se refiere a la integridad de las fortunas y la vida de las personas, que puedan ser víctimas –aquellas y ésta– de ataques directos, ocultos y desgraciadamente no castigados con el debido rigor.

¿A quién no interesa seguir al ladrón en sus manejos habituales para robar, en la manera de esquivar las penas judiciales y en los hábitos de su vida privada? Si la policía, que conoce todo eso, transmite al pueblo sus conocimientos, ¿no se habrá ayudado a sí misma, mostrando los peligros, para que sean evitados por los mismos que van a caer en ellos?

¡Felices si podemos mostrar, aunque sea una pequeña

parte de esa comedia de magia, que representan diariamente con injuria de las leyes, y en detrimento de grande intereses, los miserables, que viven la vida de la infamia!

Hablemos un momento el *caló* de los ladrones sigámoslos en sus maniobras, descubramos la estrategia que les es propia, mostremos la táctica cuyas reglas sirven para apoderarse del bien ajeno y –aun cuando sea por el vidrio roto de una ventana o el agujero de la llave– miremos y observemos el hogar doméstico de un ladrón, el nido de aves de rapiña que lanza hoy el animal adulto y prepara los pichones, para lanzarlos mañana sobre la vida y la hacienda del que trabaja.

***

La acción de apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño, puede ejecutarse por medios muy diversos, según procederes variables al infinito, con arreglo a cada caso particular; pero toda especie de robo puede relacionarse a dos grandes clases: el robo propiamente dicho y la estafa.

Abandonemos esta última para otra ocasión, y ocupándonos solo de aquel, sigamos subdividiendo para clasificar, según lo han hecho ya los *lunfardos* (ladrones)[1]

1. Robo en que el ladrón saca los objetos del bolsillo del robado: *punga*.
2. Robo en que el ladrón entra a una casa o edificio para hacer el *trabajo: escrucho*.
3. El salteamiento, en que el ladrón ataca armado en calles, plazas, caminos o casas abandonadas: *beaba*.

1 Pronúnciese en ésta y demás palabras del *lunfardo* la ch como en la lengua francesa. Las palabras subrayadas que en adelante se encuentren, pertenecen, como *lunfardo*, al *caló* de los ladrones. [N. del E. Aclaración de Benigno Lugones, a pie de página en el original].

En el ejercicio de este arte, como en el de la medicina, hay talentos generales que abrazan todos las ramas: son los *lunfardos a la gurda*, maestros reconocidos, que solo hacen *trabajos* de mucho valor.

Pero hay inteligencias que se especializan: de ahí que haya *lunfardo* que se dedica exclusivamente a las *pungas;< el punguista;* o al *escrucho*, el *escruchante,* o a las *beabas, el beabista*.

Entre estos especialistas hay muchos que hacen *trabajos michos* y *a la gurda*, (insignificantes y de valor) y otros que solo se dedican a *trabajos a la gurda*, despreciando los *michos*, como indignos de sus aptitudes y seriedad.

***

El *punguista* es, en general, cobarde; viste siempre bien y jamás anda solo, aun cuando lo aparente, por el hecho de no llevar persona alguna a su lado. Diez o doce pasos atrás de él va su compañero, de manera que cuando *da golpe* (roba) la *punga* se la pasa al acompañante, y en caso de ser *a la gurda*, a más de un cofrade, pasando en ocasiones por cuatro a cinco manos. Para ser buen *punguista* es preciso ser inteligente, vivo, astuto y regularmente educado.

Tres *punguistas* se unen para *chacar a un otario* (robar a un zonzo); uno le da conversación, otro le roba y el tercero guarda la *punga* y *espianta* (se va). Durante toda esa maniobra los *lunfardos* fingen no conocerse.

Cuando en una reunión pública se producen aglomeraciones de gente, y olas de personas chocan por pasar en distinta dirección por un mismo paraje, el agente de policía inteligente va al sitio del desorden, seguro de encontrar seis o siete *punguistas* que generan y fomentan el barullo y la confusión para *trabajar.*

En los *tramways* y ferrocarriles, aprovechando días de

funciones que ocasionan la afluencia de gente, los *punguistas trabajan a la gurda*, y entre otros de los medios que utilizan para robar, no es el menos ingenioso el siguiente:

Al ir a subir o bajar un pasajero, el *punguista* coloca su pie en el estribo para que aquel lo pise; la persona que va a ser robada, el *otario*, no ve esa acción, pisa fuerte, y cuando nota lo que ha hecho se sorprende de su torpeza, da un salto o ejecuta un movimiento hacia atrás, encogiendo el cuerpo al mismo tiempo que presenta sus excusas: en ese mismo instante, aprovechando la distracción ocasionada por la sorpresa y aquellos movimientos del *otario*, el *punguista le refila el bobo o la música* (el reloj o la cartera).

Para las señoras y los ancianos, los medios varían y el más común es el que pasamos a exponer, sencillo y más ingenioso que el anterior, pero que requiere mayor ligereza de manos en el *punguista*.

Dos *lunfardos* se colocan en la plataforma trasera y en la delantera uno que va como al descuido, colgado de la correa del timbre. El *otario* hace parar el carruaje, camina hasta la plataforma, y cuando va a poner el pie en el estribo, el *lunfardo* que va adelante, toca la campanilla: el cochero, engañado por el campanillazo, suelta el brek, los caballos arrancan, y el *otario* da un traspiés cayendo en brazos de uno de los *lunfardos* que lo sostiene y le ayuda a bajar cuando el coche vuelve a parar: la *punga* está hecha.

En una función de iglesia, donde hay muchas personas, una mujer se desmaya: la gente se agita a su alrededor, hay empujones, codazos, pisotones, etc., a cuyo favor los *punguistas trabajan*. Es la *mina* (mujer) del *lunfardo*, que en combinación con su *bacán* (hombre), se finge enferma para atraer a los *otarios*.

La mucama de una casa rica, va por la calle llevando un regalo de valor; un hombre la asedia con requiebros amoro-

sos, a poco andar encuentran un ebrio que se cae sobre la mucama, echándola por tierra con el regalo; cuando la mujer se levanta, su galán y el regalo han desaparecido.

De noche, un ladrillo o una tabla cae sobre dos personas que pasan por la vereda: una de ellas es lastimada o al menos golpeada, es el *otario*; la otra ofrece su ayuda y levanta al lastimado, es el *punguista.*

Cuando la venta de billetes de lotería no era clandestina, como en la actualidad, había billeteros *punguistas* que detenían y entretenían a los transeúntes para que sus compañeros apreciaran sobre poco más o menos la cantidad de *ferros* (pesos) que un presunto *otario* llevaba en la *música*.

Es casi inútil citar los casos en que un *lunfardo* arroja a los ojos de un transeúnte un puñado de pimienta y le arrebata lo que lleva en las manos.

Era antes muy usada por los *punguistas* una especie de tijera de plegar, encorvada en la punta, para tomar con ella, como si fuera pinza, los objetos que un *otario* llevaba en los bolsillos.

Para cortar bolsillos usan tijeras de acero muy afiladas y excesivamente apretadas, pero con mucho aceite; para cortar las cadenas de los relojes emplean un instrumento llamado corta-uñas, que emplean también los joyeros y los pedicuros, aquellos para cortar alambres y éstos para lo que el nombre del instrumento indica.

La mano es la mejor herramienta del *punguista* que suele emplearla a veces para sacar un reloj y romper la cadena, apretándola o tirándola entre los dedos. En general, si el *punguista* está a la derecha del *otario*, le roba con la izquierda y viceversa, si está a la izquierda, lo *chaca* con la derecha.

Un caballero inglés vestía, en un 25 de mayo, un pantalón con bolsillos atrás y jaquet muy corto de faldones. Pasando por frente a la Municipalidad, un amigo suyo que estaba allí parado vio que le habían puesto cola; lo llama, se lo avisa, y

el caballero se mira, o más bien se hace mirar: no era cola lo que llevaba colgando: era la trasera del pantalón que los *punguistas* le habían cortado a tijera para que el dinero cayera al suelo. Iba, pues, el caballero inglés sin cola, pero también sin un centavo.

***

El *escrucho*, el robo dentro de las casas, exige cierta presencia de ánimo, mucho atrevimiento en el que lo ejecuta y alguna inteligencia en el que lo dirige; no es *trabajo* para los *otarios* (zonzos) porque la combinación de un *golpe a la gurda*, bien premeditado, requiere el exacto conocimiento del edificio, de los hábitos de las personas que lo ocupan, del mueble o muebles en que está el dinero y de la vigilancia policial que haya en el paraje donde está ubicada la casa.

Los *escruchantes* más terribles son los italianos, que están constituidos en pequeñas asociaciones de mutua protección, especie de alianzas ofensivo-defensivas entre quince o veinte *lunfardos* que depositan en una caja común el producto de sus *trabajos*, sin que –cosa rarísima– jamás se roben los unos a los otros.

Los *escruchantes* argentinos, orientales y españoles son tan arrojados como brutales en sus procederes. Andando *michos* (pobres) pasan por una casa cuyas ventanas están cerradas: uno se detiene y golpea fuertemente; si abren pregunta por sí mismo, si no abren después de nueve o diez golpes, mete la *chua* (llave) en la cerradura, abre y entra. Una vez dentro de la casa tantea las *chancletas* (puertas), las golpea, si no hay signos de gente en los *bolines* (cuartos), abre aquellas y registra todos los muebles.

Los *escruchantes* extranjeros poseen planos de cada sección policial, indicando las paradas de los vigilantes, cabos,

sargentos y oficiales, la comisaría, las casas de los empleados de policía, los establecimientos públicos y, lo que es más notable todavía, la indicación exactísima de la hora y día en que tal oficial entra de cuarto, a qué hora sale quien lo reemplaza, si es guapo, si es flojo, si tiene o no buen sargento, si cuida o duerme durante su servicio, en qué negocios acostumbra a entrar estando de servicio, etc.

Antes de hacer un *escrucho*, y muy especialmente si es *a la gurda*, los *lunfardos* extranjeros organizan, sobre la casa que tienen en vista, un servicio de espionaje para vigilar aquella y la policía del distrito. Esos servicios se hacen por turnos: de tal a tal hora fulano está de *campana* (espía); expirado aquel tiempo viene otro a reemplazarlo, después un tercero releva al segundo, y así sucesivamente.

Estos espionajes suelen durar dos o tres meses; en ocasiones es necesario que un *lunfardo* requiere a la *mina* del servicio doméstico, o que por lo menos se ponga en relaciones con la cocinera o algún sirviente, que sin sospecharlo le dará datos sobre la topografía de la casa, las personas de la familia, etc.

Los medios para llegar a obtener esa amistad son muchos, y uno de ellos es irse a vivir al mismo conventillo donde vive la cocinera; pero ninguno tan ingenioso como este:

Un *lunfardo* que deseaba *escruchar* en una casa del centro de la ciudad, perteneciente a un potentado que la ocupaba, no podía conseguir ni una mirada siquiera de un mucamo que todo el día entraba y salía a la calle.

¿Qué hacer? Va a una confitería cercana, escribe algo en un papel, vuelve a la esquina, y la primera vez que sale el sirviente lo detiene, le muestra una inmensa cantidad de papeles de a un peso y le exige que por favor o por dinero le lleve esa carta –el papel que había escrito– a la niña, de quien él estaba perdidamente enamorado.

El gallego, por codicia, acepta; lleva la carta, es rechazada, y hete aquí conferencia entre el correo y el *lunfardo* que, todo lloroso, le pedía la indicación de un medio cualquiera para hablar con la niña o el apoyo de un amigo para convencerla de que obraba mal.

A la noche el *lunfardo* vuelve –la familia estaba en el teatro– y con el pretexto de ver cuál era y cómo se hallaba arreglado el dormitorio de la niña, entra y recorre toda la casa, explicándole el gallego, pieza por pieza y mueble por mueble, su uso y su destino. "Aquí duerme la zeñoritu; aquí la zeñura y esta es la pieza donde juardan el diñeiro, en aquella caga que parece de fierru, pero que es de madeira".

¡Dos días después –con ocasión de otra función de teatro– robaban en la casa la caga que parecía de fierru y con ella setenta y tantos mil pesos!

Los individuos destinados a estos servicios están anotados por sus apodos (los ladrones no se nombran de otro modo), en pequeñas libretas idénticas a las que lleva la brigada de una fuerza de línea, indicando la hora, el día, la casa, que deben ser espiadas o las personas que se debe seguir o hay que tratar de atraerse, y la distribución detallada de todos los servicios, marcando los turnos de cada *campana*.

En esas mismas libretas suelen encontrarse anotaciones sobre individuos o familias, muy semejantes a esta:

> *N. N. 18.000 ps. de renta, casa propia, casado, duerme en casa de la señora X, calle… núm… su esposa lo infama con N. N., que entra por la casa de al lado y sale a las cinco de la mañana. La sirvienta es medio zonza, les cree a todos los que la pretenden, el cocinero, que duerme en la casa, es sordo. N. N. es flojo, usa pistola de dos tiros.*

En todo *escrucho* hay por lo menos tres individuos: el *campana* que queda convenientemente apostado para dar avisos, y dos *escruchantes* que entran en la casa a hacer el *trabajo.*

Es imposible hacer una clasificación, o siquiera una enumeración, de los medios distintos de que se valen para entrar en una casa; ellos varían con el género de vida de cada familia, la construcción de la casa, la vigilancia del distrito, la edificación del barrio y de la manzana, etc. Se puede, no obstante, asegurar que el mejor y más seguro es entrar por la puerta de calle con llave igual a la que usan los dueños de la casa.

Para abrir puertas usan llaves iguales, ganzúas, corta-fierros de acero, diamante corta-vidrios, sierras muy finas y cortas, y en ocasiones la daga o el cuchillo, no faltando vez en que de un puñetazo rompen un vidrio y hacen saltar un postigo.

Para abrir un ropero lo *acuestan* (lo ponen en el suelo con la luna para arriba) e introducen el *corta* (corta-fierro) en la hendidura de la puerta, frente a la cerradura y sin lastimar en lo más mínimo la madera hacen correr el pestillo, paran el mueble y hacen el *trabajo*. Los chifonier sufren la misma operación.

Las cómodas con llave hembra, los escritorios ministros (que pasan por ser el mueble más seguro), no son movidos de donde están; los abren con una horquilla de las que usan las señoras en los peinados. Las cómodas-escritorio con caja de fierro, son abiertas primero con horquilla o ganzúa para bajar la tabla que sirve de escritorio, y la caja de fierro con *corta* o *chua* igual.

El *escruchante* vulgar registra toda una casa y deja revueltos los muebles y las ropas; no sucede así con el *escruchante a la gurda*, que va sabiendo o sospechando dónde está el dinero (jamás roba alhajas) y se dirige al mueble de la sospecha. Si acierta, guarda el robo y sale; si no acierta, registra toda la casa, pero no roba nada aunque no encuentre lo que busca.

La presencia de perros bravos en una casa es una garantía

ilusoria contra los ladrones, porque ellos encuentran medios de evitar las mordeduras, sea averiguando el nombre del animal y llamándolo por aquel, robándolo el día en que van a dar el golpe, arrojando a la casa, por sobre el techo, tres o cuatro horas antes del robo, un pedazo de carne embebida en una solución soporífera, que lo adormece por toda la noche, envenenándolo, matándolo de una puñalada, o lo que es más común, peleándolo.

Un *lunfardo* se envuelve el brazo izquierdo en el saco, se acerca al animal, se deja morder el brazo envuelto y si el animal no se apacigua le asesta en medio de las orejas, con la cabeza del *corta* o el puño del *vaivén* (cuchillo) un fuertísimo golpe que lo desmaya. Si el *lunfardo* erra el golpe se retira y deja el *escrucho* para otra noche, porque en su sentir aquél es un mal augurio.

El *escruchante* lleva siempre *vaivén*, *bufosa* (pistola) o *bufos* (revólveres), aunque prefiere el primero porque hiere sin ruido; va dispuesto a matar, pelea siempre con los particulares, en muy raros casos con la policía. En los *escruchos a la gurda*, muy *a la gurda*, los lunfardos *espiantan* (se van) en una *cala* (carruaje) que los espera a dos o tres cuadras del sitio en que roban.

En la repartición del robo, si es en dinero, o de su importe si no es divisible, observan la más rigurosa igualdad; los *escruchantes* y el *campana* obtienen cada uno el mismo *toco* (parte o porción). Ordinariamente, venden las alhajas en las ropavejerías o monte-píos clandestinos, y las dejan fundir, pero son los dueños de las casas en que ellos juegan los que se quedan con la mayor parte de los objetos robados. Los *escruchantes* inteligentes mandan a Montevideo, Rosario, Río de Janeiro y aun a Europa, a vender las alhajas que roban aquí; así como los de aquellos puntos envían las suyas a esta ciudad. Las joyas de las meretrices y lenocinas son en su ma-

yoría robadas y vendidas a ellas por los ladrones.

El *beabista*, tercera especie de nuestra clasificación, es el más temible de los ladrones, porque ataca en parajes poco poblados, mal vigilados, en las altas horas de la noche o primeras de la madrugada.

Convenientemente embozados para ocultar el rostro, cubiertos generalmente con un poncho de paño, bien armados de *vaivenes* filosos y largos, con o sin *campana*, asaltan resueltos a que el desgraciado que cae en sus manos le entregue lo que lleva o *a refilarle la biaba* (herirlo o maltratarlo).

Los *beabistas* atacan en grupos de tres o cuatro, cuando menos; son valientes, manejan bien el cuchillo, luchan todo lo que pueden cuando encuentran resistencia, y se fugan solo en el caso de sentirse mal heridos o notar que se aproxima gente. En ocasiones las calles oscuras o plazas son el teatro de sus hazañas, y en tal caso todos o al menos uno, va vestido de vigilante.

El *beabista* no tiene nada de especial; procede como cualquier otro salteador, y no es otra cosa que una reproducción del brigante calabrés, feroz y sanguinario, con las modificaciones de exterioridad a que naturalmente dan lugar la lengua y los hábitos de nuestra ciudad.

***

El *punguista* que es *encanado* (preso), *estrila* (rabia) en los primeros momentos, protesta que es inocente, invoca las leyes y las garantías constitucionales, se muestra soberbio y hasta insolente; pero muy luego los bríos se truecan en mansedumbre que llega hasta el servilismo de la más abyecta delación: el *punguista* hace revelaciones sobre *trabajos* de sus colegas para que lo pongan en libertad.

Los *escruchantes* y *beabistas* que más fama de valientes go-

zan, se amilanan ante un oficial de policía, que ya conozcan como enérgico, o que se muestre tranquilo y sereno, si no saben quién es, llegando a tal punto el pánico que algunos les inspiran, que viéndolos venir por la calle se vuelven para no encontrarlos.

El más activo e inteligente de nuestros agentes de policía, el Señor Don Avelino Robledo (hijo), *Robledito*, como le llaman los *lunfardos*, es la persona a quien más respetan, y al que quizás no le robarán nada. Una noche, Robledo tenía que hacer una captura, cerca del 11 de septiembre; deja el caballo en una esquina y se va. Pasa un *lunfardo*, nuevo en el oficio, repara en que nadie lo ve, monta en el caballo y va a apearse cerca del Parque, en una fonda donde había reunidos muchos de sus amigos. ¡Los *lunfardos* reconocen inmediatamente el animal, avisan al ladrón quién es su dueño y lo obligan a ir *in continenti* a devolverlo!

Donde quiera que hay *lunfardos* reunidos, están jugando al naipe y hay *campanasa*: cuando éstos avisan *chafo* (vigilante), levantan las barajas y siguen alrededor de la mesa como si estuvieran conversando. Cuando avisan *mayorengo micho* (oficial), se dispersan en las mesas del cuarto y fingen canchar o bailar unos con otros. Cuando avisan *mayorengo a la gurda* (comisario) la reunión se disemina en toda la casa, un silencio sepulcral sucede a la bulla, las barajas pasan con la rapidez del rayo hasta el fogón de la cocina, y algunos se esconden. Pero cuando dicen: *Robledito*, cada *lunfardo* repite, *espianta que viene Robledito* y se fuga sin que quede ni uno solo en el café, bodegón o lo que sea.

No hay, ni se puede imaginar, individuo más cínico que el ladrón: uno de los más distinguidos oficiales de policía, el Señor Don Pedro Basso, toma un *punguista* en una reunión pública (doscientas o trescientas personas) en flagrante delito. El *punguista* quiere deshacerse de las manos del Señor Basso,

que se ve obligado a derribarlo sobre el pavimento de un puñetazo. ¡El ladrón se levanta y le dice levantando la cara: "no me pegue señor; de algo tiene que vivir el hombre"!

Un famoso ladrón de los tres géneros es capturado por el Señor Basso en la 5° sección, cuando hacía seis meses que se lo buscaba. El miserable se insolenta, insulta a todos los empleados y hay que hacerlo callar por la fuerza, porque la gente empezaba a aglomerarse en la calle al oír los gritos. ¡Al tiempo de castigarle, para que no gritara, el ladrón invocaba la constitución provincial como garantía de su persona!

Otro ladrón es preso y cuando lo llevan a la policía es interrogado por el Comandante Viejobueno:

– ¿Usted es el autor de tal robo?, le pregunta.

– ¡Usted no tiene derecho para hacerme interrogatorios; ante el Juez competente sabré responder lo que me corresponde!, fue la contestación.

***

El ladrón teme a la policía, pero la burla, porque ante la justicia ordinaria hace valer todas las prerrogativas que da nuestra legislación liberal a los procesados; usa y abusa de los artículos 13, 17 y 18 de la constitución provincial; sabe probar la coartada; promueve articulaciones sobre incompetencia, declinando de jurisdicción en el caso de su proceso, y sobre todo tienen abogados que se dedican a gestionar sus asuntos; lo que se llama en la policía *abogados de ladrones*, curiales que parecen haber nacido cómplices de los *lunfardos* y que agotan el caudal de la chicana para sacar en salvo a sus clientes.

***

Una de las escenas más dolorosas es la de hacer reconocer un ladrón en una comisaría. En el momento en que va a salir de servicio un tercio, se hace formar el tercio entrante en el patio, se trae al ladrón, se le para, se le saca el sombrero y el oficial o sargento pregunta a la tropa:

– ¿Conocen Uds. a este hombre? ¡Conózcanlo! Se llama N.N., tiene tal apodo, es ladrón.

Igual cosa se hace cuando el tercio que deja el servicio viene a la comisaría. ¿Piensa el lector que el ladrón baja la vista o que siquiera se pone colorado? ¡De algo tiene que vivir el hombre!

***

Y estos miserables, cuya vida está constantemente en peligro, que son cada uno un enemigo de los demás, que no pueden tener domicilio fijo, tienen en su propia casa el mayor peligro, porque nada amenaza más a un *lunfardo* que su propia *mina.*

Cuando alguna de esas inteligencias brillantes –como hay tantas entre los ladrones– compuso la única poesía *lunfarda* que existe, el primer elemento que usó para su composición fue la escena tan frecuente y conmovedora de la prisión de un ladrón, hecha por delación de su querida, de la que era quizás el único poder capaz de redimirlo:

Estando en el *bolín polizando* (durmiendo)
Se presentó el mayorengo:
"A *portarlo* en *cana* vengo,
Su mujer lo ha delatado".

Buenos Aires, Marzo 17 de 1879

Los caballeros de la industria

Consagrado en un folletín anterior a presentar una parte de los secretos del arte de *chacar* por medios violentos e ignorados del *otario*, es justo presentar también los de esa parte interesantísima que se llama estafar. En la estafa, el *gil* (sinónimo de *otario*) ve los objetos con los que va a ser robado, pasea con los *lunfardos*, a veces *morfila* (come) y *atorra* (duerme) con ellos, les revela sus secretos y cuando nota que ha sido *chacado*, sus amigos están lejos, no quedándole otro recurso que presentarse a la policía a dar cuenta del suceso.

La estafa más sencilla, la más vulgar, pero también la más peligrosa para el *lunfardo* y que el celo de los directorios del Banco de la Provincia ha hecho casi abandonar, es la de circular billetes falsos.

La mayor parte de las falsificaciones de monedas venían del extranjero y no eran – en ningún caso, aunque estuvieran en la ciudad– los falsificadores quienes circulaban los billetes; eran siempre sus asociados y ayudantes, que salían por la noche a gastar en las casas de negocio y prostitución; en regla general, el individuo que presentaba un billete falso para pagar una cuenta, de día, había sido hecho *otario* o la persona que le había entregado el billete o billetes ignoraba que eran falsos: los verdaderos circuladores, los criminales, salían por la noche.

Repetimos la palabra billete, porque no sucede igual cosa con la moneda metálica falsa, que los ladrones presentaban siempre de día, porque presentarla de noche es justamente exponer a quien la recibe en la casi imprescindible necesidad de examinarla minuciosamente. De día los comerciantes se contentan con golpearla sobre el mostrador si es de mármol o en el suelo si éste no es de madera y, como el sonido

engaña, la moneda pasa. El individuo que se presenta con moneda falsa en casa de un cambista es un *otario*; los *lunfardos* saben muy bien que no se puede engañar a las personas cuya única ocupación es vender y comprar metálico.

El padre de uno de los más temibles *lunfardos*, español que ejercía la profesión de pintor, fue arrastrado allá por el año 1863 o 64 a entrar en una falsificación de billetes del Banco de la Provincia; recibió una suma fuerte para circular, no se le dieron las instrucciones necesarias para que ejecutara juiciosamente la operación y descubrió el asunto porque dejó de trabajar en su oficio y se presentó de día en los cafés y confiterías a pagar gastos con los papeles falsos. Varios de sus compañeros cayeron presos, él consiguió salir con fianza carcelaria y se fugó a Montevideo donde ha residido por muchos años.

Después de este género de estafa debe colocarse la que se ejecuta con billetes de 500 reis (moneda brasilera) que se hacen pasar como billetes de 500 pesos fuertes, y la que se consuma con un billete de 40 centavos fuertes pasándolo por de 40 patacones.

El billete de 500 reis, que cuesta $6 y 2 rls. en cualquier cambio, se asemeja mucho en el color al de $500 y puede pasar como tal en un paraje oscuro, ante la vista de una persona no habituada a ver billetes de $500. Las casas en que se hacen esas estafas, las personas que son sus víctimas, tienen tal carácter de inocencia, que la estafa misma es una sucesión de indignidades que no podemos, sin menoscabo de la moral, publicar en todos sus detalles. Bástenos decir que la *otaria* da generalmente 400 pesos de cambio al *lunfardo* y que en ocasiones pasa una noche entera al lado de éste, sin sospechar que al siguiente día va a encontrarse con un billete de 6 pesos y con 400 o 100 de menos en su cartera; esto si el lunfardo no le *escracha* también las alhajas. Se

ve que semejante *trabajo* es tres veces útil al que lo ejecuta.

La estafa con el papel de 40 centavos fuertes tiene por víctimas a las gentes recién llegadas del extranjero o de la campaña: tales personas no conocen bien la moneda, vienen ávidas de alguna ganancia y son buenos *otarios*, porque son ingenuas, cándidas y sencillas, muy especialmente nuestros paisanos.

Un hombre de campo que no tiene una casa de familia donde parar, viene a vivir en las inmediaciones de los Mercados, de las Plazas 11 de Septiembre, Constitución, Lorea o Montserrat, en una fonda a la cual llega toda clase de gente. Si el hombre tiene trazas de *otario*, un *lunfardo* encuentra el medio seguro de hacer relación con él en la primera o segunda mañana de su llegada y maneja la conversación de tal manera que pronto hablan sobre el pingüe negocio que hay con los billetes del Banco Nacional: el *lunfardo* le explica que tales billetes se reciben en la Tesorería de aquel Banco con un premio de tanto por ciento, porque ese establecimiento los convierte a la vista, y se lamenta de no tener dinero para atrapar alguno que vaya a salir al campo y quiera vender de esos billetes con pérdida, a causa de lo poco que circulan en la campaña. Después de algunas digresiones, la conversación termina, el *lunfardo espianta*, y hay cien probabilidades contra una a que el paisano ha tragado el anzuelo y ansía el encuentro de un tonto que traiga billetes de Banco Nacional.

La misma noche de aquel día o a la mañana siguiente, el tonto se presenta vendiendo uno o más billetes de 40 patacones a $20 el fuerte; el paisano, haciéndosele agua la boca, se echa en el negocio, entrega el *vento* (dinero), y suponiendo que ha engañado al pueblero, cuenta el asunto al fondero, que inmediatamente lo lleva a la comisaría de la sección para explicarle, ante el comisario, lo que ha sucedido.

Se ha visto también –pero no creemos que muchas veces– sacarle a un hombre 950 *ferros* con un billete de cien. El estafador había cortado de un papel inútil de 100, los dos ceros de una de las cifras y había pegado un cero a la derecha de cada 100 del billete con que iba a cometer la estafa.

El *otario* no sabía leer y cayó en la trampa porque se contentó con mirar ligeramente las cifras 100.

***

Un medio muy común que usan los ladrones para estafar ropa, es ir a una casa de negocio, tratar una cantidad de objetos y hacerlos llevar con un peón a tal o cual casa particular que tiene dos salidas; el ladrón toma la ropa, le dice al peón que espere en el zaguán y se sale con aquella por la segunda puerta de la casa, que generalmente da a otra calle.

Dos casas desocupadas de una misma manzana cuyos fondos sean linderos, sirve también para el mismo objeto y muchas estafas se han cometido por ese medio. El ladrón hace esperar al dependiente en el zaguán de una de las casa, salta las paredes y se fuga por la otra.

Es de notarse que el *lunfardo* antes que nada ha tenido cuidado de ir a la primera casa, cerrar puertas y ventanas, quitar el papel o papeles que anuncian que está en alquiler y llevarse la llave que ha tomado en el almacén de la esquina para ver "si le conviene la casa".

Este linaje de estafa no es privativo de los ladrones reconocidos; muchos –nótese que decimos *muchos*– jóvenes que pasan por calaveras, que no tienen fuentes de recursos, que vagan de confitería en café, andan siempre bien vestidos. Esa ropa la consiguen estafando de la manera antes indicada: pasan a causa de que pertenecen a buenas familias, como personas decentes; se les ve en bailes, teatros y paseos en unión

con la más selecta sociedad, pero no se sabe cuáles son sus habituales ocupaciones: el juego, la estafa, la falsificación.

***

Otro género de estafa bastante común es la de los pasajes para Europa a bajo precio, que se ejecutan en pretendidas agencias, expidiéndose pasajes impresos, firmados y sellados, para buques a vapor imaginarios. Las firmas y los sellos son falsos y cuando la autoridad acude a la agencia los estafadores han desaparecido.

Estas agencias tienen corredores que buscan *otarios*; la agencia, como es natural, *refila toco* (da dinero) a esos corredores, que son muchas veces los instigadores, fundadores del negocio. Ordinariamente es porque algún *gil* encuentra en la calle a uno de eses corredores, que la policía da con los estafadores.

Cuando en 1875, la profunda conmoción que causó en el país la inversión de clases gobernantes, fue motivo de que abandonara nuestro suelo una inmensa masa de pobladores extranjeros, se estableció en la calle del Buen Orden, cerca de la Plaza de la Concepción, una agencia de pasajes para Europa que vendía los de 3ª clase a 30 patacones debiendo los pasajeros partir el día 20 del mes en que tenía lugar la venta de los pasajes, en un buque imaginario de 3.000 toneladas, apellidado con el simpático nombre de *Italia*, que iría hasta Nápoles, tocando en Gibraltar, Marsella y Génova.

Llegado aquel famoso día 20 (hasta el 19 se vendieron pasajes) los *angelitos* (sinónimo de *otarios* y de *giles*) se agruparon en número de cerca de 250 en el muelle de pasajeros. Los empleados de la Capitanía del Puerto descubrieron el asunto y se dio conocimiento del hecho a la policía, pero nada se hizo porque no se estilaba entonces capturar a los ladrones.

***

Para estafar a un *bacán* que es *otario cuadro* (muy tonto, casi idiota) hay una estratagema que se usa en las plazas o calles solas.

Los *lunfardos embrocan* [lo miran filiándolo] el *bacán*; uno de aquellos se separa del compañero, pasa delante del *angelito*, quedando el segundo *lunfardo* detrás de este.

Cuando el primero ha llegado cinco a seis pasos delante del *otario*, deja caer un pañuelo que el *gil* se apresura a recoger, porque al trapo tiene un nudo en uno de los extremos; pero en el mismo momento que el *otario* se ha bajado a recoger el *lengo* [pañuelo] el segundo *lunfardo* lo toca en el hombro y se le para delante mientras el primero *espianta* a gran prisa, perdiéndose en la primera esquina y sin hacer caso de los llamados que le haga el *angelito*.

Si el que ha encontrado el pañuelo quería devolverlo a su dueño, el *lunfardo* lo decide a que no lo entregue y a que se repartan el importe de un *zarzo* [anillo] de oro con piedra, que va atado en el nudo; si no pensaba devolverlo lo decide también a hacer el reparto, con pretexto de que dando cuenta del hecho al *chafo* que se halle más próximo, va a hacerlo pasar por ladrón.

Establecido ya que se dividirán el anillo encontrado, entran a justipreciar la alhaja: esta es una sortija con un agua marina muy brillante, un stras o un simple vidrio muy bien tallado. El *lunfardo* pondera su belleza y la avalúa en 1.500 o 2.000 *ferros*. El *otario*, que ha sido bien *embrocado*, posee generalmente la mitad de cualquiera de esas sumas o algo menos, la entrega el *lunfardo* y sigue su camino muy contento.

Si el *otario* no tiene más *guita* (dinero) que cien o doscientos *ferros*, los entrega comprometiéndose a dar después lo

demás. El *lunfardo* acepta el trato y *espianta* con el *cabalete a la gurda* (el bolsillo lleno).

El anillo, a fin de cuentas, vale la suma 40 o 50 pesos y en general, ha sido robado días antes.

***

Se llama *escracho*, la estafa que se comete presentando a un *otario* un billete de lotería y un extracto en que aquel aparece premiado con la suerte mayor; la grande, como se dice generalmente, *la guarda* como dicen los *lunfardos*.

El número de extracto que se muestra ha sido generalmente sacado de otro extracto y pegado sobre al primero; pero se han recogido y hemos tenido en nuestras manos extractos impresos, que habían sido hechos imprimir en tipografías del extranjero o de provincias. Unos y otros extractos se llaman *preparados*.

El estafador detiene el *otario* y le propone en venta el billete diciéndole que algún motivo poderoso le impide ir en persona a cobrarlo. Cuando el trato es aceptado generalmente la ganancia propuesta al *otario* es de 25 y los *lunfardos* llevan a veces su audacia hasta acompañar a aquel a la puerta de una agencia, en la cual le informan que ha sido estafado.

Cuando sale a la calle los estafadores han desaparecido.

En 1876 tres ladrones estafaron de esa manera, en tres mil patacones, a un señor recién llegado de la campaña y mientras hacían el trato, uno de los primeros, habilísimo *punguista*, le refiló *el lobo* y *la marroca* (cadena.)

El hecho tuvo lugar en la calle de Moreno frente a la Plaza de Montserrat o en la plaza misma, no recordamos precisamente el paraje; sabemos sí con certeza que uno de los estafadores ha muerto hace poco en Río Janeiro.

Se denomina *espiante* la estafa que se consuma mediante

algunas libras esterlinas que el estafador muestra al *otario*, colocadas en ambos extremos de unos paquetitos de papel blanco, rellenos con barras de hierro cilíndricas; del mismo diámetro que un soberano.

En una valijita de cuero se colocan muchos paquetes y cuatro o cinco de los de la capa superior, *preparados* con las libras en los extremos: el estafador propone al *angelito* venderle una cantidad de libras esterlinas con un ciento por ciento de pérdida en el cambio; el segundo acepta. Entonces van juntos a un paraje solitario, donde el *lunfardo*, que finge estar apuradísimo porque se le va un tren, o por cualquier otra causa, abre la valijita, saca los 2 o tres paquetes *preparados*, despliega las extremidades de los papeles, que dejan ver las libras y al tiempo de volver a doblar el papel, saca las monedas sin que el *otario* lo vea. Lo demás marcha a maravilla: el ladrón recibe al dinero, da la valija y fuga.

Los *otarios* de los *espiantes* se reclutaban entre las personas venidas de la campaña, de las provincias o del extranjero. Estas últimas traen siempre moneda metálica y los ladrones espiaban sus víctimas, las dejaban cambiar su dinero e inmediatamente las atrapaban ofreciéndoles una pingüe ganancia.

El Paseo de Julio era el punto obligado donde los estafadores iban a buscar, para esta clase de estafa, los *otarios* y empezando allí el *trabajo* lo consumaban en un paraje lejano, llevando el *angelito* a alguna plaza o casa desocupada.

Es natural suponer que fueran tontos de capirote los que tan tontamente se dejaban estafar y sin embargo la experiencia ha demostrado que muchos hombres inteligentes caían en un lazo tan mal urdido; bien es cierto, que esos hombres no eran de la ciudad.

Los *espiantadores* eran capturados muy rara vez cuando se

inauguró ese robo, pero la vigilancia que ejercían los oficiales de policía sobre los ladrones que conversaban con particulares, acabó casi por completo con el *espiante* y el *escracho*.

***

En la mayor parte de las estafas que hemos relatado, el ladrón conmueve profundamente el ánimo del *otario* excitando la fibra más sensible de la organización humana: la codicia, la sed del oro.

Pero el caso en que más excitación produce sobre el *otario*, cuando más lo conmueve, cuando hace palpitar violentamente su corazón y oscilar su ánimo como si jugara con una criatura, es cuando, presentándose como *escolasador* (jugador), lo hace pasar por todas las emociones de gozo y de la desesperación, quitándole y volviéndole alternativamente montones de dinero, por medio de ganancias y pérdidas que una mano diestra sabe a voluntad producir, según convenga, para no hacer entrar en sospechas –que podrían ser fatales– al que debe, víctima de su avaricia, dejar el todo o una parte considerable del dinero que lleve encima.

Un *otario cuadro* –un anciano, un joven, un campesino, un extranjero, un miope– no requiere ninguna habilidad, porque con colocar un lunfardo que le vea, por detrás las *bremas* (barajas) y haga las señas respectivas, el juego está ganado.

Puede no irse hasta ese extremo: las *bremas* marcadas, que un buen *escolasador* conoce al vuelo, sobran para *chacar a un otario* y tal es lo que sucede en toda casa de juego con el que cae por primera vez a uno de esos abismos en que se hunden las riquezas y el honor de los hombres.

Si el *otario* es persona que muestre cierta viveza de espíritu y se sospecha que pueda maliciar la pillería de que va a

ser víctima, se le hace poner *escabio* (ebrio) y en tal estado es el máximum, el *non plus ultra* del *otario cuadro*.

Todos los juegos de baraja –especialmente el monte, que es tan usado– se prestan para estafar a un individuo y las largas veladas de invierno en los garitos, se pasan jugando según la máxima de los jugadores, que gana el que es más pillo.

Leyendo los libros de Eliphas Lévi, Robert-Houdin[2] y Kircher, la imaginación parece recorrer espacios fantásticos en que visiones del séptimo cielo musulmán pasan veloces dejando de sí mismas un vago recuerdo. Yo creo que esas fantasías realizables mediante aparatos escénicos de elevadísimo precio, no tienen ningún valor ante los juegos de prestidigitación que noche a noche se ejecutan en nuestros garitos o que cualquiera puede ver y admirar en los vagones de segunda clase de los ferrocarriles.

Tallando al monte un buen *escolasador*, de los que se ocupan en estafar con las *bromas*, se pone en fingida connivencia con un *otario* para que éste juegue, por ejemplo, al as de bastos.

El tallador baraja, el *otario* corta, se sacan las *bremas* y sale el as: el otario juega el as porque su compañero le ha montado en boca un as. Se sacan las cartas que deciden el juego; es seguro que emboca la carta a que no ha jugado el *otario*.

Si éste es un hombre valiente que se enfurece, toma la baraja, la abre, ve todas las cartas, pero inútilmente, porque aquella que él vio, fue sacada de la baraja en el mismo momento en que se la mostraron.

Es entre todos los juegos el más bello *la mosqueta*, que no

2 Eliphas Lévi: *Dogme et rituel de la haute magie* – Robert-Houdin: *Comment l'homme se fait enchanteur – Magie noire et magie blanche – La chimie apliquée aux enchantement*. [N. del E. Citas de Benigno Lugones, a pie de página en el original].

lo usan los *escolasadores* decentes, los que viven del juego, sino los ladrones que se fingen jugadores.

La *mosqueta* se juega con tres barajas pequeñas, de una pulgada de ancho por dos de largo y requiere cuatro personas: una que talle, dos que jueguen en connivencia con el tallador y un *otario*. El que baraja hace de modo que el *otario* vea entre los dedos pulgar e índice de su mano derecha una de las cartas, y baraja de tal manera que crea que no la ha pasado a la mano izquierda donde tiene las otras dos.

Las tres barajas se depositan sobre el tapete, el *otario* es preguntado:

¿Dónde está tal carta?

Como no ha visto pasar a la mano izquierda de la baraja por la que le preguntan, marca la que ha visto colocar sobre el tapete con los dedos índice y pulgar derechos de tallador: se *destapa* (se da vuelta) la baraja indicada. El *otario* ha perdido.

Este juego tiene sobre los demás la ventaja de no necesitar sino tres barajas, ser éstas muy pequeñas y presentar la mayor apariencia de legalidad. Es muy usado en los ferrocarriles y hay individuos que no viven de otra cosa. Nos consta que es una invención europea, porque en los vagones del Ferrocarril Sudeste de Inglaterra, que hace servicio de Dover a Londres, hemos visto avisos precaviendo a los pasajeros contra los estafadores que proponían un juego igual a *la mosqueta* porteña.

Un buen estafador no desnuda por completo a su *otario*, le deja una pequeña suma de dinero; no le gana de pronto; hace pasar el juego por muchas alternativas, perdiendo él mismo como si los eventos de la loca fortuna y no su voluntad guiaran los sucesos y no faltan casos en que presta dinero al que tan tontamente se lo ha entregado.

***

Pero la más solemne, la más grave, la más formal estafa, es la *guitarra*, en que el estafador urde una trama tal que el estafado no puede reclamar contra él, porque se vería envuelto en un proceso criminal.

Se llama *guitarra* la estafa misma y el instrumento que sirve para consumarla: lo que es aquella lo veremos después; lo que es éste tratemos de decirlo claramente. Un sólido, una especie de cajón de bronce muy amarillo, con un mango, semejante al de los secadores de escritorio, en uno de los cabezales del cajón, tal es la *guitarra*. El cajón y el mango están divididos en dos partes que se abren como una bisagra, merced a unas charnelas de ganchos que hay en uno de los lados.

Abierto el cajón aparecen dos chapas de fierro o bronce que vienen a dar al aparato la forma de dos cajones, unidos por las antedichas charnelas: en medio de cada una de esas chapas hay un agujero redondo y llenándolo, un cuño de libra esterlina ahuecado que representa en uno el retrato de Su Muy Graciosa Majestad y en otro el S. Jorge que lancea el dragón.

Uno de los cuños es inmóvil, el otro puede moverse. Merced a una palanca que se desliza en el espesor de uno de los lados del mango; cuando se empuja esa palanca el cuño corre por debajo de la chapa y frente mismo al agujero viene a colocarse, dentro del cajón, mediante un mecanismo, un cilindro abierto, que contiene un fuerte alambre enrollado en espiral (un elástico) y cuyo cilindro tiene el diámetro de una libra esterlina y puede recibir una docena de éstas.

Así pues, cuando se colocan los soberanos dentro del cilindro y se aprieta la palanca, el cuño corre, el cilindro se coloca delante del agujero y saltan una moneda, dos, tres, las que se quieran, según la voluntad del que maneja el apa-

rato, prolongando o acordando la presión sobre la palanca. Debemos añadir que ésta vuelve a su primitiva posición cuando cesa la presión que sobre ella ejerce la mano.

Para ejecutar la estafa, el *lunfardo* deja la *guitarra*, la *máquina* –como le llaman los ladrones vulgares– en casa del que será victima de la explotación. El estafador deja el aparato sin decir para qué sirve, pero tiene cuidado de excitar sobre él la curiosidad del depositario encargándole que no lo muestre a nadie, que lo esconda y que no lo desenvuelva para verlo.

Al cabo de una semana el ladrón vuelve a la casa cuando ya la curiosidad ha obligado al depositario a ver qué cosa es el instrumento. Aquellos dos cuños, que parecen de acero, le han hecho sospechar que es una máquina para falsificar moneda y sin esperar que el estafador le hable de asunto, rompe sobre él la conversación.

El *lunfardo* acaba por confesar que la sospecha es fundada, e invita al *otario* a ir a una casa el mismo día o el siguiente, a ver cómo se hacen las libras y se va llevando la *guitarra*.

La cita tiene lugar y, en presencia de varias personas que se hallan en la casa, el *lunfardo*, o alguno de sus compañeros, echa por un lado de la *máquina*, medio abierta, una pasta amarilla que, sin que lo vea el *otario*, saca por el otro lado. Cierra la *guitarra* y la coloca sobre una mesa en medio de una cantidad de barras de bronce que parecen de oro y tienen acuñada la palabra PERU y a cada lado de ésta un cóndor.

Después de diez minutos abre la *máquina* y salta una libra esterlina caliente; saca dos o tres más; vuelve a echarle pasta amarilla y finge acuñar hasta doce soberanos.

El *otario* toca las monedas calientes, sale con ellas a la calle, las lleva a dos o tres cambios de moneda donde se las toman en premio porque son de buena ley. Todas esas circunstancias, el haber visto saltar la moneda de entre el aparato, la pasta amarilla y las barras de oro, le hacen creer que aquellos

fabrican realmente libras esterlinas. Pide las explicaciones que son del caso y le dicen que tienen el oro, como lo ha visto, pero que necesitan dinero para comprar más barras y el ingrediente que da al oro la maleabilidad requerida por el aparato para acuñarlo.

El *otario* se lanza ciego en el negocio y entrega cincuenta o cien mil pesos inmediatamente; pero lo más común es que vuelva al siguiente día a la misma casa, entregue el dinero y vea hacer libras presentándose en ese momento la policía que quiere capturar a todo el mundo; pero que por intersección del *lunfardo* iniciador del negocio –que se declara único culpable– deja libre al *otario*.

Los ladrones se ocultan durante una semana o quince días y aparecen al cabo de ese tiempo diciendo que han estado en la Penitenciaria, que han salido con fianza o por empeño y que los jueces se han quedado con el dinero. Los policianos no son sino cómplices de los *lunfardos*.

El *otario*, que cree a ojos cerrados en la falsificación, da más dinero para la operación y así le sacan dos o tres veces una suma igual a la primera, hasta que el hombre cae en la cuenta de lo que le está sucediendo.

La *guitarra* funcionando, produce en el ánimo del *otario* tal impresión que un propietario de la ciudad de Córdoba vendió dos casas de aquella y una estancia en la provincia del mismo nombre, cuyo importe fue a parar a mano de los estafadores mediante el *trabajo* de la *máquina*, con la que el inocente cordobés creía haber resuelto el problema de los alquimistas.

***

El *oro mejicano* es la estafa que se comete vendiendo barras paralelepípedos de fierro, que se recubren con una capa gruesa de oro.

Los estafadores hacen forjar las barras de hierro y las hacen dar o les dan ellos mismos, no un simple baño de oro, sino una verdadera envoltura, una especie de vaina, que limada por cualquier punto no permite llegar hasta el fierro.

Los *lunfardos*, elegantemente vestidos y en carruaje, se presentan como en el *espiante*, llevando las barras en una valija; el *otario* las lima, las cree buenas y las compra a vil precio.

El trabajo de forjarlas y orificarlas cuesta $15 o 20.000; pero el producto es de 100.000 o más, y no comprende que por semejante ganancia se corra el riesgo de ir a parar a la *juicioza*, a la *quinta* (penitenciaria).

***

No debemos terminar sin mencionar la estafa que se consuma falsificando la firma de una persona al pie de una carta en que el firmante pide dinero u objetos de valor.

Idéntica a éste, es la que cometen los sirvientes expulsados de una casa, que se presentan en las tiendas, almacenes, joyerías etc. pidiendo objetos a nombre de sus patrones.

"El progreso" y la "Ciudad de Londres" han sido víctimas muchas veces de este género de estafa y no hace mucho tiempo el respetable Señor Murature lo fue de una del primer género.

Puede referirse a esta clase de estafas, el engaño de que hacia víctima al Alcalde de la Cárcel Pública un español, habilísimo pendolista, que en tiempo del gobierno del Coronel Dorrego se presentaba a aquel empleado con órdenes de libertad para presos, firmadas por el Jefe del Poder Ejecutivo y refrendadas por el Ministro de Gobierno. Una y otra firma y rúbrica eran falsificadas y cuando se descubrió el hecho, el Coronel Dorrego y su Ministro no sabían distinguir las

firmas falsificadas de las verdaderas.

Este mismo español se presentó al Banco y Casa de Moneda, bajo la dictadura del General Rosas, con una orden firmada por el tirano para que se le entregaran cien mil pesos, que la Tesorería puso en sus manos, engañada por la similitud perfecta de la firma falsificada con algunas verdaderas que existían en aquella oficina.

Dos días después el español fue preso en momentos que se embarcaba para Europa; pero el oficial de partida que lo capturó tuvo que dejarlo libre porque presentó un salvoconducto de Rosas, según el cual el tirano lo comisionaba para comprar armas en Europa. Este documento era también falsificado, el oficial ignoraba que la orden de captura había sido dada por Rosas mismo y lo engañó la firma.

Meandros naturalistas

Una historia verosímil

¡Pobre Pancho! Son las 6 de la tarde, no ha comido, ya no le queda amigo a quien petardear, no tiene un solo peso, a nadie puede pedirle fiado y el hambre lo domina, con esa sensación de la situd, ese inexpresable malestar, esa depresión general de todas las energías vitales, consecuencia de la falta de alimentos.

Aquella imaginación, cuyas inagotables combinaciones y creaciones eran excitadas por un apetito devorador, había por esta vez llegado al límite de su potencia. Ni una idea, ni un pensamiento, nada en aquella cabeza isquémica.

¿Robaré? Había pensado Pancho. ¿Pediré? Y a cada pregunta había respondido ¡No! esperando siempre encontrar un recurso. La esperanza mantiene al hombre.

¿Cuántas veces había pasado Pancho por delante de la cocina de la *Crémerie*? ¡Quién sabe! ¡Ah! Traidoras vidrieras, lo martirizaban al pobre, le torturaban el estómago que debía parecer una vejiga mojada, una pasita de higo negro, arrugado, encogido, plegado, adosadas sus paredes.

Aquello era un terrible martirio: la imaginación se negaba a dar ningún recurso y la puntadita en la *boca del estómago* apuraba cada vez más. El caminar extenuaba más a Pancho, estar parado no podía porque se le dormían las piernas y, como quiera que estuviese, le venían a la boca los más deleitosos sabores, aspiraba olores de suculentos platos, hasta sentía las fuertes impresiones de las salsa picantes.

Cómo había ido a dar a la esquina de Piedad y Esmeralda, Pancho no lo sabía: el muelle del alma, como dice Castro y Serrano, lo había probablemente empujado al puerto de la salvación. Cuestión de hipótesis: no es disparatado tampoco suponer que algún Santo lo ayudara. (Esto no lo cree el au-

tor, lo dice *engaña pichanga* para satisfacción de conciencias católico-mojigatas y versi-parlantes).

¡Pobre Pancho! La puntada en la boca del estómago le seguía y nada mas podía hacer que mirar los sombreros de Fürsen y Lange, muy finos, muy elegantes, muy caros, pero no comestibles. Pancho seguía mirando porque no le quedaba que hacer sino esperar la luz del día siguiente o la mucha oscuridad de la medianoche para robarse una *tira de asado* del mercado.

Era lo único que le restaba y se ocupaba en coordinar mentalmente la manera de hacer el robo y, lo que era más grave aún, la manera de asar la carne, porque en verdad él no tenía en su cuarto más que diarios. Y con papeles no se hace un asado. El crimen produce el crimen. Pancho se dijo: "le robaré leña a Doña Casilda, le robaré sal, le robaré un cuchillo, todo cuanto pueda de 1ª cocina", y cuando hubo definitivamente asentado su plan de campaña, siempre mirando los sombreros, habiendo un supremo esfuerzo, con la lánguida voz del que no ha comido, exclamó: ¡Ya soy feliz!

– Lo que deja de ser una felicidad, le contestó a sus espaldas una voz robusta y vibrante, voz de un harto, de persona que ha comido.

– Rodolfo, dijo lentamente Pancho, siempre alegre y gordo…

– Porque como mucho y con mucha tranquilidad.

– Yo… sí… ¡Ah! ¿Ya has comido?

– Sí, ¡gambetas!

– ¡Ah! ¡Superior!

– ¿Por qué?

– Yo… eh… ¿siempre tienes tu familia aquí?

– No.

– Caramba.

– ¡Oh! ¿Tenías deseos de regalarle algo? Agradecido. Dámelo a mí.

– No, yo decía porque… y Pancho echó una saliva grande y aguachenta… porque, se me ha pasado la hora de la comida y…

– ¿Quieres comer conmigo? ¡Acabáramos! No has dicho nada. Vamos allí nomás: *Restaurant del Skating Rink*, o más bien *Fonda de Don Pablo.* Soberbio establecimiento.

La sensación del más inefable placer estremeció el sistema nervioso de Pancho al oír aquella invitación: brilló en sus ojos un relámpago de gozo, las narices se dilataron, la lengua se removió ávida de gustar, la cara toda se desarrugó y una sonrisa dulce y melancólica distendió sus labios, que se entreabrieron dejando ver la doble fila de agudos dientes, que un momento después habían de desmenuzar los apetecidos platos.

La fonda estaba concurrida: literatos, maestros de baile, coroneles, cronistas, dependientes, un mundo de gentes de todas layas y condiciones, llenaba las mesas devorando con apetito de pobre, entrecortando los bocados con una que otra palabra, mirando las figuras de la pared.

¡Mozo! ¡Un menestrón! Y el mozo va hasta la puerta de la cocina y grita: ¡Uuun menestroooon!

– Vino.

– ¡Agua!

– ¡Mozo! Un chorizo con huevos.

– ¿Cuánto le debo?

– ¡Manteca!

– ¡Pan!

– A ver pues si viene, señor, a servirme: tráigame un bacaray al jugo.

– Vengo, vengo… ¿y usted qué quería?

Esto es continuo, es un flujo inagotable de palabras, todos piden a la vez cosas distintas, cada uno quiere que le sirvan ligero sin dar tiempo a que les sirvan a los demás, todos se apuran sin que ninguno tenga cosa alguna que hacer, es una

batahola, un infierno en que si las comidas pudieran hablar gritarían un desesperado *sauve qui peut.*

En medio de ese ruido agradable de mandíbulas que mastican, lozas que se chocan, copas que se golpean, platos que se piden y se dan, cuentas que se pagan, gente que entra, sale o se sienta, líquidos que se derraman o hacen glu glu en la garganta de los que beben, la figura plácida y risueña de Don Pablo se destaca, siempre alegre y complaciente, y la cara de angelito de ramillete de Carlos, el mozo, que se multiplica para atender a todo el mundo.

– Mire que hoy tenemo pescau en salsa de alcaparra, dice Don Pablo, tome un poco que muy buenu.

– ¿Despué? Pregunta Carlos, ¿un asaditu de nalga, carneru a la parilla, pavu al hurnu? Y se da vuelta sonriente diciendo: ¡Vengo! En contestación a alguno que lo llama con impaciencia.

Pero hay un ruido que domina todos los demás: sale del fondo de la casa, de un patio techado y mal alumbrado por un pico de gas; ese patio está situado en lo último del establecimiento, pasando una piecita que forma el extremo de la fonda propiamente dicha: un comedor pequeño para los amigos que van en corporación. Ese ruido que sale del fondo de la casa es de la cocina, donde en un pintoresco *pélemele* están reunidos todo género de aparatos para cocer, asar y guisar, con los implementos para el lavado de la loza, para picar la carne, rayar queso y para batir huevos, etc.

A ese establecimiento entraron Pancho y Rodolfo; los dos conocían el paraje: se va a él con gusto porque cobran barato. No se dice que se va, porque da vergüenza. Vanidad de vanidades.

Una cena como pocas; eran ya las 7 y media de la noche. Pancho devoraba, Rodolfo no es manco. Eran dos molinos, el movimiento perpetuo ¿qué se yo? Algo indefinible, un

abismo de platos, el tonel de las danaides. Carlos estaba admirado, Don Pablo se sonreía viendo que los clientes eran como pocos; treinta pesos lo menos iba a pagar cada uno: habían tragado lechón, fiambre, menestrón, todos los guisos, todos los asados, seis panes cada uno, dos botellas de vino y agotada la lista, volvieron a empezar *Las bodas de Camacho*, el más fenomenal hartazgo que en toda su vida de fondero había visto Don Pablo.

Pero *omnia finitus est* y llegó un punto en que aquellos dos estómagos no pudieron ya recibir más alimentos: los dos amigos se habían desprendido los chalecos, después los presillas de los pantalones, más tarde los pantalones mismos y por último los calzoncillos; pero todo era inútil, ya no les cabía más, se podía tocar con el dedo y suspendieron la función, pidiendo café: ¡taza doble!

Cuando todo terminó, conversaron un rato, fumaron, se esperezaron, se prendieron y abotonaron la ropa y llamaron al mozo. Pero no, esto no es cierto, no *llamaron*, fue Rodolfo quien *llamó* al mozo.

Carlos vino.

– ¿Cuánto se le debe?

– Eh, sun 64 pesu…

– Bueno… nosotros no tenemos con qué pagar…

– Eh, le diremu al patrún – y Carlos se fue hasta el mostrador y le dijo a Don Pablo lo que ocurría.

Don Pablo no es hombre que se altera y vino con tranquilidad hasta la mesa.

– Se osté no tiene da que pagá va en la Cumisería.

Pancho estaba frío, mudo, inmóvil, el estómago le dolía, le iba a dar una indigestión. Sudaba un sudor frío y no levantaba la vista del suelo.

– Usted no me puede mandar preso, respondió Rodolfo a las palabras del fondero.

– ¡Ah! Veremu, que ahura llamo al uficial, y se salió a la puerta de calle y tocó pito.

A la media hora vino el oficial de policía, sacando fuego de las piedras con las herraduras del caballo: estaba tomando mate en la comisaría cuando oyó *el auxilio* y ¿cómo se había de incomodar?

Don Pablo le contó lo sucedido, enterándolo circunstanciadamente del hecho, no sin mencionar aquello de *usted no me puede mandar preso*.

El oficial se pasó la mano por la melena, se echó el sombrero a los ojos, escupió por un colmillo y quebrando el cuerpo se acercó a la mesa donde estaban Pancho y Rodolfo, sacudiéndose leves rebencazos en la pierna derecha con el *talero* que llevaba en la mano.

– A ver, caballeros, ¿cuál es el que no quiere pagar?

– Yo, dijo Rodolfo levantándose.

– ¿Y este otro?

– Yo lo he invitado a comer, él nada tiene que hacer.

– Venga, Sargento, dentre y registre a estos dos *endiviados*.

El sargento, un mulato antiguo carrero, los registró, no les encontró ni armas, ni dinero.

– Bueno amigo, marche pa la Comisería, le dijo el oficial a Rodolfo y usted a ver si se manda mudar pronto… dirigiéndose a Pancho.

– Señor oficial, dijo Rodolfo, vea usted lo que va a hacer, yo no he cometido ningún delito, ningún crimen; protesto contra mi prisión y si usted la efectúa lo demandaré ante la justicia. Por sobre la voluntad de un oficial de policía está la ley, a la cual me atengo y en la que me fundo para sostener que va usted a cometer conmigo un abuso de autoridad.

– Bueno, bueno; a mí no venga con *partes*, porque si anda con mucha *prosa* va a ir por desacato.

– Cedo a la fuerza, pero le costará a usted cara su tropelía.

– ¡Oh! A ver si marcha… salga *ajuera* salga pronto. Mire, sargento, *arrempújelo*. Nomás en cuanto se le *siente* y si se le quiere resistir dele *leña*.

Salió entonces Rodolfo acompañado de Pancho, quien aunque no le llegaba la camisa al cuerpo, había querido acompañar a su amigo. Iban Don Pablo, rezongando como negro de Angola, un sargento de policía, el mozo de la fonda y algunos curiosos. El oficial, montando el más menguado mancarrón que haya jamás comido ración policial, seguía por la calle balanceando su cuerpo al compás nada agradable del *zotreta*.

Una vez en la Comisaria fue preciso esperar a que llegara el Comisario y para hacer tiempo, el oficial tomó los nombres y filiaciones de los que entraban en el asunto, no sin haber antes echado a la calle a Pancho, cuyos retortijones de barriga eran cada vez más fuertes.

El comisario llegó, al fin, severo y adusto; entró sin hablar saludando con una inclinación de cabeza: etiqueta policial. Fue directamente a su oficina, se sentó y leyó, con aire de importancia y como cosas de mucha gravedad, unos papeles que tenía sobre la mesa. Concluida la lectura se echó para atrás, encendió un cigarrillo negro, se inclinó pues sobre el escritorio y al fin estiró un brazo, alargó el dedo índice y lenta y ceñudamente oprimió el botón de un timbre que vibró con sonoridad argentina. Entró un vigilante que se cuadró e hizo la venia.

– ¡Mate! Dijo el comisario.

– ¿A quién señor? – respondió balbuceando el pobre *micifuf*, con el ombligo encogido y temblando como un coreico.

– ¡Animal! ¡Bestia! ¡Bruto! ¡Qué ceben mate!

El vigilante salió como un rayo y al rato vino el mate, servido por un pardito de corta edad. El comisario lo recibía y lo tomaba sin decir palabra; cuando hubo saboreando una

media docena llamo al oficial de guardia.

– ¿Hay novedad?

– Sí, señor.

– Haga entrar.

La comitiva entró a presencia del Comisario que no contestó a ninguno de los saludos que se le hicieron y se encaró con el oficial que había llevado a Rodolfo.

– Aquí, Señor, he traído a este *endivido* porque dice aquí el Señor que ha ido a la fonda *del* y que ha comido y que este que… no tiene con qué pagar.

– ¡Eh! Siñur Cumisaria…

– ¡Cállese la boca! Y Don Pablo se calló.

– ¿Es cierto lo que dice el Señor que usted ha comido y no tiene dinero para pagar?

– Sí, señor.

– Bueno entonces, va preso.

– Permítame, Señor Comisario: sírvase usted hojear el Código Penal y verá que usted no me puede mandar preso, porque yo no he cometido delito punible.

– ¡Tenga entendido que soy el Comisario y que a mí no me va a enseñar la ley! – A ver llámeme al oficial de guardia que les tome los nombres a estos individuos y que se retire nomás el fondero.

– Ya están tomados los nombres, señor, dijo el oficial de calles y en consecuencia el comisario mismo ordenó a Don Pablo que se fuera, con el mozo de la fonda, quedando Rodolfo preso.

El pobre detenido quiso en vano hablar, defenderse; no le fue permitido, lo llevaron a una pieza inmunda en el fondo de la casa; era el calabozo.

Como al cuarto de hora llegó a la Comisaría el segundo comisario, con quien el primero emprendió un debate sobre el asunto de Rodolfo. Este quería mandarlo preso

por estafa, aquel porfiaba que era un abuso de confianza, le mostraba el Código Penal; se lo explicaba; pero todo inútilmente, hasta que consultaron por telégrafo al Jefe de Policía. Este contestó:

> *Suelte preso. Trate que no se presente pidiendo indemnización por daños y perjuicios.*

El comisario, inmediatamente de recibir esta terminante respuesta, mandó traer a su presencia a Rodolfo, le dijo que nunca había pensado mandarlo preso, sino darle una pequeña corrección, que conocía a su familia y que en mérito a ella le iba a prestar el dinero necesario para que le pagara a Don Pablo, esperando al mismo tiempo que no ejecutara las amenazas que le había hecho al oficial de llevarlo ante la justicia.

Rodolfo prometió no dar paso alguno, recogió los cien pesos que le *prestaba* el comisario y salió gozoso a buscar a Pancho que lo esperaba en la esquina, víctima de los fuertes retortijones de barriga. Las noticias que le dio Rodolfo fueron un instantáneo eupéptico; pudo caminar y se dirigieron a la fonda a pagar.

El fondero, el oficial y el comisario pudieron muy bien, después de esta aventura, haber dicho del Código Penal, lo que del Código Civil, dice el protagonista de *Le Grand Casimir. – C'est un livre qu'on ne lít pas assez: on a bien tort.*

Buenos Aires, Setiembre 24 de 1879

El beso matinal

Habíamos pasado cuatro noches toledanas, cuatro noches de orgía; nos acostábamos a las 6 de la mañana en las malas camas de un hotel, nos levantábamos a las 12, íbamos a la oficina, a las 5 estábamos a buscarlas, comíamos juntos y después… después de la noche entera era un largo beso, un continuado abrazo, un inmenso trago de champagne, que empezaba a las 8 de la noche y terminaba a las 6 de la mañana.

Cuatro noches tremendas, como no recuerdo otras, sin iguales, cuatro noches de consagración completa al vino, a las mujeres, a la música, a las cenas ruidosas. No había un momento de tregua, ni era posible que lo hubiera: cuando alguno caía desfallecido sobre el diván ¿no habían mórbidos brazos que lo levantaban en alto y lo paseaban? Y cuando alguno decía "no puedo beber más", ¿no había un brazo que rodeaba su cuello; un seno que se le ofrecía para reclinar su cabeza, y una mano que le brindaba Roederer en copa de Baccarat?

Cuando aquella desenfrenada bacanal terminó, era un domingo a las 5 de la mañana y después de cuatro noches en que ninguno de nosotros pisaba su casa, cada cual se dirigió a la propia.

Subí lenta y pesadamente la escalera: entré a mi cuarto sin hacer el menor ruido y me acosté ya medio dormido, con el corazón y la boca seca, porque la bebida y la mujer que se vende, empalagan y repugnan, cuando los nervios saciados no vibran más pidiendo la sensación…

Entraba por la ventana una luz muy débil, yo no sabía si era la del sol del domingo que moría o la del sol del lunes que nacía; los rayos tenues atravesaban difícilmente por entre los intersticios de la enredadera; oía en la calle gritos,

cantos y silbidos de los niños del barrio; en mi casa ningún ruido, ningún movimiento, un silencio de tumba: no querían despertarme.

De pronto sentí sonar muy ligeramente la puerta de mi cuarto: cerré los ojos y oí el ruido de pisadas, un vestido que se arrastraba lentamente, una persona que se acercaba a mi cama.

Sentí que alguien se inclinaba sobre mí, sentí un aliento que pasaba sobre mi rostro, oí la silenciosa cadencia de una respiración contenida que se me acercaba poco a poco, hasta que sentí estampar sobre mi frente un beso suave y ligero, como si no quisiera quien me lo daba interrumpir mi sueño.

Abrí los ojos y encontré tocando mi rostro, un rostro que me miraba alegre y amorosamente, con los ojos húmedos y brillantes: ¡era mi madre!

Al verme despertar, dibujándose en mis labios la sonrisa del hijo querido, posó en mis cabellos sus dos manos, estrechándome la cabeza y estampó sobre mi frente otro beso, esta vez fuerte, largo y sonoro.

Y me dijo en tono de reconvención y con la suavidad y la melancolía que solo ella sabe expresar:

– ¡Ah! Muchacho, ¿dónde has andado? ¡Creí que te hubiera sucedido una desgracia!

– ¡Por ahí! Le respondí, evitando su mirada y echándole los brazos al cuello para darle mi beso de hijo, a ella, la madre de mi existencia, a ella, que había venido a buscar ese beso, de quien debiera haberlo ido a ofrecer como la prenda del arrepentimiento.

¡Oh incomparable felicidad! ¿Qué significaban aquellas cuatro largas noches de placer, comparadas al supremo goce de un solo momento, del solo instante de besar a mi madre? ¿Qué podrá haber en el mundo, madre mía, comparable a uno de tus besos?

La que me brinda y la que me vende amor, ocultan un pensamiento, el que me acuerda protección tiene también un oculto pensar y hasta el amigo, es mi amigo si lo soy suyo.

Solo tú me amas con amor sin límites, solo tú morirías por mí, solo tú lloras cuando lloro y solo tú perdonas mi falta cuando todavía el labio no ha implorado el perdón.

¡Dulce y amada madre mía, mi único amor verdadero, no necesito que me digas, ni necesitas decirme, que este amor durará tanto, cuanto dure el pensamiento, en este deleznable barro que nos constituye!

Todo acaba en este mundo, madre, y nosotros pasamos para no volver ¡pero hay felices que viven siempre, porque nacen para la inmortalidad cuando mueren para la vida!

Sigue inspirándome, como hasta ahora, madre mía, sigue guiando como hasta ahora, mi vida, en las palabras y en los hechos, y un día se ha de repetir mi nombre cuando se pronuncie el tuyo.

No sonrías, madre mía, no sonrías al oír estas palabras; no digas con burla que la vanidad estalla y el amor proprio desborda en el vaso inmaculado de mi espíritu: hay un libro inmortal que aún no se ha escrito, porque solo tú y yo lo sabemos, es el libro de tu vida.

Carta literaria

Mi querido Rodolfo:

El naturalismo es la prostitución del arte, es el duro calificativo que te mereció mi humilde artículo, sobre la fonda malhadada, en que tantos temas se pueden encontrar para la escuela realista.

Te he respondido muchas veces que el naturalismo es la escuela del porvenir, que ha de dominar la literatura y ahora te agrego que morirá, cuando haya hecho su época y cumplido su misión, como han muerto los poemas didácticos, agrícolas y místicos. ¿Y sabes por qué creo que el naturalismo triunfará, a despecho de todas las resistencias? Porque él es la última expresión del arte, como instrumento de progreso y medio de adelanto.

El naturalismo se propone pintar la realidad, sin quitarle ni ponerle, tal cual es la vida, tales como son las cosas; las producciones naturalistas son una fotografía y deberán retratar lo malo y lo bueno, lo sucio y lo limpio, lo atrayente y lo repugnante. Con semejante programa, sus primeros ensayos no han podido ser sino lo que han sido: la pintura de las clases bajas, con sus inmundicias, su promiscuidad, sus miserias, sus vicios y sus cualidades: *se ha querido pintar,* como dice Zola, *la caída fatal de una familia obrera, en la atmósfera apestada de un suburbio.* He ahí la obra; ni más ni menos.

Pero el catálogo completo de todos los males que aquejan y que pierden al pueblo; la multitud de vicios que ocultan en su seno las clases ricas; las miserias, las ruindades, los egoísmos de la clase media, no se pintan en un solo libro, no caben en una sola obra, ni pueden ser el tema reservado a un solo hombre.

¿No lo ves claramente? Es el mundo entero lo que se

quiere pintar, la vida en lo que tiene de oculto; ir sin ruido al tálamo maculado y seguir al crimen en su gestación y desarrollo; averiguar las causas del infanticidio, inquirir las del robo, poner en transparencia las del homicidio, y al lado de esas dolorosas pinturas y de esas desesperantes pesquisas, el retrato fiel del ignorante y del malvado, para saber qué tienen de bueno, si algo se les puede encontrar. ¿He dicho *al lado de esas pinturas*? He dicho mal: esas pinturas serán por sí mismas el fiel retrato del alma de los personajes de las novelas naturalistas. El naturalismo será más que ninguna escuela, psicología pura, porque será psicología descriptiva, y sobre todo verdadera; así como Zola ha dicho que *L'Assommoir* es moral en acción, se puede decir que el naturalismo entero será psicología mental.

Tú que conoces la historia, recorre sus páginas, evoca tus recuerdos, y dinos cuándo ha empezado a haber literatos. Recuerda que los primeros poetas han sido sacerdotes e historiadores; los unos escribían cánticos sagrados, los otros inmortalizaban los hechos de sus antepasados o de sus contemporáneos. Los primeros músicos han sido también sacerdotes, como lo han sido los primeros escultores y los primeros arquitectos que han ideado la exornación de los edificios.

Por eso es que la teoría del arte por el arte no es admisible; el estudio de la historia muestra que el arte (lo bello) y las ciencias (lo verdadero) se han creado con un objeto de utilidad (lo bueno). Versos, prosa, estatuaria, pintura, música, arquitectura ornamental, han sido ideadas por sacerdotes de religiones que necesitaban dar al culto externo apariencias agradables.

Más tarde la esfera se ensanchó y el artista, rompiendo las ligaduras que ataban su inspiración al ideal estrecho de una religión, creó nuevos géneros en cada ramo del arte. Han pasado los siglos y desconociéndose el origen de las

artes, se ha dicho que existían por sí, sin fin de utilidad; doble error: histórico, porque se olvidaba el pasado; filosófico, porque se desconocía que solo las obras útiles conmueven y se perpetúan.

Examinemos. ¿Qué significa para un ateo el *Paraíso Perdido*, de Milton? Nada, puro palabreo, mentiras. Pero para un cristiano y para un hebreo, es la maestra pintura que recuerda, en versos dulcísimos, el dogma reputado verdadero. Hay, pues, para quien cree que la obra es bella un fin de *utilidad*. Me dirás que a menos de no ser un necio, no se puede desconocer la belleza de versificación de la obra. Te responderé que nadie lee hoy el *Paraíso Perdido*, ni aun los mismos que no son ateos, pero que no creen en la revelación.

La Venus de Milo es para nosotros una bella estatua y nada más. Para los griegos era una diosa, como era un dios el Júpiter de Fidias. Eran ambas obras objetos de veneración religiosa; es decir, que habían sido hechas con un fin religioso, *útil*, según el criterio de aquellas épocas. Lo mismo hay qué decir del Apolo, del Belvedere. La Ilíada y la Odisea: libros de historia, escritos con un fin *útil*.

La Eneida se halla en idénticas condiciones y análogo razonamiento es aplicable a la serie de *Ramayana* y a los *Bhāgavata*. La Jerusalén Libertada, los *Niebelungen*, son también libros de historia, como lo es la Biblia (Viejo testamento). Han unido, eso sí, la religión y la historia y eran por ello doblemente *útiles*. La Divina Comedia, libro eminentemente herético en su cristianísima y muy papel teología, tiene, con toda evidencia, por fin y objeto, mostrar lo que son las penas eternas; es un libro de moral católica: tiene, pues, un fin *útil*. Todos los teatros del mundo, en todos los tiempos o por lo menos todos los dramaturgos, aceptan el dístico latino: *delectando docere*. Es decir que el estro se ha propuesto siempre un fin *útil*.

Sospecho que me objetas: "la música no tiene fin útil". Acepto la objeción, basada en un equívoco. Cuando la música es religiosa tiene un fin *útil*; cuando es militar tiene fin *útil* y cuando es puramente recreativa, tiene también un fin *útil*, deleitar. Y, finalmente, cuando es fúnebre, *sirve* para aumentar la apariencia triste de las ceremonias, teniendo así un fin *útil*.

Yo no sabría extenderme en mayores detalles sobre la utilidad de las obras de arte, para probarte, con las más grandes que ha producido el hombre, que el arte vive porque es bueno; es decir, útil. Yo no sabría elevar mi palabra a una nota excelsa que te convenciera, refutando de un golpe tus errores y los de tu escuela, pero creo que te haré pensar y que tus reflexiones te serán de provecho trayéndote a la razón.

Cuando te hayas convencido, verás con claridad por qué el naturalismo es la escuela del porvenir: ella responde, más que ninguna otra, a la necesidad universal de una reforma en la constitución de la sociedad. Tenemos imperiosa necesidad de saber qué pasa en las esferas inferiores del mundo moderno, conocer sus vicios para remediarlos y sus cualidades para aprovecharlas.

Sabemos que hay hombres desgraciados que pasan su vida entera en la miseria, sin un sentimiento noble, sin una aspiración generosa, brutales, groseros, sucios, estúpidos e ignorantes, y esos hombres nos amenazan cada día con la muerte. Son los bárbaros de la edad moderna, que no vendrán de fuera de la civilización, porque están dentro de ella misma, como el cáncer que suele permanecer estacionario en lo más profundo de una víscera.

Pero no sabemos cómo viven, ni cuáles son las causas de su barbarie; ignoramos si son realmente malos o si se les puede transformar en verdaderos hombres; estamos a oscuras sobre sus relaciones entre sí y con nosotros mismos,

porque la clase media tiende a subir y no mira al punto de donde salió, sino a la cima a dónde quiere llegar.

Hay, por otra parte, hombres que pasan su vida en la ociosidad o en la crápula; a veces vemos resplandecer en sus balcones la luz de sus festines; los vemos a la distancia pasar en sus carruajes que matan a los perros y estropean a los pobres; les vemos sus joyas, sus mujeres, bellas y elegantes, sus lacayos, sus trenes; pero no sabemos lo que ocultan en sus palacios, ni lo que piensan de nosotros a quienes no conocen mucho.

Nosotros mismos no nos conocemos bastante y necesitamos ser conocidos mucho más.

Toda esa tarea le incumbe al naturalismo y mientras haya en el mundo un mal que curar, un error que reparar, habrá naturalismo, cuyas pinturas mudas, secas y descarnadas, conmoverán por sí mismas, mucho más que las declamaciones del filántropo, porque la nueva escuela es de la más alta filantropía, entendida de la mejor manera.

Ese elevadísimo fin, ese carácter eminentemente práctico y útil del naturalismo, lo hará vivir, hasta que, perfeccionado el hombre, se haga inútil y muera. Cada novela naturalista será el programa de una reforma, a ella acudirá el filósofo, el hombre de Estado y el filántropo, en ella se aprenderá lo que hoy no se puede averiguar sino viviendo con esos hombres, cuya suerte es preciso mejorar. Quizá es demasiado dura, demasiado *verdadera*, la forma en que se presenten los caracteres, las acciones y los personajes; pero ¿quién se atrevería a reprochar al naturalismo ese defecto? Si tal puede reputarse la cualidad esencial que constituye su fuerza.

Queremos concluir de una vez con la literatura mentirosa, que oculta sin provecho los vicios y desfigura los defectos; hace ya muchos siglos que las letras son una palanca de progreso, pero nunca han llenado su misión, con la amplitud

debida porque han mentido. Hoy diremos la verdad, nada más que la verdad, a fin de que la literatura responda, mejor que en ninguna otra época, a su fin de utilidad.

Hasta el presente hemos tenido en los libros tipos ideales que era necesario imitar u odiar; ahora tendremos los hombres de la realidad, tipos existentes, que se encuentran a cada paso; ya no diremos, como el Divino Maestro: *Debéis ser buenos*; diremos: *Sois así*. Bastará el conocimiento exacto de un vicio o de un defecto. El criterio moral está hoy definitivamente formulado, cada hombre instruido tiene una noción clara de lo que es bueno y lo que es malo y cada hombre sabrá, en los casos ocurrentes, ajustar su conducta a ese criterio.

En otro orden de ideas, puede asegurarse que ninguna escuela será de tanta utilidad al obrero como el naturalismo: verse retratado al natural, con todo el cortejo de sus vicios y de sus defectos; ver palpablemente cómo es arrastrado al alcoholismo y a la muerte, revolcándose en un cieno inmundo; asistir al drama de su propia vida, copiado en la de un personaje intangible a quien se puede dirigir todo género de reproches y leer todo esto, no en el lenguaje para él semienigmático, oscuro y casi incomprensible de la literatura, sino en la lengua que él mismo habla a cada momento, con sus giros y modalidades propias, entendiendo el libro entero, sin tener que preguntar a nadie lo que quiere decir tal punto, esa es la manera de que el pueblo lea con provecho y de que cada libro le sirva de enseñanza.

Esa será, sobre todo, la tarea que ejecutará el naturalismo, llevando a los más oscuros rincones la luz de la moral, el amor a la familia, el pundonor, la delicadeza, la generosidad, la temperancia, la limpieza, todas las virtudes sin las cuales no hay buena vida posible. El naturalismo será así el complemento de la Revolución Francesa, porque preparará la

verdadera y fecunda revolución socialista, elevando el nivel moral de las clases bajas, fustigando a los holgazanes que se gastan en las orgías, marcando en la frente a la clase media egoísta.

Es posible que se diga que el *olor a pueblo*, de las novelas naturalistas, es demasiado nauseabundo. Tanto mejor: seremos como el cirujano que revuelve su mano en la inmundicia de la carne putrefacta y se inclina sobre la úlcera pestífera, para estudiarlas profundamente. El naturalismo será la anatomía normal y patológica de la vida social; habrá olor a cadáver, efluvios asquerosos, emanaciones repugnantes, veremos caminar el gusano y derramarse las colecciones purulentas; pero estas repelentes pesquisas, hechas al través del cieno y de la podredumbre, entre los olores cadavéricos de las fermentaciones de la muerte, nos darán el secreto de las enfermedades, indicándonos sus remedios, al señalarnos las causas que las producen, porque repetiremos con la terapéutica: *Sublata causa, tollitur efectos*.

Te quiere siempre, tu amigo.

BENIGNO B. LUGONES
Buenos Aires, Noviembre 13, 1879

Una historia sencilla

Cuando se tiene ya alguna experiencia y la calma del buen juicio adormece las facultades a los veinte años exaltadas, es grato recordar tiempos que fueron, deleitando el propio y los ajenos ánimos con narraciones que el corazón puede muchas veces llamar de ultratumba.

Es por eso que me complazco en recordar siempre los amores con mi quinta novia que tanto preocuparon a la sociedad mojigata de la pequeña ciudad en que vivíamos.

Y rara cosa, siendo este recuerdo tan grato a mi espíritu, nunca he podido representarme fielmente la escena de la primera ocasión que la vi: ella me la recordó una vez, diciéndome con todo detalle cómo estaba vestido y qué circunstancias especiales le habían llamado la atención en mi traje, que era seguramente de lo más burgués que se pueda llevar.

Sabía narrar con tanta gracia, haciendo pequeñas pausas, que encantaba con su conservación por trivial que fuera el asunto; de modo que yo estaba atraído doblemente por esa narración con que ella parecía deleitarse: atraído por ella quien hablaba y por hablar de mí.

Teníamos cuatro personas escuchando la conversación, todo un público, que no parecía interesarse mucho en las palabras de mi bien amada, cuya voz tomaba entonaciones especiales, casi me atrevería a decir que esencialmente melódicas: también es cierto que tenía un timbre especialísimo, un registro vasto y un tono elevado lo bastante para resonar con intensidad, aunque sin llegar al tiple que desatina generalmente en medio de una conversación.

Era un asunto puramente privado, de modo que cuando terminó, los que la escuchaban festejaron siquiera que habíamos tenido un doble diálogo: en sonoro de las palabras;

el afónico de las miradas, que jugaban siempre en nuestras conversaciones un rol de la más alta importancia.

Pasado aquel corto momento, la conversación recayó sobre los temas insulsos que se debaten generalmente en los salones, y bien pronto, como siempre, estuvimos en divergencia de opiniones, lo que me permitía oír a las más opuestas entonaciones de la voz, sea que demostrara asombro, significara enojo o formulara súplica, acompañando siempre esos afectos distintos con una mímica única y especial: miraba y bajaba la vista, se sonreía, inclinaba a un lado la cabeza y cerrando parcialmente los párpados miraba otra vez por entre su hendidura.

Me sería muy difícil decir por qué me hallaba siempre en divergencias de opiniones con ella; pero es el hecho que constantemente discutíamos por hacer prevalecer nuestras ideas y como yo tenía en la cabeza un catálogo mayor de palabras y un hábito más fuerte de sofisma, casi siempre concluían las discusiones o declarándose convencida o diciéndome con aquella inclinación de cabeza que ya he mencionado y haciendo la voz sumamente gutural:

– ¡Bueno, yo no sé cómo será!

Estaba confundida, anonadada por la argumentación cuya hojarasca no sabía atacar; pero en medio de las ruinas de sus ideas se conservaba firme en su primera creencia, porque tenía la convicción de creer lo verdadero y porque a esa primera creencia no podía sustituir ninguna nueva y si podía hacerlo era con una extravagancia.

Así, pues, mis conversaciones con ella tenían no solo el atractivo de ser la palabra de mi bien amada sino un ejercicio intelectual; yo veía que, como la retórica, "deleitaban en la juventud" y creía que probablemente tendría que decir de ellas algún día: "ayudan a pasar los años de la vejez".

Porque debo prevenir que era una mujer instruida en

quien la rapidez de pensamiento era el rasgo característico; con semejantes condiciones está claro que su conversación tenía que ser interesantísima y yo creo que si no dominó los salones, fue porque no los frecuentaba; pero en verdad que tenía aptitudes para brillar en la más selecta sociedad, aun rodeada de sofistas que la confundieran con golpes audaces de dialéctica vergonzosa, como yo lo hacía. Añádase a todo eso que hablaba despacio y gustaba de que se le hablara del mismo modo, para poder comprender bien la palabra que escuchaba, y se tendrá una idea bastante aproximada de las excelentes condiciones que se reunían en ella y que debieran haberle conquistado por sí solas la mano de un diplomático, de un político o de un gran señor que quisiera brillar por el buen tono de los recibos en su casa.

Y ya que hablo de sus condiciones morales, aparte de los sentimientos caritativos que su vida de pupilaje no le habían permitido desarrollar, es bueno que mencione sus cualidades físicas, que en cuanto a los lineamientos del rostro no puedo describir con perfección. En efecto, nunca le miré la cara de modo que pudiera retener sus accidentes para reproducirlos con la pluma o con el pincel: en varias ocasiones intenté pintar yo mismo su retrato para regalárselo; vana empresa: cada vez que me paraba ante el caballete dejaba caer el lápiz porque no recordaba absolutamente el contorno del rostro. Idéntica cosa me sucedía cuando me sentaba ante la mesa de trabajo: encendía cigarros y cigarros, me echaba atrás en el sillón, escribía uno o dos renglones: nada, el retrato no salía.

Recuerdo que su rostro no era oval, y puedo decir que en conjunto no tenía ninguna de las perfecciones escultóricas que se buscan generalmente en el cuerpo y en la cara de la mujer que no se ama. No era fea, pero tampoco era bella y debo constatar que no había terminado aún su desarrollo físico, circunstancia que no permitía dar una opinión termi-

nante sobre su busto, cuyos contornos estaban, sin embargo, enérgicamente dibujados bajo las sederías *pompadour* de que tanto gustaba.

Pero, en fin, si no era bella como Chalciecos, tenía tal movilidad en los músculos de la expresión, retrataba tan bien sus impresiones y sabía sonreírse, cerrando al mismo tiempo los ojos, de una manera tan especial y exquisitamente adorable, que si no hubiera tenido ninguna cualidad moral, las físicas bastaban para enamorar a cualquier hombre de aquellos a quienes "el amor les entra por los ojos".

No recuerdo haber nombrado jamás a ninguna de mis cinco novias empleando el diminutivo cariñoso que generalmente usan los jóvenes con las niñas de carácter bondadoso: es una observación que ella misma me sugirió.

– Fíjese usted, me dijo, que solo cuando la bondad es el rasgo característico de una niña, se le llama por el diminutivo: fulanita.

Ignoro si ella había constatado por primera vez este hecho de observación en su propia persona, pero es cierto que tenían razón, y mucha, los que la nombraban con el diminutivo: dudo de que haya otra persona que comprendiendo tan poco como ella, practique tanto y tan bien las enseñanzas del Sermón de la Montaña; pero asegurar que nadie sería capaz de perdonar una mala acción, como ella sabía hacerlo y como diariamente lo hacía.

Como era mujer, había nacido con los instintos de la crítica; pero no los empleaba en la ocupación bastante criticable de que es el alimento de los salones; empleaba sus finas aptitudes en más altos asuntos y es así que le he oído críticas literarias que tenía la sensatez de encubrir con esta palabra de suma modestia:

– Yo no digo que sea bueno o malo… yo digo que no me gusta a mí, nada más…

Así se mostraba humilde y esquivaba al mismo tiempo una argumentación contra la cual, por el placer de discutir, el sofisma preparaba sus infidencias.

Esas mismas aptitudes críticas le permitían aplicar a sus trajes un criterio especial. Se sabe que la moda no permite sino determinados trajes; pero esa moda que decreta las líneas generales del corte y los detalles de la ornamentación, no puede prever ciertos accidentes físicos, propios de cada persona que afean o embellecen , según sea el traje, y que, es preciso, según el caso, ocultar o dejar ver. El tacto especial que se requiere en tales casos y que queda generalmente librado a la buena o mala voluntad de la modista, era lo que caracterizaba sus trajes, lo mismo que sus tocados.

Sabía bien qué colores, qué cortes, qué adornos le sentaban o no, y sabía aprovechar los primeros y rechazar los segundos, apreciando con una sola mirada en un figurín de modas, lo que la afearía y lo que la embellecería. Añádase que sabía hacer bien y barato lo que las modistas hacen mal y caro: vestidos de poco precio –y se verá cuánto más íntimamente se la conocía, mayores aptitudes se le descubrirían.

Sucedió, pues, que cuanta mayor confianza fuimos adquiriendo, más me enamoraba de ella, como que cada día me mostraba una nueva faz de su persona y la ocasión en que tuve un trasporte de gozo, fue cuando supe que no le agradaba el baile. Estaba perfectamente de acuerdo con mis ideas al respecto y no pude menos que pronunciar en voz alta un gran elogio de su buen juicio.

En cuanto a la música, ha sido siempre, para mí, un problema muy arduo explicarme por qué un espíritu tan accesible a todas las grandes y generosas ideas, por qué un corazón tan puro, una inteligencia tan clara, se mostraba lenta para la adquisición de habilidades de ejecución. Nunca le oí to-

car más que una pieza en el piano, y esa bastante mal. He creído cuando he pensado sobre ese extraño fenómeno que no tocaba porque no sabía hacerlo perfectamente. ¿Habría en ello un poco de vanidad? No me parece: ella sabía que la mala música desagrada, fastidia e irrita; probablemente no quería producir en el ánimo de sus amigos esas desagradables impresiones, y por eso se negaba siempre a tocar, aunque fuera yo mismo quien la invitara.

Esta última circunstancia de no saber música es sumamente extraña, máxime sabiendo que tenía un alma de artista. Una noche hablábamos del matrimonio, no del nuestro, que fue punto nunca tratado por nosotros, sino del matrimonio en general. Cuando le dije con la sensatez de un germano que el dinero era la condición única para ser feliz, no me entendió.

– ¡Por Dios!, me dijo, eso no es cierto, el dinero no es la felicidad. ¿Y el amor?

– Sí, el amor, le contesté; pero como para conseguir la felicidad en el amor, que es el matrimonio, se necesita dinero, la cuestión queda así reducida, en último término, a dinero.

Seguimos discutiendo sobre este mismo tema, sosteniéndome ella que no se necesitaba el dinero para obtener la felicidad, y fue tan lógica en sus argumentaciones, que cuando yo le dije que el "contigo pan y cebolla" de los españoles era una mentira muy bonita, me sostuvo su posibilidad y su realidad en muchos casos.

Se ve que era sentimental hasta la visión, que tenía un tesoro de pasión; debía ser, en consecuencia, grande artista: ¿cómo, entonces, no sabía música? No me explico el hecho de ninguna manera; pero como el espíritu no se contenta jamás sin una explicación cualquiera, pienso hipotéticamente que no era artista ejecutante, porque lo era crítica; es decir, que siguiendo la ley general de compensaciones, había

ganado en aptitudes apreciativas lo que había perdido en actitudes ejecutivas.

Y bien, esa pasión, ese tesoro de amor que mostraba en su discusión sobre el matrimonio, no era vana declamación; sé que me amaba y con toda sinceridad, porque siendo ella fabulosamente rica, yo era inverosímilmente pobre.

Y ya que he mencionado sus riquezas, recordaré que ellas le habían permitido viajar, ver sociedades distintas, estudiarlas a la luz de su recto criterio y atesorar grande experiencia. Se lamentaba de que las personas con quienes conversaba hicieran sobre algunos países apreciaciones pesimistas hasta la injuria y se complacía en rectificar creencias erróneas, ideas falsas y juicios equivocados que sobre esos países formaban, quienes no los habían visto, como yo, por ejemplo.

Teniendo tales cualidades y semejantes condiciones sociales, no es de extrañar la pasión que esa joven supo inspirarme y al fin me habría casado con ella si hubiera ya estado instituido el matrimonio civil. Confesaré francamente que quizás la Iglesia y sus ideas no me hubieran impedido el casamiento, que habría tenido la debilidad de sacarme por ante un cura, pero el pensamiento de que se dijera que me casaba por dinero había empezado a alejarme de su casa, cuando un viaje primero y después la guerra, me separaron de ella por completo.

Cuando me ausenté pensaba regresar a los tres meses; me sorprendió la guerra y teniendo que enrolarme en el ejército no pude regresar en el plazo convenido. Pero sucedió que a los tres días de mi partida llegó al pueblo un pequeño petimetre bastante presuntuoso, bien que mucho más hábil que yo para manejarse en sociedad. Afectaba aires de diplomático, vestía según el último figurín, tenía una figura bella, rostro hermoso con bigote naciente y un par de chuletas rigurosamente británicas.

Ese mozalbete destruyó en poco tiempo mi obra y no cumplidos los tres meses de empezada, el mismo día en que yo debía regresar de mi viaje, el petimetre se casaba con mi novia.

Como he considerado siempre una cosa fastidiosísima escribir cartas, no había querido establecer correspondencia con mi novia; nada pudo, pues, revelarme el cambio que se había operado en mi situación e hice toda la campaña en la creencia de que cuando regresara al pueblo, la encontraría soltera esperando mi vuelta. Declaro que me forjaba la ilusión de encontrar en ella una Penélope.

Después de la gran revista de *Pensylvania Avenue*, Mr. Edwin Stanton no quiso que yo me separara de los cuadros del ejército y no teniendo ocupación que darme, por el momento, se me acordó el título de agregado militar de una legación en Europa.

Partí contra toda mi voluntad, porque era necesario obedecer, y cuando hacía tres días, después de un viaje de diez, que había tomado posesión de mi puesto, caminando por una calle bastante sola, encuentro a mi novia llevando cuatro niños regordetones y colorados como hijos de cualquier salchichero acomodado.

No puedo pintar el asombro que este encuentro me causó; nos detuvimos, me comunicó su casamiento, no me ofreció su casa y nos separamos con alguna dificultad por parte de ella, bastante satisfecho yo de que terminara la conferencia, porque los niños me tiraban de los faldones pidiéndome bombones y caramelos.

Lo que más me extraño fue su traje bastante modesto y la circunstancia de no llevar niñera; concebí inmediatamente una sospecha y como la curiosidad me mortificaba, fui a su casa así como entró la noche.

La portera me dio amplios informes, confirmando, por

desgracia, la sospecha que me había asaltado: mi novia estaba pobre, no arruinada porque tenía casa propia en que vivir, pero sin más recursos que esa casa.

El petimetre, más elegante que yo, era jugador. Afortunado hasta el día de su casamiento podía sostener exterioridades fastuosas y pasar por rentista. Desgraciado desde el día de su enlace, fue perdiendo cuanto tenía y acabó por gastar el dinero de su esposa. A eso se reducía la historia de mi novia: algunos sucesos sencillos, el resultado natural de un casamiento precipitado, muchos hijos, poco dinero, recuerdos de mejores tiempos, porvenir dudoso; es decir la historia de todo el mundo.

Pero como si la fatalidad hubiera querido perseguir a esa pobre mujer, tenía mayores pasares; la familia de su esposo, una familia de mujeres livianas, la visitaba con frecuencia y el petimetre elegante, lleno de talentos de sociedad, obligaba a la esposa más casta de la tierra a comer en la misma mesa que las mesalinas, hermanas de un jugador. Era la lógica del vicio.

Poco tiempo después, pasé por la casa; estaba vacía. Pregunté por sus moradores: habían desaparecido una mañana, dejando sus muebles, que la policía recogió.

Desde entonces no sé lo que ha sido de mi antigua novia; recorrerá el mundo probablemente, siguiendo a su esposo, después de haber concluido con la fortuna que por herencia había recibido.

Buenos Aires, Febrero 23 de 1880

Pródromo a una descripción de la pederastia pasiva

Hay en el fondo del corazón de toda prostituta una fibra, sensible al amor, que vibra fuerte y vigorosamente, cuando es pulsada, sea por un hombre que la haya enamorado, sea por el que interesado en el estudio eternamente bello de la naturaleza humana, se insinúe en el ánimo de una mujer pública arrancándole declaraciones confidenciales, palabras llenas de esa dolorosa sinceridad que el malvado o el depravado suelen a veces tener, como una tregua a la serie aparentemente interrumpida de las vergüenzas que son su vida diaria.

Pero ese amor de una meretriz nace en un medio corrompido, y su desarrollo adolece de la modalidad que por fuerza ese medio le hace tomar: primitivamente constituido por un elemento puramente físico, como toda pasión amorosa, se vuelve al fin una entidad psíquica, cuando la persistencia del deseo, ha hecho fijar como ideas las sensaciones primitivas, en las redes de la sustancia gris del cerebro.

Esa transformación es el proceso que determina la modalidad, la exterioridad del amor: en la prostituta es eminentemente carnal, parece reducido a la necesidad de frotamientos, y para conseguirlos, es que la mujer hace los mayores sacrificios. Que llegue el amante de una prostituta a dudar, que se muestre hastiado de la repetición de un mismo placer y quiera como el poeta que la mujer invente alguno nuevo, o simplemente que esté aquella enamorada con locura y su amante le pida un *sacrificio,* ¡y la desgraciada caerá en la senda inmunda de la pederastia!

Tal es en general el modo como una mujer, extraviándose de la manera más vergonzosa, sacrifica su cuerpo a deseos asquerosos, o se hunde por completo en el fango, por probar la sinceridad de un afecto.

Rara manera, ciertamente, de probar el amor; rarísima, en verdad, pero elocuente más que ninguna otra, en el concepto de quién la da y de quién la recibe.

Después que se ha hecho esa primera jornada, que cuesta tanto como la desfloración de una virgen, su repetición por cuatro o cinco veces, coloca a la mujer en libertad de usar del recto en todos casos, ¡y lo que había estado reservado al amante, se entrega a cualquiera otro por el mismo precio que la vagina!

¡Pobre mujer! No agotado aún el caudal de la depravación, se hará felatriz tarde o temprano.

Sería criminal engañar a los que no conocen los bajíos de la sociedad, decir que siempre el amor mal entendido, arrastra a la mujer a la pederastia; hay casos en que el interés es el único móvil, pero es justo decir que esta es la excepción, y que en cualquier caso, la mujer se decide aconsejada por sus compañeras, y apremiada por los hombres, nunca por sí sola. Es también común el forzamiento de que son víctimas, sea que un hombre solo las domine por el terror, o que entre varios venzan sus esfuerzos de resistencia.

El lector que haya alcanzado a este punto de mi escrito, habrá llegado seguramente horrorizado; pero es porque ignora que al lado de esas prostitutas pederastas, la mayoría de las meretrices de Buenos Aires, que al fin y al cabo no hacen sino dar los últimos toques de pincel al cuadro de sus infamias, hay una multitud de hombres, de todas condiciones sociales, entregados a tan repugnante vicio, sea que trafiquen con él, transformándolo en oficio, sea que lo tomen como un placer idéntico al de cohabitar con una mujer.

Escribo de medicina, presentaré una historia clínica: N. N. es joven, robusto, elegante, bello de cara, mimado por las mujeres del barrio en que vive; Z. no menos bello que el anterior, de una familia distinguida, ve al primero en el tea-

tro, lo saluda sin conocerlo, hace poco a poco relación con él, y después de pasados quince días desde aquel saludo, se presenta una noche en el cuarto de N. N., le pide hospitalidad so pretexto de que le han cerrado la puerta de su casa, se acuestan en la misma cama, y un cuarto de hora después de apagar la luz N. N. ha ensangrentado a Z. que decía en un éxtasis de goce:

–No se olvide que usted ha sido el primer hombre… ¡y era Z. quien había provocado a N.N. con tocamientos indecentes y haciéndole cosquillas! El primero tendría 22 años y el segundo 23.

Puedo garantir que el caso no es único, y que yo solo conozco más de una docena, idénticos al narrado, en que el pederasta pasivo busca, excita y provoca al hombre *con quien tiene capricho,* según la frase tomada a las prostitutas, de que los pederastas se valen para expresar sus predilecciones.

He bosquejado ya una clasificación de los pederastas, los que hacen y los que no hacen oficio o profesión de tales.

Propiamente hablando no existen los primeros, porque no hay ningún individuo que se costee la vida con semejante infamia: son pues, los de la primera categoría individuos en su mayor parte de cuna humilde, que hacen oficio de sirvientes en algunas casas; sacristanes extraordinarios en las grandes festividades eclesiásticas, legos o novicios de conventos, mandaderos, etc., recibiendo como es natural, algún dinero por su trabajo, y que se dedican por la noche al tráfico de la pederastia, esperando los clientes en las casas especiales de ese negocio, o saliendo a las plazas y calles a reclutar sus inmundos parroquianos.

Los individuos de la segunda categoría lo hacen por gusto, con quien ellos quieren, sea gratuitamente, sea pagando de alguna manera el placer que se les proporciona. Pertenecen a las clases elevadas, por su dinero o por su posición

social y jamás les falta un depravado que distinguen como al preferido, y del cual se burlan *poniéndole cuernos…*

Los miserables de la segunda categoría no se mezclan con los de la primera, se rodean de cierto misterio para ejecutar sus indecencias, y son tanto más buscados cuanto más se ocultan: los pederastas activos que renuncian a la mujer, ven en ellos el equivalente de las damas de la alta sociedad que cometen clandestinamente el delito de adulterio, a punto de que es título honroso, entre ellos, haber conquistado a fulana o a zutana, porque entre pederastas pasivos, el nombre masculino se feminiza.

Los pederastas de la primera categoría, los prostitutos, si se permite la expresión, a la vez que venden su cuerpo, tratan de encontrar nuevos adeptos; jovencitos que corrompen y los hacen entrar en su inmundo oficio, por los que ganan con una desfloración exactamente lo mismo que con la desfloración de una virgen.

Los médicos saben cuán poderosa es la influencia que tienen sobre el individuo las ideas eróticas que se manifiestan en los primeros tiempos de la secreción seminal. Aprovechando esa influencia, el pederasta pasivo, inicia al jovencito que quiera corromper, en los misterios del coito natural, y va poco a poco pasando a todo género de obscenidades hasta ponerlo en el caso de entregarse a un hombre que lo desflora de su virginidad anal.

Los pederastas suelen aprovechar la iniciación de un neófito para dar un baile en solemnización del hecho, baile que muchas veces es acompañado de un simulacro de casamiento entre el nuevo pederasta y el depravado que lo han conquistado con el dinero o por simpatía.

Se creerá que esos bailes tengan algo de particular; nada de eso, es una reunión en que se observan durante los primeros momentos las mismas reglas y la misma etiqueta que

en las de la gente decente. Mucho lujo, mucha ostentación, primero algún recato y una caricatura de pudor, más tarde, cuando se ha bebido, la bacanal desenfrenada termina con alguna gresca o una paliza a uno de los pederastas.

¡Estos miserables se afeitan, se pintan, se colocan un peinado postizo y se visten de mujeres! Escotes, mangas cortas, flores, cintas, plumas en la cabeza, vestido de cola larga, blancos y transparentes, con visos de color, lo mismo que las señoras y señoritas de la alta sociedad. No les falta ni la *salida del teatro* para abrigarse.

Las mismas críticas de salón, los mismos cuchicheos de un baile sobre el vestido de fulana, el peinado de mengana, las botas de zutana o el abanico de beltrana; todas esas miradas furtivas, esas coqueterías, rivalidades, ayudas, cuentos, mentiras, sátiras e invectivas que se producen en su salón se repiten en un baile de *maricas*, porque allí el pederasta pasivo se transforma en mujer, y la mayor ofensa que se le podría hacer, sería darle su nombre masculino.

La pederastia no está aun regimentada entre nosotros, no tiene centro en que sus afiliados se agrupen en sociedad, ni se constituyen en corporación, como si fueran un gremio. Esto no obstante, la fama de algunos pederastas ha pasado del municipio de nuestra ciudad, y hay un individuo, mulato, reconocido como el más hábil pederasta, que ha recibido el título de *condesa de Benaviles,* expedido en un magnífico diploma litografiado, por lo que podríamos llamar el grande oriente de los pederastas de Río de Janeiro.

He dicho ya que los pederastas que hacen ese vil oficio depravan a muchos jóvenes: es justo agregar que una de las fuentes más poderosas de la pederastia es el internado en los colegios; no menos lo es el noviciado de los conventos.

Hemos visto a la mujer extraviarse por el medio en que vive y lo mismo sucede con el hombre, pero es fuerza reco-

nocer que este obedece generalmente a una tendencia innata: *sodomita nascitur*, puede decirse con entera seguridad.

Un hombre que conoce profundamente la sociedad porteña en su parte oculta y vergonzosa me narraba, no ha mucho, que cuando era niño jugaba con sus compañeros a *la paloma;* juego en que es necesario imitar todos los movimientos de un par de palomas y a cuya imitación la índole picaresca de los infles daba animación retratando el acto de *cubrir* el palomo a su hembra.

Uno de los niños que jugaban no quería nunca *cubrir,* y se prestaba a ser *cubierto:* separado durante diez años de ese niño, el narrador lo vino a encontrar al cabo de ese tiempo, entregado a la pederastia pasiva.

No deduzco de este solo hecho mi tesis de la innatividad de las tendencias pederastas, sino de muchas observaciones de actualidad, y de mis recuerdos de la niñez referentes a los que reconocidamente eran pederastas, en los colegios donde he estudiado.

Las manifestaciones de esas tendencias suelen ser, a veces, muy claras: voz atiplada, maneras afeminadas, aversión a las niñas, preferencia por las tareas y labores de las mujeres. Pero no es esa la regla general, y aun me atrevería a asegurar que es la excepción.

El pederasta puede ser y es en muchos casos hombre robusto, valiente, enérgico, sin que ello obste para que afecte maneras afeminadas, por lo demás las manifestaciones ostensibles de la pederastia se producen cuando el individuo ha perdido completamente la vergüenza, cuando tiene que buscar hombres en todo momento.

Los pederastas planchan, cosen, tejen, arreglan sus cuartos con una coquetería enteramente femenina, se expresan, en general, con muy buen lenguaje y observan las reglas de la etiqueta, siendo muy alagado cuando encuen-

tran un hombre que los trata con fina cortesía. Odian a muerte a las mujeres, son sus mayores enemigos y no usan nunca de ellas, tanto porque no las desean, cuanto porque no encontrarían ninguna que los recibiese. Hay, sin embargo, pederastas reservados, que usan de las mujeres; pero son muy pocos.

Hay pederastas poetas y prosistas; los hay versados en los idiomas, en el ritual católico, etc., los hay muy ignorantes, pero sería inútil buscar uno estúpido: no he visto entre ellos, y conozco muchos, más que uno cuya inteligencia me pareció obtusa, y sin embargo, supe más tarde que es un hábil ladrón, lo que acusa ya mucha acuidad intelectual.

He desechado, pues, hace mucho tiempo, la idea de que la pederastia reconozca por causa una falta de inteligencia o un desconocimiento de lo que se llaman leyes morales. Todos los pederastas tienen perfecta noción del bien y del mal, una noción tan clara como cualquier persona honrada y decente.

Yo suponía, hace ya algún tiempo, que la pederastia era un patrimonio casi exclusivo de los hombres de color, y me explicaba el hecho por el abultamiento de las regiones encefálicas posteriores. Hoy puedo asegurar que la raza blanca da más pederastas que los negros y mulatos, y que la forma de la cabeza no da siquiera un indicio etiológico de la pederastia. ¡Conozco un pederasta cuya cabeza se parece a la de Napoleón el Grande y el contorno craneano de la *Condesa de Benaviles* tiene similitud con la silueta de Goethe!

Hay un misterio insondable en este inmundo vicio; que la fisiología o quizá la histología patológica revelarán un día; pero, entretanto, puede decirse que la pederastia no es un delito, no es una acción de hombre libre: es una manía parcial, un síntoma de alienación mental, porque los pederastas reconocen el mal que cometen, se avergüenzan de él, pero siguen en la vía del vicio arrastrados por una fuerza irresisti-

ble que muchas veces los obliga contra su voluntad a seguir en esa depravación.

¿El pederasta goza en sus coitos? ¿Experimenta una sensación de placer al sentir el contacto del semen en la mucosa rectal, como la mujer cuando siente humedecer su vagina? Ellos declaran que sí, que experimentan esa sensación, que gozan, sobre todo en el momento de la intromisión del pene, cuando este roza el esfínter anal. ¿No sería este hecho, si es cierto, la primera parte de un programa de estudios histológicos y fisiológicos sobre los nervios de la región anal?

La continuación del coito contra-natural acaba por producir la relajación del esfínter del ano, un estado que no sé cómo clasificar en la mucosa rectal, y después de todo, la incontinencia de las materias fecales, que se derraman *sin que el paciente tenga conciencia de ello hasta que le han mojado los muslos.*

En prevención de este inconveniente que les causa serios disgustos, los pederastas usan tapones de trapo, estopa o esponja, y los que tienen como hacerlo les colocan un botón o agarradera de plata; más generalmente usan de este mueble lujoso las prostitutas y lenocinas, que tienen siempre dinero para poderlo costear.

Buenos Aires, Setiembre 17 de 1879

Historias urbanas

En 1871

Un día se contaron más de novecientos muertos. En el cementerio, los ataúdes quedaron sin sepultura, formando inmensas pilas elevadas al aire libre, bajo un cielo gris y triste. Aquel día toda la ciudad sufrió un estremecimiento de espanto, un nuevo estremecimiento que se agregaba a todos los que ya había sufrido, porque nunca se había visto una tragedia tan horrorosa. Las peripecias más crueles se sucedían sin cesar, variadas al infinito en sus formas, siempre idénticas en el fondo. La enfermedad, el monstruo intangible, se apoderaba de los seres en silencio, los fulminaba con el frío de la tumba, y en la lividez horrible de una descomposición que era agonía, les arrebataba la vida silenciosamente, sin una queja, sin un lamento, sin un sollozo. Y alrededor de esos enfermos incurables y de esos muertos que irradiaban ellos mismos la muerte con sus emanaciones, alrededor de los lechos hediondos y de los ataúdes cerrados, se veían los mismos dramas. Ora la familia abnegada acompañaba al deudo amado hasta el lugar de la eterna separación, ora se veía llegar silenciosa la mano extraña que reemplazaba al pariente o al amigo de esa última dolorosa tarea. Padres que morían lejos del hijo prófugo, madres que cerraban los ojos oprimiendo sobre sus senos un hijo de meses, mujeres y hombres solos, sin un auxilio, sin una ayuda, personas encajonadas vivas, que se despertaban en el cementerio; todos los horrores, todos los sufrimientos, todas las desesperaciones al lado de todas las sublimidades de la abnegación y de todas las infamias de la cobardía. Había médicos que huían.

El pánico innominado de las multitudes, el terror insuperable de la impotencia, dominaba la población y extendía sobre toda la ciudad el inmenso silencio de un cementerio.

Por las calles, los transeúntes apurados caminaban sin ruido, cruzándose con los perros hambrientos que trotaban por la orilla de las veredas, con la cola y la cabeza bajas, buscando el rastro del amo muerto o un pedazo de carne abandonado. Y no había carne. Las autoridades la vendían para salvar del hambre a los pobres que no podían salir de la ciudad. Las carretas sucias en que entraba de los mataderos pasaban al lado de los coches fúnebres y los carros cargados de ataúdes que iban lentamente al cementerio llenando las calles con el ruido de sus barquinazos. De cuando en cuando largos carros de mudanza cargaban muebles en la puerta de una casa: los ladrones, como los cuervos sobre los campos de batalla, caían sobre las casas abandonadas a robar los mobiliarios. El crimen corría tras la muerte. Era natural. Había médicos que robaban el dinero que sus enfermos ocultaban debajo de la almohada. Agonizantes lívidos firmaban testamentos falsos. Sacerdotes caritativos se llevaban de las casas bajo sus sotanas los crucifijos de plata. El Presidente de la República se fugaba, mientras el Gobernador de la Provincia hacía levantar un campamento para los pobres a seis leguas de la ciudad. Del extranjero llegaban socorros, dinero, medicamentos, carne que faltaba, médicos que había de sobra y no servían para nada. Cada patán era un médico; un carpintero estúpido curaba cincuenta enfermos, era un héroe durante veinte y cuatro horas, comía gratis una semana, caía anulado a los quince días. También las sublimes ignorantes, las hermanas de la caridad, preconizaban un licor, una poción azucarada y alcohólica: era preciso tomarla en nombre de la Santísima Trinidad.

Se hablaba despacio y en voz baja. No había más que una sola cosa que comunicarse: fallecimientos. Y cada nueva noticia era una nueva exacerbación del espanto. Por eso los parientes huían de los parientes y los amigos huían de

los amigos, para escapar del contagio. Y la enfermedad no era contagiosa. Pero la multitud es ignorante y el miedo es idiota. Los médicos eran multitud y tenían miedo. Solos en aquel naufragio, los miembros de una comisión que se llamó popular, ayudados por todo género de auxilios, y una municipalidad que carecía de todo, se sostuvieron firmes, llevando a los hogares indigentes lo único que podían llevar: ropas, alimentos, ataúdes. Esos hombres –eran numerosos– velaban permanentemente, acudían a todas partes, y cuando caían ellos mismos heridos por la enfermedad, tenían un entierro sin concurrencia. Los que sobrevivieron tienen ahora una cruz de fierro regalada por el pueblo.

¡Poca cosa! En aquel tiempo se les veía por la noche cruzar las calles como fantasmas; eran los únicos habitantes que había de noche; llevaban sobre sus espaldas la cruz del sacrificio estéril. No tenían miedo; pero eran multitud. No sabían curar la enfermedad. Nadie sabía curarla. Había, sin embargo, enfermos que sanaban. Casualidades. Los médicos se atribuían el mérito de esas curaciones. Eran pedantes. Y los pedantes no sabían siquiera como había entrado a la ciudad la horrible peste. Las autoridades tampoco lo sabían. Vagamente se decía aplicando al caso particular una tesis general, que un enfermo había entrado del extranjero y había muerto en una casa de la calle Balcarce, cerca del Hospital de hombres. El barrio es sucio. La enfermedad encontró el terreno preparado, se propagó poco a poco alrededor del punto inicial y ganó toda la ciudad, bajando como una inundación cenagosa de la alta colina en que tomara nacimiento. Hoy la leyenda es historia. Ahora se asegura –o se sabe– que el primer muerto fue un marinero inglés. Ese primer muerto fue enterrado en enero; en febrero los cortejos fúnebres cortaban las hileras de coches del corso carnavalesco, para pasar de una mitad a otra de la ciudad.

Intersección de mascaradas. El gobierno costeaba las fiestas públicas para ocultar los estragos progresivos de la enfermedad. La autoridad enmascaraba la muerte para ocultarla. El avestruz escondía la cabeza para no ver al enemigo. Pero así como tras la máscara carnavalesca estaba la muerte, tras el carnaval estaba la cuaresma.

El mal creció. En marzo los muertos no bajaban de quinientos por día. En abril se llegó al día de los novecientos muertos. Era el viernes santo. En realidad, Dios debía ser aquel día un cadáver. ¡Cuántos lo invocaron mentalmente en las últimas luces de la agonía! En medio del adormecimiento comatoso que precedía a la muerte, en el idiotismo repugnante del ser que se iba, solía haber relámpagos de conciencia, miradas de fuego, quejas apagadas, una que otra palabra. Esa palabra, en los pobres de espíritu, era para Dios, que no la escuchaba. El agonizando moría; había un alma más en el purgatorio y un cadáver más en el depósito general de todas las osamentas amarillosas que se arrojaban a la fosa común. Bien felices los muertos enterrados. No les faltaba la palada de tierra, que es el último patrimonio de todos los hombres. Hubo algunos que no fueron enterrados nunca. Un hombre, una mujer morían en un cuarto solos, sin medicamentos, sin cuidados, sin alimentos; morían, como habían vivido, profundamente ignorados, desconocidos. La enfermedad los clavaba en el lecho, la sed los enloquecía, la muerte los inmovilizaba. Así extendidos, rígidos, sucios, amarillos, se pudrían entre sus propias cobijas y no salía al exterior de sus casas ni la hediondez de su podredumbre. Cuando la epidemia pasó y esos cadáveres fueron encontrados, la autoridad ocultó los horribles hallazgos. Era natural.

En el día terrible de los novecientos muertos no hubo sol. El cielo azul de la ciudad estaba gris, una masa espesa de nubes lo cubría completamente y dejaba caer una lluvia finí-

sima que no era lluvia ni era niebla, pero que mantenía por todo una humedad caliente y aceitosa. Ese día las iglesias estuvieron desiertas y no resonaron bajo sus bóvedas las voces gangosas que todos los años repiten los mismos sermones de la agonía y de la soledad. Pero la piedad es profunda y todo lo salva o pretende salvarlo cuando algo se opone a su libre ejercicio. El hombre encuentra en sus sentimientos religiosos fuerzas desconocidas para adorar a Dios. Por eso se vieron en aquel viernes santo, personas que acudieron enfermas a las iglesias; otras quisieron y no pudieron hacerlo. La imposibilidad absoluta las retenía en el lecho a cuya cabecera velaba la muerte. En la desesperación causada por esa imposibilidad, murieron muchos; quizás murieron por esa misma desesperación. Los llevó al cementerio el mismo carro de basura que llevaba a los impíos. Porque también los carros de basura servían de coche fúnebre. En los conventillos, en los cuartos angostos, cortos, bajos, oscuros y sucios, los napolitanos y los gallegos, cubiertos de inmundicia, morían por docenas, por carradas en cada habitación, por centenares en la casa entera. La autoridad tenía para ellos la mano dura. Calientes aún, los encajonaba, clavaba los ataúdes aplastándoles la cabeza cuando los cuerpos eran demasiado grandes para el cajón, y los amontonaba en los carros de basura para llevarlos hasta el Cementerio. De paso, cuando el carro no iba muy cargado, recogía en el camino algunos muertos más para no hacer viajes incompletos. Abogados, corredores de bolsa, comerciantes, hicieron así la última etapa de la existencia. Las basuras que habían andado separadas en la vida, se reunían en la muerte. Mala partida que jugaba el destino sin saberlo.

De una casa lujosa, rica, salía un ataúd de pino blanco. El carro de basura se lo llevaba. ¿Era el entierro del caballerizo o del sirviente? No. Era el dueño de casa que se iba,

mientras los criados robaban su hogar abandonado. Porque contra muy escasos sirvientes abnegados, hubo miles de canallas. Uno de ellos, una mulata, el día de los novecientos muertos, llamaba a una amiga –otra canalla– en la calle del Paraguay y la invitaba a acompañarla a ver el cadáver de "la señora mayor". La mulata hablaba en voz baja y reía con una risa canalla, levantando las comisuras de los labios, moviendo al reír la piel de la cabeza con una raya al medio del cráneo. La amiga resistía. Tiburcia insistió, logró convencerla y las dos mujeres, tomadas del brazo, entraron a una casa de hermoso aspecto, cuya puerta-cochera, de cedro lustrado, estaba completamente cerrada.

La casa era de un solo piso, alta, pintada al aceite con un color gris azulado. Tenía tres ventanas de reja fundida, persianas corridas, la puerta a la izquierda, en lo alto del parapeto, copas de mármol para las plantas. El zaguán era ancho; en cada pared había un hueco para calzar las hojas de la puerta cuando se abrían; esos huecos, como el resto de los muros, estaban pintados del mismo color que el frente de la casa; en los contornos corrían orlas de guarda griega, color azul oscuro; el techo, cubierto con un cielorraso de yeso, mostraba en el centro un rosetón destinado a sostener un farol, pero que no sostenía nada: se veía asomar el tubo de estaño para la provisión del gas.

Una puerta de hierro, pesada, con dibujos que casi servían de celosía, y pintada de verde oscuro, separaba el zaguán del primer patio. Cuando esa puerta de hierro se abría, sonaba en lo alto de su batiente una fuerte campanilla, de timbre desagradable. Al ruido de la campanilla acudía un gran mastín, enorme, que no ladraba ni mordía.

A la izquierda del visitante que entraba, estaba el primer patio, más largo que ancho, circundado en tres costados por una galería, sostenida sobre columnas de orden compuesto,

debajo de la cual se abrían las puertas de las habitaciones, cerradas con celosías de madera color de cedro. En el fondo del patio una pieza cerraba el cuadro. En el segundo zaguán, idéntico al primero, pero con cielorraso de lona empapelado y sin rosetón para farol, daba acceso al segundo patio, sin galería, con una balaustrada que lo separaba del camino para la entrada del carruaje, cuyas ruedas habían dejado huellas visibles en el piso desde la puerta de calle hasta la del jardín, que ocupaba todo el fondo de la casa. En medio del segundo patio se levantaba rígidamente un brocal de mármol blanco en arco de hierro fundido y pintado de verde. Era brocal de aljibe y se tiraba agua en balde de bronce con cadena de hierro acerado. El fondo del patio era cuadrado por la cochera y pesebre, con habitaciones para sirvientes.

En el costado izquierdo se veía una habitación con ventana sobre el patio y la puerta de la cocina, por entre cuyas batientes brillaban los azulejos de fogón y los muros. Sobre esa habitación y la cocina, de un metro de ancho, que terminaba, cerca de la cochera, en una escalera de cedro de curva incómoda y baranda de hierro fundido con pasamano de madera. Todo estaba sucio y por entre las rendijas de algunas piedras del piso asomaban yuyos que crecían libremente. Todas las puertas y ventanas estaban cerradas, menos la puerta de la cocina y de la primera habitación de altos que se encontraba al subir la escalera.

Las mulatas subieron silenciosamente esa escalera y entraron a esa primera habitación. Era una pieza cuadrada, con ventana al norte, blanqueada con yeso, limpia y amueblada pobremente. Una mesa con hule, tres sillas, una cómoda enchapada en caoba oscura, cuadros de santos en las paredes, una alfombra raída, delante de una mesa de luz y al lado de la mesa de luz, en un rincón, una gran cama de hierro verde. Sobre el revuelto lecho, en cobijas, se extendía rígido

un cadáver de mujer en enaguas, con las manos amarillosas cruzadas sobre el pecho, sosteniendo un crucifijo de palo y con el rostro cubierto por un pañuelo blanco. En la mesa de luz ardía una vela de estearina en un candelabro alto de bronce, amarillo, que no se sabía si iluminaba a la muerta o a la Virgen de una pililla de agua bendita colgada en la pared. Las enaguas de la muerta, demasiado cortas, dejaban descubiertas las piernas del cadáver, demacradas hasta la exageración, vestidas con medias de hilo blanquísimas. Las dos permanecieron algunos minutos silenciosas ante el cadáver, hasta que oyeron ruido de pasos fuertes en el primer patio.

– ¿Qué te parece la gordura?, preguntó Tiburcia.

– ¡Calláte, mujer!, le contestó su amiga riéndose.

– No juegues con los muertos. ¿Quién había de decir que ese demonio tenía esas cachirlas?

Los pasos se acercaron. Eran los enterradores. Traían un ataúd de pino blanco, que subieron fácilmente hasta la habitación y colocaron en el suelo. Luego uno de ellos, paseando una mirada en derredor de la pieza, destapó brutalmente el rostro de la difunta. Era una anciana de fisonomía levemente severa que había encontrado en la muerte una expresión de inmóvil tranquilidad semejante a las de un embalsamado; los ojos abiertos opacamente brillantes, miraban con cierta expresión aterrante, y el color amarillo de la tez parecía una pintura desleída en agua y extendida sobre el rostro.

– Hijita, esto da miedo, dijo Tiburcia, y salió del cuarto.

Su compañera la siguió y bajaron juntas la escalera, mientras los enterradores abrían la cómoda y se guardaban pañuelos de seda y toallas turcas dentro de sus camisas. Buscaron joyas y no encontraron. En el cajón de la mesa de luz había doce pesos y varias recetas de médico; dejaron éstas y se guardaron los otros. Luego cada uno tomó el cadáver por un extremo y brutalmente lo arrojaron al ataúd con un ruido

seco que repercutió en la cocina, donde las mulatas lanzaron un grito de coquetería dirigido a los gallegos enterradores. El cajón era corto para el cadáver; la cabeza quedaba casi de fuera; el más robusto de los enterradores se hincó en el suelo y con el puño cerrado la empujó fuertemente. Los huesos de la anciana rechinaron y la cabeza entró en el cajón, clavando la barba sobre la tabla del pecho y con la mitad de la trenza canosa fuera del ataúd. En seguida colocaron la tapa del cajón; por el extremo correspondiente a la cabeza, asomaba el cabello de la muerta. Detalle insignificante. El cajón fue atado con una cuerda y descendido a pulso desde la galería de la habitación al patio; luego, cargado en hombros por los enterradores y seguido de las dos mulatas, fue sacado a la calle y arrojado violentamente a un carro de basura, cuyo conductor hizo seguir viaje a los caballos, sin incomodarse a dar vuelta para mirar. Los enterradores siguieron al carro y las mulatas volvieron a entrar a la casa hablando en voz baja.

Así quedaba sola en el mundo, Elena Gómez, con su hermosura de tipo griego, una fortuna y diez y ocho años. Su única guía, su abuela, no había querido salir de la ciudad. Ella, espantada, había ido a San Isidro. La juventud tuvo razón contra la ancianidad. La nieta sobrevivió, mientras la abuela murió sola en una habitación de sirvientes, sin una voz amiga que le dijera una última palabra de adiós. Vestida por su criada, después de muerta, fue al cementerio en un carro de basura y se hundió con el cajón que la llevaba en una fosa común, entre dos camadas de cal, al lado de otros que habían ido como ella, sin nombre, sin filiación y sin procedencia, anónimos del espantable momento, desaparecidos al día siguiente, olvidados muy pronto.

La vida porteña

¿Tiene Buenos Aires una vida propia y característica? He aquí una pregunta que muy pocos se habrán dirigido, aunque todo el mundo, más o menos, repita siempre: ¡Hay vida en este pueblo!

Es, sin embargo, muy fácil responder a esa pregunta con solo señalar un hecho común y frecuente, que se repite sin cesar y que se repetirá por mucho tiempo. Ese hecho es que la aparición de cada nuevo personaje en nuestra sociedad, sea un extranjero o un provinciano, determina invariablemente en cada persona que ve al recién llegado, esta pregunta, esteriotipada ya en nuestro lenguaje:

– ¿En qué se ocupa?

En efecto, en una sociedad donde todo el mundo trabaja, es fuerza que todos los que vienen de fuera tengan alguna ocupación o la busquen una vez que se instalan en este centro de labor, especie de calurosa colmena destinada principalmente a ganar dinero.

En Buenos Aires –y este es el rasgo característico de la vida porteña– casi no hay rentistas y, si los hay, tienen pleitos, en lo cual encuentran una ocupación que les impone deberes.

En los teatros, en los salones, en los cafés se señala y se marca a los pocos que pasean, durante todo el día en la ciudad sin fuente conocida de recursos o sin manifiesta profesión, ocupación o estado. Se les mira y se les admira: ¿cómo puede una persona pasar el día *sin hacer nada*?

El tipo europeo del holgazán completo, que se levanta por la mañana, fastidiado, ideando viajes, para matar su tedio, no existe en Buenos Aires.

Entre nosotros, es necesario ser algo, aunque sea jugador, o para disimular la holganza, estudiante.

– ¿En qué trabaja ese mozo?

– No se ocupa de nada.

– ¡Oh! Y, entonces, ¿de qué vive?

– Es estudiante.

– ¡Ah!

Y ese *¡Ah!* Es pronunciado ampliamente, con una espiración profunda, con una especie de alivio al pasar, por un momento sentido, de que aquel mozo fuera un haragán, o como se dice en la lengua fácil y juguetona del vulgo porteño, "sereno y aplanador".

El "sereno y aplanador" o simplemente el "aplanador" –contracción del antiguo dicho "aplanador de veredas"– podría parecer quizá a un observador superficial el tipo del holgazán absoluto cuya existencia en nuestra sociedad he negado. El "aplanador" no es, sin embargo, el holgazán: es el estudiante que consagra más tiempo a la calle que a los libros, es el mocito temporalmente sin empleo, que petardea de 12 a 2 en las antesalas de los ministerios, es el empleado público que se desocupa temprano o concurre muy poco a su oficina; y puede ser, finalmente, el inmigrante de levita y sombrero de copa alta, venido de regiones en que se habla castellano con tonada, por las esperanzas que le ha hecho concebir un tío altamente colocado en la política dominante.

Todos esos holgazanes, que no lo son en absoluto, están muy lejos del holgazán europeo, dueño de una gran fortuna que no administra personalmente y que gasta sin tasa ni medida en las cosas más románticamente fantásticas.

Entre nosotros, los ricos que poseen bienes inmuebles de grande extensión, poblados por numerosos semovientes, conservan y se muestran celosos de ejercer lo que se llamaría en francés la *haute direction de leurs affaires*. Los administradores o mayordomos que los sirven son meros ejecutores de sus órdenes e ideas.

Así, pues, la vida porteña es una vida de trabajo, una vida eminentemente laboriosa en que la sociedad, inexorable, exige que hasta los poetas desciendan a ganapanes, encomendándoles la guarda de los archivos o el manejo de la educación popular.

Es por esto que nuestra vida no puede ser sino lo que es, aunque se afanen por transformarla y la disfracen con nombres exóticos y mal aplicados, en algunas de sus manifestaciones, aquellas personas que por buen gusto innato o en razón de haber viajado, saben apreciar los goces, inestimables para la mayoría de las gentes, de la vida elegante y lujosa, que no afemina ni excluye la fortaleza viril, como lo prueban las sociedades de Alemania, Inglaterra y Rusia, cuyos ricos saben reunir todas las delicadezas de salón de un duque francés del siglo XVIII a las arrogantes virilidades de un guerrero de nuestra independencia.

El *vita brevis* del padre de la medicina es una verdad también en Buenos Aires, para los que –y somos todos– buscan una fortuna que es necesario ganar a toda costa. La vida porteña transcurre en medio del trabajo, y apenas por las noches se consagran algunos momentos al descanso. Podemos examinar de cerca esos ejemplares de sudamericanos apuradísimos que caminan corriendo, como si dispararan a la Bolsa. ¿Cuál de ellos sería capaz de caminar despacio fuera de la hora reglamentaria? Ninguno. Estando establecido que todo el mundo es o debe ser persona ocupada, todo el mundo va de prisa, hasta los subsecretarios de ministerio que se dirigen a sus oficinas.

Pero que pase la hora del *quehacer*, después que se ha comido, a las 6 o 7 de la noche, y se verá a los porteños caminar lenta y reposadamente, todos por una sola y misma calle –no hay más que una sola calle en la ciudad– contoneándose con aire grave, hablando sentenciosamente al oído del acompa-

ñante, conversando... ¿de qué? ¡De negocios, de política, del tiempo! ¿Arte, literatura, ciencia? ¡Nada! ¡No hay tiempo! ¡Tienen tanto que hacer!

Así van todos, uno tras otros por la calle de la Florida; si en verano, al Jardín Concierto, al Politeama, a la Confitería de Gas a tomar un helado; si en invierno al Colón, a escuchar con la formalidad de un turco su oración, óperas del repertorio italiano, cantadas por compañías en que invariablemente no hay más que dos o tres partes buenas, pero que todo el mundo concuerda en no silbar, porque silbar no es de buen tono, y para un porteño no hay nada en el mundo como la *contenance* de una persona bien criada y tolerante.

En Buenos Aires todo es *nuestro*: el ministro argentino en el extranjero, los pejerreyes del río, las humedades del clima, los empedrados de las calles. *Nuestras* compañías líricas, dicen los porteños, no son de primer orden, pero tienen buenos el tenor y la primera dama; y esto les basta, para pasar una parte del invierno absortos en *su* Colón, donde Ferrari reina como un soberano.

El teatro es el primer recurso; vienen luego los recibos y los bailes en media docena de casas de familias pudientes –este es el nombre que se les debe dar y no otro: familias pudientes– que gustan por darse el gusto de reunir a sus amigos –media ciudad– gusto laudable, civilizador y benéfico, que dulcifica las costumbres y suaviza el carácter. Unos con más bombo que otros, casi todos sobre un mismo pie de elegancia los recibos y bailes porteños son una aspiración, una tentativa de imitación de los lujos europeos, que somos aún demasiado pobres para copiar completamente.

El día domingo a Palermo, donde no hay música, Prado Catalán, Restaurant de la Cascada ni novedades, pero que se llama también "El Bosque" como el clásico de Bolonia. Paseo suficientemente aburrido, en que los carruajes dan

muchas vueltas, para que sus dueños se vean mutuamente las caras, y en que no se puede hacer otra cosa salvo el tragar polvo; es el único, el mejor, el más lindo, el más elegante, el más *bien* de todos *nuestros* paseos.

Pero no olvidemos la misa de 1 en la Catedral. ¡*Nuestra* Catedral! ¡Cómo se parece a la Magdalena de París! ¿Ha visto usted? Sí, la misa de 1º, en la Catedral es la misa de 1º de la Magdalena, y el padre Jordán, vale un Jacinto, un Didon, un… ¡qué sé yo! Así se dan por satisfechos los porteños con una construcción trunca, como libro incompleto, y un predicador atrasado y declamador, que no serviría ni siquiera para leer un discurso de José Manuel Estrada.

De cuando en cuando, hay una fiesta oficial que rompe la monotonía, cada seis años una revolución, cada tres meses un artículo de Wilde; suelen venir compañías francesas o italianas que merecen *nuestra* protección, y seguimos la vida esperando unos poder volver y otros poder ir a Europa, para regresar ungidos con el santo óleo de las mayonesas de París, que consagran el tono de las personas dándoles fuerte relieve social: ¡Ha estado en Europa! ¡Ah! ¿Este joven ha estado en Europa? ¿Estuvo usted en París?

París, para los porteños, es Europa. Lo aman, lo desean, lo envidian, lo copian, lo leen, lo admiran en los grabados y sienten la nostalgia de sus *boulevards*, como no sienten la de Buenos Aires, cuando aflojan sus vacas cambiadas en luises, a las *mabilliennes* endiabladas que les sonríen dulcemente.

Y los porteños son muy pocos, doscientos setenta y tantos mil, dice el Dr. Coni, que es *nuestro* demógrafo; pero todos se conocen, poco más o menos, aunque sea de vista, y en el teatro, en la calle de la Florida, en la Catedral, en Palermo, en los bailes se ven siempre los mismos porteños, con las mismas caras, en los mismos coches, con la misma actitud seria y grave, porque en este pueblo todo lo hace gravemente.

He dicho gravemente y lo repito, porque los porteños, aunque en las provincias los tengan por botarates, son la gente más seria y grave en su exterior. Buenos Aires es una Bolsa de Comercio inmensa en que todo el mundo lleva cara de mercader, aunque en su interior vaya, destornillándose de risa, como especulador que ha estafado a su corredor. Con decir que hasta el único periódico de caricaturas de la ciudad se produce con la gravedad de un sermón, queda dicho todo.

Por lo demás, es el pueblo de las prohibiciones; aquí está prohibido todo, bañarse en el río, bailar a cuatro reales la sonata, *ir contra la mano* (¡Que adivine un extranjero lo que quiere decir esa frase!), tocar música después de las doce de la noche, embriagarse, no casarse, etc. Parece extraño y lo es en realidad: en Buenos Aires todo se prohíbe y entre las prohibiciones ningunas tan curiosas como las que impone la sociedad al hombre soltero.

Los porteños casados tienen derecho a hacer, decir y mostrar cuanto se les ocurra, y antoje; un soltero debe ser una doncella, una sensitiva, un modelo de virtudes, desde que el sol sale hasta que se pone y mientras hay en la calle suficiente luz para ver claro.

Pero la vida porteña no es solamente lo que antes he mencionado; hay muchísimo más que señalar y aún que estudiar en ella. Los teatros muestran esas otras fases de la vida en Buenos Aires: el público de la alegría, que se desmaya ante el drama y ríe en la zarzuela, público sudista es decir, de la calle de la Victoria al Sur, que da bailes de poca monta y *pone loterías* "para que las muchachas pasen un rato", con los empleados del Ministerio y estudiantes a la pesca, de un mate que no podrían tomar en sus cuartos, a causa de la suba de la yerba.

No caeré seguramente en la necia vulgaridad de decir que esa parte de la sociedad porteña, por carecer de fortuna, tie-

ne sobra de virtudes, respecto de la parte que sale al campo o va a Palermo en carruaje descubierto durante los veranos; pero es justo decir que su trato es agradable, y que si los extranjeros se dieran un poco más en sociedad, en esa parte de ésta encontrarían excelentes mujeres. Las muchachas que juegan a la lotería, ¿no son las mismas que manejan sus casas personalmente y arreglan sus propios trajes? Esta es la gente que aún toma mate, y hace marcos para cuadros con arroz mojado en una disolución alcohólica de lacre.

También estas muchachas conservan la tradición, tierna si se quiere, pero pasablemente tonta, de regalar pelo y pañuelos a los novios. *Mi negro adorado*, empieza la carta; la historia concluye prosaicamente en las oficinas del curato de San Telmo, la Concepción o Montserrat y con el casamiento se consagran, lejos de todos los goces sociales, a la vida ejemplar del hogar, como buenas madres de familia que son.

Después del público de la Alegría, el de Variedades, en que abundan los solteros, superabundan los casados y ahogan y eclipsan el resto los rubios, esto es los extranjeros, o sea los porteños nacidos en Europa. Público más ocupado que ningún otro, gente de labor que va realmente a divertirse, a descansar, a reposar de las fatigas del día y que, por costumbre, aplaude y mima a artistas de ningún valor. Es un público incoloro, sin carácter propio, tan difícil de retratar como fácil de contentar en punto a exigencias artísticas

Yo podría todavía hablar mucho y muy largo de la última escala social en que se mezclan confusamente todas las nacionalidades y todos los idiomas, pero no vale la pena de una mención extensa que merezca un alegato en regla por la prohibición de bailar que pesa sobre ella. Esta clase, no hay que decirlo, trabaja más que las otras, y tiene por diversión el baile público a 4 reales la pieza. Todo bodegón de baja estofa es una casa de baile.

Tienen que bailar a hurtadillas, porque la Municipalidad no quiere que se baile. ¡Inmorales! ¡Bailar los días de trabajo! ¿Dónde se ha visto semejante cosa? La pobre gente se venga de la autoridad embriagándose, y como los porteños, pueblo sobrio, han hecho de la embriaguez un delito, los carreros, cocheros, etc., van al fin a dar con sus humanidades en la tipa. Y si no se resarcieran de la prohibición de bailar nada más que embriagándose, el mal no sería tan grave; pero es que frecuentan casas que…

Los abastecedores: ¡otro pueblo! Es un rincón de la ciudad, porteños especiales, para los cuales no hay más teatro, paseo ni diversión que la calle de la Arena, con sus carreras y cinchadas; gentes que se casan jóvenes y beben poco, pero cuando lo hacen, fuerte y muy fuerte. Son una clase, un gremio, una fracción social en que vive todo entero el antiguo criollo, brioso de carácter, fuerte físicamente, empujado al vicio por el atractivo del desorden, retenido en la virtud por la familia. Se divierten sudando a mares en la calle de la Arena y mueren en las guerras al pie de su bandera.

La Boca y el Riachuelo: ¡otro pueblo! Mucho trabajo, un teatro, logias masónicas, bailes, esa es la Boca, cuyos habitantes son seguramente los más laboriosos de la ciudad, población flotante que navega los ríos y viene a gastar sus reales en los bailes públicos. Fisonomía típica, costumbres especiales, sociabilidad característica, tal es la Boca. Un ángulo importante de la tela que representara la vida porteña. Allí, como en todo Buenos Aires, el trabajo es la ley, la costumbre el uso corriente.

Hablando de Buenos Aires, cualquiera que sea el punto que se toque, hay que venir fatalmente a este final: el trabajo. Los procuradores, algunos corredores o agencieros, una multitud de gente que no se sabe *cómo vive*, trabaja, y trabaja mucho porque los porteños no tienen diversiones. ¿No las

he mencionado? Bien, ¡pobre cosa son! Mucha agitación, mucho movimiento, mucho apuro, mucho apresuramiento, mucha distracción en las calles centrales durante el día; pero un lunes, por ejemplo, después de las 7 de la noche, ¿dónde va una persona que no tenga relaciones? No hay dónde ir, el aburrimiento empieza, se recurre en vano a los paseos por la calle de la Florida, no queda más auxilio que un rato de charla en un club o en un café, y después, cada mochuelo a su olivo, en el último tramway.

Por eso, porque los porteños tienen una ciudad profundamente aburridora durante las noches, ha tomado en ella la vida de café el vuelo que se le conoce. Los extranjeros que no tienen novia a quien visitar, se van a los cafés, muchos criollos los siguen y algunos pocos se consagrarán a los clubs que parecen hoteles sin pasajeros.

Sociedad pequeña, su vida engendra naturalmente una chismografía extraordinaria, y se puede decir que los porteños viven en casas de vidrio; tal es la facilidad con que cada uno conoce, hasta en sus menores detalles, la vida de todos los demás, vidas comentadas, examinadas, juzgadas y en definitiva declaradas ejemplares, si tienen alguna mancha, por esa benevolencia ilimitada que constituye el fondo del carácter proverbial de su franqueza y de su generosidad.

¿Puede darse cosa más curiosa –y este es un ejemplo de benevolencia– que la facilidad con que son acogidos y entran en nuestra sociedad los extranjeros? Un extranjero, cualquiera sea su nacionalidad, que llega a Buenos Aires, tiene amigos al mes; los porteños no le preguntan qué ha sido en su país, sino qué piensa hacer en el de ellos; lo recomiendan, lo colocan y viéndolo trabajar es hombre feliz, porque hay esto de raro, que donde un porteño se moriría de hambre, un europeo hace fortuna.

Más tarde el extranjero bien colocado visita media docena

de casas, se enamora de una muchacha, acaban en amores en la Curia, y he aquí un porteño más. De cien casamientos hechos de ese modo, sin antecedentes personales sobre el novio, en tres o cuatro resultará bígamo el esposo. ¿Qué estrella protege a las porteñas? ¡Bueno fuera que las diosas no supieran protegerse a si mismas!

Por otra parte, el esposo bígamo es una forma de petardista, que no existe en Buenos Aires en ninguna de sus manifestaciones europeas. Es un hecho curioso, pero evidente, que se puede observar fácilmente, teniendo cuidado de no confundir al petardista con el que vive del crédito. El individuo que usa de su crédito con los sastres, zapateros, sombrereros, etc., y que no les paga nunca, recurriendo, además a todos los amigos para obtener dinero, no existe ya casi hoy, aunque en un tiempo existió y fue conocido con el nombre de *tramposo.* El tramposo porteño, es el petardista clásico de las sociedades europeas, tipo que a mi juicio ha sido suprimido por la sociedad misma, sin que ésta se diera cuenta de lo que hacía.

En Buenos Aires, todos los individuos de mediana posición viven más o menos de una parte de su crédito con los proveedores de efectos arriba mencionados. El empleado o lo que sea, cuya entrada mensual no pase de tres mil pesos, se viste, calza y cubre al fiado, es decir, al fiado en parto, porque siempre hay una que se abona al contado mientras lo demás se paga a plazos. Así se ha suprimido el petardista y todos los porteños han llegado a serlo más o menos por el *modus vivendi* establecido con sus proveedores.

Los porteños son furiosos jugadores a la lotería y gastan inmensas sumas en ella; casi todos los pueblos son lo mismo, pero con esta diferencia: que el porteño que se saca *una grande* está obligado a dar una comida suntuosa a sus amigos. Y si no la da...

Así también en las carreras, en el *Gun Club* y hasta en la ruleta –*nuestra* ruleta igual a la de Mónaco, aunque oculta– el ganador tiene que echar la casa por la ventana descontando un tanto por ciento de la ganancia para los amigos.

Es la herencia hidalga de nuestros abuelos andaluces y castellanos: los godos renacen en los hijos de los chisperos y España revive en Buenos Aires mejorada hasta en su lengua, porque los porteños –y se pican de ellos– hablan un castellano más elegante, más fácil, más dulce y más graciosamente sonoro que los viejos colonizadores. Los ojos porteños, que miran lanzando fuego y la lengua porteña, argentina en todo y por todo, valdrían la ciudad entera, si algo pudiera valer más que ella y los recuerdos de su vida.

La vida porteña ha dejado ya y seguirá dejando en la historia muchas páginas de luz: pero aun fuera de esas grandezas, los porteños pueden con orgullo decir que ningún pueblo de la tierra vive más ejemplarmente que ellos, sobrios en la paz, fuertes en la guerra, siempre los primeros, cualquiera que sea el punto en que se encuentren.

Buenos Aires, Diciembre 14 de 1881

La ciudad a vuelo de pájaro

Dice un proverbio francés que *quand la bâtisse va, tout va*, y la verdad de este dicho no necesita ser demostrada, a la vez que puede ser aplicada a lo que actualmente sucede en nuestra Buenos Aires, cuya prosperidad del presente momento está palpable en el número inmensos de edificios en construcción.

El movimiento de edificios ha sido general en toda la ciudad durante la buena estación, y ahora que comienza la mala, y debiera disminuir el número de obras iniciadas, se están haciendo algunas demoliciones de vastos edificios antiguos en cuyo reemplazo se levantarán verdaderos palacios.

El centro de la ciudad, esto es, el perímetro vagamente determinado en que se halla encerrado lo más importante del comercio, marcha en columna en masa a la cabeza del movimiento de edificación.

Así, por ejemplo, el Banco de Italia ha hecho construir y está terminando para sus oficinas una gran casa, al lado de la que actualmente ocupa, en la calle de la Piedad, entre las de San Martín y Reconquista. Es un edificio severo y elegante a la vez, en que se ha conseguido un conjunto equilibrado, sin recargar la pesadez de la mole entera del frontis. Este resultado es tanto más notable, cuanto que el arquitecto ha prescindido por completo de columnas y pilares, empleando en una sola ocasión las curvas.

Por desgracia, y aunque éste no sea del especial resorte de este artículo, las pinturas que decoran el cielo raso del gran vestíbulo que da a la calle, no corresponden al edificio y a su carácter severo. Seguramente, los hábiles banqueros que tan bien saben dirigir un establecimiento de crédito, han pensado que podían lo mismo manejar un asunto artístico y,

prescindiendo de su arquitecto, han hecho ejecutar bajo su responsabilidad bancaria las festivas y juguetonas pinturas del susodicho cielorraso. Por fortuna ese defecto no entra en línea de cuenta en lo que se refiere al embellecimiento de la calle, de modo que, con ese defecto parcial y todo, el nuevo Banco de Italia coopera poderosamente a dar hermoso aspecto a la cuadra de su ubicación.

En esa misma cuadra, pero en la esquina de Reconquista, está levantando el Señor Don José de Carabassa el nuevo edificio de su Banco, haciendo juego con el del Banco de Londres. Como también está en esa esquina el Banco Nacional, bien podría proponerse desde ahora que se llamara la "Esquina de los bancos", a la "Esquina del Banco de los bancos", que da actualmente nombre a esa bocacalle. No conocemos los planos del nuevo edificio y se halla éste muy poco adelantado aún, de modo que nos faltan datos para decir algo sobre su mérito arquitectónico.

Otro tanto nos pasa con el edificio del Señor Leloir, esquina de Piedad y Florida, que completará la cuadra parisiense en que se halla la Confitería de Águila, el palacio del Señor Guerrero y el Teatro Nacional.

Es ya demasiado conocida la casa del señor Aguirre –Bolívar y Victoria–, para que hablemos de ella; nos limitaremos a citar en globo la esquina de Rivadavia y Florida, la de Cuyo y Suipacha, la de Piedad y Maipú, una casa en la calle de Suipacha entre Piedad y Rivadavia, otra en la calle de la Victoria entre Perú y Chacabuco, y otra, en fin, entre las mismas, en la de Potosí, que se hallan todas en construcción. Casas concluidas en la estación que se ha terminado hay muchas, y todas, más o menos correctas, pero hermosas, muy adornadas y que embellecen las calles en que se encuentran.

Es que en ésta, como en las demás partes de la ciudad, la edificación se hace lujosa y con un lujo profuso que si

peca de mal gusto es por la superabundancia de los adornos. Los propietarios ponen algo de vanidad –muy legítima por cierto- en que el exterior de sus casas sea hermoso, y al satisfacer una inclinación de puro egoísmo contribuyen al embellecimiento de la ciudad, de modo que en este punto puede presentarse algo superior a lo que ostentan algunas ciudades europeas. Si en todas estas brilla la arquitectura monumental de una manera que no admite comparación, ni mucho menos competencia por parte de nuestra capital, tenemos en cambio el hecho positivo de que el promedio de nuestra arquitectura privada es más lujosa y más decorativa que la europea.

En Inglaterra, por ejemplo, no se encontraría una sola ciudad cuyos propietarios de casas de alquiler gasten lo que los nuestros en adornar sus edificios. En España e Italia sucede lo mismo, en cuanto a la arquitectura, bien que el gusto de la última influya mucho en los ornamentos de nuestros edificios.

No sucede tanto con Francia, porque en esto seguimos más de cerca sus huellas. La arquitectura privada, bien pobre como arte ornamental y decorativo, antes de 1850, tomó bajo el reinado del pequeño Napoleón un grande y gracioso vuelo, obedeciendo a impulsos originados en Alemania y centuplicados por el esfuerzo siempre fácil y fecundo de los americanos del norte. Estamos pues, en una vía fecunda al respecto y no nos detendremos en la mitad de ella, porque a medida que progresamos en las industrias y el comercio, adelantamos un gusto artístico. Cincuenta años separan en el tiempo a dos casas que algunas varas de calle dividen en el espacio. Nos referimos a la de la familia de Frías y a la Confitería del Águila. La colosal diferencia de belleza que hay entre sus respectivos frontispicios puede servir de medida a los progresos artísticos que hemos hecho en medio siglo.

En el barrio norte de la ciudad, hemos podido ver que la edificación no sigue en toda su intensidad el general y poderoso impulso que la hace marchar en el sur, y quizás esta diferencia sea debida a la más prematura y rápida edificación del norte con respecto al sur, en anteriores años, cuando se construía más por lujo que por necesidad.

Hay, sin embargo, en el norte toda una calle que se está creando, puede decirse. Es la calle Bella Vista, abierta, y en vía de ser empedrada, merced a los laudables esfuerzos de la Municipalidad. Se ha edificado en su cruzamiento con la calle Cerrito, una casita para familia que forma una hermosa esquina, y hay en construcción a lo largo de la calle, varias otras casitas, todas del género villa, más o menos elegantes, pero todas bonitas, con jardines al frente y pabellones salientes que les dan el aspecto de *cottage* ingleses. Hay en la calle numerosas paredes corridas que cierran terrenos baldíos; si en ellos se siguen edificando *villas*, como parece que sucederá, la calle Bella Vista será un *Belsize Park Gardens* o un *Victoria Gardens*, que tendrá sobre aquellas pintorescas calles la inmensa ventaja del cielo y el sol hermosísimos de nuestro clima, que Londres no posee.

En la esquina de Artes y Juncal, se está levantando un valioso edificio, cuyo arquitecto ha aprovechado la disposición municipal sobre ochavas para redondear el ángulo de la casa, haciendo en él un pabellón circular que será del más hermoso efecto, si se le adorna convenientemente. La casa a que nos referimos tiene todavía sus muros a la mitad de la altura de la planta baja, pero deja ver ya que será una construcción de lujo.

El *chalet* de Don Fabián Gómez de Castaño, en la calle de la Esmeralda, frente a la Plaza del Retiro (media manzana de terreno) está terminado, y solo falta la última mano que le de toque final, para su entrega por parte del arquitecto.

Es una construcción *manquée*, a causa de la horrorosa fealdad del muro de circunvalación, de lo achatado del jardín y de la falta de árboles. Hay, sin embargo, visibles de la calle, algunas palmeras, una cascada y una colina con caminos en gradiente, pero el jardinero ha dado a su obra un carácter demasiado amanerado, en que hay cierta afección muy visible. En suma, el jardín, como jardín, carece de naturalidad, y en cuanto rodea a una casa muy elevada, de carácter exótico con relación al clima, es demasiado llano, un simple *parterre* sin sombras ni boscajes, que da la idea de otra región.

Una casa que se ha empezado a revocar ya es la del señor Villar, construida en un terreno que forma un triángulo rectángulo de catetos desiguales, limitado por las calles de Charcas, Maipú y circunvalación de la Plaza del Retiro. Este edificio aspira a carácter monumental, pero bien que original por su situación aislada y sus accidentes, carece de unidad y estilo y no se logrará darle el aspecto esbelto que le correspondería. Tiene en cada uno de los extremos del frente, que mira a la Plaza del Retiro, una torre puramente ornamental; pero son diferentes en sus dimensiones y ornamentación, de modo que la simetría del frontispicio queda rota en sus extremos; si bien no faltan modelos que autoricen esta antítesis. Si por dar mayor majestad al conjunto, se apelase a un grupo estatuario colocado en el centro de la línea de traga-luces que hace de ático, esto haría resaltar más la falta de simetría que hemos señalado. Cuando esta casa esté concluida, será un edificio verdaderamente original, como queda dicho, y que llamará fuertemente la atención. Examinado en detalle, podrá ser académicamente criticado, pero como forma por sí solo un macizo de edificio, y tiene mucha minuciosidad ornamental, hará en bloque un buen efecto. Sería de desear que se reformara el techo de la torre oriental, cuyas aristas han sido cubiertas con planchas

metálicas que hacen mal efecto. La casa tiene innumerables ventanas y su espectáculo en las noches oscuras, cuando esté toda entera iluminada interiormente, será verdaderamente hadáico, gozándolo desde la Plaza del Retiro a una distancia en que los detalles se pierdan y la luz y la sombra dibujen sus lineamientos.

En la misma plaza, en la esquina de Charcas y Florida (ángulo sudeste) se está construyendo otra gran casa, cuyo carácter no puede aun apreciarse por hallarse muy poco adelantada la obra, pero que pronto acusará su tono y estilo. Cualesquiera que sean éstos, vale la pena de una mención, por las dimensiones del edificio y la extensión del terreno en que se levanta. Cooperará a embellecer el contorno de la Plaza del Retiro, que de año en año gana en hermosura y se aproxima a una transformación completa, tanto más radical cuanto más grandiosos son los nuevos edificios que se levantan.

Las observaciones anteriores, aplicables a los más notables edificios nuevos de la parte norte de la ciudad, son una prueba de la rapidez con que cambia de día en día la fisonomía de ésta, y el crecimiento del gusto arquitectónico que la facilidad de la ornamentación favorece de una manera singular.

A la vez puede observarse que el norte conserva su carácter propio, manteniendo siempre el cetro de la elegancia, y que, poco a poco, los edificios monumentales o que a esa índole aspiran, van apartándose del clásico *centro*, a medida que los caprichos arquitectónicos, como la Escuela Normal de Maestras, los edificios de primer orden como el Hospital Buenos Aires, las iglesias elegantes como Ntra. Sra. de las Victorias, y los grandes pórticos, como el de la Recoleta, se alejan del *riñón* en que estuvieran en un tiempo encerrados.

Para apresurar y fomentar ese movimiento plausible de

edificación no basta el elogio de la prensa y la satisfacción o la ganancia de los propietarios. Es necesario buen afirmado, es decir, buen adoquinado. Ayudando los propósitos de la Municipalidad y de su Presidente, no tardaremos en ver comenzada la adoquinación de toda la ciudad, de modo que en definitiva la cuestión del fomento de los hermosos edificios se resuelve en la de cooperar a que aquella salga airosa en su benéfica empresa: adoquinar la ciudad.

Lo dicho del norte respecto del empedrado, es igualmente extensivo al sur, que quizá ha menester más aún que aquel de poseer buenas calles. El movimiento de edificación en esta parte de la ciudad es el más considerable de toda ella, pues no hay una sola calle en que no se hayan construido durante la estación pasada o estén aun en obra, tres, cuatro y cinco casas.

La diferencia que hay entre el sur, el centro y el norte, es que en éstos se levantan más edificios de grandes dimensiones, de modo que el cambio consiguiente a la edificación es mucho más notable. Esta circunstancia nos obliga a dos cosas: primera, a no enumerar todos los edificios nuevos del barrio del Sur, porque su lista es larguísima; segunda, a citar solo tres grandes edificios en construcción, porque son los únicos, calle de Venezuela y Defensa, Venezuela y Chacabuco, Méjico y Buen Orden.

Se edifican en el sur muchas casas pequeñas, casas para familias, con un promedio de 10 a 15 varas de frente, que no dan lugar al desarrollo de grandes asuntos ornamentales, de modo que no hieren fuertemente la atención, y el transeúnte distraído pasa sin fijarse en la rápida transformación de aquel barrio, antes tan feo, cuyas casas no admitían la pilastra ni el modillón.

Por una singularidad casual, es, sin embargo, del Sur de donde va a surgir, o más propiamente de donde han surgi-

do ya, una lucha en el gusto arquitectónico, lucha que será probablemente sostenida por un arquitecto contra todos los demás, lucha fecunda para la ciudad y su embellecimiento. Lo que ella es y lo que significa, su aparición, su motivo y sus fundamentos, se dirá más adelante.

El sudeste de la ciudad, es en su parte extrema el gran desheredado, algo a causa de las pocas calles en él abiertas, algo también por la falta de empedrados. La edificación marcha allí tan lentamente que en toda la calle de Caseros no hay sino dos casas en construcción, una en la esquina de Salta, es decir, al comenzar la vía; otra en el extremo opuesto, en la acera derecha, casi en la esquina de la calle de la Rioja, frente a la plazoleta de los Corrales.

No está más favorecida la misma calle de la Rioja. No obstante, a la altura de la calle de Independencia, en un sitio baldío, está levantando la Sociedad *Laurac-bat* un edificio curioso. Es la más colosal cancha de pelota que se haya visto hasta ahora en nuestro país. Media cuadra de elevado muro, con una galería de madera cubierta, dividida en palcos, donde, al frente de la cancha, se instalarán los espectadores. El resto del terreno, que tiene una manzana, será cercado de pared.

El gran triángulo formado por las dos calles nombradas –Caseros y Rioja– y una hipotenusa ideal tirada de la Estación Caridad a la del F.C. del Sur, es, pues, la parte de la ciudad en que menos se edifica; pero en el arranque interior de esa punta, es decir, de la hipotenusa del triángulo para el centro, se construye mucho y a prisa, como lo prueba, por ejemplo, la desaparición de la quinta que fue de Don Bernardino Rivadavia, que, constando primitivamente de cuatro manzanas (Estados Unidos, Comercio, Santiago del Estero, Lorea) donde se veían hasta hace dos años la pileta y el brocal del pozo en que el ilustre estadista lavaba con

sus propias manos las ricas frutillas de sus plantíos. Vendida esa manzana en lotes, está hoy cubierta de casas pequeñas que han transformado el barrio, creándole de la noche a la mañana una población densa, que se aloja en viviendas con frentes de carácter arquitectónico.

El oeste antiguo, con sus calles mal abiertas en el costado sur, se va también, dando paso a las nuevas villas edificadas. No marcha, sin embargo, la transformación con suficiente rapidez, por lo cual la calle de Belgrano, por ejemplo, no ha casi cambiado de aspecto, de tres o cuatro años a esta parte.

En la calle de Rivadavia hay igualmente pocos edificios nuevos, a punto de que, de Callao afuera, solo hay dos edificios hechos en la última estación: cuatro casas en la cuadra comprendida entre las calles de Riobamba y Ayacucho, y el Mercado Rivadavia. Justo es agregar que ambos edificios son bellos y que si otros que no lo fusen se hubiesen levantado, vale más que no se hayan construido.

En las calles de Moreno, Potosí, Victoria, Piedad, Cangallo, Cuyo y Corrientes hay asimismo muy poco nuevo, de tal modo que estas cuatro últimas cuentan unos siete u ocho años en su ser actual, si se exceptúa el Colegio de San José, la que fue Chocolatería Leroux, a media cuadra de aquél, y el empedrado de la calle de Cuyo, que le dio un aspecto completamente nuevo. Una transformación más completa aún tendrá lugar en la calle de Corrientes cuando cese el trabajo del Ferrocarril del Oeste y se nivele la calzada.

Excusado es hablar del adoquinado de la calle de Rivadavia –aún inconcluso– que todo el mundo conoce, con motivo de la Exposición Continental, a la que se debe también la transformación de una de las esquinas más feas de la ciudad: Rivadavia y Centro-América.

Se edifica muy poco en Barracas, lo mismo que en la Boca, pero en ésta se construyen ya casi todas las casas de material.

Es un cambio iniciado hace doce o catorce años y que sigue ahora un fuerte impulso, de modo que se puede asegurar la desaparición de la actual Boca del Riachuelo en todo el curso de la generación que está ahora en pañales o empieza a ir a la escuela.

Se pensaba antes que el suelo de la Boca no permitía elevar edificios de material. Cierto es que ello cuesta inmenso trabajo; pero no es menos cierto que en manera alguna es imposible. Convencidos los propietarios, tienden hoy a la edificación sólida y se puede, en consecuencia, asegurar que en lo que falta del siglo XIX habremos adquirido una nueva Boca, que acentuará su marcado carácter de paisaje holandés, que corresponderá por sus edificios al nuevo puerto de Buenos Aires, del cual puede decirse que era como el boleto de tren colocado en el sombrero del pasajero olvidadizo, que lo busca en todas partes y no lo encuentra, hasta que con la caritativa advertencia de un hombre de talento, un ingeniero, Huergo, por ejemplo, se echa mano a la cabeza, y puede exclamar como Arquímedes: *¡Eureka!*

Intencionalmente no se ha hecho hasta aquí mención de los edificios públicos, porque son pocos los que se hallan en construcción, y solo dos tendrán una influencia positiva en el embellecimiento de los barrios de su respectiva ubicación: el nuevo anexo de la Casa Rosada y el Hospital San Roque. Probablemente en todo el año próximo, cuando el gobierno nacional comience de lleno sus numerosos edificios propios y la Municipalidad entre a recibir los impuestos de patentes y contribución directa, principiarán a tener verdadera importancia las construcciones oficiales.

Todos sabemos cuánto han contribuido los Bancos de la Provincia e Hipotecario, el nuevo Cabildo, la Casa de Moneda, la de Correos, la Facultad de Derecho, la Escuela Normal de Maestras, el Hospital de Buenos Aires, el establecimiento

egipcio de las Aguas Corrientes, la Usina del gas primitivo, el pórtico de la Recoleta, todos sabemos, decíamos, cuánto han contribuido esas construcciones a embellecer la ciudad.

El nuevo Congreso, la nueva Biblioteca Pública, el nuevo Museo, los nuevos cuarteles, la nueva Universidad, la nueva Escuela de Medicina, el nuevo Parque y fábrica de armas, la nueva Estación Central de F.C. del Oeste, en una palabra, todos los edificios públicos que es urgente construir y que quedarán probablemente construidos en todo el curso del presente período presidencial, acabarán en el sentido monumental la transformación de la ciudad, cambio tanto más notable cuanto que los mencionados edificios se levantarán en puntos muy distantes unos de otros, repartiéndose así en toda la ciudad ese notable lote de grandes construcciones.

Ahora que hemos recorrido toda la ciudad examinándola rápidamente, volvamos al barrio del sur. Dicho queda que por casual rareza va a surgir en esa parte de la ciudad una lucha entre los arquitectos, y vamos a explicarla.

He aquí los hechos: se está concluyendo en la calle de Bolívar, entre Méjico y Chile, para el Señor Don Pedro Lara, una casa de dos pisos, con frente al Este, cuya dirección se ha confiado al arquitecto argentino Don Simón Barris. Esa casa, que ha llamado la atención por su rareza, no pertenece a ninguna de las arquitecturas conocidas y, por lo mismo, ha sido bastante ridiculizada. No es fácil explicar su fábrica. Daremos, sin embargo, una idea general de ella, diciendo que obedece en todo al plan general de nuestras casas particulares: primeramente se encuentra la puerta de los altos, luego la puerta de la casa baja, en seguida dos ventanas; en el interior es también como las demás casas, con patio reducido, galería sostenida por columnas, piezas seguidas a lo largo de uno de los costados, habitación "que cuadra el

patio", etc., donde está lo raro es en la ornamentación que, no obstante su novedad, sigue un plan clásico: columnas, balcón volado, entablamento profuso, que hace de ático, al mismo tiempo y agujetas que lo coronan, sostenidas por perinolas de alguna altura.

Entrando a analizar la ornamentación, el espectador se pierde en un caos de conjeturas, porque aquellos adornos, cada uno por sí son conocidos, pero agrupados como están allí no tienen filiación asignable. Y es curioso que cuatro águilas que adornan el balcón y ocho dragones que ornamentan el entablamento, es decir, doce motivos muy conocidos y usadísimos, hayan sido lo que más ha extrañado.

La construcción, como se ha dicho, causa una impresión de estupor; se admira su rareza, pero no se le critica fealdad, porque en realidad no es fea, aunque sus columnas sean ciertamente poco graciosas y nada elegantes.

Esa casa es una protesta contra el clasicismo de Vignola. Su arquitecto piensa que fuera de los "cinco órdenes" hay también fuentes de belleza y de nuevas composiciones originales en que el espíritu del artista puede beber la inspiración. En consecuencia, conservando el esqueleto clásico de la casa, adorna su construcción con elementos decorativos que toma de cualquier parte o que inventa si los necesita. Es el más libre criterio individual, que se sobrepone a los dogmas establecidos y dominantes; es la independencia completa del artista que penetra en lo desconocido sin más fuerzas que las propias. Tal es el significado de la "casa rara de la calle Bolívar", como se la ha llamado. Su importancia entre nosotros es la misma que tuvo en París la "casa de mármol" de la calle de Richelieu, en 1830, que fue la primera morada particular en que se obedeció al gusto del renacimiento medieval, llamado romanticismo francés en arquitectura.

El Señor Don Simón Barris, que es el arquitecto a cuya concepción se debe la citada casa, ha nacido en Buenos Aires. Es hijo de padre español y ha hecho su carrera profesional en las escuelas de Madrid y Barcelona, recorriendo en viajes de estudio España, Italia y Francia. Ha permanecido en todo doce años consecutivos en Europa y es sin disputa un hombre de claro talento que ha sabido nutrir bien su espíritu.

Es un joven rubio, de pequeña estatura, cuidadosamente vestido, aunque no acicalado; usa la barba entera, un poco "hugunote" y lleva lentes. Su conversación es algo embarazada, pero llena de sinceridad. Tiene un pensamiento fijo, es un reformador, y teme, probablemente, que su ardor de apóstol parezca pedantería: de ahí el embarazo para hablar de sus ideas.

Debe tener, sin duda, la perseverante energía de los hombres de color rubio rojizo, pequeños y de fuerte carnación. Nos ha explicado su ideal estético, que no le es personal, sino el de toda una escuela. Piensa que no está en Vignola y los cinco órdenes toda la belleza; pero no dice si cree que se pueda encontrar fuera de ellos el *máximum* de la belleza arquitectónica. En lo primero, puede acompañársele; en lo segundo, debe decirse como Taine respecto de la pintura, que ninguna escuela, ningún estilo puede reivindicar para sí el *nec plus ultra* de la belleza, o disputar a las demás la última palabra de la estética. No hemos podido averiguarle si niega toda belleza al clasicismo; pero es de creer, que por mucho que sea el horror que le tenga, no incurrirá en tal aberración.

Así, pues, en cuanto el Señor Barris representa la libertad en el arte y personaliza la escuela que no admite dogmas para las artes que no imitan, su ejemplo es loable. Juzgarlo como artista por su primera obra, cuando al formar semejan-

te juicio tenemos el peso de plomo de una educación clásica, sería una temeridad. Vale más esperar: está construyendo otra casa, en la esquina de Venezuela y Defensa; veremos allí lo que hace.

Entretanto nos hallamos ante una lucha que comienza, y es a un argentino a quien debemos la iniciativa de este fecundo combate. Por mucho tiempo, malos arquitectos y aun maestros de obras habían dado de martillazos a la estatua majestuosa del clasicismo, faltando a todas las reglas en numerosas obras híbridas y bastardas, que han llegado a reformar las ventanas farnesianas en reproducciones adulteradas; pero esos ataques al tipo clásico, esas violentas desviaciones de los moldes antiguos, no eran más que simples errores que acusaban falta de estudio. La reforma de hoy es otra cosa: se trata de un artista ilustrado que emprende una renovación del gusto guiado por sus conocimientos y sostenidos por su talento.

Por fortuna para ese artista, no encontrará en los propietarios tradiciones de educación artística, ni criterio estético. La oposición, si la hay, será de los arquitectos, que se opondrán leal y sinceramente, porque cuando un hombre se ha educado en una escuela, ha vaciado su persona en un molde, y es muy difícil que tenga por sí mismo el resorte para modificar el pliegue contraído por su espíritu.

Veremos, con el tiempo, si la reforma gana terreno y se sobrepone el criterio libre de cada artista en particular, a las reglas establecidas de los cinco inmutables órdenes.

Historia de un mamarracho

Cuando el ilustre general Juan de Garay fundó a Buenos Aires, en 1580, destinó a Plaza Mayor la manzana que se llama Plaza de la Victoria, señaló para fortaleza real al sitio en que hemos conocido al Fuerte y adjudicó como solar de pueblo al adelantado Don Juan Torres de Vera y Aragón –en cuya representación se hizo la fundación de Buenos Aires– adjudicó, digo, como propiedad del Adelantado la manzana que ahora se llama Plaza del 25 de Mayo.

Ahora bien, ¿cómo vino una propiedad particular de tan conspicuo personaje a ser plaza pública? Es lo que ha contado con copia de detalles el respetable erudito Don Manuel Ricardo Trelles en su *Estudio histórico sobre un pedazo de tierra* (Revista de Buenos Aires -1865-Tomo VIII).

Siguiendo paso a paso la narración del Señor Trelles en lo que directamente toca a la Plaza del 25 de Mayo, venimos en conocimiento de que en 1608 –28 años después de fundada la ciudad– todavía estaba baldía la manzana.

Llegó ese año a Buenos Aires una misión de padres jesuitas que iban a Tucumán. Muy luego regresó de aquella provincia el superior de la misión, con un padre Macero, que era su compañero de empresa, y ambos regresaron a fundar aquí una casa de la Compañía. El Cabildo bonaerense, requerido por los misioneros, pidió al Gobernador, que lo era Hernandarias de Saavedra, se les concediera la antedicha manzana baldía para levantar la casa. No hay documentos sobre la concesión, pero es seguro que fue hecha, porque el primer colegio de Loyola se edificó en la mitad norte de la manzana.

El hijo del segundo Adelantado, Don Juan Alonso de Vera y Zárate, fue a su vez nombrado por el rey para la goberna-

ción del Tucumán y llegó a Buenos Aires en 1619, pasando sin demora al asiento de su gobierno.

El Señor De Vera y Zárate contrató con un escribano de Córdoba, Rodrigo Alonso del Granado, la construcción de *casas de vivienda* en la manzana que había tocado a su padre en el repartimiento de Garay.

Vino el escribano y edificó en la mitad sur de la manzana (pues la mitad norte estaba ocupada). Según tasación que se efectuó para el abono de la construcción, lo edificado valía 1.200 pesos corrientes.

Vera y Zárate no tenía dinero, probablemente, y otorgó al escribano una libranza contra las cajas de Buenos Aires, Córdoba o Potosí a cuenta de sus sueldos; pero el giro no fue aceptado en Potosí, donde el escribano acudió a cobrarlo, porque el Adelantado tenía los sueldos embargados como deudor de 20.000 ducados al rey de España.

El escribano, que había caído en malas garras, se presentó en noviembre de 1638 al Alcalde ordinario de Buenos Aires, Capitán Gonzalo de Carbajal, demandando al Adelantado para que se ejecutasen sus bienes; pero se presentó como acreedor de mejor derecho un tercero en discordia y se siguió pleito hasta 1631, sobre a cuál de los dos acreedores correspondía ejecutar primero al deudor. Por fin, se sentenció la causa, se dieron pregones y se remató la finca, el 1º de abril de 1631, siendo su comprador el Capitán Pedro de Rojas y Acevedo.

En entonces Gobernador del Río de la Plata, caballero de Santiago, Don Pedro Esteban Dávila, sabedor del remate, dictó un auto previniendo que la venta se haría con cargo de que los solares vendidos podrían ser expropiados en el momento que la defensa de la Real Fortaleza lo exigiera y que la amenaza de expropiación subsistiría mientras no llegara la resolución que se había pedido al rey sobre el asunto,

como también en tanto no llegara dicha resolución, quedaba prohibido hacer nuevos edificios en los solares. El capitán Rojas apeló para ante el rey el auto del Gobernador, pero ni la apelación ni el auto obtuvieron –que se sepa– despacho ninguno.

Parece que los edificios que se habían levantado no eran muy buenos, porque en 1645 estaban en runas, siendo su propietaria Doña María de Vega, viuda del Capitán Rojas. Esta señora donó en dicho año las mencionadas ruinas a los padres jesuitas para que ensancharan su casa y en 1649, Don Juan de Vera y Zárate –hijo de Don Juan Alonso de Vera– donó por su parte a los padres el terreno en que habían edificado su casa, de modo que toda la manzana quedó por de los reverendos.

En 1659 el rey de España mandó que Buenos Aires fuese puesta en perfecto estado de defensa contra cualquier agresión de los enemigos de la corona. Dos años más tarde, en 1661, el Gobernador Don Alonso de Mercado y Villacorta, ejecutó aquella orden y entre otras de las providencias que adoptó para el cumplimiento de la real voluntad, figura una –tomada en acuerdo de Oficiales Reales– disponiendo sacar a los jesuitas de donde estaban, para dejar libre y desembarazado el frente de la Fortaleza, de modo que no se le pudiera dar asalto con escalas. Tres mil pesos y un terreno nuevo recibieron los padres por su desalojo, y se comprometieron a dejar libre el terreno –que se destinaba a Plaza de armas– en un término de quince meses contados desde el día de la entrega del dinero, a cuenta del cual se les dio algo pocos días después de celebrado el acuerdo de Oficiales Reales antes mencionado.

La demolición del edificio loyolense se hizo en plazo que no conocemos, porque no hay documentos y el hecho final fue que las que son hoy dos plazas quedaron formando una

sola, como se puede ver en el plano de 1782, que el señor Intendente Municipal recibió el jueves de Inglaterra.

Esta unión de ambas plazas dos veces ejecutada –damos por hecha la de ahora– con 222 años de diferencia y por diversidad de motivos, es sin duda una curiosa coincidencia de diferentes puntos de vista.

***

Después de estos apuntes sobre el estado de ambas plazas Mayor y de Armas en los siglos anteriores, podemos entrar a decir cómo fueron separadas con la famosa Recova, cuyo arco quedará hoy echado por tierra y que probablemente vendrá abajo toda entera antes de que termine el presente año.

Se llama *recova* (y no *recoba*) en las provincias andaluzas de España a todo mercado público de aves y, por extensión, a todo mercado, según se deduce de los documentos que he consultado.

Buenos Aires carecía a principios del presente siglo de un mercado o recova y su falta debía ser muy notoria después de los notables adelantos edilicios que se habían ejecutado durante la administración del virrey Vértiz. Probablemente se habría hablado del asunto y se habría tratado de subsanar la falta, porque en el acta de la sesión celebrada por el Cabildo de Buenos Aires el 7 de mayo de 1801, se dio cuenta de haberse recibido por la corporación un oficio del coronel de ingenieros Don José García Martínez de Casares, acompañando un plano y proyecto de recova que –dice el acta– "trata de hacerse en la plaza de esta ciudad". Se resolvió contestar al coronel García agradeciéndole su envío.

En la sesión del 16 de junio de 1802, es decir, más de un año después de la presentación de los planos, los Sres. Alcal-

des y Regidores manifestaron que se había apersonado al Señor Virrey, don Joaquín del Pino, a manifestarle que habían resuelto hacer una recova en el paraje donde se levantaba la que hoy se llama Vieja. El Virrey manifestó que la obra era de su agrado y que la protegería, pero que se peticionase en forma. En consecuencia, el Cabildo resolvió que el Síndico Procurador General redactase la petición al Virrey solicitando el permiso para ejecutar la obra. En acuerdo del 2 de julio se leyó el proyecto de petición y fue aprobado, recibiéndose su respuesta en acuerdo del 30 de setiembre. El Virrey aprobaba la obra, daba su licencia para que fuese ejecutada y pedía que se le devolviese el plano del edificio que *ad effectum videndi* se le había remitido y él devolvía. En el mismo acuerdo del 30 de setiembre se resolvió dar las gracias al Virrey por su resolución y remitirle una copia del plano original.

El 1º de octubre, en nuevo acuerdo, el Cabildo aprobó el oficio de contestación al Virrey y resolvió comisionar al maestro mayor de albañilería don Juan Bautista Segismundo para que con todo apuro sacara la copia del plano que se destinaba al Virrey. En el mismo acuerdo se resolvió también comisionar al Alcalde de primer voto don Cristóbal de Aguirre para que buscara los utensilios y herramientas necesarios para la obra y se viera con don Martín Boneo, Intendente de policía nombrado por el anterior Virrey marqués de Avilés, Intendente con quien se hallaba en lucha el Cabildo, para solicitar su ayuda en beneficio de la obra.

Tres días después, el 4 de octubre, reunido el Cabildo, el Alcalde de primer voto dio cuenta de su comisión, diciendo que Don Martín Boneo se había encargado de formar la lista de las herramientas necesarias para la obra y que había prometido su cooperación personal, la de sus peones para trabajos edilicios y la de los presidiarios que en los mismos

se ocupaban. Boneo agregó que esa cooperación se haría efectiva cuando terminaran las obras de empedrado de los canales de abasto, en que la Intendencia estaba ocupada. El acuerdo del 4 de octubre, en que Aguirre manifestó la respuesta de Boneo, no paró en escucharla, sino que terminó resolviéndose nombrar a los regidores Don Francisco de Lezica y Don José Hernández para que activasen el acopio de materiales destinados a la obra y tomasen todas las resoluciones que esta exigiera. Se les autorizó a gastar lo que fuse preciso, tomándolo de los fondos de la Junta Municipal de propios, principalmente de un depósito de $6.000 que aquella tenía en sus cajas y pertenecía a la testamentaria de Don Domingo de Basavilbaso –cuya herencia está ahora en pleito, como es muy sabido, dando trabajo a los doctores Bunge y Malaver.

En lo restante del año 2 nada se habla de la obra de la recova y solo el 3 de agosto de 1803, se encuentra mención de un proyecto del Cabildo, basado en la construcción de la recova (de que se habla como cosa hecha) para levantar en la orilla del foso del Fuerte una pared con asientos, para cerrar la plaza por el costado oriental. Solicitado del Virrey el permiso para ejecutar la obra, lo otorgó aquel en 11 de agosto de 1803, y se decidió que formaran el presupuesto los Regidores encargados de inspeccionar la obra de la recova.

El 2 de diciembre de 1803 celebró el Cabildo una larga sesión. Se dio cuenta (y no dice el acta por parte de quién) de que la obra de la recova estaba por terminar y era conveniente dictar la reglamentación del nuevo mercado, para que entrara éste a servir. En consecuencia, resolvió el Cabildo que todos los puestos que se hallaran establecidos en la Plaza Mayor pasasen a la recova, aunque no fijaba el término en que su resolución se había de cumplir. Al mismo tiempo dictó el Cabildo el reglamento de la recova que es, en extracto, el siguiente:

El ala sur de la recova, en la parte que mira al poniente, se destina a los puestos de carne, en los 10 cuartos de que está dotada; en el extremo sur del corredor se establecerán los vendedores de carnero, tocino, menudos, patas, etc. (El etc. está en el acta original); el extremo norte de la misma ala, se destina al expendio de aves. El costado de la misma ala sur, que mira al oriente, se destina a los mercachifles "que están ahora en la Vereda Ancha". (Llevaba este nombre lo que es Recova Nueva). El ala norte de la recova, en la parte que mira al poniente, se destina al estipendio de hortalizas, y al expendio de frutas el corredor y los cuartos que miran al oriente.

Manda el reglamento que los arrendamientos, de que cuidará el Fiel Ejecutor de la ciudad, lo mismo que de la policía de mercado, se irán variando –sobre un pie de equidad igualitaria– según la importancia del local ocupado y los resultados que la experiencia enseñe. Ningún arrendamiento durará más de un año y todos serán renovables. Entretanto, se fija el siguiente arancel de alquileres que rige para los carniceros en cuanto no lleven al mercado más de 1 peso de mercancía a vender:

Para vendedores de carnero y
cordero, con puesto fijo..........................12 reales al mes.
Para los mismos sin puesto fijo..................1/2 real al día.
Para vendedores de tocino y
hortelanos, sin cuarto ....1/2 real al día.
Fruteros y quinteros sin cuarto ....1/2 real al día.
Revendedores de frutas y
legumbres con cuarto ....3 pesos al mes.
Mercachifles con cuarto.......................lo que se estipule.
Id sin cuarto ....3 pesos al mes.
Vendedores de pescado, que se
colocarán donde lo resuelva el Fiel ...... 1 real por carreta

> *El Cabildo resuelve además que, en atención a su pobreza y escaso número, no se cobre nada a los vendedores de volantes de patas, menudos, perdices, aves, charque, cecina, lenguas saladas, quesos frescos y manteca, siempre que no sean vendedores sino gente que venga a sacar poco dinero de una industria menuda ejercida domésticamente.*
>
> *En el mismo reglamento se establece que se nombrará un empleado que todo el día cuide la recova, ayude al Fiel en sus tareas y haga limpiar el recinto todas las mañanas, ya sea con peones, ya sea con presidiarios a los cuales se les abonará su trabajo como si fueran braceros libres –estipendio que es un título de honor para nuestro Cabildo aunque no se haya hecho efectivo por no presentarse ocasión.*

Elevada esta reglamentación al Virrey fue aprobada el 22 de diciembre y el Cabildo resolvió con esa fecha nombrar a sus regidores Don Francisco Lezica y Don Juan Antonio Zelaya para que la hicieran efectiva, apelando al Cabildo al celo patriótico de los nombrados. Siete días más tarde, el 29 del mismo mes, el Cabildo nombró a Antonio del Peso, retirado del Batallón Fijo, para que ayudara al Fiel Ejecutor "en orden al manejo de la carne" y a José Algarra, sargento retirado, "para que sirva a los señores diputados del gobierno económico de la recova y trate de los demás particulares que contiene la instrucción". (El reglamento antes extractado).

El 9 de enero de 1804, habiéndose renovado el Cabildo, como era costumbre, se nombró por "diputados para que corran con la *obra* de la recova" a los Regidores Don José Antonio Santa Coloma y Don Lorenzo Ignacio Díaz. Siete días después, este último diputado manifestó, en sesión, que había ido a ver la *obra* de la recova y que había encontrado a

los carpinteros colocando puertas rajadas y de malos cierres, por lo cual, ocurriendo al Señor Don José Hernández, Regidor diputado del año anterior, supo que se habían contratado con el constructor obras buenas y puertas de $45 cada una. Fue facultado para tomar las resoluciones necesarias a fin de que la obra se efectuase según lo estipulado y así debió hacerse porque no se encuentra en las actas otro reclamo.

El 26 de enero, el mismo Díaz dice, en sesión del Cabildo, que es necesario enladrillar o empedrar el frente de la recova y pide a la corporación que se decida al respecto. El Cabildo resuelve por el empedrado, a causa de la baratura y duración de tal piso.

En sesión del 1º de febrero manifiestan los cabildantes que es indispensable sacar las carnicerías de la recova para evitar los inconvenientes que se han notado y acallar el clamor público. Se deduce de esto que en los últimos días del mes de enero de 1804, la recova fue ocupada por los vendedores a cuyo albergue se destinó.

Tal es, seguida paso a paso, en los libros de actas del extinguido y venerable Cabildo de Buenos Aires, la historia de la Recova Vieja y su arco, que no es histórico, ni simbólico, sino simplemente la entrada ornamental de un mercado. Por datos del Doctor Don Ángel Justiniano Carranza, sabemos que el constructor de la obra fue el maestro mayor Don Juan Bautista Segismundo, cuyos planos no hemos podido ver.

***

Tengo a la vista un interesante volumen inglés impreso en Londres, en 1820, perteneciente a la biblioteca del General Don Bartolomé Mitre, titulado: *Picturesque Illustrations of Buenos Ayres and Montevideo, consisting of twenty four views etc. etc. by E. E. Vidal, Esq.*

En la página 22 se ve una hermosa plancha coloreada representando lo que el autor llama "Plaza del Mercado" y a la vista está tomada del lado de la Plaza 25 de Mayo. Se ve hacia la derecha un grupo de malas construcciones de techos sin teja, un palenque con un caballo atado, numerosas figuras de tipos nacionales, en el fondo la Recova Vieja tal cual la conocemos con su arco e que flamea del lado de la Plaza de la Victoria una bandera celeste y blanca. Delante del ala sur de la Recova varias carretas sin bueyes, grupos de gente y, en el fondo, los "altos de Escalada".



Market Place (1820) [1]

1 Esta imagen, ausente en la versión original publicada en LA NACIÓN, fue reproducida del libro al que se refiere el autor: Vidal, Emerich Essex. *Picturesque illustrations of Buenos Ayres and Montevideo, consisting of twenty-four views: accompanied with descriptions of the scenery, and the costumes, manners, etc. of the inhabitants of those cities and their environs*. London: R. Ackermann, 1820, p. 22. Es probable que el volumen que localizamos en el Museo Mitre sea el mismo consultado por Benigno Lugones. [N. del E.].

El caballero Vidal dice, en la descripción que acompaña a su dibujo:

> *La Recova (el autor inglés escribe correctamente con v) es un edificio de ladrillo revocado con cemento y en algunas partes chapeado con piedra. Tiene 150 yardas de largo y como 21 de ancho, rodeado por una galería con tiendas (*shops*) en su interior y a cada lado. El frente sur es una fila de tabernas (*spirithouses*) y en su extremo oriental hay un mercado de carne cercado de pared y rodeado de carnicerías. Entre el mercado de carne y el Fuerte se estacionan las carretas de pescado. Las legumbres y frutas se venden frente a las tabernas y bajo la galería sur. Del ángulo sur al ángulo norte se forma una doble línea de vendedores de aves, huevos, etc. y en la estación de los duraznos se estaciona entre ellos y la galería una hilera de carretas.*

Este mercado cuyos artículos examina y describe luego el autor inglés, subsistió hasta 1822, en que según el Señor Trelles, se habilitó el Mercado del Centro. En ese año fue demolido el grupo de feas y viejas construcciones que figuran delante del ala norte de la Recova, en la lámina de Vidal. Ese grupo de construcciones se llamaba el Piquete de San Martín. Se sabe de él que servía de pesebre a las mulas y de cochera al carruaje del Santísimo, pero nadie sabe cuál era su origen ni el origen de su nombre.

El Piquete de San Martín figura en el plano de Buenos Aires por Cerviño (1814) y quieren algunos que sea un remanente del primer colegio de Jesuitas derribado en 1661. La suposición queda destruida por el hecho de que el Piquete no figura en el plano de 1782 que ha recibido el Intendente Municipal y ya hemos mencionado antes, como no

figura tampoco en el plano bonaerense que acompaña a la bien conocida *History of the Viceroyalty of Buenos Aires* by Samuel Hall Wilcocke, plano que es copia de otro anterior a la construcción de la Recova, aunque la obra en que figura sea de 1807.

No es permitido a nadie ignorar el papel que la Recova tuvo en las dos invasiones inglesas, ni es por tanto necesario recordar la figura de Berresford, parado debajo del Arco, viendo morir a su lado a su amigo y ayudante y presenciando de allí, bajo el fuego del enemigo, el repliegue de las fuerzas británicas a la Fortaleza.

El destino que tenía la Recova, desde 1822, en que salió de ella el mercado, hasta la fecha de su enajenación, lo ignoramos, pero es de suponer que no fuera otro que el de alquilar sus cuartos por cuenta del Erario a quien el edificio pertenecía.

***

La Recova Vieja fue enajenada por el gobierno de Rosas en 1836. Según dato verbal del Señor Mariano Obarrio, diversas personas, entre otras los acaudalados comerciantes Sres. Murrieta, hicieron proposiciones para comprar la Recova, pero probablemente ninguna fue aceptada.

El decreto gubernativo firmado por Rosas y refrendado por el Ministro Rojas, enajenando la Recova, no está publicado en la *Gaceta Mercantil*, ni en el Registro Oficial, ni en la colección de leyes y decretos de Don Pedro de Angelis.

La escritura oficial figura en el Protocolo de la Escribanía Mayor de Gobierno, libro I, que comprende los documentos otorgados de 1833 a 1836, y está asentada en el folio 21, con fecha 20 de setiembre de 1836.

El Señor Nicolás Anchorena propuso al gobierno, el 21 de setiembre, comprar la Recova, sin el terreno del Arco, en 264.000 pesos en billetes de tesorería, pagaderos a 6, 12 y 18 meses, contados desde la fecha del otorgamiento de la escritura, quedando el bien hipotecado hasta el total abono del precio de compra.

El Señor Anchorena se comprometía a mantener limpias las galerías; podría en cualquier caso edificar altos; no tendría que hacer refacción ni demolición ninguna del arco central, pero si el gobierno llegaba a demolerlo los materiales serían de propiedad del Señor Anchorena.

El gobierno aceptó todas las condiciones, pero volvió el asunto al interesado, para preguntarle si no le convendría más pagar $240.000 al contado. El Señor Anchorena contestó con fecha 26 que aceptaba la nueva condición, obró el dinero en Tesorería y el inmueble le fue entregado.

No sería imparcial, en las presentes circunstancias, dejar de mencionar que a principios del mismo año 36, el señor Anchorena prestó al gobierno $250.000 sin cobrar intereses y que en su ofrecimiento manifestó que si se le querían pagar réditos, retiraba la oferta. El gobierno suplió urgentes necesidades con el dinero prestado y parece, pues, que la venta de la Recova fue una recompensa que Rosas otorgó al generoso prestamista que había facilitado su dinero cuando el gobierno lo necesitaba. Fuera bueno o malo, el gobierno de Rosas era el gobierno y aplicó el dinero a pagar la deuda de inválidos, la de policías de campaña y otras igualmente originadas por servicios del procomún. Se puede, pues, decir que si el préstamo fue ejemplar, no menos lo fue su empleo y al fin, en tiempo en que nadie pensaba en boulevards, era pequeña recompensa una Recova en medio de un potrero, como lo eran entonces las que hoy son plazas, para quien tan generoso se había mostrado como el Señor Anchorena.

***

Como se ha podido ver, ningún hecho asigna a la Recova ni a su arco carácter histórico y todo parece indicar que el pensamiento primitivo del Coronel de Ingenieros, autor del plano del edificio, fue levantar una obra que llenara las necesidades de su época y pudiera en adelante ser ensanchada de una manera simétrica, dejándole una gran entrada ornamental en la Plaza Mayor de la población.

Un colega ha pretendido dar al Arco un carácter histórico y un hombre que sabe de papeles viejos y de historia –Don Ángel Justiniano Carranza– lo ha refutado, diciendo con mucha razón que en ningún documento se encuentra el nombre de Arco de Mayo, asignado al de la Recova. Tampoco he podido yo mismo descubrir ninguna huella de semejante denominación, ni mucho menos una ley o decreto que diera al Arco el carácter de monumento público.

Un caballero argentino que ha vivido mucho tiempo en Europa y Estados Unidos, hablando de la demolición del Arco, quería apostar a que éste era más hermoso que el Arco de la Estrella, de París. Es una calumnia gratuitamente acumulada sobre el gran monumento de la Avenida de los Campos Elíseos.

El Arco de la Recova era una construcción de orden dórico puro, pero pertenecía por su ejecución al género mamarracho y de los más acentuados. El Señor Alvear ha merecido bien de la patria y de las artes al echarlo abajo.

Se dice que el Arco de la Recova estuvo techado en un tiempo, y que en 1836 se demolió el techo porque amenazaba ruina. Gran lástima es que ya en aquella época no lo demolieran del todo, digan lo que quieran en contrario los periodistas ingleses de Buenos Aires, aficionados a construcciones vetustas.

Cerremos finalmente este cuadro esperando que el Señor Anchorena se muestre tan fácil para dejar expropiar la Recova, como se mostró generoso su antecesor para prestar dinero al gobierno en 1836. Hay una tradición de patriotismo y generosidad de la familia Anchorena, a quien ninguno del apellido puede faltar, para hacer honor a la firma del diputado de Buenos Aires que figura al pie del acta de la Independencia.

El Arco de la Recova

Señor Director de La Nación

En el largo alegato del Señor Lamas, que ese diario publica hoy, se alude al demolido Arco de la Recova, criticando el calificativo de "mamarracho" que le dio el infrascrito. Se sostiene también por el Señor Lamas que "decorado como lo está el del Triunfo en París, no le habría sido muy inferior, si le era inferior".

El Señor Lamas se muestra muy entusiasta del tan mentado Don Juan Bautista Segismundo y lo llama arquitecto, cuando en sus documentos el Cabildo lo trata de "maestro mayor". Fuera lo uno o lo otro, la verdad es que sus obras no tienen más que un simple interés de curiosidad, pues no ha dejado ninguna de mérito. En cuanto al Arco, no era concepción de Segismundo, porque los planos los hizo en 1801 el coronel de ingenieros Don José García Martínez de Casares. El maestro Segismundo dirigió la obra. Era ésta de orden dórico correcto que no se presta a ornamentación, por eso en los arcos de triunfo se uso el corintio, símbolo de la magnificencia. Casares no lo empleó porque hacía los planos de un mercado. El maestro Segismundo no sabía nada de estas cosas probablemente.

Por lo que respecta a la ejecución del Arco, en que el maestro mayor pudo tener algún mérito, no había ninguno, pues la construcción no *tenía ninguna solidez* sino en los pies derechos. El Señor Lamas puede convencerse de ello consultando a los empresarios de la demolición. El arco estaba tan mal hecho que había necesitado llaves de contrapeso y trabazones para sostenerse. Estaba rajado en varias partes y se hubiera derrumbado antes de diez años si no lo derribaban antes.

El Señor Lamas debe saber que el antiguo ladrillo bonaerense es pésimo. Era lo que pasaba con el del Arco, de modo que el material estaba impregnado de humedad en varias pulgadas del espesor total de los muros, por todos lados. Con semejante estado hubiera sido imposible darle nunca ningún revestimiento bueno, a menos de hacerlo con piedra y en tal caso la modernidad sepultaba al maestro Segismundo, que habría seguido siendo el primero, peor habría sido también el más caro de los arquitectos argentinos, porque su monumento hubiera originado gastos ingentes de conservación.

Ignoraba yo que el Señor Lamas no había estado nunca en París: ahora lo sé. Y me basta para saberlo su comparación del Arco de la Recova con el del Triunfo. Es este todo de piedra, se halla en una grande altura, en medio de un barrio lujosísimo, dominando jardines, palacios, avenidas, torres, iglesias, hospitales, un bosque, etc. Su costo ha sido de 9.651,185 fr. y tiene en una de sus caras una de las obras maestras de la escultura moderna: La Partida, de Rude. Doce arquitectos se han ocupado en su edificación, veintiún escultores lo han decorado (¡Pradier entre ellos!) y ahora trabaja el 22º en el grupo que lo coronará. Ese 22º es nada menos que Falquières, a quien el Señor Lamas no puede dejar de conocer.

Esta considerable colaboración de tantos talentos en una sola obra ha hecho de ella la primera del mundo en su género. Es de advertir que el Arco de la Estrella tiene 152 pies de altura, 44 de ancho y 68 de espesor, de modo que el de la Recova habría podido caber bajo cualquiera de las arcadas laterales de aquel –y todavía habría sobrado espacio. El Arco del Tringo de París, elevado a la gloria de todos los ejércitos de Francia, es el más grande, el más hermoso arco de triunfo que hay en el mundo, sin exceptuar la Puerta de

Magdeburgo de Berlín, ni el Arco de la Paz de Milán, ni el de Constantino y el de Septimio Severo en Roma, ni la Puerta de Pali-Kao, ni la hermosa Puerta de Alcalá de Madrid.

Obligado contra mi voluntad a rectificar errores corrientes, lo hago tanto por mí mismo, cuanto para dejar constancia de que los repórters de La Nación escriben con conciencia y maduran sus calificativos antes de aplicarlos. Sabemos perfectamente que el adjetivo pierde al hombre, por eso nos medimos mucho antes de emplear cualquiera.

Saludo al Señor Director

Benigno B. Lugones
Noviembre 21 de 1883

La excursión ferroviaria

El Ferrocarril del Sur

Azul, Febrero 15 de 1883

Señor director de LA NACIÓN

He aquí un viaje sencillo y fácil, caro e incómodo, monótono y aburrido. En efecto, trasladarse de esta ciudad a Buenos Aires en horas, es hoy asunto de tan poca monta que nadie para en ello su atención, cuando pocos años hace tal travesía se contaba entre las más merecedoras de prolijo examen antes de su ejecución, al par que numerosas dificultades de todo género la acompañaban. Nada más sencillo que sentarse en un coche de ferrocarril, ni nada más fácil que dejarse llevar en ese coche.

Bajo estos dos puntos de vista –la sencillez y la facilidad– el Azul se halla a la altura de las ciudades mejores servidas en materia de comunicación con el centro urbano de que depende. Pero hay algo más que considerar en el viaje y a ese algo se refieren mis calificativos de "caro e incómodo". El Ferrocarril del Sur ha mejorado mucho su servicio, sin duda alguna; pero no merece el menor elogio por la manera como trata a sus pasajeros. Los coches de primera clase no pertenecen a esa categoría, según la noción que de coches de primera clase se tiene en cualquiera otra parte del mundo; de modo que no ofrecen las comodidades a que en rigor tiene derecho el que paga un alto precio de pasaje.

Esta cuestión parece insignificante y, en realidad, no lo es, pues si hoy se pasa un día de martirio sin mayor detrimento en el viaje al Azul, pronto se hará intolerable la situación, cuando haya que soportar los mismos coches con los mismos inconvenientes hasta Bahía Blanca. No solamente tienen los carruajes pésimos asientos, sino que en todo están mal

construidos, especialmente en los ajustes de las portezuelas y ventanillas, por lo cual es imposible impedir la entrada del polvo. Esa irregularidad es tanto más notable cuanto que se trata de una compañía inglesa, pues en Inglaterra se pueden hacer cinco horas de tren, de Liverpool a Londres, o dos horas y media de Londres a Southampton, cruzando terrenos análogos a los nuestros, sin que se ensucien ni siquiera los sombreros de los pasajeros de primera clase. El carruaje en que he venido de Buenos Aires llegó al Azul con tal cantidad de tierra que no se veía la tira de hule que dragoneaba de alfombra, en el suelo del coche, y yo mismo tuve que lavarme en tres aguas (literalmente) para ponerme decente.

Sin haber hecho el viaje, es imposible imaginar el estado de los viajeros al llegar al Azul, como es imposible compartir la justa indignación de los pobres pasajeros contra la compañía cuando no se ha pasado bajo sus horcas caudinas. Fácil es comprender que la adquisición de tren rodante de primera clase en las condiciones de comodidad de los ferrocarriles ingleses, o con las agradables fastuosidades del *confort* de los ferrocarriles alemanes, habría de disminuir cuanto menos los dividendos de un año de nuestro *Great Southern*; pero no me parece que una compañía dotada de un monopolio tan colosal como el del F.C. del Sur pueda impunemente seguir abusando de ese monopolio en la forma en que hoy lo hace, sin que las consecuencias del abuso dejen de recaer sobre la propia compañía. Es que, en efecto, el viaje al Azul en primera clase, es barato si se considera el precio pagado con relación a la distancia recorrida; pero excesivamente caro con relación a la incomodidad, al desagrado de soportar los coches del ferrocarril. Resulta de esto que solo se viaja por necesidad, reduciéndose a la vida campestre numerosas personas aficionadísimas a la ciudad, que harían un viaje redondo cada mes si los medios de transporte no fueran lo que

son hoy. Así, por ejemplo, un periodista de esta ciudad, que se ha dignado honrarme con su amistad, no ha salido del Azul más que dos veces en tres años, nada más que por no sufrir el viaje de diez horas y media a que debe someterse el que va a Buenos Aires.

Se comprende, pues, que en estas condiciones fracasara la "Sociedad de excursionistas" formada hace dos años en Buenos Aires, cuyo primordial objeto era visitar las costas del Plata, Paraná y Uruguay, y el sur de Buenos Aires, con sus serranías. Así como son malos los vapores que hacen el cabotaje de nuestros ríos, también es malo el F. C. del Sur, y yo no sabría decir si un coche de este es un vapor *Sol Argentino* en viaje terrestre o si el *Sol Argentino*, en viaje a la Colonia, es un coche del *Great Southern* marchando con ruta errada en el elemento líquido.

Sin duda alguna, en la ciudad de Buenos Aires no existe "la costumbre del ferrocarril"; un viaje en *railway* es para un porteño algo que sale de lo ordinario y lo pone en particular estado de conmoción; pero si comprobar este hecho es fácil en nuestra capital, poner de manifiesto el hecho contrario en la campaña es igualmente fácil.

El año de 1857, las *chiruzas* de la calle del Parque –de Callao afuera– salían a gritar, al paso de los trenes del F. C. del Oeste:

– ¡Ahí va el malo, ahí va el malo!

Nuestro paisano no tuvo esa preocupación, y desde los comienzos de la locomoción a vapor, la adoptó sin restricción, reconociendo sus ventajas. Hoy existe en la campaña la "costumbre del ferrocarril", lo mismo que en Inglaterra y Estados Unidos. El campesino rústico habla del tren como de una cosa ordinaria de la vida, como de un elemento que siempre ha poseído y que debe sin pérdida de tiempo mejorar.

Tiene, pues, aquí en la campaña la cuestión de la comodidad de los trenes una transcendental importancia, que el común de los habitantes de la ciudad no reconoce, a causa de sus hábitos sedentarios. Pero si esa trascendencia escapa a la mirada general, no debe escapar a la de nosotros, periodistas, que tenemos obligación de pensar por nuestros lectores.

Podemos y debemos estudiar bajo todos sus aspectos la cuestión, para sacarle al país el mayor provecho posible de una discusión que afecta tan considerables intereses.

Veinte años hace, el viaje al Azul duraba 8 días y costaba $1.000 –quinientos de pasaje y quinientos de gastos. Hoy solo pagan $187 de pasaje y se tarda cosa de once horas, pudiendo no hacerse gasto alguno en el trayecto si se lleva una canasta de provisiones para almorzar. Seguramente estos apuntes demuestran un gran progreso; pero el concepto de los adelantos en nuestro país, el concepto general del progreso, no es en la mente de un porteño lo mismo que en la de un europeo. Mídase en el Viejo Mundo el adelanto actual, con relación al estado anterior de las cosas; es decir, se hace lo que acabo de hacer al señalar las diferencias de la comunicación antigua del Azul y la actual, con la capital. Mas, los porteños, en general, miramos siempre nuestra situación presente con relación al porvenir, olvidando medir lo que hemos hecho, para considerar lo que podemos o debemos hacer. Yo participo de esta última manera de ver y si la creo benéfica en general, me parece particularmente útil en el caso de que no me ocupo. Hago a un lado la cuestión de la comodidad en el viaje, olvido el horror de verme durante diez horas y media, cubierto de sucio polvo que la compañía pudo y debió impedir que entrara al vagón, doy por no sentidos los dolores óseos y articulares causados por los asientos duros y mal hechos; en suma, prescindo del pasajero.

Evidentemente, si hoy tiene tren el Azul, no lo debe a su

linda cara. El ferrocarril, tal cual se halla establecido, es una consecuencia lógica y fatal de su población y riqueza, así como de la riqueza y población de las regiones que para llegar a esta ciudad cruza la vía. Que haya ferrocarril no solo es natural, sino que sería absurdo e imposible que no lo hubiese. ¿Por qué, entonces, ese ferrocarril ha de ser malo? ¿Qué razones pueden justificar la rutina de un mal régimen de explotación?

Hay en esto dos elementos que son a la vez paralelos y concurrentes. Primero, la desidia natural en toda empresa que explota un monopolio y contra cuyo mal no hay remedio. Segundo, existe el abandono administrativo, que es doblemente criminal y que puede remediarse.

Es claro que nunca se llegará a hacerle entender a un inglés de Inglaterra, accionista del F. C. del Sur, que él es enteramente igual a un inglés de Buenos Aires, pasajero del mismo ferrocarril. El inglés de Inglaterra querrá dividendos, los embolsará crecidos y luego dirá de nosotros que somos "salvajes de países lejanos", en cuyo número de salvajes van comprendidos los ingleses establecidos aquí, contando a los que manejan la línea. El inglés de Inglaterra no reconocerá jamás la necesidad de mejorar el servicio de la línea, dado que ésta, con una explotación muy *objetivable*, le rinde un interés considerable, y como no hay quien le ponga las peras a cuarto, seguirá recibiendo lo que le llegue, sin empeñarse en trabajar un poco más. Por otra parte, el inglés sabe que nadie le puede hacer competencia y duerme tranquilo, reposando en su condición de único. Él sabe que los pobladores del sur tienen que recurrir a su tren o "reventar". Y como en su idioma debe haber palabras muy expresivas para traducir esta locución, él la repetirá gustosísimo, por la cuenta que le tiene. No hay, pues, que esperar nada de la compañía, que es lógica en su conducta, porque no es ella quien va a reformar los hábitos comerciales del mundo entero. Podría, sin em-

bargo, hacer algunos ensayos para poner bien en claro qué régimen le rendiría más, si el bueno o el malo.

Pero el remedio está en la mano del gobierno. Prueba de ello es que, durante un corto tiempo, la Inspección de ferrocarriles de la provincia ha atendido particularmente a esta línea y el servicio ha sido bueno. En un mes o mes y medio que los Inspectores oficiales han dedicado su atención a otras líneas, ya empiezan las irregularidades: cargas retenidas, trenes que llegan con retardo, equipajes extraviados por los pasajeros, que los empleados se niegan a buscar. Debe, pues, esperarse todo lo que es razonablemente esperable de la acción gubernativa, pero de una acción fuerte y eficaz, que tenga en el Directorio de Londres una repercusión considerable. La Gerencia de Buenos Aires no tiene ni puede tener acción e iniciativa propia para comprometer los capitales de la empresa. Solo en Londres se puede repicar tan fuerte y a Londres deben, por lo tanto, llegar las consecuencias del mal servicio, consecuencias hechas carne, mediante la estricta aplicación de una reglamentación juiciosa que fije las obligaciones de la empresa para con el público y castigue las infracciones con multas eficaces.

La compañía de ferrocarril va a establecer doble vía hasta San Vicente, según me informan. Unánimemente he oído reprobar el proyecto como insuficiente. Caballeros ingleses y no ingleses que se sirven de la línea para sus cargas, piensan que la doble vía debe alcanzar hasta Altamirano, que es el punto en que la línea se divide en sus dos grandes ramales, abiertos en forma de tijera, como las dos grandes piernas de un colosal inglés. No he oído sobre este proyecto nada en Buenos Aires y supongo que él será sometido al examen del gobierno. Es el caso de que los ingenieros oficiales estudien el asunto del punto de vista de los intereses que se trata de servir. Yo personalmente no puedo tener al respecto ninguna opinión. Me

inclino, sin embargo, al sentir opuesto al de la empresa, pues el movimiento de cargas del ferrocarril es inmenso y aumenta sin cesar, de modo que cada día se hace más palpable la insuficiencia del material rodante de que dispone el ferrocarril.

Pero hay un punto que no quiero olvidar y me parece de culminante interés para el establecimiento de trenes rápidos. Es la falta de cercas en ambos costados de la vía. La empresa es a este respecto resignada víctima de los estancieros, que si piensan en reclamar de ella incesantes mejoras, para nada recuerdan los perjuicios que sus animales ocasionan a la marcha de los trenes y al estado de las vías, permanentemente pisoteadas por puntas de animales casi abandonadas. Y me parece que así como los particulares no pueden esperar nada de la empresa en las mejoras de servicio, tampoco puede la empresa esperar que, por protegerla, alambren los estancieros sus campos e impidan los desperfectos que sus animales causan en las vías. Toca, por lo tanto, al Estado dar a la Compañía la protección que la iniciativa privada le niega y disponer por ley que todo campo lindero de una vía férrea sea alambrado. De esta manera protege el gobierno sus propios intereses en el Ferrocarril del Oeste, protege los de las demás empresas de ferrocarril, garante la vida de los viajeros, hoy en constante peligro, y facilita el establecimiento de trenes rápidos que van a empezar a ser necesarios muy pronto, según unos, y lo son ya, en mi opinión.

No menos de siete veces se ha visto obligado el tren en que he venido, a disminuir su marcha, y algunas ocasiones casi a pararse, por los animales que ocupaban la vía, completamente abierta a ambos costados. Este es el pan cotidiano que los estancieros dan a los viajeros, sin contar con que los constantes desperfectos del terreno de la vía obligan a la empresa a mantener un número crecido de cuadrillas de camineros, gasto que no debía hacerse.

Pero el señor Director sabe que la cuestión de trenes rápidos mediante dobles vías es correlativa de la del material rodante. Lo uno sin lo otro no pueden existir y hay casos en que sería difícil, por no decir imposible, asignar a una de ellas la primacía sobre la otra. El caso del F. C. del Sur es uno de ellos. La escasez de material rodante es esta empresa ultrapasa lo imaginable, máxime hoy en que toda carga es pospuesta a las cargas de la empresa misma para la prolongación a Bahía Blanca. Pero si la compañía tuviese todo el material rodante que su clientela le exige, no tendría quizá cómo hacerlo rodar por causa de la constante ocupación de la línea. Tal es, al menos, la opinión lega de personas que juzgan las cosas sin poseer conocimientos técnicos de ninguna clase en materia de ferrocarriles y su explotación.

Aunque tal concepto fuera erróneo, no lo sería, sin embargo, en toda su extensión y aun el más lego puede palpar la verdad de estos dos hechos: que es absolutamente necesaria una doble vía en la primera sección de la línea; que el tren rodante no llena las necesidades de las regiones servidas por el ferrocarril. En apoyo de lo primero está la compañía misma, con su proyecto de doble vía hasta San Vicente; en apoyo de lo segundo tengo declaraciones de personas serias, entre las cuales figura nada menos que un empleado caracterizado del propio ferrocarril.

Todos los defectos de este podrían subsanarse radicalmente con un remedio: la adquisición del ferrocarril por los propios estancieros interesados en su explotación y otros capitalistas de nuestro país.

Pero yo mismo reconozco que tal pensamiento es de un lirismo que ultrapasa todo lo más lírico que se pueda concebir. Nuestro país no es país que arroje al agua el té para no pagar por él derechos exorbitantes. Para hacer tales cosas nuestra fibra no ha adquirido aún la suficiente consistencia.

La ciudad de Azul

Azul, Febrero 16 de 1883

Señor director de La Nación

El Azul tiene cincuenta años de existencia; pero así como los argentinos no tuvimos patria hasta después de Pavón, puede decirse que el Azul no tuvo verdadera importancia hasta que quedó garantido completamente contra los indios y, sobre todo, contra los comerciantes que traficaban con los salvajes, especie nacional y acriollada de mercaderes, que no se recomendaba precisamente por lo lícito de sus negocios.

Que el Azul es ciudad no cabe duda al que lo ve. Cabeza de un partido que posee más de 300 leguas de superficie, con una población de 17.000 almas, de las cuales más de 8.000 están reunidas en el Azul mismo, este centro vive con vida propia, debido a los recursos de su suelo fértil y cultivado.

Mi primer cuidado aquí ha sido darme cuenta de si la prolongación del Ferrocarril del Sur causará a este punto un perjuicio directo e inmediato. Deduzco de todos los datos tomados, que los perjuicios serán exclusivamente para los dueños de hoteles, pero que el comercio de exportación no sufrirá en manera alguna, porque su importancia deriva de su naturaleza y extensión, y no de las condiciones geográficas de la población con relación a la vía férrea.

Este año, por ejemplo, la cosecha de trigos del partido y sus adyacencias va a dar un producto no menor de 300.000 fanegas, de las cuales un solo grano no será exportado, habiendo aún lugar para que vengan harinas de la ciudad. De la ganadería excuso hablar, por lo mismo que es suficientemente conocida bajo todas sus fases, aun bajo aquella de la

refinación de las razas, que marcha aquí en la misma forma que en el resto de la Provincia de Buenos Aires.

Lamento no disponer de datos estadísticos para demostrar con cifras la importancia del comercio del Azul, en sus fundamentales recursos; pero no me parece que esa deficiencia pueda invalidar en absoluto mis afirmaciones. Obra en los archivos de la policía de la provincia un censo últimamente levantado por la celosa policía de este punto. Constan en él los datos que a mí me faltan, y los comerciantes interesados particularmente en obtenerlos, pueden consultar dicho documento.

La ciudad del Azul, fundada en 1833 por el coronel Burgos, como guardia avanzada de fronteras, tiene hoy en el corazón de su núcleo edificado tres anchas calles, una paralela y dos perpendiculares al arroyo sobre el cual está asentada. Esas calles fueron en 1833 y hasta mucho después los tres fosos que, con el arroyo, formaban la cintura estratégica del primitivo fortín. A medida que la población se ha ido desarrollando, ha llegado hasta los antiguos fosos, los ha más tarde rebasado y hoy los encierra en su recinto. Esos fosos, que fueron en un tiempo obras rudimentarias de la primitiva castrametación porteña, son hoy anchas y hermosas calles, que llevan simplemente el nombre de calles y no el de *boulevards*, que la petulancia bonaerense no habría dejado de darles en la capital si allí existieran. Y sin embargo, tiene el Azul este punto de contacto con París: les cabe precisamente a esas tres calles anchas el nombre parisién de *boulevards*, por haber sido en su origen “baluartes”, como lo eran antes de Luis XIV los que son hoy *grands boulevards* en la capital francesa.

No veo motivo alguno para que a esta similitud de origen en ciertas calles, no siga, con el andar de los siglos, una similitud de importancia, fastuosidades y elegancias entre París

y el Azul. De la fundación de Lutecia no guarda memoria la crónica y según las más autorizadas presunciones, esa hoy capital del mundo alegre, era a los cincuenta años de su establecimiento, lo mismo que en el primer día de su origen: una estación de pescadores. Entretanto, el Azul es ya una ciudad mucho más animada, mucho más comercial, mucho más importante y aún más refinadamente moderna que cualquier otra ciudad francesa de ocho a diez mil habitantes. Avignon es un sepulcro y Fontainebleau un sótano, como Bayona es un cementerio, si cada una de ellas se compara por separado con el Azul.

Hay aquí, por ejemplo, un incesante movimiento de carruajes verdaderamente pasmoso, movimiento al cual solo contribuyen los forasteros en los momentos de llegadas y salida de los trenes, de modo que es en realidad sostenido casi exclusivamente por los habitantes mismos de la ciudad.

Nocturnamente –y yo soy autoridad en la materia, en mi calidad de noctámbulo de todas latitudes– el Azul es un Buenos Aires en miniatura, con cierta fisonomía alegre y parrandera de ciudad trasnochadora. Tanto lo es, que existe aquí un restaurante abierto noche y día permanentemente, bautizado con el nombre de la *Rotisserie*, a imagen y semejanza de su homónimo de la calle Florida. No hay en cambio Café de París, ni Club del Progreso, y esto prueba que los azuleros o azulenses o azuleños (o azulejos, como dicen algunos traviesos) no imitan ciegamente a Buenos Aires, aunque tengan un Café de Catalanes y un Hotel de la Paz. Una ciudad mediterránea que se paga cafés permanentemente abiertos, tiene por necesidad cierto rango. Hay refinamientos que no se pagan ni se pueden pagar sino los ricos. Y es que la ciudad del Azul es muy rica y como tal muy fastuosa.

El que venga aquí –como yo– esperando encontrar cicutales y pastizales, se engaña de medio a medio; en esta ciu-

dad hay un exuberante cultivo del sauce y el álamo, sin que esto excluya el de otros árboles; pero aquellos predominan adorando hermosamente la población, de modo que desde la azotea del hotel en que estoy alojado se extiende a todos vientos, cerrando el horizontes, una verde cortina en que todos los tonos del color de la esperanza pueden encontrarse. Reducida así la vegetación el corazón de las manzanas y a las quintas que forman el marco hermoso en que la ciudad está encuadrada, el hombre civilizado tiene la satisfacción de ver calles de veinte varas de ancho, con aceras cuidadosamente enlosadas, sin una sola mata de yuyos en la calzada. Este rasgo fisonómico del Azul, que lo aleja de una equiparación con la generalidad de las poblaciones de la provincia, es aun completado por este otro: hay aquí muy pocos perros callejeros y los que hay no ladran al transeúnte ecuestre o pedestre. Sobre estos dos puntos podría disertarse largamente para demostrar el rango de ciudad que corresponde al Azul: pueblo grande, sin yuyos y sin perros.

Pero hay mucho que decir sobre el Azul fuera de ese concepto que a pesar de su forma humorística me parece entrañar grave filosofía. Se edifican aquí, al igual que Buenos Aires, casas de un solo piso con frentes y patios ornamentados según los fundamentos clásicos de Vignola. Así esta ciudad tiene, como todas las de nuestra América, un aspecto general chato y aplastado. Sin embargo, la altura media de los edificios es mayor que en la capital y este hecho me parece digno de atención, al par que queda hasta ahora inexplicable e inexplicado para mí. Como los propietarios ponen todos, poco más o menos, algún tanto de amor propio en la edificación, las cuadras ofrecen en su conjunto un aspecto hermoso, cierto lujo de ornamentación y un adorno general que no es común en Buenos Aires: el uso de la piedra mármol. Si la excepción confirma la regla, aquí está confirmado el prover-

bio de que en la casa del herrero, cuchillo de palo. Tiene el Azul sus excelentes mármoles de la Sierra Baya y mármoles emplea en adornar sus casas, en los zócalos, frisos, aceras, capiteles, pedestales, etc. Podría también hablar aquí de sus sepulcros de mármoles diversos; pero guardo ese tema para otra carta.

La fastuosidad en la edificación privada alcanza también a la edificación pública, y así veo que se está construyendo frente a la plaza principal un gran palacio municipal. La plaza es de una manzana de superficie; cortada por calles rectas que limitan canteros extensos en que se ha plantado un bosque con jardín entre sus árboles. Pocas plazas en Buenos Aires, más bien ninguna –fuera de la del Parque– es mejor y más hermosa que la plaza principal del Azul. Frente a ella, en terreno de una manzana, se eleva el palacio municipal, edificio de dos pisos, con alto mirador que corona su cubo de construcción, y con una espaciosa adyacencia en la parte posterior, destinada a comisaría de policía. Cuando empleo la palabra *palacio* para designar un edificio, no exagero en nada la verdad. El edificio, de dos pisos elevadísimos, no está aún revocado; pero anuncia ya en la líneas descamadas de sus muros de cal y canto, un lujo inútil de ornamentación que cubrirá sus extensas paredes. Es una casa municipal con aspecto de palacio Luis XIV, en que el pueblo va a insumir tres millones de pesos, sin contar el mobiliario. De esta cifra se puede deducir que no exagero al llamarle palacio, máxime si digo que no alcanza a tener cuarenta varas de frente, como sucede.

El edificio, levantado algunas varas adentro de la línea de la calle en que está, deja en la manzana de su ubicación un espacio libre, a cada uno de sus costados. En cada uno de ellos se va a levantar muy pronto un edificio para escuela graduada, a un lado la de varones, al otro la de mujeres,

que corresponderán exteriormente al edificio que deben flanquear, para hacer honor a su adorno. Ciertamente, la ciudad, que hace todas estas cosas por su propio esfuerzo, tiene los recursos necesarios para costearlas; pero bien podría emplearlos en más útiles objetos. Es lo que aquí se reconoce, pero no se confiesa, y cuando se les observa a los habitantes que están levantando un palacio griego en medio de la Pampa, contestan que ya que se había de hacer casa municipal, valía más hacerlas de una vez en grande escala que de segunda categoría.

El forastero imparcial, que no mira la cuestión bajo el prisma del amor propio local, no puede, sin embargo, dejar de seguir pensando que sería más útil para la salud de la población y en todos sentidos más benéfico, adoquinar las calles de la ciudad. Hoy no existe una sola calle empedrada y el polvo es insoportable cuando sopla la más leve brisa o pasa uno de los numerosos coches que sin cesar cruzan rápidamente la ciudad en todas direcciones.

Tiene ésta un declive pronunciado hacia el arroyo que baña su pie, de modo que corren las aguas con facilidad y bien pronto se secan las calzadas, después de una lluvia, como ha sucedido hoy, al par que por la naturaleza permeable en extremo del suelo, las lluvias continuadas mantienen en los inviernos constantes lodazales. Pero no se me exigirá que remontándome *ab ovo* en la cuestión de los afirmados; haga con erudición de ingeniero la demostración de la convivencia de adoquinar un centro urbano cualquiera. Baste en el caso particular del Azul, decir que se insumen millones en obras de lujo, mientras no hay calles con afirmado de piedra ni hospitales.

Estas pinceladas de sombra en el cuadro sonriente del Azul próspero y rico, no le hacen perder su rango, sino que le marcan la tarea del porvenir inmediato, por no decir del

momento presente. Del hospital debo, sin embargo, decir que, habiendo ahora mismo una fuerte epidemia de viruela, se ha formado una comisión de respetables señoritas para allegar fondos con que costear un lazareto de variolosos; cuando esa comisión termine sus tareas, dedicará los fondos que le sobren a la fundación del hospital general de la ciudad. Seguramente habrá sobrante en esos caudales, porque el Azul es una ciudad que reúne –como ha sucedido– dos mil pesos fuertes en dos días, por suscripción pública, para socorrer inundados italianos y otro tanto en el mismo tiempo para inundados españoles.

La estación del ferrocarril ocupa en esta ciudad una superficie de 18 manzanas y este espacio le es ya pequeño para sus necesidades y lo será más aún cuando llegue a Bahía Blanca la vía férrea, por ser éste el punto designado para el estacionamiento de los trenes entre Buenos Aires y nuestro futuro gran puerto del sur. En efecto, la ciudad del Azul ocupa casi exactamente el punto medio de la línea férrea entre sus dos extremos, de modo que está indicado para ser el depósito general de vagones, locomotoras, cargas, carbón, etc., al par que será el *pied-á-terre* de los hambrientos viajeros que, saliendo de Buenos Aires a las 6 de la mañana, almuerzan en Altamirano a las 10 y vayan a amanecer en Bahía Blanca a las 2 de la madrugada siguiente, pues no menos de 20 horas durará el viaje de una a otra cabecera de la línea. Fortuna y grande será para los viajeros disponer de *¡35 minutos de parada y fonda!* –como se grita en España en ciertas estaciones– en una ciudad como ésta, rica y populosa, dotada de elementos culinarios suficientes para poder montar un buen *buffet*. El que existe hoy en Altamirano, para almorzar, es uno de los más indecentes fondines que he visto en mi vida. Sopa fea e hirviente, pescado con mucha espina, puchero recocido de carne pésima, un mal beef-steak

con papas quemadas y un huevo duro frito en grasa, dulce prehistórico de membrillos fósiles y una taza de infusión de porotos, todo rociado con vinagre fuerte, de color subido de borra de vino: tal es el almuerzo del *buffet* de Altamirano.

Se llega, pues, al Azul con apetito devorador, deseando un plato cristiano de comida que no sea más que pasable. A esa ley estarán también sometidos los futuros viajeros a Bahía Blanca y aquí se les podrá ofrecer buena comida que no los obligue, como la de Altamirano, a recurrir al láudano o a la crema de bismuto opiada. En cuanto a la importancia comercial, a la alta importancia de la estación del Azul, ella deriva de la situación y de la riqueza de la región que sirve, en todas direcciones a la redonda y sobre la cual no necesito volver. El hecho de que 18 manzanas de superficie no basten a las necesidades de la estación, demuestra suficientemente lo que ella vale, no obstante que el ferrocarril tiene empleada mucha obra de arte en depósitos, vías cambios, mesas giratorias, etc.

El arroyo del Azul es una corriente de agua bastante considerable, que baja de las sierras y servirá a la ciudad, mucho más que lo que ahora se piensa, cuando haya sido convenientemente canalizado. Tiene una corriente intensa y un volumen de agua que se puede explotar con grande provecho en los transportes, en la moción de molinos y en el riego, todo esto naturalmente cuando los azuleros no gasten tanto dinero como ahora en palacios lujosos y hagan venir ingenieros que estudien el arroyo, proyecten y realicen las obras necesarias para sacarle buen partido. Entiendo que actualmente la polución de sus aguas es considerable, de modo que no se beben; el Intendente municipal de la ciudad –el Obarrio del Azul– se ocupa particularmente de ese asunto haciendo todo género de laudables esfuerzos para impedir la polución de las aguas, pero creo que es trabajo perdido, pues frente mismo a uno de los ángulos de la ciudad, arroyo

por medio con ésta y aguas arriba de ella, hay un criadero de cerdos, que es dependencia del famoso molino de Dhers.

Este establecimiento, que está montado en una vasta escala, provee de harinas a toda la región del Azul, pero no llena el consumo general; propiamente no tiene nada de extraordinario, fuera de su pulcra limpieza; mueve sus máquinas mediante un fuerte hilo de corriente (que aquí es una cinta bastante ancha) derivada del arroyo y se ayuda con una máquina a vapor. Lo más digno de particular mención que hay en el molino, es su doble bosque de sauces, a uno y otro lado del arroyo: es un pedazo del delta paranaense arrancado a las hermosas orillas del Carapachay y trasladado al Azul. Los jóvenes de la ciudad abandonan en ese punto sus cuerpos a la caricia mansa del agua del arroyo y entrega a la onda tranquila el polvo incómodo de las calles.

En la margen derecha del arroyo, sobre una fementida loma, a cinco o seis cuadras de las últimas quintas de la ciudad, aguas arriba de ésta, se eleva la tapera de lo que fue estancia de San Benito, propiedad de Don Juan Manuel Rosas, hoy chanchería renombrada. Entre San Benito y la ciudad cruza al arroyo el camino del sur, que conduce de Olavarría al Azul y por el cual entran y salen cada día a éste unos 250 a 300 carros cargados.

El vado es fácil en tiempos como el presente, pero suele no serlo en invierno; de cualquier modo, un puente era necesario y fue pedido y concedido por el gobierno. Sigilosamente dispuso un sujeto que ha sido dos años Juez de Paz y se llama Ceferino Peñalva –él escribe su apellido con b de burro– mandar colocar el puente y fue en efecto colocado; pero con general sorpresa sabe hoy el vecindario que el puente no se halla en el vado mismo de la carretera, que era el punto indicado para colocarlo, sino un par de cuadras más abajo, donde no hay camino.

He visitado todo ese paraje y me he podido dar cuenta por mí mismo, de que para hacer utilizable el puente será necesario abrir calles –comprar terrenos– cruzando propiedades del susodicho Peñalva. En rigor, el puente es corto para servir en el vado del camino, pero, también en rigor, no se piden puentes cortos cuando se pueden construir de todas dimisiones. El puente es de hierro, sencillo, pero fuerte, de aspecto ligero y sólido; desgraciadamente su plan está cubierto con tierra permeable que formará en los tiempos de lluvia un gran lodazal.

El vecindario se dará, sin embargo, por muy bien servido siempre que el puente mal colocado sea el último dolor de cabeza –¡por no decir otra cosa!– que su ex Juez de Paz le ocasione, y se ha visto con general satisfacción que el gobierno haya nombrado este año para desempeñar ese puesto a Mister Ingersoll C. Brown, que, aunque inglés de nacimiento, parece más bien un criollo disfrazado de inglés. Hombre probo, recto y justo, se anuncia como un modelo de Jueces de Paz y hasta la prensa de oposición confía en él, lo cual no es poco decir.

Con Mr. Brown de Juez de Paz y el actual Comisario de policía, Don Vicente Cuitiño, el Azul está en excelentes condiciones respecto a sus autoridades. El comisario es uno de esos sujetos argentinos de la antigua escuela de la rectitud, enérgico sin violencias y amable sin complacencias; consagrado al cumplimiento de su obligación, se desempeña tan bien como se lo permite el reducido personal de que dispone 40 hombres para cuidar 300 leguas y 17.000 habitantes, o sea 1 ½ hombre por cada legua y 1 por cada 425 habitantes. Y hay que contar que en el Azul abundan los bailes, los cafés y otras casas, cundiendo también, como en toda la provincia, las intomables casas de juego.

Es, pues, una necesidad urgente de esta ciudad el aumen-

to de su personal de policía, como lo es también el establecimiento de una tablada que ponga eficaz coto a las irregularidades que pasan impenitentes bajo el manto de los certificados de alcaldes para la extracción de tropas de hacienda. Me será permitido tan solo apuntar este asunto y pasar sobre él como sobre ascuas, pues apenas lo conozco superficialmente y no tengo autoridad para tratarlo. Por otra parte, el solo enunciado del asunto basta para darse cuenta de su gravedad y comprender el largo alcance de la medida propuesta.

Ha habido en esta ciudad hasta hace poco una división grande de la sociedad, una guerra de rencillas increíble a que daba pábulo la desprestigiada administración del ya mencionado Peñalva. Hoy, por fortuna, esas escisiones tienden a desaparecer bajo los auspicios del nuevo Juez de Paz de quien todo se espera.

Es en esta nueva situación cuando ha podido tomar vuelo, y lo ha tomado en efecto, la institución del Club Social, denominado "de la Unión," hoy instalado provisoriamente en una mala casa, pero que se verá muy pronto en un edificio, si no propio al menos apropiado, a media cuadra de la plaza, con vastos y altísimos salones, en una de las pocas casas de dos pisos de la ciudad. Ha de nacer también muy pronto la biblioteca popular de la ciudad, para cuyo plantel se cuenta con una suma de $150.000 *m/c* que se empleará toda en libros.

De adelanto en adelanto se llegará sin duda alguna muy pronto a tocar la cuestión de las aguas corrientes, cuya importancia no necesita ser preconizada. Si no se echara mano del agua del arroyo, podría recurrirse a los pozos surgentes, que se han ensayado en las cercanías de la ciudad con éxito brillante y podrán sobradamente abastecer a la población.

Todas estas cosas que hay por hacer para mejorar la ciudad, deben recibir y reciben un poderoso impulso de una

fuerte palanca de progreso con que cuenta el Azul. Quiero referirme al diario *La Razón*, publicación llevada con singular acierto por su director el señor Don Manuel C. Chans, joven que sabe estar en su misión de periodista a la altura que la delicadeza y la importancia de su cometido exigen. *La Razón* es un poderoso combatiente en pro de las ideas del partido liberal y en la carrera de su corta vida ha visto varias veces triunfar su constante propaganda, consiguiendo que imperen al fin sus sanas ideas de recta moral.

Tiene, pues, esta ciudad en su propio recinto una vida activa, elementos sanos y fuertes para prolongar en los espacios del tiempo su nombre y su riqueza; fuera de ese recinto, pero bajo el manto protector de su población, la misma ciudad dispone también de otros recursos u otras riquezas que merecen un estudio aparte. Quiero referirme a la piedra dura de sus sierras que puede transmitir a otras edades el recuerdo de esta edad, y quiero también referirme a la blanca cal de sus caleras que hierve y se caldea al contacto del agua, como la mente joven que lanza destellos al recibir el baño vivificador del entusiasmo.

Pero no puedo ni debo hoy hablar de esas bendiciones con que la naturaleza ha brindado a esta ciudad. He expuesto su situación presente y una parte limitada de sus esperanzas, en el esbozo ligero de su seguro porvenir. Pueda llegar éste muy pronto y sean aquellas tan persistentes como el color simbólico de los sauces melancólicos y de los enhiestos álamos que dan a esta ciudad sombra y frescor.

El pueblo de Olavarría

Olavarría, Febrero 22 de 1883

Señor Director

El lunes a las 4 de la tarde, en ayuno y con montura prestada emprendí viaje del Azul a este pueblo, calculando llegar a él, como sucedió antes de las 8 de la noche.

Bien que por la prisa con que mi compañero de viaje, el Comisario de Ordenes de la policía de la provincia, deseaba llegar a Olavarría, no pudiéramos venir deteniéndonos en el transito, la traslación a caballo era para mis fines preferible a toda otra y fue justamente en interés de aprovechar en ese sentido la corta jornada, que renunció al ferrocarril, al carruaje y aun al pintoresco carro ruso de los colonos o a su imitación el carro de los agricultores suizos, vehículos diversos de que indistintamente podía disponer.

Hice, pues, el viaje sin más estaciones en todas las diez leguas largas del trayecto, que lo necesario para encender un cigarro al cruzar el arroyo de Nievas y otro vadear el del Hinojo.

He podido de esta manera ver, al pasar el puente del arroyo Azul y salir de las chacras de esa ciudad, cómo se extendía delante de mí, en la dirección de Olavarría, el valle que cierran, a la izquierda la Sierra Baya y a la derecha la Sierra Chica. En el centro de ese valle corre la línea del ferrocarril, que sigue en trazado casi paralelo al del camino carretero y cuyos rieles alcanzan presentemente hasta más afuera de La Tigra, paraje situado a mas de 5 leguas de este pueblo.

El panorama que se ofrece al viajero en el momento del día en que he visto por primera vez este paisaje, es escasamente bello, pues solo a mitad de camino se cierra por ambos lados el valle. El sol, que alumbra con sus últimas

luces las faldas perezosamente oblicuas de Sierra Baya, sume ya en la oscuridad las vertientes orientales de Sierra Chica. Hacia el lado de ésta se levantan escasas poblaciones y en la opuesta ladera del valle se ven dos de las colonias rusas, extensas fajas verdes de pastos o de sembrados, cortadas por candas amarillentas de rastrojos que estuvieron no ha mucho esmaltados por el color de los trigos en planta. Así, en una extensión de terrenos que no mide menos de 20 leguas cuadradas de superficie, escasa es la hacienda que se ve, aun en el mismo Potrero de Nievas, que estando arrendado por el gobierno para chacras, sigue dedicado al pastoreo por cuenta de sus arrendatarios, sin que el Ejecutivo piense poner las cosas en orden.

El valle extendido entre el Azul y Olavarría es propiamente una llanura que sube de aquella ciudad a este pueblo, es una altiplanicie cerrada a la izquierda en todo su límite por la Sierra Baya, en la mitad sur de su costado derecho por la Sierra Chica. La altiplanicie sigue más allá de este pueblo y traspasa su límite hasta las faldas de la Sierra de las Dos Hermanas y la Sierra de la Blanca Chica, que forman el cerco sudoeste de la meseta.

El punto de ésta, en que ahora escribo, el pueblo mismo de Olavarría, se halla situado a 170 metros sobre el nivel de la estrella del peristilo de la Catedral de Buenos Aires y como ésta se halla próximamente a 19 metros sobre el nivel ordinario de aguas bajas, la altura de Olavarría es de 189 metros sobre el nivel del océano.

Fundado en 1878, por los buenos oficios del coronel Álvaro Barros, Olavarría no ha sido realmente pueblo hasta 1878, en que los indios desaparecieron; y su desarrollo en los dos últimos años ha sido tan considerable que casi lo desconocen hoy los mismos que antes lo vieron formado de algunos ranchos.

No hay, sin embargo, que pensar por esto que Olavarría sea al presente un gran pueblo; es una población pequeña, más importante que linda, y con más porvenir que actualidad, pues apenas se halla incipiente.

La importancia del pueblo no se aprecia ni se puede apreciar a primera vista; pero a medida que uno conversa con sus habitantes, inquiere datos y se posesiona de conocimientos, va dándose cuenta de toda la riqueza que este pueblo representa y concentra, como cabeza del partido que lleva su nombre.

Así, habiendo llegado el lunes por la noche, salí sin dilación a recorrer algunas casas de negocio que cuentan escaso tiempo de fundación y tienen ya enormes surtidos de efectos sin cesar renovados.

El día martes lo pasé todo en el pueblo mismo y ayer miércoles salí hasta Blanca Chica, antiguo paradero de indios, más tarde posición estratégica de nuestro ejército, hoy estancia del Señor Don Alfonso Laferrere.

Quería penetrarme bien de los datos que buscaba y controlar unos con otros, para comprobar que la agricultura apenas ha pasado el arroyo de Tapalqué, mientras que forma la riqueza misma de la región comprendida entre Olavarría y el Azul.

En esta región se hallan las colonias ruso-alemanas, las canteras y caleras de Sierra Baya y la Penitenciaria de Sierra Chica. Cada uno de esos puntos será objeto de una correspondencia especial; de la ganadería que se explota al sudoeste de Olavarría, sobre la prolongación del Ferrocarril del Sur, no debo hablar por ser inútil; me concreto, pues, a Olavarría mismo.

Este pueblo va a tomar dentro de breves días grande impulso, por el movimiento de pasajeros y cargas que su condición de cabecera de un ferrocarril le va a proporcionar; pero

ese movimiento no durará más de un año, y esto lo saben aquí muy bien, de modo que no se forman ilusiones sobre el provecho que de ello se sacará.

Todo el mundo aquí piensa con razón que la base de la riqueza del pueblo es su agricultura, la subdivisión de sus excelentes tierras en chacras, vendidas a bajo precio para trabajos agrícolas.

Tanto es así que ha procedido en mucho a la llegada del tren el establecimiento de un molino de agua, propiedad de la firma social Games y Ca., que puede moler unas 30.000 fanegas de trigo, cuyo producto será este año de 210.000 arrobas de harina. Quedan, sin embargo, del total de trigos producidos por Olavarría unas 95.000 fanegas que tendrían que ir fuera en busca de molinos, si los Sres. Games no estuvieran ya estableciendo uno nuevo al pie de Sierra Chica, frente a la colonia del Hinojo.

El molino que funciona en este pueblo es movido por las aguas del arroyo de Tapalqué, que corren en el fondo de un zanjón de varios metros de profundidad, con raro ímpetu.

Esa fuerza de las aguas ha hecho nacer en el Señor Julián Games, uno de los propietarios del molino, la idea de iluminar eléctricamente el pueblo, aprovechando la fuerza motora del curso de agua para maniobrar las máquinas dinamo-eléctricas destinadas a desarrollar el fluido, que sería transportado al pueblo mediante conductores apropiados; pero la idea, aplicada ya en los Estados Unidos e Inglaterra, está aún en proyecto y no creo que tenga por el momento visos de realización. Merece, sin embargo, no ser abandonada, y sus iniciadores no deben descansar hasta verla convertida en hecho, para gloria propia y del apartado pueblo de Olavarría.

No es difícil, en un pueblo como este, predecir adelantos y vaticinar progresos, como no es difícil a la vista de un niño

que crece, profetizar que tendrá más talla algún tiempo después de la profecía; pero aquí, que hay tan poca cosa que decir del pueblo mismo, vale la pena de volver atrás algunos años y escuchar, por ejemplo, la narración del sitio de Olavarría por los indios en 1875, cuando la tribu de Juan José Catriel se sublevó en el Potrero de Nievas.

No menos de 2.500 salvajes sorprendieron una madrugada el pueblo; cruzaron el arroyo de Talpalqué y se aproximaban sigilosamente a las casas cuando un vecino que aún existe, joven, robusto y rico, Don Agapito Guisasola, vio la turba que venía. Guisasola, atendiendo a armarse, pretendió arrebatar su carabina a un soldado que dormía sobre la calle en la puerta de un rancho; el soldado resistió, hizo fuerza por retener su arma y en los movimientos que él y Guisasola ejecutaban, salió el tiro sin herir felizmente a nadie. Los indios, al oír el disparo, supusieron que habían sido sentidos y que la población los esperaba. Se detuvieron, y en vez de caer inmediatamente sobre el pueblo, se extendieron en su contorno, estableciéndole un cerco en regla, a mil metros de la plaza. Desde allí quemaron ranchos, con las familias que contenían, robaron, degollaron, arrebataron cautivas y al día siguiente llevaron al pueblo varios ataques. Habiendo encontrado en éste, desde una azotea, tenaz resistencia, renunciaron a tomarlo creyendo probablemente que contaría con mayor número de defensores que los que realmente tenía: 18 hombres de armas. Más tarde parlamentaron, propusieron una capitulación que les fue rechazada y a los tres días de haber establecido el cerco lo levantaron, después de haber asolado la región circunvecina, hasta el Azul, donde el hoy general Levalle tuvo que permanecer encerrado, separado de los indios sublevados, tan solo por el Arroyo Azul.

Años después nuevas invasiones se agregaron a aquella, hasta 1878, desde cuya fecha no se han repetido. La impre-

sión dejada por esas escenas es tan fuerte y tan duradera, que los vecinos antiguos hablan de los indios en modo indicativo y tiempo presente, como si el salvaje estuviera actualmente a pocas leguas, amenazándolos como antes, cuando en realidad no hay ya más que partidas sueltas, muy afuera de lo que fue segunda línea, y esto si son realmente indios los que se encuentran en esas alturas.

Entretanto, los adelantos de la vida civilizada, los refinamientos de la existencia, marchan aquí tan rápidamente que en materia de hoteles, por ejemplo, el alejamiento de la ciudad no se hace sentir al hombre trabajador, aunque seguramente no presenten halagos al turista.

Por otra parte, ha de pasar mucho tiempo antes que vengan aquí verdaderos turistas y tendrán mucha razón, pues no existe la belleza del paisaje. Las sierras son bajas, sin árboles, y sin vistas. El paisaje es más hermoso mirado de la sierra a la llanura que de esta a aquella; pero asimismo solo ofrecerá belleza al que nunca haya visto montañas.

Cuando, a la vuelta de medio siglo, esta región se halle toda arbolada, será muy hermosa; por el momento, solo se puede decir en verdad que las sierras tan decantadas por los porteños son chatas como el suelo mismo de la provincia toda. El sol nace y se pone detrás de ellas sin que una pincelada de arrebol dé tintas nuevas al paisaje.

Si estas sierras han tenido un creador, ha sido un creador de pobrísima paleta; pero así como a mujeres que no son bellas les derrama la gracia sus tesoros, aquel creador ha derramado en estas sierras tesoros de riqueza que compensen la falta de belleza. Bajo este otro aspecto las estudiaremos mañana, ya que no es posible hoy encontrarles un destello siquiera de hermosura que hubiese podido inspirar al arte nacional.

Establecimiento Penitenciario de la Provincia

Sierra Chica, Febrero 23 de 1883

Señor Director

Ayer, después de terminar mi carta sobre Olavarría, emprendí viaje a este punto, que dista de dicho pueblo tan solo unas dos leguas y cuarto.

Ya he dicho que Sierra Chica forma con sus escasas faldas el límite occidental de la altiplanicie en que corre el Ferrocarril del Sur en su prolongación a Bahía Blanca.

En ella encontró el ingeniero Don Eduardo Aguirre el mejor grafito de todo el que encierran las fementidas cadenas de montañas del sur de Buenos Aires.

La exploración del ingeniero Aguirre decidió al gobierno a fijar aquí la sede del proyectado establecimiento penitenciario, consistente en una fábrica de adoquines, que se había resuelto instalar, una vez que la Penitenciaría de la Capital pasaba a ser institución nacional.

No es difícil ver la analogía del establecimiento con el famoso "taller de adoquines" del dictador Latorre en Montevideo, aunque Dios me guarde de pensar que nuestro actual gobierno de Buenos Aires haya tenido ni tenga idea de copiar la siniestra institución latorrina, sino simplemente la de establecer un presidio modelo.

Se ha elegido con preferencia a todo otro sistema de trabajos forzados el de picar piedra, por el efecto moral que esta pena puede y debe necesariamente producir en los criminales. Ella se encierra en una fórmula breve, concisa y enérgica: "¡A picar piedra!". Sabido es cuánto influyen en el ánimo vulgar las frases de este género, que compendian en tres palabras toda una vida, y es precisamente lo que se ha buscado aquí.

Así que el informe del ingeniero Aguirre sobre su exploración de las sierras fue aprobado y en su virtud se dictó la ley de creación del establecimiento, se mandó aquí una cuerda de condenados a efectuar los primeros trabajos, hacia marzo de 1882.

Poco después se nombró la administración del presidio y vinieron los empleados, pero muy pronto se vio que éstos no servían y que aquella era inepta hasta donde se puede imaginar.

Hacia mediados de setiembre se cambió la administración, poniéndose al frente del presidio al Comisario Inspector de la policía de la provincia, Don Pascual Uriarte, que sigue hasta hoy en ese puesto.

A la llegada de dicho funcionario solo había aquí un galpón de hierro galvanizado, varias capas y una cantera que daba pocos y malos adoquines. Inmediatamente cambió la dirección y manejo de las cosas y se comenzaron trabajos de edificación que han puesto al presidio en el pie en que hoy está.

Ante todo, se ha levantado en el sitio del galpón de hierro, uno de piedra, con muros de más de un metro de grueso, que es el dormitorio de los penados. Es un edificio sólido, aseado, regularmente ventilado y vigilado por sus dos extremos, en uno de los cuales se halla el cuerpo de guardia. Los penados duermen en tarimas de madera colocadas sobre bancos de hierro, todos tienen colchones y algunos no carecen de cierta comodidad. Su número se eleva a 22 y la capacidad del recinto es para una cifra mayor.

Los oficiales de la compañía del batallón Guardia de Cárceles, que presta aquí el servicio de seguridad, disponen de un rancho con cocina para su alojamiento, y los soldados tienen un gran galpón de piedra, cómodo y abrigado.

La cocina para los penados, con la fragua del establecimiento y una habitación para peones, forma un solo cuerpo de edificio, también de piedra.

La despensa, las oficinas de la administración, la pieza de los obreros y el depósito de herramientas son subdivisiones de un solo galpón de madera sólidamente hecho.

Hay, además, corrales de piedra, pozos para la provisión de agua, sembrados, planteles para arbolados y una casa de piedra de seis piezas pequeñas con cocina, para el administrador y su familia.

Todo esto ha sido levantado por orden del señor Uriarte sin más auxilio del gobierno que una suma de doce mil quinientos pesos destinada a la compra de madera y que resultó insuficiente, por lo cual tuvo el Señor Uriarte que costear de su bolsillo la madera de la casa en que vive.

Naturalmente la mano de obra no se cuenta, porque la dan los penados, que no ganan jornal por ahora, pues el establecimiento no existe aún, bien que haya ya más de 95.000 adoquines apilados y prontos para ser empleados.

La Penitenciaría cuenta con un terreno de cuatro chacras cuyo centro es formado por el cerro menos elevado de los dos que constituyen la Sierra Chica. Hay un poblador de estas comarcas que ha efectuado sobre una parte de esos terrenos actos de posesión que le dan derecho a comprarlos, pero el hombre no suscitará dificultades sobre ese punto, contentándose con recibir en cambio de las chacras de Sierra Chica una extensión igual en cualquier otro punto.

Bien que los terrenos de la Penitenciaría están por todas partes rodeados de chacras pobladas y cultivadas, carece de cerco y en atención a lo enorme de esa deficiencia, el primero de los trabajos de construcción que se emprenderán –dentro de mes y medio a lo sumo– será el del muro de circunvalación, de piedra y con siete metros de altura.

Luego que el muro esté concluido, se empezará a edificar la casa misma de la Penitenciaría, que será de ladrillos, del sistema radial y con una capacidad suficiente para 240 pena-

dos en los primeros tiempos, con 60 celdas de 4 personas.

Me consta personalmente que el ingeniero Aguirre, que ha estado ayer en este punto, ha estudiado en los últimos meses, de una manera muy especial, todo lo relativo a la Penitenciaría, tanto en su edificación como en su organización, y calculo que lo habrá hecho por encargo del gobierno, pues hasta ha ejecutado un viaje a las canteras de la República Oriental. De esto deduzco que se le ha de confiar la dirección de los trabajos aquí y la medida será acertadísima para que no resulte costar la Penitenciaría más que un puerto o un ferrocarril.

Ya he dicho que aquí no existe establecimiento alguno y ahora lo repito, pues el gobierno parece haber descuidado un tanto la realización de su pensamiento.

El comisario Uriarte, antiguo militar, comenzó con fiebre las construcciones así que llegó, para que todas las instalaciones, aunque provisorias, no fueran sin embargo miserables. De esa manera ha formado dicho señor, y solo él exclusivamente, sin auxilio facultativo, el plantel de la Penitenciaría, estableciendo el régimen normal de trabajos que hoy impera y se sigue, lo mismo que si la casa estuviera definitivamente instalada.

Para dichos trabajos hay en explotación una cantera de riquísimo granito y los hombres que la laborean se dividen en cuatro secciones: barreneros, cortadores en grueso, cortadores en pequeño y adoquineros, todos bajo la dirección inmediata de un maestro picapedrero, Don Fidel Ronchetti, que es el director técnico del establecimiento.

Este sujeto tiene como picapedrero las aptitudes más sobresalientes y es como hombre un sujeto inmejorable, acreedor a los mayores elogios que todos sus superiores y el ingeniero Aguirre no trepidan en tributarle. Laborioso, inteligente, enérgico y modesto, es el hombre de arte que

hay en la casa y sin el cual ésta no podría marchar, aunque se afanara para ello toda la buena voluntad del comisario Uriarte, que no obstante sus cualidades de honrado, recto y organizador, carece de conocimientos técnicos.

Uriarte en la dirección general y Ronchetti en trabajos, han hecho, pues, que este ensayo de Penitenciaría sea una realidad y no la inicua mentira de la primera dirección que tuvo la casa, un engaño cínico en que el gobierno gastó sin fruto su dinero, pensando que lo empleaba provechosamente, hasta el día en que se le hizo saber lo que pasaba.

Los barreneros y cortadores en grueso no son penados sino obreros que ganan un jornal diario, en su mayor parte italianos. Los primeros hacen volar los bloques de piedra y los fraccionan para entregarlos a los cortadores en grueso. Estos los desbastan y les dan una forma irregularísima de paralelepípedos que son entregados a los cortadores en pequeño. Los barreneros y cortadores en grueso son en todo 10 individuos.

Los cortadores en pequeño y adoquineros son los penados, en número de 22, de los cuales uno hace de cocinero de la casa y, por lo tanto, no trabaja en la piedra. Es un italiano tuerto, con toda la apariencia de una inocente paloma incapaz de matar una mosca; pero las apariencias –como dice el Ollendorff francés– son engañosas.

Los penados, que reciben trozo de piedra groseramente tallado, en la forma más o menos dudosa de un prisma rectangular, siguen desbastándolo hasta darle una forma regular y geométrica, sin llegar por eso a alisar del todo las ocho caras del sólido, sino una sola y aun esa misma muy ligeramente. Quedan así los bloques, cuando el penado termina su labor, en la perfecta forma de un adoquín, de cuya calidad puede responder mejor que yo la competencia del ingeniero Aguirre, que eligió el granito.

Este trabajo se hace al aire libre, en la misma cantera, bajo la vigilancia de tres centinelas y del maestro Ronchetti, antiguo maestro del taller de adoquines de Montevideo, que se pasea constantemente con su revólver en el cinto.

Los esfuerzos, la vigilancia permanente, la lucha que cuesta el trabajo de los penados son imposibles de imaginar, pues ninguno de ellos labra la piedra a gusto y se retraen cuanto les es dable de asestar con la maceta golpes que hagan efecto.

Ahora mismo, hay un pardo que se ha negado a trabajar y lleva nueve días de plantón, en la cantera, mientras sus compañeros pican los adoquines. Como la casa no tiene reglamento, el Director no sabe qué castigos aplicar a esas faltas y se ve en muchos casos atenido a las contingencias de una desaprobación ministerial.

Para colmo de desdichas, la compañía de la Guardia de Cárceles, compuesta de 40 plazas y 3 oficiales, destacada aquí, era hasta hace poco independiente, de modo que el Director no tenía sobre ella autoridad alguna. El señor Uriarte ha hecho remediar esta irregularidad, demostrando al Ministerio de Gobierno la necesidad de que el personal de seguridad dependa en absoluto del Director de la Penitenciaría. El nuevo orden de cosas aumentará sin duda la autoridad del Director y ese refuerzo de poder es hoy más que nunca necesario, pues debiendo aumentarse muy pronto el número de los penados a 40, es de todo punto urgente que la fuerza pueda ser pronta y enérgicamente aplicada si el caso llegara a requerirlo.

El señor Director puede creer que una sublevación, por ejemplo, de los presos de Sierra Chica, sería mucho más horrorosa que una invasión de indios, pues no solamente asolarían estos bandidos la rica región circunvecina del presidio y las tres colonias rusas, sino que al fugar hacia afuera entrarían armados y municionados a Olavarría, que sería sorprendido y saqueado.

La perspectiva de un suceso posible de este género, me parece tan grave que no creo deba ser otra por el momento la preocupación del gobierno, que atrincherar el campo de Sierra Chica con su muro de circunvalación y aumentar hasta el máximum de posibilidad la autoridad del Director del establecimiento.

No exagero mis temores, pues ha habido ya aquí, hace tiempo, una evasión de presos y hoy mismo existen cuatro que han pretendido despertar entre sus compañeros un movimiento de sublevación que me parece fácil de realizar, pues los 40 hombres de la guardia no están ni pueden estar nunca simultáneamente en servicio, sino divididos en tercios que se alternan, como en todo servicio de guardias militares.

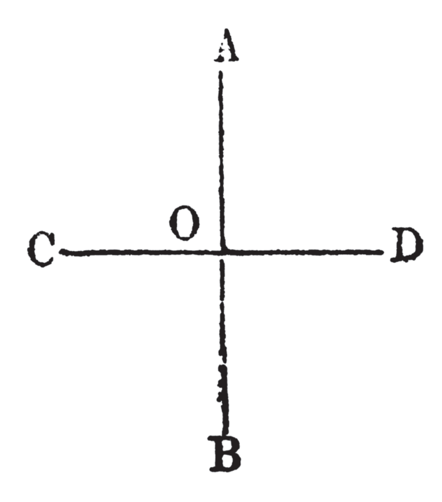
Los penados no son aún bastante hábiles para sacar adoquines de un mismo tamaño; las dimensiones de las piezas varían mucho de una a otra, pero todas son utilizables y las 95.000 que se hallan apiladas podrían en un momento cualquiera usarse.

Habrá, sin embargo, una dificultad que vencer antes de que se pueda hacer el transporte de los adoquines, sea a La Plata, sea a otras ciudades que deseen emplearlos. Esa dificultad es la traslación de Sierra Chica a la vía del ferrocarril, que pasa a 5 kilómetros del cerro.

Hace tiempo que se proyectó un ramal de ferrocarril que ligara las Sierras Baya y Chica, cruzando casi normalmente la vía del F. C. del Sur.

Ese ramal, aceptado en principio por el Presidente del Directorio del F. C. del Oeste, permitiría explotar con los mismos presidiarios de Sierra Chica las canteras y caleras de Sierra Baya, y sería el único medio de llevar hasta los mismos vagones del tren, sin gasto considerable los productos de ambas sierras.

El ramal proyectado y su importancia se pueden apreciar examinando este diagrama:



La línea A-B representa la dirección del Ferrocarril del Sur; C-D el ramal proyectado. En C está Sierra Chica, en D están las caleras y canteras de Sierra Baya.

El transporte de adoquines de C a O, o más bien a A (en donde suponemos situada la estación Hinojo) va a representar un considerable exceso de costo en los adoquines, por la carestía del transporte en carros, mientras que el mismo transporte sobre rieles se puede hacer por simple plano inclinado, como que la diferencia de nivel entre los puntos C y O es de más de 40 metros, en una distancia de 5.000 metros lineales.

Ahora bien, dar el adoquín barato, más barato que las canteras de la República Oriental, tiene que ser necesariamente la mira de la Penitenciaría de Sierra Chica, sin lo cual quedaría poco menos que inútil, siendo a la vez irrisoria.

En cuanto a su unión con la Sierra Baya, la utilidad de pensamiento se demuestra por la circunstancia de que muchos días del año que no se puede trabajar en el adoquín a

causa de la lluvia, se podrían aprovechar haciendo cal en Sierra Baya para los edificios públicos que nuestros pueblos necesitan. Asimismo, con los penados hábiles en el trabajo del adoquín, se podrían formar obreros para la explotación de las canteras de mármoles y suplir así la falta de brazos con que hoy tropiezan los marmoleros de la Sierra, al mismo tiempo que se proveería de mármoles a los edificios públicos sin gasto mayor.

El mismo ferrocarril que llevara los presos de Sierra Chica a trabajar en Sierra Baya, que transportara los adoquines, los mármoles y las cales del gobierno a los trenes, transportaría las cales y los mármoles de los particulares, serviría a la colonia del Hinojo y cruzaría doce kilómetros de trigales, pudiendo levantarse en el campo mismo los productos de éstos.

Pero la creación de este ferrocarril no es más que un proyecto, lo mismo que el de la Penitenciaría, pues a lo que es ésta ahora se le aplica muy exactamente el nombre que le dan aquí: el campamento.

Que el gobierno cumpla sus promesas y cese cuanto antes el estado embrionario del presidio, para que tome de una vez su verdadero rango. La noche menos pensada se levantan aquí los presos y hacen una de San Quintín, yendo después a parar a la Loma del Diablo, donde no los alcance la mano de la policía, por más galopadores que sean sus agentes.

Entretanto, el Director ha establecido un régimen que servirá sin duda de base a la futura reglamentación de la casa.El penado se levanta un cuarto de hora antes de aclarar, al toque de diana, que se echa cada día según sus propios elementos horarios. Dentro del galpón que sirve de dormitorio, los presos se lavan y toman un desayuno cualquiera que ellos mismos preparan.

Al salir el sol, salen del dormitorio y se dirigen a la cante-

ra, para empezar los trabajos, si el tiempo lo permite. A las 8, al toque de asamblea, los penados vuelven el dormitorio, a tomar una gran taza de café o, en la presente estación y a pedido de ellos mismos, una taza de "té de yerba", con sopas de galleta. Media hora después, los presos vuelven a la cantera y reanudan el trabajo interrumpido.

A las 12 los penados vuelven a su galpón a almorzar y descansar durante una hora, transcurrida la cual son otra vez llevados a la cantera, hasta las 6 ½ de la tarde, en que se comienza la operación de contar los adoquines hechos. Esta operación termina a las 7 y a esa hora los penados vuelven al dormitorio a comer. A las 10 de la noche la guardia echa silencio y desde ese momento ningún penado puede hablar ni sentarse en su cama. Si algo necesita debe llamar en alta voz al cabo de cuarto.

Tal es el régimen normal de los días de trabajo; los domingos y días de fiesta no se trabaja en la cantera, pero se emplean en otras labores. Los domingos se destinan al aseo general de la persona de los presos y al lavado de sus ropas, los días de fiesta se evacúa el dormitorio, se lavan las tarimas, pisos, etc.

La correspondencia destinada a Sierra Chica se entrega toda al Director, lo mismo que la que sale del establecimiento. En ningún caso se niega a los penados el permiso necesario para hablar con los amigos o parientes que van a visitarlos; pero las conversaciones deben ser todas en presencia de un empleado y nunca a solas.

La comida que se da a los penados es sana y nutritiva, así por su calidad como por su cantidad, logrando, a pesar de todo, la despensa ahorros que se destinan siempre a variar la clase de platos servidos, de acuerdo con los gustos manifestados por los mismos presos.

Hay, pues, aquí, un régimen y un método; de sus resulta-

dos podría juzgarse mirando a los presos, empleados y soldados, todos gordos y robustos. No hay duda de que hombres que están sanos y fuertes a pesar de un trabajo pesadísimo y la privación de su libertad, deben hallarse bien, en toda la extensión de lo bien que puede hallarse el que no puede dar dos pasos sin centinela de vista.

Apoya esto mismo la circunstancia de que la Penitenciaría no tiene médico ni farmacia, sino un escaso botiquín, que nadie aquí es competente para manejar. A pesar de que por ahora la salud pública de la localidad no parece resentirse de la ausencia de facultativos, sería conveniente llenar la deficiencia, sobre todo en previsión del caso posible de que se desarrolle una epidemia que puede estallar cuando menos se piense, no obstante la higiene empírica que el comisario Uriarte impone con una perseverancia holandesa.

En suma, hay en Sierra Chica muy poco hecho; pero todo es bueno y promete ser muy pronto mejor.

Cal y mármoles

Sierra Baya, Febrero 24 de 1883

Señor Director de LA NACIÓN

Al escribir mi segunda carta del Azul, prometía ocuparme especialmente de las bóvedas y sepulcros del cementerio de dicha ciudad.

Ahora que es llegado el momento de cumplir la promesa hecha, diré que hay en el cementerio del Azul dos clases de sepulturas: las de antigua construcción, simples sepulcros bajos, de ladrillo revocado y blanqueado, y los sepulcros nuevos, edificados hace poco y revestidos de mármoles de todos colores.

De estos sepulcros, los más notables son altas bóvedas de orden toscano con frontones sostenidos por hermosas columnas, cuyas cañas, de una sola pieza de mármol, resaltan sobre los muros de la bóveda, en que se combinan los colores rojo, amarillo y negro de los mármoles del Azul.

Se puede asegurar sin temor de exagerar que pocas bóvedas del Cementerio del Norte en Buenos Aires son tan correctamente hechas como estas a que me refiero. Copiadas exactamente de los modelos de orden toscano del Vignola, llevan el sello archiclásico de ese autor, su serena majestad de intercolumnios, su armónica trabazón de proporcionadas dimensiones.

Preside al empleo de los colores del mármol un sentimiento preciso de las necesidades del género de construcción en que se aplican. Así el mármol negro reviste siempre los muros y forma las columnas, empleándose el rojo y el amarillo en líneas o placas de una sobriedad bien entendida.

Ignoro por qué motivo todos los mármoles empleados

en esos sepulcros tienen vetas más hermosas que las piedras idénticas enviadas a la ciudad, de tal modo que el mármol amarillo de aquí no parece igual al que conocemos en Buenos Aires.

Una bóveda de este género cuesta en el Azul, completamente concluida, $65 a 70.000 *m/c*, comprendida la propiedad del terreno en que está edificada. En Buenos Aires han sido ofrecidas al precio de $80.000, sin contar el valor del terreno, de modo que en suma vendrían a costar de $100 a 120.000.

Ahora bien, como fácilmente se comprende, estas hermosas construcciones pueden hacerse tan baratas en el Azul merced a los mármoles de que esta ciudad dispone.

Esos mármoles se sacan de la Sierra Baya, desde donde escribo, y las canteras en explotación actual se hallan en terreno del partido de Olavarría. Sin embargo, el *entrepot* de los mármoles, los talleres en que se trabajan y los depósitos en que se pueden elegir, se hallan en el Azul, a causa de que los primitivos ensayos de explotación partieron de esa ciudad y en ella se han radicado los únicos marmoleros que trabajan esas piedras.

Es de suponer, con todo, que dentro de algún tiempo el Ferrocarril del Sur creará una estación frente al punto en que los mármoles son explotados, pues la Estación Hinojo, ubicada entre Sierra Baya y Sierra Chica, está muy lejos de las canteras y el camino es accidentado.

Como se sabe, los mármoles del Azul –son de Olavarría, pero ya no hay quien les cambie el nombre– fueron descubiertos por Don Juan Morglia, que ha sido el primero en trabajarlos.

Morglia vino a nuestro país como inmigrante y “rodando tierras” fue a dar en 1874 al partido del Salto, donde se ocupaba en trabajos agrícolas que no eran de su competencia,

pues en Italia, su patria, había aprendido y ejercido tan solo el oficio de marmolero.

Un día que Morglia punteaba tierra en una chacra, un argentino que trabajaba de resero en aquella época, y era coronel de la Provincia de Entre Ríos, hallándose a la sazón emigrado por causas políticas, viendo que aquel ejecutaba mal su trabajo, le preguntó si su oficio era el de agricultor. Morglia le manifestó cuál era su profesión, y entonces el coronel, que decía ser y era probablemente hombre que había viajado mucho, le indicó la existencia de mármoles en la Sierra Baya y la facilidad de explotarlos con provecho.

Morglia escuchó al coronel con atención, se entusiasmó fácilmente y con la fe del entusiasmo abandonó su menguado conchabo de peón, bajó a Buenos Aires y siguió muy luego viaje al Azul, llegando a esta ciudad con $240 *m/c* en el bolsillo.

El resto de la historia, si no se conoce, se supone: Morglia tropezó con dificultades pecuniarias; pero encontró protectores, merced a los cuales pudo ir a buscar los mármoles y encontrarlos.

Comenzó sus trabajos haciendo umbrales para puertas que vendía de $80 a 120 la pieza y pudo así ir poco a poco reuniendo capital, hasta montar la cantera y hornos de cal que hoy posee.

Conviene agregar en su honor que en los tiempos en que comenzó sus trabajos, la Sierra Baya era en su extremo sur tierra de indios, de los cuales queda un recuerdo en la cantera: un torreón octógono, todo de piedra, con troneras, destinado a la defensa de los obreros contra los salvajes. Por fortuna nunca hubo ocasión de emplearlo.

La historia de la explotación de los mármoles del Azul se cierra desgraciadamente con una página negra: Morglia no ha dado jamás ningún paso por descubrir el nombre siquiera

del coronel entrerriano que le indicó la fuente de su fortuna.

Si estas líneas fueron leídas por ese coronel, yo le agradecería que me hiciera conocer su nombre y su paradero, para transmitir esos datos a mis amigos del Azul y Olavarría, localidades que le deben quizá tanto como a sus respectivos fundadores.

El establecimiento de Morglia en el Azul es una gran barraca en que se hallan instalados el taller de pulimentación de los mármoles y un horno de cal. El taller y el horno no tienen nada de notables, y si éste se halla en plena actividad, aquel está parado, porque la industria del mármol no ha dado todas las ganancias que se esperaban y la de la cal da lo suficiente para hacer innecesaria toda otra ocupación.

Hay en el mismo Azul otra marmolería, la de los hermanos Brizzi, antiguos obreros de Morglia, que trabajan hoy independientes con una cantera y un horno de cal propios. El taller de los hermanos Brizzi está por ahora menos bien dotado de material que el de Morglia, pero sus trabajos son superiores a los del de éste. También es cierto que Morglia casi no se ocupa ya de mármoles, mientras que los Brizzi siguen explotándolos en todos sentidos.

Las canteras distan unas siete leguas largas del Azul y se hallan situadas hacia el extremo norte de Sierra Baya en un cerro sin nombre, cuyas faldas, orientadas al nordeste, se inclinan y pliegan al sudoeste, para levantarse luego en una colina que las separa del Cerro Redondo, uno de los escasos picos de esta famosa cordillera.

Están las canteras escondidas en un valle angosto de la sierra, y es necesario entrar en ésta para descubrirlas, de modo que no se ven ni de Olavarría ni de Sierra Chica.

Las canteras son tres, de las cuales una, la más pequeña, pertenece al maestro Don Fidel Ronchetti, Director técnico de los trabajos de la Penitenciaria de Sierra Chica.

Este excelente sujeto, en cuya casa, toda de piedra, con troneras como un fuerte, estoy escribiendo, ha sostenido desde este mismo recinto varios combates contra los indios, combates en que su esposa le ayudaba, armada como un soldado. Una defensa muy curiosa de la casa son los subterráneos, galerías excavadas en el corazón del cerro, para ocultar a los pobladores. Más de una vez Ronchetti, su familia y sus peones han pasado noches enteras ocultos en ellas, mientras los indios pernoctaban alrededor de la casa, creyéndola desierta.

La cantera de Ronchetti, que fue antes capataz de Morglia, es muy reducida y ya no se explota. Es la primera que se encuentra cuando se entra a la garganta en que se hallan las canteras, por el lado de Olavarría, esto es, yendo del sudoeste al nordeste.

Sigue luego la cantera de los hermanos Brizzi, con un horno de cal, en que se ve ya una explotación industrial bastante bien montada.

Por fin, la última cantera es la de Morglia, la más vasta, la mejor montada y la que posee el mejor horno de cal, una construcción elevada y sólida que tiene cierta belleza.

La explotación de los mármoles se hace casi a flor de suelo. Los canteros no han tenido más que levantar una capa de tierra vegetal de una vara de grueso, y han tocado sin más trámite la piedra viva, dispuesta en capas planas paralelas que solo exigen un rudimental trabajo de barreta para la extracción de los bloques, al menos los de mármol amarillo y rojo, pues el mármol negro es más duro y compacto, y requiere esfuerzos de arte para su extracción. Con todo, el trabajo es sumamente fácil, tan fácil que cualquier hombre de sentido común podría dirigir la labor de extracción. Es la pulimentación de la piedra la única parte que requiere conocimientos técnicos.

El mármol extraído se envía al Azul ¡en carretas de bueyes!, cuando se le destina a ser trabajado en los mismos talleres de Morglia y Brizzi, o cuando va sin pulir, como la mayor parte de él, hasta Buenos Aires. La piedra de vereda es casi toda labrada en la misma cantera, y en carreta de bueyes expedida a tomar el tren en el Azul.

Morglia, que, como ya he dicho, posee en el Azul mismo un horno de cal, se hace remitir de su cantera a esta ciudad una gran cantidad de mármol negro, que es la piedra empleada aquí en la calcinación para obtener la cal. Asimismo hace idéntico trabajo en su gran horno de la cantera, como lo hacen también los hermanos Brizzi. Unos y otros envían a Buenos Aires mucha piedra que se calcina en los hornos de la ciudad.

La cal es excelente para morteros, pero deja algo que desear para blanqueos. Aquí, sin embargo, es empleada en todo y para todo. Su precio es de $25 el quintal en la cantera y de 30 a $35 puesta en el Azul. Ese valor sube considerablemente cuando se trata de llevar el artículo a Buenos Aires y no sufre la competencia de las cales de Córdoba y el Paraná, que son de sobresaliente calidad y para todo uso. En consecuencia, el gran mercado actual de la cal de Sierra Baya es el Azul, Olavarría y las colonias ruso-alemanas, cuyos habitantes consumen cada uno en un solo año más cal que la que consume en toda su vida un campesino porteño. La prolongación del Ferrocarril del Sur tendrá que abrirle necesariamente otros mercados, siempre que las tarifas de la compañía sean establecidas prudencialmente y ella misma o el gobierno construyan un ramal de unión de las canteras a la vía principal del Ferrocarril.

Insisto en esta idea que ya he señalado en mi carta de ayer sobre Sierra Chica, porque ella emana de una persona que conoce mucho estos parajes y sus necesidades.

El transporte en un terreno accidentado como el de la sierra es difícil y costoso, y mientras no se facilite la salida de los productos ha de tardar el establecimiento de nuevas caleras.

Esta industria de la cal en Sierra Baya es una industria que puede marchar sola, es una industria viable que no necesita protección directa y que no exige del gobierno más que lo que toda industria tiene perfecto derecho a exigir: viabilidad buena y barata.

Las canteras no se venden; el gobierno arrienda en 1.000 pesos mensuales las concesiones.

He tratado de saber cuánto deja de utilidad a los fabricantes cada quintal de cal y no he podido averiguarlo, pero calculo que debe ser mucho, porque tanto Morglia como los hermanos Brizzi están ya ricos en los pocos años que llevan de trabajo, y cada día más ensanchan sus operaciones de elaboración. Por el momento, nadie les hace competencia y en los cerros circunvecinos del que alimenta las canteras, solo hay chacras de pastoreo y sembrado, –pues en esta famosa cordillera sin árboles ni nieve los cerros se suben a media rienda.

Las ganancias que da la cal son tan fáciles que los canteros abandonan un poco la explotación de la piedra.

De lo poco que me han dicho sobre sus industrias –son gente taimada– deduzco que les han faltado en Buenos Aires agentes activos que se preocupan de colocarles sus productos, y me parece que un corredor que se entendiera con los maestros de obras, que fuera por todas partes buscando compradores, en suma, un "mozo vivo y buscavidas", podría sacar gran partido de las canteras abriendo nueva salida a las piedras para zócalos, umbrales, impostas, frisos, etc.

Desgraciadamente carezco aquí de las tarifas del Ferrocarril del Sur y los picapedreros entre quienes estoy no

las conocen, de modo que no puedo estudiar en detalle el asunto. Diré tan solo que la vara cuadrada de piedra de vereda se vende en el Azul a razón de $25 *m/c*; con este dato, agregando el flete del Azul a Buenos Aires, se obtiene el precio. Sin embargo, cuando el Ferrocarril haga llegar sus trenes hasta Olavarría, ese precio debe bajar, pues la distancia de las canteras a la estación Hinojo no es ni la cuarta parte de la distancia de las canteras al Azul, y en la estación Hinojo se harán las cargas, si es que el Ferrocarril no establece, como debe hacerlo, una estación frente a las canteras o, más propiamente, frente a la espalda del cerro que alimenta las canteras.

El paraje en que éstas se hallan no deja de tener, como todas las faldas de la sierra, cierta belleza, sobre todo a causa del pasto que las cubre; pero la carencia de árboles es desoladora y solo cuando ella haya desaparecido habrá aquí paisajes realmente hermosos. Para entonces las casas que se edifiquen serán de un efecto muy pintoresco, porque las hondonadas son profundas y se puede edificar en la cumbre de los cerros mismos. Veo con singular extrañeza que no teniendo más que decir sobre las canteras empiezo a hablar sobre el paisaje. ¡Basta de sierras chatas!

La cerveza "August Rautert" que me brinda el maestro Ronchetti me solicita en este mismo momento. Por otra parte, me espera el caballo ensillado para trasladarme a la colonia ruso-alemana del Hinojo, donde pienso pasar el día y pernoctar. Dicen que los colonos no admiten huéspedes a dormir en sus casitas: veremos si esa resistencia resiste a la embestida de un repórter. ¡Hasta mañana!

Las colonias ruso-alemanas

Colonia del Hinojo, Febrero 25 de 1883

Señor Director

Las colonias agrícolas de alemanes, en una de las cuales escribo, son tres: la de Nievas, situada en terrenos del famoso potrero cuyo nombre lleva; la del Hinojo, ubicada un poco más al sudoeste, y la de San Miguel, establecida al este de la segunda, teniendo todas tres reunidas algo más de cuatrocientos jefes de familias, que poseen de dos a cuatro chacras cada uno según sus recursos o necesidades. El terreno ocupado por las colonias suma un área total de seis leguas cuadradas, pero los cultivos no la comprenden toda entera, pues cada año se cultivan fracciones distintas, para no agotar los recursos del terreno.

Nievas y el Hinojo se hallan en las faldas de Sierra Baya, mientras que San Miguel está dentro de la sierra misma, extendiéndose las chacras de las tres sin cercos ni poblaciones, como campos sin cultivo.

La necesidad de una defensa eficaz contra los indios, obligó a los colonos a agruparse en aldeas, y así han nacido las tres que llevan los nombres ya citados.

La principal de ellas es el Hinojo, desde la cual escribo. Llegado aquí ayer, me he presentado en casa del Cura de las colonias, el padre Servet, y he encontrado una hospitalidad ejemplar que no sabría agradecer bastante, pues he comido y dormido anoche como en mi propia casa, saboreando esta mañana el desayuno exquisito del mejor café con leche que se pueda gustar –una preparación delicada que es la especialidad gastronómica de las colonias.

Después del desayuno hemos ido con el padre Servet, en

un mismo carro, a Nievas, donde celebraba la misa dominical a que asisten los colonos.

Los colonos son, como se sabe, descendientes de los agricultores alemanes llevados a Rusia por Catalina II. Cuando esta soberana fue a visitar al sur de su imperio, se le hizo creer que aquellos agricultores se contaban por millones, en vez de por miles, como era la verdad, y llegó a tanto la pillería de los Ministros de la amiga de Voltaire, que levantaron casas de madera pintada, para hacerlas aparecer como moradas de agricultores. Se puede garantir que al paso de un gobernante argentino, no se hará aquí tal cosa. Más feliz que Catalina, cualquiera de nuestros barbudos manejadores podrá palpar la verdad en cualquier momento.

Los colonos han conservado el primitivo idioma de sus padres, a pesar de su paso por Rusia, y hablan un alemán que, aunque muy áspero, es alemán puro. Desgraciadamente no hablan otro idioma, y apenas si saben del español lo suficiente para hacerse entender en las casas de negocio donde compran efectos. En cambio, sueltan admirablemente la lengua para las ventas de sus trigos, según me aseguran todos los comerciantes que tratan con ellos. Yo, por mi parte, he hecho el gasto completo de unas veinte palabras alemanas que conozco, para hacerme entender en las casas que he visitado.

La colonia de Nievas tiene sus casas dispuestas en cuatro calles, cruzadas en damero, cerrando en cuadrado central en que se eleva la iglesia, toda de piedra, con techo de zinc.

En el Hinojo y San Miguel las casas bordan dos calles anchas y bien conservadas.

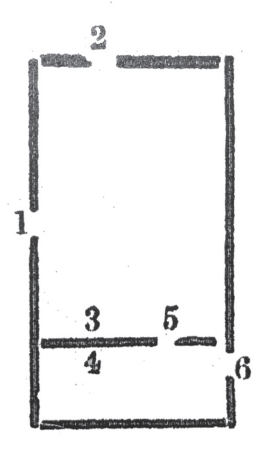
Las casas son de adobe en Nieves y el Hinojo, mientras que son casi todas de piedra en San Miguel, que está a un paso de las canteras, casi cerro por medio con ellas.

La casa del colono se compone de un solo cuerpo rec-

tangular de edificio, con techo de paja, muy grueso y en dos aguas. A la altura en que el techo asienta en el muro, corre un cielorraso horizontal de madera que sirve de piso a un desván o granero, lo cual aumenta la capacidad de la casa.

El edificio se halla dividido en dos departamentos, uno muy largo y otro muy angosto. En éste está la única puerta exterior, y a él da la puerta del departamento mayor, así como el fogón que forma promontorio y sirve de estufa, mediante su techo de arena, en el departamento mayor.

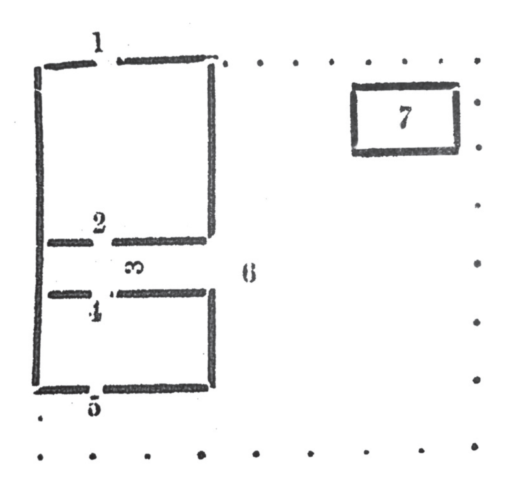
He aquí, en resumen, el croquis de la planta de una casa pobre, la del cantor de la iglesia de Nievas:



El n. 1 es una ventana; el n. 2 otra id; 3 la estufa; 4 el fogón; 5 la puerta de comunicación de ambos departamentos, y 6 la puerta que da al patio. El fogón tiene una chimenea de campana que da muy buen tiraje. Todo el edificio lleva, como ya he dicho, un segundo piso, útil para depósito, y para subir al cual no he visto escalera estable.

Entre tanto, hay ya en el Hinojo una casa de material, más alta que las demás. Es la única casa de ladrillo y la mejor de todas las colonias; también es cierto que pertenece al colono

más rico y que más se trata con los argentinos, apellidado Fischer. He aquí el plano de ese edificio que recomiendo a la consideración de los estancieros, como modelo de casa para puesteros:



1 ventana - 2 puerta - 3 zaguán - 4 puerta - 5 ventana - 6 patio - 7 antigua casa del colono, hoy cocina. La línea de puntos marca la cerca del solar, a la cual se hallan adosados los pesebres, etc.

Esta casa es de gran lujo para la colonia; tiene su techo en dos aguas, como las demás, y su desván o granero, pero carece de estufa y no tiene cocina, pues según lo he dicho, ha quedado para tal y para comedor, la casa antigua de adobe crudo y del mismo modelo que la del cantor de Nievas.

Cada casa tiene un ancho patio, una huerta cultivada detrás, depósitos para herramientas y forrajes, pesebres, pozo de agua, pesebreras en medio del patio, etc. El lector comprenderá lo que significa ese "etc."; es ese "etc." de que ordinariamente carecen las casas pobres de nuestra campaña.

En la única habitación de cada casa se alberga toda la fa-

milia, ya si sus dimensiones son reducidas, su limpieza es tan exagerada como halagadora. A los peligros para la moral que llevan casi siempre aparejados, las promiscuidades, se opone un fanatismo religioso que en el espíritu inculto de estas gentes ocupa el lugar y desempeña el papel de sentido moral. Las apariencias me hacen creer que esa función de los sentimientos religiosos exagerados es ejemplarmente cumplida. Es estas colonias, según declaración de sus mayores enemigos, no se conoce el amancebamiento, que muchos de nuestros estancieros fomentan en sus peones y capataces, "para tenerlos quietos."

Los muebles de las casas son pobres, lo mismo que las baterías de cocina y los trajes, pero está todo tan limpio, tan pulcra y cuidadosamente limpio, que puede a los ojos de un mal observador pasar por riqueza lo que no es más que cuidado incesante. Se puede asegurar que nunca ningún ganadero ni agricultor argentino de mediana fortuna, ha vivido tan decentemente como el colono cantor de la iglesia de Nievas, por ejemplo. Yo he conocido –yo conozco, mejor dicho– un estanciero dueño de trece leguas de campo unidas en un solo lote, y de sesenta mil ovejas tenidas en un solo establecimiento, un estanciero con ochenta mil pesos moneda corriente mensuales de renta, cuya casa de campo podría compararse con una pocilga, al lado de la humilde pero limpia casa del colono Fischer. En rigor, las casas de los colonos son una novedad en nuestra campaña, fuera de las chacras de irlandeses acomodados –*Murphy's cottage*, por ejemplo, en las Heras. Se necesitaría la pluma de De Amicis pintando a Broeck, para dar idea de la limpieza de estas casas, blanqueadas por dentro y por fuera. ¡Yo admiro con toda admiración a estas gentes que no dejan en la pared ni la marca de un fósforo encendido en un apuro!

El régimen de vida de la familia es patriarcal, en la rigurosa acepción de la palabra, excepción hecha de la poligamia, pues los colonos son rigurosamente monógamos.

Se casan estos hombres muy jóvenes y tienen todos numerosa prole, sin que nadie se exente del trabajo por ningún motivo. El hombre, ausente de la casa durante el día, labra la tierra, mientras las mujeres y los niños se ocupan en los quehaceres domésticos, que comprenden el blanqueo, y, cuando se ofrece, una parte de la edificación de la casa.

Los colonos se hallan hoy sometidos en absoluto a la ley común de nuestro país, principalmente en los asuntos del fuero criminal, pero ha costado trabajo su sometimiento, porque se les hizo entender que no había sobre ellos más autoridad que la del Intendente de las colonias. Primitivamente arreglaban entre sí los asuntos criminales o correccionales, penando ellos mismos los delitos de sus convecinos. Ahora entiende en tales negocios la policía de Olavarría, a cuya jurisdicción competen, pero no hay un solo puesto de policía en las colonias; y convendría que hubiera uno en cada aldea, porque de esa manera los colonos se irían habituando a entenderse con la autoridad argentina. Por suerte, el actual comisario de Olavarría, Señor Jacinto Ferreyra, es quizá el mejor comisario de la policía de la provincia, y protege a los colonos, de modo que su personalidad no haría antipática la introducción de esa nueva autoridad.

En los asuntos del fuero civil los colonos tienen un justo y legítimo horror a nuestra administración de justicia con sus interminables trámites y embrollos, de modo que arreglan sus pleitos y diferencias entre sí, sometiéndose a fallos arbitrales, que les evitan los saqueos de procuradores, escribanos y demás gente leguleya. Generalmente quien les arregla todo es el cura, que ejerce por su influencia una especie de patriarcado o cacicazgo en las tres colonias. Siendo el confe-

sor y único letrado de éstas, tiene en sus manos los hilos de todos los asuntos y constituye la única potencia intelectual de la agrupación, con la ventaja de que habla igualmente bien el alemán y el español.

Su autoridad moral no es, sin embargo, ilimitada, pues tiene actualmente un partido de oposición que le es antipático. Merced a la desinteligencia ocasionada por esa oposición, se ha disuelto hace tiempo "la comuna". Hoy el derecho de propiedad es absoluto en las colonias para cada jefe de familia en particular y toda cuenta particionaria de herencias, enajenación, locación o donación de tierras o efectos de los colonos, se hará según nuestra legislación, porque las colonias no son personas jurídicas, en cuanto no se hallan reconocidas como sociedades anónimas, ni lo son, ni pueden serlo.

En Olavarría se murmura contra los colonos y contra el padre Servet por ese arreglo privado de los asuntos del fuero civil. En realidad, esto no tiene nada de malo, pues aquí, como en todas partes, el juicio de hombres buenos en reemplazo del dispendioso juicio público con expedientes será siempre un beneficio y una ventaja de considerable utilidad.

Por lo demás, el director espiritual de los colonos, el padre Servet, es un hombre de altura, inteligente, instruido y de mundo, en quien se ve bajo el aspecto modesto del sacerdote humilde, la talla del prelado. Es un hombre austero que vive una vida casi benedictina, pudiendo, sin embargo, si lo quisiera, hacer una vida muelle y sibarítica. Esto revela en él una superioridad incontestable, y creo que al hecho de ser manifiesta, se debe la antipatía con que es mirado por las gentes de poco momento que lo juzgan en estos parajes.

Reconozco, con todo, que hay en estas colonias una sentida necesidad, doblemente justificada, de establecer escuelas,

para dar a los niños que nazcan argentinos la instrucción de que carecen sus padres, que, como los hebreos de la Edad Media, tienen religión, pero no tienen patria y han pretendido, según parece, durante algún tiempo, que sus hijos no fueran ciudadanos de nuestra República.

En la colonia desde la cual escribo hay una escuela mixta, establecida en una antigua casa de colonos, que ha sido ensanchada; pero ese edificio está muy lejos de llenar las necesidades de su institución. Cada colonia debe tener sus escuelas, con edificio de material, y el Consejo Escolar de Olavarría debe ser inexorable en la aplicación de la ley de educación común a los padres que no envíen sus hijos a la escuela.

No obstante todo lo que se diga en contrario, hay de parte de los colonos una resistencia sorda contra la escuela argentina. Esta mañana, cuando, poco antes de la misa, nos paseábamos con el cura por las calles de Nievas, encontramos al burgomaestre de esta colonia. Diciéndole el cura que yo era un escritor argentino, el burgomaestre no entendió, y alcancé a entender que le preguntaba –en alemán– si iba yo por el asunto de la escuela, a lo cual respondió el padre Servet con una explicación más clara de mi objeto y presencia.

La escuela que dé instrucción a los niños, los incorporará, por la enseñanza del idioma y la constitución, a nuestro ser moral de nación; los habilitará para tratar con los criollos sin desventajas, y les dará una potencia intelectual superior a la de sus padres, que los independizará de toda tutela, sea cual fuere su forma y su esencia.

Actualmente cada colonia elije a mayoría de votos, por el plazo de un año, un jefe de la agrupación, un verdadero burgomaestre, que es el depositario de la autoridad y que la ejerce; pero su papel es puramente privado, y no tiene poder externo ni personería legal; se le llama “el alcalde”, y con él se entiende el Juez de Paz de Olavarría para los

asuntos que afectan en común a la colonia, pero no se le dirigen notas, ni se le trata como a autoridad, sino como a "notable", y nada más.

Los colonos son católicos ortodoxos y pagan a sus iglesias diezmos y primicias, pero no las sostienen con lujo, porque no les dan para ello sus recursos.

A este respecto sucede una cosa muy curiosa: todo el mundo cree en Olavarría que los colonos son riquísimos y al mismo tiempo tacaños. Entre tanto, la verdad es que el promedio de ganancia de cada colono es de treinta y seis mil pesos *m/c* anuales. Con esa suma, se puede calcular cuánto atesora gente que no se priva de nada y está hasta ahora pagando sus terrenos y sus instrumentos de labranza. Es mi deber hacer notar de paso que los colonos se visten mejor que nuestros paisanos, y que son más limpios que ellos en sus personas. Se dice que son sucios porque se les ve en el trabajo y no en sus casas, como yo los he visto.

Las colonias dan un total de ochenta mil fanegas de trigo de buena calidad, y cito esta cifra por ser la de la cosecha del presente año, que ha sido malo. Los particulares aseguran que las chacras de los alrededores de las colonias dan mucho más; pero esto es incierto, pues el producto de esas chacras solo asciende a cuarenta y cinco mil fanegas.

Dícese también que son malos agricultores, y algunos entendidos en la materia me garanten lo contrario. Me inclino a pensar como éstos, porque la primera opinión emana de los enemigos de las colonias.

Es, entretanto, admirable la clase y el estado de los caballos de los colonos, caballos criollos, idénticos a los que emplean nuestros paisanos, y que parecen, sin embargo, enteramente distintos. El caballo del colono es alto, fuerte, gordo, nervioso y reluciente, con los movimientos del animal bien mantenido y bien cuidado. Nada más que por los cuidados

se ven en ese estado, y nada más que a la mantención escogida que se les da, deben su arrogante estampa y su potente fuerza. Pero es que un colono, al salir en su carro, echa en él un montón de forraje que le sirve de colchón, y del cual sirve ración sobrada a su yunta en cada parada. Por la noche, en los fríos, duermen los animales a pesebre, y siempre, y en todo momento, hay una mano solícita que los atiende. No es, pues, sino muy natural que ciertos criollos, con las malas mañas de cuatrería que les conocemos, hayan durante largo tiempo robado esos animales, noche a noche, en tropillas de cinco y seis cada vez, como ha estado sucediendo.

Las vacas de las colonias son cuidadas lo mismo que los caballos, y lo mismo que las vacas, los cerdos, que dan casi exclusivamente la parte de carne de la alimentación de los colonos.

El carro ruso es un vehículo bajo, de cuatro ruedas, en forma de gran batea, muy fácil de cargar y descargar, con ejes fuertes de madera, ruedas enllantadas y tren delantero de un cuarto de vuelta. Con los excelentes caballos que tiran de ellos, corren velozmente, produciendo un ruido seco y característico de traqueteo corto. Es un vehículo infernal para el transporte de personas, cuando se anda en él sin almohadones o sin paja; pero con ésta o aquellos, es mejor que nuestro carro clásico sin elásticos, bien que el ruso carezca también de éstos.

Las colonias no tienen médico; pero su salubridad es grande, según se puede deducir de lo poco poblado de sus cementerios, y del robusto estado de los colonos, y sobre todo, de las colonas, que son bastante rechonchas, pues según una expresión gráfica que he oído en boca de un paisano, “estas gringas venden salud”.

La opinión en Olavarría es unánime contra los colonos, no encontrándose una sola persona que no le quite a Sata-

nás para ponerles a ellos. Entretanto, cuando se inquieren con precisión los hechos, cuando se exige que cada opositor a los colonos precise sus cargos contra ellos, no se consigue que lo hagan; se mantienen en términos generales, vagos y ambiguos.

Me parece que es fácil desentrañar las causas de esa animadversión, atendiendo primero al defectillo aquel de la envidia; luego al hecho de que los colonos no compran en Olavarría ni remedios, y por fin, a la circunstancia de que nuestros paisanos, habituados, por regla general, a llevarse por delante al peón extranjero de la campaña, han encontrado en los alemanes hombres tan valientes como ellos, y quizá más físicamente fuertes. Cuando un argentino busca camorra a un ruso, no tarda mucho en convencerse de que "donde las dan las toman".

La casa del colono Fischer, cuyo plano va más arriba, se recomienda, como he dicho, a la consideración de los estancieros, en calidad de modelo para casas de puesteros.

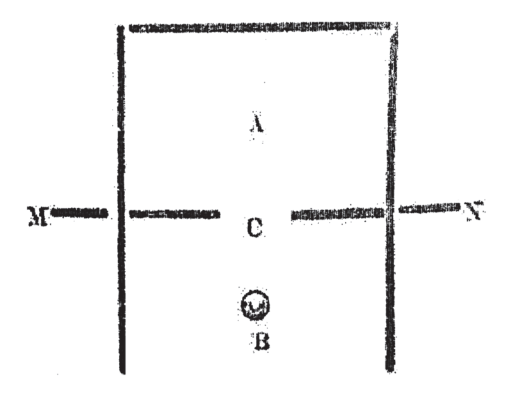
En la actualidad los puestos de nuestras estancias son ranchos miserables, sucios y mal tenidos, en los que la gente vive poco menos que como vivían los campesinos franceses del antiguo régimen, según el retrato inmortal que de ellos ha dejado el Teofrasto de las Galias. Es absolutamente imposible imaginarse cómo viven nuestros campesinos, el estado de repugnante miseria en que sus patrones los sostienen. Entretanto, la casa del colono Fischer, cómoda, sólida, limpia y sana, solo cuesta $15.000, que para un estanciero con campo propio, es una bicoca. El simple cálculo egoísta, que debiera determinar a los hacendados a copiarla para sus puesteros, casi no necesita demostrarse, pero ha de ser demostrado por mi mismo en un artículo especial, a mi regreso a Buenos Aires.

Por el momento, solo deseo llamar la atención de los estancieros sobre el tipo general de casas de los colonos, sim-

ples ranchos, es cierto, pero ranchos sólidos, fuertes, decentes, y mucho más duraderos que los de construcción criolla, pues techo y paredes son más gruesos. No he podido averiguar cuánto cuesta uno de esos ranchos, pero calculo que no alcanzará ni a cinco mil pesos *m/c*.

Será difícil, sin embargo, mantener un rancho criollo tan limpio como un rancho ruso, cuyos blanqueos se renuevan con frecuencia, para mantenerlos en perfecto estado de aseo.

La estufa de los ranchos es tan útil como curiosa; como ya lo he dicho, el fogón da al departamento menor del rancho, en esta forma:



La línea M-N, cortada en C, es la pared divisoria de ambos departamentos; A es el horno que forma promontorio en el departamento mayor; C es la puerta del horno, de hierro, con buen ajuste; B es el fogón, sobre el cual sube hasta el techo la chimenea. De este fogón no escapa una sola bocanada de humo, que sale todo, todo por la chimenea; el calor directamente ascendente del fogón se aprovecha en la calefacción de vasijas; el calor que irradia hacia atrás y que en todos los hogares se pierde, se aprovecha en este tipo de hogar, calentando el horno que recibe puro calor y ningún humo.

Pero, algo más: el techo del horno es de arena, de modo que el calor empleado en su calefacción, y que se perdería, es en gran parte aprovechado en calentar la habitación.

Las camas de los colonos varían según el rango de la persona que las ocupa; así la cama del jefe de familia es una especie de cuja o marquesa, de las que se usaron antiguamente en nuestro país, con cortinados que penden de los travesaños que unen los pilares. Los colchones y almohadas son de plumas, y cubre la cama un alto edredón sobre el cual se extiende una colcha multicolor, hecha con retazos de géneros chillones, y que cuelga hasta el suelo. Los criollos se burlan de esas camas y de sus edredones, diciendo que se necesita escalera para subir a aquellas; lo que hay de cierto es que en la ciudad hace pocos años que se usa, y en la campaña no se conocen, los edredones. Es curioso que se burlen de éstos personas que duermen en camas sucias, y que tienen a mal traer a sus patrones empleando los cueros lanares a guisa de colchones. El atraso solamente de la vida en la campaña, puede determinar el ridículo con que nuestros paisanos miran las casas de las colonias. Tendrían, sin embargo, mucho que aprender de ellas en materia de cuidados domésticos, pues ha llegado a sucederme que mi lavandera de Olavarría me lavase con jabón un par de guantes de cabritilla, que por error le fue enviado dentro de un atado de ropa blanca. Actualmente cada guante –¡nada menos que de Soffys, Rue Royale!– parece una sarta de chinchulines.

No sería justo que terminara sin recordar una vez más el café con leche de los colonos y sus excelentes y delicados panes, preparaciones verdaderamente deliciosas, así como la manteca y los embutidos de cerdo que ellos mismos elaboran en sus casas.

No me compete aquí estudiar las colonias, de un punto de vista más general, examinando sus resultados en compa-

ración con la colonización espontánea, para averiguar si los resultados de esta colonización oficial son en realidad tan buenos como parecen.

Diré solamente que todo el mundo asegura en el Azul y Olavarría que los colonos piensan abandonar sus chacras y alejarse de nuestro país. Interrogado al respecto el Cura de las colonias, me respondió en esta forma evasiva:

– Si se van, no lo harán antes de pagar todo lo que deben.

Veremos a la vuelta de algunos años el resultado definitivo de estas colonias; solo entonces se podrá hablar autorizadamente de ellas, consideradas del punto de vista de la legislación agraria.

Alrededor de las colonias

Olavarría, Febrero 27 de 1883

Señor Director

En mi última carta sobre las colonias ruso-alemanas, he manifestado que la presente cosecha de trigos de éstas ha producido 80.000 fanegas; pero la cosecha total del partido de Olavarría es de 125.000 fanegas, de modo que hay 45.000 fanegas producidas por colonos particulares, sembradores que trabajan sin ayuda directa del gobierno, por su sola cuenta.

Esos sembradores son chacareros, pues los cultivos intensivos no se hayan aún implantados aquí. La ley de creación de las chacras de Olavarría, las asigna a bajo precio a los primeros ocupantes del terreno, cuya condición se prueba mediante un trámite sencillo.

Así el número de chacras cultivadas que hoy existe aquí es muy considerable y va sin cesar en aumento, de modo que cuando se viene del Azul por el camino llamado "de arriba", faldeando la Sierra Baya, se viene materialmente por entre un trigal.

Muy pronto se han de extender sin duda esos trabajos hasta trasponer las márgenes de Sierra Chica, y en pocos años la agricultura llevará sus reales hasta la misma Sierra de las Dos Hermanas, circunvalándola.

No cabe la menor duda de que una zona de más de treinta y cinco leguas cuadradas va a quedar de ese modo librada exclusivamente a la agricultura, en particular al cultivo de trigo, maíz y cebada.

Repito que este desarrollo de la agricultura se deberá a la ley de división del terreno en chacras y es el caso de decir

que la adjudicación de las tierras, que ya está produciendo sus beneficios, no ha dejado de ir acompañada de desperfectos y entuertos que no hay ya lugar de enderezar.

En realidad, habría sido justo y legítimo que nadie fuera desposeído de lo que en derecho le pertenecía; habría sido bueno y santo que en ésta, como en todas las cosas humanas, justicia se hiciera y la equidad dominara. Pero no veo en modo alguno que las incorrecciones cometidas en la distribución de chacras puedan tener influencia en la prosperidad de Olavarría, retardando su desarrollo.

Sucede hoy, por ejemplo, que un antiguo pelafustán sin un cobre posee un gran área de terreno. Truenan como él los hombres independientes y desearían desposeerlo de lo que es ahora suyo. Olvidan, ofuscados por un solo aspecto de la cuestión, que el pelafustán pobre de ayer ha llenado las formas de la ley para adquirir los terrenos y que los cultiva o hace cultivar en provecho propio y del partido, consagrando capitales a un trabajo productivo.

Es bueno no exagerar las quejas en ninguna cuestión y generalmente en los pueblos de campo toda queja es exagerada, así como toda cuestión de ostensible interés público entraña casi siempre una cuestión de interés particular. En la cuestión de las chacras de Olavarría me parece que hay mucho de esto y estoy seguro de esto otro: los que se quejan de la forma en que se ha hecho la adjudicación de las tierras, la habrían hecho igual si les hubiese tocado repartirlas. Ciertamente hay vecinos que ocupando el Juzgado de Paz no habrían permitido a sabiendas ninguna picardía, pero al fin habrían caído, si no en abusos al menos en complacencias. Y propiamente en solo complacencias consiste la irregularidad de adjudicación de tierras, que tanto lugar da aquí a declaraciones.

He recorrido el partido en diversas direcciones y no he

encontrado en suma más que tres quejas formales y fundadas contra poseedores de chacras. Hay además dos causas de error y una omisión en los documentos de la adjudicación, así como hay también errores de ubicación de los mismos pobladores, que los ponen hoy en conflicto.

Estos errores de ubicación cometidos por los pobladores mismos, son la causa principal de las quejas; ellos han orientado sus chacras sin arreglo a una mensura facultativa y oficial, y ahora que llega la ocasión de hacer ésta se ven obligados a tapar zanjas y levantar cercos; pero nadie puede decir que haya en ello una pillería.

Todas las dificultades están sometidas a la resolución del gobierno y se pueden salvar mandando los expedientes a informe de una comisión de vecinos nombrada *ad hoc* para ilustrar al Ejecutivo. Los señores Almada, Games, Lastra y Guisasola, por ejemplo, son honrados a carta cabal y completamente independientes y pueden formar la comisión, pues se deben buscar hombres que no tengan afinidades ni vínculos con caudillos electorales.

Caudillo hay que ocupa 20 chacras con ovejas, en vez de sembrarlas, como lo manda la ley. A ese caudillo, por ejemplo, no habrá forma de que el Juez de Paz lo obligue a cumplir la ley; solo el Ejecutivo puede compelerlo a cultivar los terrenos que para cultivos le fueron vendidos, porque solo el Ejecutivo puede más que él. Quedan aún unas 600 chacras que distribuir y entiendo que están todas pedidas, obrando las solicitudes ante el gobierno, para su resolución. Excuso decir cuánto urge su pronto despacho.

Los chacareros de Olavarría compran sus terrenos a razón de $50 m/c la hectárea y los pagan a plazos; los trabajos se efectúan por la sola cuenta del cultivador, sin ninguna protección gubernamental y no hay colono que se funda, aunque pocos hagan fortuna rápida. El establecimiento y cultivo

de una chacra de 4 cuadras de frente por 6 cuadras de fondo cuesta $30.400 m/c, sin contar el costo de la casa en que ha de vivir el cultivador. He aquí un modelo de presupuesto que me es ofrecido por una persona que se ocupa del asunto:

Semilla..	*$ m/c*	*4.000*
Dos arados	*$ m/c*	*1.000*
Ocho bueyes	*$ m/c*	*8.000*
Un peón	*$ m/c*	*3.600*
Carne	*$ m/c*	*2.600*
Vicios	*$ m/c*	*2.400*
Segar	*$ m/c*	*4.000*
Emparvar	*$ m/c*	*1.500*
Trillar	*$ m/c*	*3.300*
Total	*$ m/c*	*30.400*

Este es el costo de un año de trabajo, del primer año de la instalación, y su producto bruto se eleva, con arreglo a la mala cosecha del presente año, a la suma de $36.940 *m/c*, calculando un rinde mínimo de 22 fanegas por cuadra, vendidas a $70 *m/c* la fanega. Si se siembra trigo de primera calidad, que puede venderse a $150 la fanega, el producto se eleva entonces a una suma muchísimo mayor y compensa mejor los sacrificios del cultivador. En mi opinión se llegará a no sembrar sino trigo de primera calidad en estas chacras, porque solo a esa condición es verdaderamente productiva la agricultura en pequeña escala.

Pero este partido carece de un elemento que secundaría poderosamente su progreso. Quiero referirme al crédito que hoy recibe de segunda mano, por el intermedio de la sucursal del Banco de la Provincia en el Azul. El partido de Olavarría no tiene sucursal, mientras que la tiene Juárez y es quizá en este punto menos necesaria que en Olavarría. Entra, por

otra parte, en la lógica del sistema agrario aquí adoptado, el uso del crédito en cualquiera de sus formas, cuando la protección directa y paternal de la administración pública no ayuda al cultivador. Pensar aquí en obtener créditos del Banco Hipotecario sobre propiedades de 24 cuadras es un desatino, mientras que es fácil, cómodo y productivo sacar del Banco de la Provincia una corta suma amortizable a un descuento bajo, lo más bajo posible.

En suma, este partido tiene todos los elementos de riqueza ganadera y agrícola, el movimiento comercial y las necesidades de industria y de edificación que pueden justificar el establecimiento de sucursal del Banco. Es absurdo que el partido de Olavarría, con una considerable producción propia, exclusivamente suya, que no baja de un millón de pesos al año, el solo ramo de trigos esté sujeto a un tutelaje en el goce del crédito, al tutelaje de la sucursal del Azul, que es la casa a que corresponden los préstamos de Olavarría.

He dicho antes que en el desarrollo lógico del sistema agrario aquí adoptado entra el uso del crédito en todas sus formas, y ahora vuelvo a repetirlo, recordando que muy pocas chacras de Olavarría, y ninguna de las colonias rusas, están cercadas. Precisamente las cercas, que deben hacerse aquí de setos vivos, es decir, con árboles de fácil crecimiento, no podrán levantarse mientras los agricultores no tengan una casa que les facilite dinero.

He citado este caso único de las cercas, porque en él se combinan dos necesidades de ese partido, dos necesidades imperiosas: la de las cercas mismas y la de la arbolada. La cerca con postes vivos tiene esta ventaja: que da leña y madera, sin dejar de servir a los fines de su establecimiento y presenta la facilidad de poderse obtener con solo clavar estacones de sauce, que muy pronto son árboles. Pero ¿cuál es el cultivador que piensa en cercar o arbolar, si a duras penas

ha podido obtener dinero o semillas de su molinero para sembrar?

Conozco el caso de una persona que no encontró crédito en los molineros de Azul y Olavarría el año pasado; para poder sembrar tuvo que contratar *a medias* las utilidades de la cosecha con una persona que solo le dio *la semilla* destinada a las plantaciones. Los mismos colonos rusos no han cercado ni cercarán sus chacras y mucho menos las arbolarán, porque no les da para ello lo que ganan. Si estos trabajadores tan favorecidos por la protección oficial se hallan en tal situación, ¡cuál no deberá ser la de los cultivadores espontáneos!

Es, pues, una necesidad establecer aquí una sucursal del Banco, y sería quizá en ella donde el crédito agrícola podría empezar a ensayarse, en las formas que La Nación propuso hace ya mucho tiempo, y el Directorio del Banco Hipotecario prohijó con calor, dándose cuenta exacta de la riqueza inmensa que desarrollaría en la campaña una aplicación liberal, extensa y amplia del crédito en proporciones mayores que las de la actualidad.

El problema de la agricultura en esta región es llevar sus productos fuera de sus propios límites.

En plena pampa

La Margarita del Trompa, campos de Carrére y Schang,
Partido de Juárez, Marzo 3 de 1883

Señor Director

Pernocto en un galpón; garanto que no es divertido, y que lo será mucho menos si llueve.

Esta mañana a las 6 salimos de Azul, en *La Argentina del Sur*, a ocho caballos, y hemos tenido durante todo el día el viaje más pobre de aventuras y más rico en polvo que se pueda imaginar. Ha sido un viaje prosaico, sin novedad y sin atractivo, que no vale la pena de una mención.

En cuanto a *La Argentina del Sur*, tampoco valdría la pena de una mención, si sus elásticos no fuesen en realidad los más fuertes que he conocido en mi vida. La galera se hundía hasta los profundos en los pozos y se levantaba hasta el empíreo en el contragolpe de los barquinazos. Esto se repite cada día y nunca se ha oído que *La Argentina* se haya quebrado un resorte. Por nuestra parte, los pasajeros, que empezamos el viaje con el Jesús en la boca, hemos llegado hasta dormirnos tranquilamente, como mecidos en una hamaca.

Almorzamos a las 12 pasadas, en una posta establecida en *La Florida*, almacén próximo a la estancia del señor Carlos Saavedra, partido de Olavarría. El almacén es de ladrillo y por uno de los costados le han "adscripto" un galpón que sirve de depósito de mercancías. Bajo su techo de zinc, en medio de comestibles, artículos de ferretería, etc., se instala una mesa, con mantel limpio, para los pasajeros de la galera. La comida es buena y barata. Pongo el *menú* en renglones separados, para que parezca más largo. Es este:

Pan-galleta
Caldo gordo con fideos
Puchero de carnero con papas y repollo
Guiso de carnero
Pasas de uva
Queso de Gruyère
Vinos: francés y Benicarló
Café

Esto del café es un simple chascarrillo; la infusión calumniada con ese nombre no tiene absolutamente gusto alguno. En cuanto al pan-galleta, es una especie híbrida de pan agalletado o galleta apanada, que no es en suma ni pan ni galleta y parece a la vez una cosa u otra, según sea el apetito del que come. En realidad, no se endurece como el pan y esta es su única ventaja.

Comida hecha, compañía deshecha. Así que tomamos el último sorbo de café, nos llamaron a la galera, pagamos los $20 que cuesta el almuerzo y nos encajonamos de nuevo, siguiendo camino como si nos corrieran, dando tumbos y más tumbos, en una carrera que no me atrevo a llamar vertiginosa por temor de que se me acuse de apelar a lugares comunes. Y en verdad, la carrera era vertiginosa, pues algo más que vértigo sufrió un pasajero a quien el almuerzo fue bálsamo de Fierabrás, fiero y horrendo más que el del Ingenioso Hidalgo.

Seguimos, pues, el viaje y llegamos a este punto, término de la jornada y mitad del tirón hasta Bahía Blanca, a las 7 de la tarde, cuando aún duraba una magnífica puesta de sol.

Esta *Margarita* es un almacén en que se vende de cuanto Dios crió, edificado en ladrillo, con buenas paredes y habitaciones bastante buenas. No es posta sino posada, y da albergue a los pasajeros de la galera, lo mismo que a otros

viandantes. Tiene huerta y una majada de ovejas, cancha de bochas, horno de panadería, máquina de amasar y depósito para frutos del país.

El edificio, formado por dos largos cuerpos paralelos, limita un patio espacioso, cerrado a un extremo por un lienzo de postes y en otro por la huerta.

Los dueños de casa guardan en ese patio el *dogcarr* de su uso particular; así que cierra la noche –según acabo de ver– atan de una de las ruedas en temible mastín que no sé si cuida el coche o el patio o ambas cosas a la vez.

En el cuerpo principal del edificio está el negocio y la habitación de los dueños de casa. En el otro cuerpo, más bajo, los depósitos, la cocina, el comedor etc. El comedor es una pieza cuadrada, con piso de tierra, decente y pobremente amueblada. Es una habitación mixta que sirve a la vez de dormitorio y comedor. La mesa es espaciosa, el vino malo, la cama ancha, el *menú* de la comida igual al del almuerzo de *La Florida*, a diferencia de que aquí se come verdadero pan criollo de buena calidad, en vez del preparado común de dos de *La Florida*. Por lo demás, a la hora en que se llega aquí el apetito sube a la categoría de hambre y se come con delicia, mordiendo fuerte y tragando ligero.

A poco de salir del Azul el pasajero sabe ya que pernoctará aquí y como durante todo el viaje el mayoral de la galera no hace más que ponderar "la posada", espera uno la llegada a la *Margarita* con mas ansias que sentía Fausto en situaciones que su Gretchen le daba pie a encontrar.

Se llega, pues, con alegría y tierra, y el que no es lerdo baja disparando de la galera, pregunta por los cuartos para los pasajeros y es enderezado a un galpón de media agua, "adscripto" al cuerpo principal del edificio, como el "comedor" de *La Florida*.

En realidad, el galpón no sería malo para frutos del país,

si no tuviera piso de tierra, y sería mucho mejor si tres de las paredes no fueran de quincho y el techo tuviera algo más que simples planchas de zinc, de canaleta, por toda cubierta, cielorraso y adorno.

Se extienden silenciosamente en las 5 varas por 14 del galpón, hasta siete catres de tijera y una mesa con hule viejo, en cuyo centro se yergue un calentador de lata con brasero de lo mismo, inseparable compañero de una yerbera de lata. Al lado, una botella contiene aguardiente de quemar; hoy debía contenerlo, pero no lo contenía, pues se había sufrido el ligero error de poner agua en su lugar. Cuando se llamó al mozo para pedirle aguardiente, acudió presuroso y trajo una botella de caña. Al fin uno de los dueños de casa trajo el deseado aguardiente. Con tal motivo se mateó, y bastante feo, porque la yerba era de la de matar ratones.

Garanto que cada catre tiene un colchón delgado, sábanas limpias, una almohada y dos cobijas exactamente iguales a las mantas que la patria agradecida da a los soldados del ejército. Echándoles encima un par de ponchos y la ropa que uno lleva puesta, son abrigadas.

Hay también dos lavatorios, con una palanganita de lata cada uno y para los dos una sola jarra, también de lata. El jabón anda algo escaso, como que hoy no lo vi; probablemente no estaba "de campo".

Pero, en fin, sea como fuere, el pasajero se lava poco y mal, como para no dar qué decir. Quedan limpias las manos y algo de la cara, de modo que, mirado de frente, el pasajero parece estar decente. También hay peine y uno se da cuatro pasadas, de modo que el aspecto del pasajero –siempre mirado de frente– gana un cincuenta por ciento.

Siete viajeros vamos, y nos obsequió la posada con tres toallas para todos, por lo cual así que nos íbamos lavando íbamos saliendo al patio, donde corría un vientito suave,

propio para "orear" una cara mojada. Nos secamos muy bien y con poco trabajo. Hubo, sin embargo, algunos delicados que le jugaron pañuelo de manos.

Pero el hecho es que, lavados y peinados, fuimos a la mesa y comimos devorando.

Después de una sobremesa prolongada, en que tuvimos de compañero a un inglés que no había venido con nosotros y conversó consigo mismo, pasamos al dormitorio; descubro en este momento que hay en la posada un complemento a nuestro galpón: es un galponcito chico, prolongación del grande, con dos camas para matrimonios o señoras solas. ¡Ante todo la moral!

Los compañeros están acostados, no es prudente que yo siga obligándolos a sufrir la luz de la vela de sebo con que me alumbro y además yo mismo no puedo escribir porque reviento de risa. Estos mis compañeros, que son vascos franceses, horneros por más señas, están hablando de política francesa; uno de ellos dice que verdaderamente "Sedan fue una entrega fea", ¡y todos a una le llaman a Napoleón III "el finao Napoleón"!

El puerto de Bahía Blanca

Bahía Blanca, Marzo 5 de 1883

Señor Director

Este pueblo, que es ahora una California en que se hablan todos los idiomas, tiene sus ojos puestos en su ferrocarril y en su puerto, un puerto de 47 millas de extensión longitudinal, con una latitud que disminuye, de la entrada al fondo, en la forma de una pierna humana o más bien de una pierna de pantalón.

Así como la parte más apetitosa de una pierna humana es la pantorrilla, también en este puerto la mejor parte, el puerto interior, el puerto propiamente dicho, forma la pantorrilla que tiene su tobillo a 35 millas de la embocadura.

El pie ha salido aquí contrahecho; es una entrada de agua que prolonga la pantorrilla. Verdadero pie inglés, tiene 12 millas de extensión hasta su fondo, en que desemboca el arroyo del Sauce Chico con una profundidad mínima, en su extremo y durante la marea baja, de 12 pies, que deben ser ingleses –para que todo sea completo– porque es el comandante Howard, de la bombardera *Bermejo*, quien los ha medido.

Este distinguido oficial y los jóvenes de la dotación de su buque, han hecho, como se sabe, el balizamiento de Bahía Blanca, sobre el cual sería de mi parte una insoportable pedantería extenderme, cuando ha hablado al respecto la autoridad que habló hace poco y de cuyas palabras dio noticia La Nación.

El balizamiento está completo dentro de la bahía y cualquier buque de 30 pies de calado puede entrar con marea baja, sin temor alguno.

Hay, sin embargo, dos vacíos que llenar: colocar un pontón-faro, que llene las funciones que el faro de Monte Hermoso no puede llenar, y dragar dos parajes del puerto interior, dragaje que está mandado hacer y que debe concluirse antes de mayo del año próximo, fecha en que se entregará al servicio público la línea del F. C. del Sur.

Del punto de vista de la cartografía, existen, pues, todos los elementos necesarios para que este puerto sea accesible sin necesidad de práctica a cualquier capitán. Al efecto, el gobierno nacional debiera mandar imprimir, o dejar que un grabador imprimiera y vendiese, una carta completa de Bahía Blanca, levantada por el comandante Howard, sin perjuicio de mandar publicar en Europa y Estados Unidos, en los idiomas de los países con quienes sostenemos mayor comercio, el informe de dicho comandante sobre el puerto, que corre impreso en la Memoria del Ministerio de Marina, correspondiente a 1882 (2º tomo, págs. 7 a 38).

Por otra parte, es necesario que el gobierno nacional atienda con preferencia el cuidado del balizamiento de este puerto. Actualmente sucede con las obras ejecutadas lo que con los adoquinados de Buenos Aires, que se reparan tarde, mal y nunca. El particular cuidado que el puerto requiere me parece estar suficientemente demostrado con repetir que puede dar albergue, en aguas bajas, a buques de 30 pies de calado.

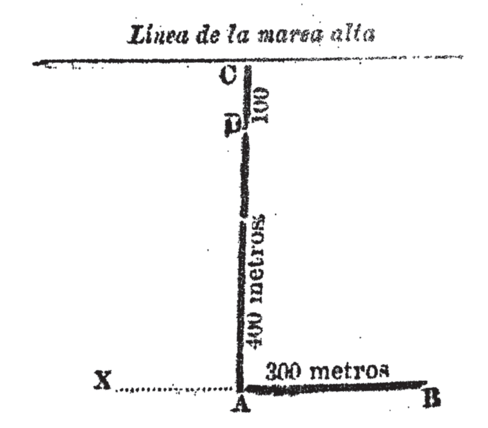
Desde la fundación de este pueblo su único puerto ha sido lo que se llama el "muelle viejo", que es viejo pero no es muelle, en la orilla del arroyo Napostá, y para llegar al cual, en bote, desde el buque mayor fondeado en la bahía, no se corre más peligro que encallar en aguas bajas o errar el canal en marea alta.

De ese puerto viejo, en que se hallan las casillas de la subdelegación marítima, no vale la pena de hablar. Lo que hay aquí de importante es la obra del Ferrocarril del Sur, que se

halla aún muy en principios, y sirve ya, sin embargo, para la descarga de buques de alto bordo, en 20 pies de agua, con marea baja.

Esa obra consistirá en un muelle de hierro de 800 metros de largo, que será el mejor de todos los muelles de la costa oriental de Sud América.

Del punto terminal de la "pantorrilla" del puerto, en su orilla norte, arranca un terraplén que parte perpendicularmente a la línea que marca en la costa las altas mareas. El terraplén (C-D de la figura) tendrá algo más de cien metros de largo, y de su extremo actual D, que es definitivo, partirá el muelle de hierro D-A, de 400 metros de largo, al cabo de los cuales torcerá el este en ángulo recto, prolongándose en una extensión A-B de 300 metros con ancho para cinco vías férreas.



La línea de puntos A-X es la prolongación que puede darse en lo futuro al muelle, sin perjuicio de prolongarse también A-B.

Todo este tramo del muelle y una parte del tramo A-C tendrán 20 pies de agua en marea baja y 28 en marea alta, pudiendo llegar a 32 y 34 en los casos que se combinen los efectos de viento y marea, o en las épocas de luna llena.

Actualmente se está levantando el gran terraplén que for-

ma los 100 primeros metros del tramo A-C y del muelle mismo no hay nada empezado.

Las descargas de materiales para el ferrocarril se hacen mediante un terraplén más bajo que el anterior, levantado en su costado izquierdo y terminado por un muelle corto, de madera, que va hasta encontrar 20 pies en marea baja.

Por dicho terraplén y muelle corre una vía férrea sobre durmientes de pino, que la marea cubre fácilmente en la primera mitad de su extensión.

Hoy atracó al muelle el *Saraca*, buque inglés de más de 1.200 toneladas, cargado con materiales para el ferrocarril. Además se ha estado descargando de diversas embarcaciones carbón de piedras, ruedas y elásticos para vagones, rieles y durmientes.

En el arranque del terraplén principal se continúa la vía del ferrocarril, aún sin rieles, y en ambos costados de ésta se hallan apilados todo género de materiales para la vía, que empezará muy pronto a construirse, pues sus terraplenes y desmontes llegan a 10 leguas de Bahía Blanca.

Hay actualmente nueve buques en el puerto y ha habido día en que hubo quince, por lo cual el ferrocarril casi no se ocupa más que de descargar materiales. Esta aglomeración de embarcaciones terminará pronto y desde el 15 de abril empezarán a venir regularmente vapores de la compañía de Lamport y Holt, cargados con materiales para el ferrocarril, llegando al puerto uno cada quince días.

Puede, pues, decirse que todo está por hacerse en el puerto, fuera del balizamiento, y ya he dicho que este mismo será incompleto mientras la entrada no tenga un pontón-faro.

Es bueno, sin embargo, dejar consignado que ha entrado sin práctico hace dos días una barca francesa, que desplegó todo su paño, y fue a ocupar uno de los mejores fondeaderos, en medio de las risas de los capitanes ingleses que ya la

veían varada en el cangrejal, pidiendo auxilio.

Asimismo, no será demás decir que la bombardera *Bermejo* está haciendo carbón a mitad del precio que se paga por él en Buenos Aires –bien entendido, de calidad igual.

Estos son los primeros movimientos del puerto de Bahía Blanca, independientes del Ferrocarril del Sur y que demuestran cómo Bahía Blanca será el primer puerto de la costa oriental de la América del Sur. Lo repito para fijar el dato en la memoria del lector: tiene 47 millas de largo. Es más grande que el de Liverpool, que es el más grande del mundo.

El gobierno nacional está poniendo piedras en el camino de la empresa para la construcción del muelle. No tengo datos ciertos sobre lo que pasa, pero entiendo que pretende limitar su concesión a 10 años y tener en todo tiempo el derecho de hacerlo remover a su antojo. Para darse cuenta de lo monstruosa que es semejante cláusula bastará saber que el muelle cuesta la mitad de lo que se va a gastar en la línea del Azul a Bahía Blanca. Sus pilotes van a tener más de 40 pies de largo, para poder encontrar, debajo del cangrejal, fondo firme en que asentarse. He visto los planos y he admirado la belleza y grandiosidad de su construcción. Será uno de esos muelles monumentales como solo Inglaterra y Estados Unidos poseen y que pueden por sí constituir el orgullo de un país. No sabría, pues, cómo calificar la conducta del gobierno en esta emergencia y fío al buen sentido del lector el juicio del asunto, dejando que él mismo fustigue la ignorancia de los que suscitan dificultades a la más grande obra hidráulica argentina.

No se piense que exagero al escribir estas últimas palabras. El terraplén definitivo que está en obra y el terraplén provisorio que está en uso, de que ya he dado noticia, están levantados en el cangrejal y con el barro del mismo cangrejal.

Ahora bien, el cangrejal es ese famoso terreno de puro barro, habitación de los cangrejos, en que se hunden y ahogan caballo y caballero cuando la mala fortuna endereza a ellos a un jinete. El cangrejal es el fango infecto que era la pesadilla de los habitantes de Bahía Blanca y el *cuco* de los que no creían en el progreso de ésta. Hace un año, –menos, hace meses– todo el mundo, aquí y fuera de aquí, pensaba que un cangrejal no servía para nada, y el mismo comandante Howard decía de ellos en un documento que está impreso y publicado; “Estos terrenos, cubiertos diariamente por las mareas, jamás pueden estar secos…” Pues bien, es con ese cangrejal con lo que los ingenieros están levantando su gran terraplén, aglomerando poco a poco montones de barro a que no llega la marea y consiguiendo un suelo duro como tosca en que se podrá asentar un afirmado de piedra. Así, de un día para otro, los inservibles cangrejales se han transformado en un recurso poderoso para el pueblo que los posee y los miraba con odio. Si el cangrejal seco toma la consistencia de la tosca ¿cuántas cosas más que terraplenes se podrán hacer de ellos? No lo sé ahora, ni lo sabe nadie, pero se sabrá muy pronto.

Tengo en mi mesa un pedazo de barro del cangrejal, endurecido en la forma de un pebete. Es fuerte y resistente, y sin embargo, se le puede dar con el corta-plumas cualquier forma, lo mismo que si se cortara queso. Siendo demasiado pequeño para enviarlo como muestra, mandaré mañana a esa redacción un cajón de barro seco para que sea puesto a disposición del público. Esa inspección valdrá más que mis palabras; sobre todo para los alfareros, que pueden tomar algunos pedazos y cocerlos en sus hornos. Aquí no se puede hacer el ensayo.

He dicho ya que todo está por hacerse en este puerto y ahora lo repito, refiriéndome principalmente al gobierno

nacional, cuya acción solo se hace sentir por el entorpecimiento que ha puesto a las obras. Entretanto éstas siguen adelante, estarán concluidas para dentro de un año y parece que ni se piensa en la prefectura marítima, aduana y resguardo que van a requerir sin demora.

Hoy la sub-delegación está, como ya he dicho, constituida de varias casillas en el puerto viejo y una casucha frente a la plaza del pueblo. La aduana es persona jurídica: no tiene existencia visible. En cuanto al resguardo, no se tiene ni se ha tenido nunca noticia de él.

Para darse cuenta de que esos edificios y sus correspondientes empleados serán muy pronto indispensables, basta pensar que este puerto es el más grande del mundo –tiene 47 millas de largo– y que va a ser el mercado de media Provincia de Buenos Aires.

Toda la región que queda al sur del paralelo del Azul espera con ansia la habitación del puerto y la apertura del ferrocarril, por esa circunstancia de que éste será su mercado. Inmediatamente que se establezcan las operaciones de carga y descarga vendrán aquí a embarcarse los frutos del país para la exportación y vendrán a surtirse de efectos importados los comerciantes establecidos en esa región, que hoy dependen de Buenos Aires, vía Azul o vía Tandil.

He dicho que esto sucederá inmediatamente que entre a funcionar el muelle y no retiro la palabra sino que la repito, pues al cruzar desde el Azul hasta aquí, he comprendido que así sucederá, dada la actitud de los hacendados de esa región. Piensan con razón que el puerto seguro y barato de Bahía Blanca les permitirá una exportación de sus productos y una compra de efectos importados muchísimo más ventajosas que el lejano puerto de Buenos Aires. Las consecuencias de esas facilidades comerciales no necesitan ser señaladas, así como creo que tampoco pueden medirse, desde ahora,

lo mismo que no pudo medirse cuando se suprimieron los indios, cuál sería la rapidez con que se poblarían los campos libres de salvajes.

Ciertamente la región que cruza el ferrocarril en su prolongación, no es la más poblada, pero tampoco es la que lo está menos. La más poblada es la que corre entre Juárez y Bahía Blanca, siguiendo la costa; la que le sigue en importancia es la que cruza la nueva línea, y por fin, la menos poblada es la línea directa del Azul a Bahía Blanca. Yo he venido por ésta, y desde el Azul hasta Pillahuincó, en la entrada de la Sierra de este nombre, cada vez que perdía de vista una población dejada a la espalda, descubría una al frente. Entre las lomas de las Saladas y la laguna de la Gloria, nos detuvimos a dar resuello a los caballos; me bajé y conté en mi alrededor 22 poblaciones. Así, cuando se dice que en toda la extensión de la provincia, desde el Arroyo del Medio hasta el Colorado y desde la línea de fronteras hasta el mar, las poblaciones "no se cortan", se dice una verdad evidente.

Si, pues, el ferrocarril ha de servir directamente a la segunda sección de esa gran región, y si las otras dos podrán aprovechar por mensajerías las ventajas del puerto nuevo, ¿cómo no suponer que este puerto va a elevarse sin demora a una inmensa altura?

Diré en apoyo de esto que los que han pensado en explotarlo calculan que abarcará en su primera época de movimiento una sexta parte cuando menos de las cargas del puerto de Buenos Aires.

No es, pues, dudoso para mí que la unión de Juárez con Bahía Blanca por ferrocarril tardará mucho menos de lo que ha tardado la prolongación Azul-Bahía Blanca, dado que ésta garante para siempre al Ferrocarril del Sur la explotación exclusiva de todo el sudoeste y que, desde luego, queda segura también la explotación del sudeste, como que ahora

"no hay quien le entre" al Ferrocarril del Sur. Es realmente el *Great Southern*.

Es necesario cruzar los campos porque he venido para darme cuenta de todas las facilidades que significa y representa para ellos el puerto de Bahía Blanca. Es el comercio, es la civilización, es la vida puesta a un paso, al alcance de la mano, a la distancia de "un galope"; la inmigración que puede venir hasta a pie, los artefactos en competencia con los de Buenos Aires, un mercado nuevo, la desaparición de este indio que nos ata: la distancia.

Porque hay que tener en cuenta que la pesada carreta de bueyes desaparece a gran prisa, corrida por los carros de caballos. Grandes carros de la misma forma que los de aduana, en Buenos Aires, con enormes "buches" adelante y atrás, hacen hoy casi exclusivamente el servicio de cargas que antes hacían las carretas, donde no hay ferrocarril. Y esos carros, como las mensajerías para pasajeros, pueden caminar cinco leguas por hora, que es la marcha de los trenes de pasajeros del Ferrocarril del Sur. Así todo se engrana y combina en el desarrollo y progreso de la campaña, como en una máquina las ruedas, resortes y correas.

Por ejemplo, el transporte de una arroba de carga de Juárez a Buenos Aires, cuesta hoy 32 pesos y costará 30 cuando el Ferrocarril del Sur llegue al Tandil; pero el mismo peso, traído a Bahía Blanca, cuesta 30 pesos y aquí no se tendrá que pagar almacenaje de tren, transporte al puerto ni lanchaje. ¿Cuánto importan estas tres operaciones? No lo sé, pero puedo garantir que cualquiera de ellas por sí sola vale dos pesos. ¡Seis pesos en arroba ahorrados por Bahía Blanca!

Véase, pues, por este solo dato, cuál es la importancia del puerto y cuánto deben fijar en él su atención los gobiernos, tratando por todos los medios de que disponen de facilitar su acceso.

No se insistirá nunca, por lo tanto, con suficiente ahínco sobre la necesidad ya señalada al comienzo de esta carta, de hacer levantar por el comandante Howard un plano completo del puerto y su entrada, plano grande y detallado que reemplace al de Fitz-Roy.

Es ya extraño que al solo anuncio de las obras del puerto el comandante Howard no haya por su propia iniciativa publicado el plano; mucho lo es aún queriendo el gobierno hacerlas, no le haya ordenado su levantamiento. Pero, parta de quien parta la iniciativa, la obra es necesaria y urgente. Es necesaria para los buques mercantes extranjeros y para nuestra propia marina de guerra. Es urgente porque dentro de un año el puerto de Bahía Blanca estará habilitado. La compañía está comprometida, bajo multa, a dar comunicación por su vía férrea de Buenos Aires a Bahía Blanca el 1º de enero de 1884 y a inaugurar el servicio público en mayo del mismo año. Será un hermoso festejo para el día 25. ¡Pueda yo vivir hasta entonces y ser cronista de las fiestas!

La vida en Bahía Blanca

Bahía Blanca, Marzo 6 de 1883

Señor Director

No ha tenido este pueblo de Bahía Blanca sino escasísima importancia en el prolongado lapso de tiempo transcurrido desde su fundación hasta la época en que se limpió de indios el desierto, y su verdadero progreso data del día en que quedó acordada la construcción de su muelle y ferrocarril.

Las casas del pueblo, que es pequeño, son bajas, feas y sin revoque, las veredas de ladrillo y las calles de arena. No obstante su población, que alcanzaba a unas 3.000 almas, tenía y tiene aún el aspecto de una aldea pobre; y es que, en efecto, si no era aldea, era pobre hasta donde puede serlo un pueblo.

Desde hace muchos años, sin embargo, un hombre que merece por todos conceptos veneración y respeto –he nombrado al Señor Don Felipe Caronti– insistía con tenacidad en que este punto estaba llamado a ser una gran ciudad. Firme en sus propósitos, él mismo encontraba en 1865 el mejor paraje de la bahía para el establecimiento de un puerto, y proyectaba, en documentos que existen, las mismas obras que hoy se están haciendo. Desde la fecha de aquel proyecto el Señor Caronti no cesaba de repetir que Bahía Blanca sería el primer puerto de nuestro país; pero no se le atendía, porque no se conocían las razones en que fundaba su creencia. Hoy que los lectores saben lo que será el puerto, pueden juzgar si este merece o no el nombre de Puerto Caronti y si el distinguido meteorologista tenía o no razón.

Pero como obras son amores y no buenas razones, Bahía Blanca siguió, según he dicho, en su estacionamiento, en

aquella dulce modorra en que vivía, bebiendo su chacolí y mirando sus cangrejales con indolencia tropical.

Es un pueblo que ha dormido una siesta de medio siglo, hasta que los ingleses han venido bruscamente a despertarlo, y puedo garantir que el semi-secular dormilón no ha encontrado muy agradables, al principio, estas sacudidas británicas que le obligaban a abandonar la comodidad de la horizontal. Ha quedado todavía medio dormido, con pereza, con un poco de aturdimiento y de estupor, y mira aún con asombro a los forasteros que andan despiertos, bailando como los israelitas alrededor del becerro de oro. Los forasteros establecidos de varios años a esta parte y algunos de los antiguos pobladores se han limitado a vender a los ingleses en $50.000 las chacras que habían comprado en 5.000, pagando con aquella misma suma esta otra.

Pero poco a poco han llegado más forasteros, se ha empezado a levantar movimiento comercial e industrial, y hoy Bahía Blanca es, como he dicho en mi carta anterior, una California, en que hombres que hablan todos los idiomas del mundo andan y se mueven.

El movimiento de inmigración independiente de la del Ferrocarril del Sur –que necesita un número de peones doble del que tiene– se mide solamente por la entrada marítima, de modo que se escapa la cifra de la inmigración procedente del Azul y Ayacucho, vía Tandil-Juárez. Esta inmigración es, sin embargo, la más importante, pues la forman hombres que conocen ya nuestro país, hablan nuestro idioma y disponen de algunos capitales. Todo individuo que llega trae su programa de trabajos y pone manos a la obra sin demora.

El movimiento de edificación sigue paralelamente al de inmigración, y así se ven fuera del pueblo numerosas casitas de una sola habitación, aisladas y sin muro de cerca, levantadas para ejecutar el acto de posesión marcada por la ley de

venta de los solares del pueblo. Al mismo tiempo se edifican en el propio pueblo todas las casas que los escasos capitales de que aquí se dispone permiten levantar, y los diez hornos de ladrillo existentes funcionan sin cesar y no dan abasto a la demanda. El pueblo ha casi duplicado el número de sus casas y el valor de la propiedad raíz se ha elevado en *diez veces* lo que era antes de las obras del ferrocarril.

Con todo, los edificios existentes reditúan del 3 al 3 ½ por ciento, y sin embargo, los propietarios no tienen dificultad en vender. Hay muy pocos que se den cuenta de que la suba de terrenos será mucho mayor aún de lo que ha sido. Como antes las fincas y terrenos no valían nada, los precios actuales les parecen enormes y es raro el que sepa que solo son en realidad de $1.000 la vara de frente con el fondo total de una manzana, o sea ciento cincuenta varas. Entretanto, los ingleses, accionistas del Ferrocarril del Sur, en cuyas manos están ya casi todos los terrenos de Bahía, han comprado para duplicar sus capitales, en cinco años a lo sumo, o sea para hacerles dar un 20 por ciento anual, sin gasto de ninguna clase, según algunas personas. La venta de tierras es clasificada aquí por muchos hijos del pueblo como especulación desenfrenada y operación asombrosamente productiva. Por las razones que antes he expuesto, me parece simplemente un error de pobres apresurados. Sin duda, vender en 50.000 lo que costando 5.000 no se ha aún pagado, es una operación magnífica si se considera en sí misma; pero cuando se piensa que los propietarios de las chacras de $5.000, esperando algún tiempo, habrían podido imponer sus precios, obligar a los ingleses, esto es, un ciento por ciento cuanto menos de ganancia en cinco años; cuando se piensa esto, digo, no se puede menos que reconocer que los terratenientes de Bahía Blanca han procedido aturdidamente, como niños golosos a quienes se les

brinda un caramelo para quitarles una pepita de oro nativo. Pero, veamos las cosas más detenidamente.

Repito que hoy, casi toda la tierra no edificada es de ingleses, tanto en los costados de la vía como a orillas de la bahía y principalmente entre el pueblo y el puerto, que están separados por una distancia de legua y media. La ciudad futura se extenderá justamente en ese terreno, limitado al este y norte por el Napostá, al sur por la bahía, al oeste por quintas y chacras. Los edificios del pueblo se irán extendiendo hacia el este, y del puerto partirá al oeste el núcleo de población que se extienda buscando ensanche. Ahora bien, los ingleses –empleo la palabra usada aquí– han comprado los terrenos en lotes de 16 cuadras, a razón de 40 a $50.000 cada uno. Cuando venga –y vendrá dentro de nueve meses a más tardar– la ocasión de edificar casas en solares pequeños, ¿cuánto se harán pagar los propietarios por cada solar? Fácil es sacar esta cuenta: la vara de frente vale hoy $1.000 en el pueblo, y como pueblo serán los terrenos a que aludo, ese será su mínimo valor, de modo que un solar de 10 varas de frente valdrá 10 x 1000 = 10.000, o sea –para sacar el valor de una cuadra de ciento cincuenta varas– 15 x 10.000 = 150.000. Por tanto, una chacra, que tiene 16 cuadras, da la fórmula 16 x 150.000 = 2.400.000, lo cual equivale a un producto de 48 veces el capital empleado ($50.000).

Pero, se objetará con razón a este cálculo hipotético que, vendidas las chacras en lotes pequeños para casas, habrá que dejar calles y que el valor de los terrenos que estas ocupen, será perdido, para los tenedores de las que son hoy chacras, de modo que no se ganará en rigor 48 veces el capital empleado. Acepto la objeción y de antemano la reconozco fundada, por lo cual me apresuro a hacer otros cálculos. Se está precisamente discutiendo ahora en la Municipalidad cuál ha de ser el ancho de las nuevas calles, y el agrimensor mu-

nicipal opina que deben tener 20 varas, mientras que otras personas piensan que deben tener el mismo ancho de las actuales, unas de 20 y otras de 14 varas. Como casi todos los negocios de tierra ha sido hechos por municipales, con el Juez de Paz a la cabeza, prevalecerá probablemente esta última opinión, que es la que conviene a los compradores de los terrenos, que habiendo pagado diez veces su valor, bien pueden exigir de sus vendedores ese servicio. Pero quiero creer que prevalezca la sensata opinión del agrimensor municipal y que se tracen las nuevas calles con 20 varas de ancho. En este caso, una chacra, que tiene 4 cuadras de 150 varas por cada lado, pierde en cada frente una lonja de 10 varas, para dar la calle con el medianero, y seis lonjas interiores de 20 varas de ancho cada una, de modo que cada manzana de 150 varas, por costado, queda reducida a una manzana de 140 varas de frente por otras tantas de fondo. Conservando el precio unitario de $1.000 *m/c* por la vara de frente resulta para la superficie así modificada, un precio que no baja de 44 veces el capital empleado.

Este cálculo es inobjetable, partiendo siempre de la base de $1.000 la vara de frente, como valor efectivo de la propiedad y aunque ya he manifestado en qué me fundo para aplicarlo a terrenos que hoy están baldíos, debo explicarlo nuevamente, en interés de que no se piense que me engaño a mi mismo entreteniéndome en contar cuentos tártaros a los lectores.

Repito, pues, que en Bahía Blanca, no hay ya casas suficientes para la población actual; que se edifica fuera del pueblo, por el compromiso de llenar la disposición de la ley, una sola habitación en cada solar; que faltan capitales para levantar simples ranchos de material; y que la extensión del pueblo solo puede hacerse hacia el puerto, acercando las casas al que será centro del comercio. Fatal y necesariamente esa tiene que

ser la dirección que tome el ensanche de la población; fatal y necesariamente se tendrá que edificar a los costados de la vía y en la proximidad del muelle y depósitos de la compañía; y fatal y necesariamente esos edificios próximos al primero y a los segundos, se irán extendiendo hacia Bahía Blanca, porque no tienen tierra para extenderse hacia el este.

Imagínese que la calle General Brown, de la Boca, es el arroyo Napostá; que el Riachuelo es la bahía; que el puerto, depósitos y muelle están a la altura de la Vuelta de Rocha y el pueblo actual en las Tres Esquinas. ¿Hacia dónde se extendería el pueblo sino hacia la Vuelta de Rocha? Tal es con muy corta diferencia, lo que pasa en Bahía Blanca, por eso digo que los terrenos situados entre el pueblo y el puerto –o sea entre las Tres Esquinas y la Vuelta de Rocha– tienen que ser necesariamente el asiento del pueblo nuevo y que se venderán como tales terrenos de pueblo, a los precios que se pagan hoy en éste por la vara de frente.

Por otra parte un solar de 10 x 140 no es caro al precio de $10.000 en un puerto de primer orden y ni siquiera en un pueblo mediterráneo de nuestra campaña. Será, pues, muy fácil su colocación a ese precio y aun quizá lo sea con la dimensión de 10 x 70, que es media cuadra de fondo. Yo considero que se venderán en esta forma y pienso que se vendrá así a sacar el doble de lo que indica mi cálculo, o sea más de 88 veces el capital empleado; pero no quiero que se me tache de exagerado y optimista, o quizá también de aturdido. Los que serían, más que aturdidos, verdaderos locos de atar, son aquellos que creyesen que aún se puede repetir el negocio de los ingleses.

Estos han agotado la especulación en tierras, acaparando todas las de rinde inmediato. Quedan, sí, muchos terrenos al oeste del pueblo, que se pueden comprar, pero que no darán la ganancia de los que los ingleses han comprado.

Mas si la parte de la tierra está agotada, como fuente de ganancias, no está aún ni siquiera desflorada la parte comercial e industrial. El brusco aumento de población ha ocasionado también un brusco movimiento de comercio a que los recursos del pueblo no pueden responder, produciéndose así una suba extrema en el precio de todos los artículos.

Del mismo modo, y en escala aun mayor, las pequeñas industrias y los oficios manuales hacen pagar a precios fabulosos sus servicios y productos, a punto de que un viaje redondo de coche, del pueblo al puerto, cuesta $200.

Es imposible hacerse idea de lo que se gasta en Bahía Blanca, en los pequeños detalles de la vida.

Así, por ejemplo, un diplomático argentino que se halla aquí por una temporada, ha pagado 25.000 pesos por 40 días de hotel, para él y su familia, compuesta de cuatro personas.

El lustrabotas a quien le di un peso por asearme un par de botines, me miró asombrado y tuve que pagarle el doble porque me exigía tres pesos.

Todo se cotiza por este tenor porque todo escasea en materia de industrias, desde la más alta hasta la más baja.

Así, por ejemplo, los hoteles son inservibles, tanto en sus habitaciones como en sus comedores. Son todavía hoteles de campo, de a tres camas en cada habitación, con un solo lavatorio y enseres de mate, sin campanillas, sin alfombras, con horas fijas para comer y almorzar; en suma, hoteles primitivos hasta donde es posible que lo sean.

Ahora un empresario busca y no encuentra una casa en que establecer un hotel "en grande escala", dicen aquí. Ese hotel será tan malo como los existentes porque su empresario es un actual fondista del Azul, incapaz de organizar cosa buena.

Habrá, pues, buen lugar para establecer un hotel bien montado, con elementos traídos de Buenos Aires, aunque venga el citado hotel "en grande escala".

En el primer café del pueblo se expende té y café en copas para agua; en la principal confitería se reúnen guitarreros; no hay diversiones públicas decentes de ningún género y parece que un circo ecuestre o un teatro de títeres sería por el momento un pingüe negocio.

Pero aquí todo es negocio y todo lo será mucho más cuando se abra al servicio público el muelle nuevo, dentro de nueve meses. Todo es negocio porque todo falta, desde aguateros hasta consignatarios de frutos del país; pero todo es negocio a condición de traer capitales, porque no los hay aquí mismo, ni hay de dónde sacarlos fuera de la sucursal del Banco, que no puede prestar a recién llegados.

Los maestros de obras van a encontrar ancho campo para ganar muchísimo dinero y dispondrán de todos los elementos necesarios para edificar –menos madera y polvo de ladrillo– sacados del propio pueblo. Hay, como ya he dicho, unos diez hornos, una calera que no dará abasto al consumo y que trabaja con materia prima de las lomas del pueblo, arena en abundancia, etc. Pero faltarán oficiales, peones, carpinteros, herreros, pintores, empapeladores, etc. Los mismos maestros de obras construyen pésimamente, y en cuanto a arquitectos, no hay ninguno.

Mas, detallar todo lo que hace falta, es detallar la vida civilizada en toda su extensión, porque se está haciendo ahora la segunda fundación de Bahía Blanca.

Los jornaleros encontrarán trabajo inmediato, cualquiera que sea su oficio; las profesiones u ocupaciones de más cuantía, exigirán naturalmente un tiempo de espera para iniciar sus funciones, pero se ve tan segura la fortuna al cabo de pocos años de trabajo que yo mismo me he sentido tentado a buscar algo en que ocuparme. He chocado, sin embargo, con el escollo de la falta de capital y con él chocará todo aquel que se halle en mis propias condiciones.

Los primeros forasteros que vengan deberán necesariamente traer consigo capitales; poco después que el puerto comience sus operaciones, comenzará la época favorable a los jóvenes "picholeadores" de Buenos Aires que hacen cada mes una operación de bolsa, por segunda mano, un corretaje regular, etc. Ya hay aquí una masa de "picholeo" bastante productivo, pero me parece que su grande escala llegará con el puerto nuevo.

Todo esto que yo digo, y será para muchos lectores una revelación, es conocido de los residentes ingleses de Buenos Aires, como que nada menos que el Banco de Londres y Río de la Plata va a establecer aquí una sucursal. Esta fundación no será sino justificadísima, pues la sola sucursal del Banco de la Provincia en el Azul ha tenido durante el primer trimestre del corriente año un giro total de capitales que asciende a 260 millones de pesos. Ese movimiento es producido por el Azul mismo y por los partidos que forman el distrito servido por su sucursal. Entre ellos van todos los que el ferrocarril servirá con su prolongación y aquellos más orientales que, aunque sin ferrocarril, se desprenderán del intercambio con Buenos Aires para establecerlo con Bahía Blanca, así que ésta tenga su muelle.

El nuevo puerto estará concluido en setiembre próximo y como en reconocimientos periciales, trámites, etc., ha de alcanzar a pasar un mes, no será habilitado hasta octubre. Desde esa fecha, toda la zona situada dentro de un círculo de 30 leguas de radio, con Bahía Blanca por centro, o lo que es lo mismo, toda la zona de parajes situados a un día o menos de camino de Bahía Blanca, hará aquí sus operaciones de comercio, aunque no tenga ferrocarril. Los transportes comunes a Bahía Blanca cuestan de esa zona la mitad cuanto menos de lo que cuestan a Buenos Aires, y como en Bahía Blanca no habrá lanchajes, todo se reunirá

para que el nuevo mercado sea aprovechado inmediatamente que se abra. Así, yo llego a pensar, como algunos estancieros, que la mitad cuanto menos de los frutos de la región situada al sur del paralelo del Azul, saldrá en la próxima cosecha por Bahía Blanca. Es una revolución que se opera bruscamente, pero no es extraña, porque en nuestro país todas las revoluciones revisten, si bien se mira, la forma de revoluciones. Y la habilitación de este puerto no es, en suma, más que una revolución progresiva de elementos naturales explotados por elementos del arte; es un fenómeno lógico que llega en su momento precioso, cuando las necesidades han hecho su estallido, empujando el desierto a regiones desconocidas.

Entretanto ¿qué hace el pueblo y qué hacen las autoridades para esperar la llegada del momento en que el puerto se les llene de buques? Nada; absolutamente nada.

La población sigue, entre dormida y despierta, bebiendo su detestable chacolí, mientras la autoridad se duerme sobre los negocios de tierras, que yo no censuro.

Aquí no se trata de levantar una ciudad oficial, como La Plata, en que la mano rica del gobierno lo hace todo. La ciudad que está naciendo aquí es un producto de las cosas mismas, una resultante de fuerzas diversas cuya impulsión nada puede detener. Aquí la mano de la autoridad no tendrá más que un papel indirecto y secundario, pero eso mismo no dan muestras de pensar en desempeñarlo los que debieran apresurarse a llenarlo.

Bahía Blanca carece de agua dulce, a punto de que cuando haya duplicado su población se verá ya en apuros. La autoridad no se preocupa de resolver el difícil problema. Solo el ferrocarril está haciendo una perforación en busca de agua. El pozo llega a 20 metros y aún no se ha dado con el agua dulce.

La policía es ya insuficiente y no se sabe que la Municipalidad piense pedir mayor dotación de agentes.

La construcción de fosas para escusados es una cuestión de la mayor importancia. No hay quien la estudie por cuenta de la Municipalidad, fuera de un médico que es municipal y que si sabe higiene no sabe ingeniería. Probablemente los ingleses resolverán el punto.

En suma, todos los servicios de edilidad que van a ser necesarios parecen ser desconocidos a las autoridades, y esto no debe extrañar cuando los mismos vecinos no se preocupan del empedrado de las calles, teniendo piedra al alcance de la mano. Pero no digamos de empedrar las calles: ni siquiera de trazar y empedrar el camino al puerto se ha preocupado nadie, como nadie parece haber pensado en habilitarse de medios que permitan ofrecer el viaje al puerto a menos de $200. Solo "un inglés" ha formulado un proyecto y va a solicitar una concesión de *tramway* para cuando esté hecho el muelle.

Pero en materia de desidia nada es extraño de parte de la población de Bahía Blanca; además ella carece de capitales y le sería imposible sin ese elemento establecer nada absolutamente. Conviene, pues, que en Buenos Aires se sepa esto para que los capitalistas que sean solicitados por residentes de este punto, no nieguen su concurso a las empresas que se les propongan, sin previo examen minucioso de ellas, en este mismo paraje. Y, seguramente, los capitalistas de Buenos Aires van a ser muy solicitados, como lo será también el Banco de la Provincia, pues nueve meses de tiempo para establecer negocios y edificar casas, cuando se viene ya el invierno, no es un lapso largo, y las cosas apuran aquí.

Yo pienso que los *badilleros* (los naturales de *Badía Blanca*) no se dan cuenta exacta de la importancia de la transformación que en esta comarca ha empezado a operarse. Una

dama inteligente con quien he conversado al respecto y que conoce mucho a este pueblo, ha corroborado mi opinión. Hemos estado conformes en que el reducido horizonte y el escaso conocimiento de la vida moderna que han tenido hasta ahora los hijos de Bahía Blanca, les imposibilitan para valorar todo lo que importa su nuevo puerto y su gran ferrocarril. Una prueba de ello es que los que más partido han sacado de los trabajos de uno y otro han sido los vecinos más nuevos, los forasteros, los inmigrantes criollos de sombrero duro y silla inglesa.

Mucho mayor tajada están sacando –y esto es una nueva prueba de mi opinión primera– los forasteros de última fecha, llegados de tres meses a esta parte y que siguen llegando sin cesar.

Entre ellos los más conspicuos son los ingleses, y hay una nube de súbditos británicos, toda gente distinguida, que se ha apoderado del pueblo y de sus tierras. Los compadezco por el momento, pues están a comida de hoteles "badilleros" sin *porridge* y sin *roast-beef*; pero si ellos son dignos de lástima por el momento a causa de la vida poco confortable que pasan, serán muy pronto dignos del más merecido encomio porque con sus capitales van a crear la nueva ciudad, el Liverpool argentino.

Donde quiera que se vaya, se encuentra un inglés en Bahía Blanca y la britanización de ésta llega a tal punto, que al ingeniero Don Rufino Varela (hijo) encargado de la primera sección del ferrocarril, le llama todo el mundo: Mister Varela. ¡Lo creen inglés!

Ya sabemos que donde pongan mano los ingleses, obra buena ha de salir; pero ellos no puede ser aquí más que la cabeza pensante. El brazo ejecutor será de italianos y de vascos; hay ya tanto de unos como de otros, número crecido, pero no bastan. De que vengan vascos no necesito decir

cuánto beneficio se reportará, pues bien consta que un inmigrante vasco vale por dos hombres en nuestro país. De que vengan italianos me he de ocupar bajo un punto de vista especial en otra carta. En ésta cabe decir que solo ellos podrán traer aquí esos oficios menudos que ejercen en Buenos Aires y nos facilitan la vida; que ellos están llamados a edificar a Bahía Blanca "como la gente" y que, finalmente, ellos, sin exclusión de otras nacionalidades, pero ellos muy principalmente, están llamados a formar un contrapeso necesario en una ciudad casi toda poseída por ingleses, con ferrocarril inglés y puerto inglés, y que en el pueblo que es hoy, tiene más extranjeros que nacionales.

Ya que hablo de extranjeros aprovecharé la ocasión para señalar un vacío que muy pronto se hará notar: la falta de agentes consulares. Solo hay uno, el de Italia, que es el Señor Caronti. Los buques ingleses que llegan al puerto no tienen cónsul ante quien visar sus papeles. Otro tanto les pasa a los de las demás naciones.

Resumiendo cuanto se puede decir sobre la vida en este pueblo, no tengo más que repetir lo que ya he significado antes: todo está por crearse, todo se necesita y todo dará ganancias.

Muy poco más de lo que ha hecho puede ahora hacer el gobierno de la provincia en pro del pueblo; pero el gobierno nacional, que no ha hecho nada, hará mucho siempre que se mantenga en esa actitud.

La acción necesaria de su parte se limita a la construcción de edificios para sus oficinas y empleados, al sostén y cuidado del balizamiento; a la colocación de un pontón-faro en la barra y al envío de inmigrantes. Con que haga esto y nada más, Bahía Blanca podrá quedarle grata.

Se puede, sin embargo, indicarle en un punto importante de ese programa, un detalle trascendental, cual es el de

que en Buenos Aires debe considerarse como inmigrante y mandar gratis por mar o por tierra, a todo trabajador que pida pasaje para Bahía Blanca, sin atender a su nacionalidad. Hoy el viaje es sumamente caro y muchos que podrían aquí encontrar trabajo productivo no vendrán a causa del precio de dicho pasaje. Entre ellos figuran los criollos que, andando siempre de la cuarta al pértigo, no alcanzan a juntar los dos extremos, y criollos se necesitan aquí con urgencia, siempre que no sean procuradores. La comisión local de inmigración ha quedado ayer mismo instalada, ha nombrado sus empleados y tiene hospicio para los inmigrantes. No hay más que mandarlos y en el mismo día de su llegada se les encontrará acomodo.

Pero las personas que vengan aquí por negocios, con capitales a invertir, no deben venir por agua, como los inmigrantes. Si vienen por mar no verán la región a que el puerto de Bahía Blanca ha de servir y no podrán, por lo tanto, darse cuenta de su importancia. Es necesario que vengan por tierra, deteniéndose, si les es posible, en el tránsito de Juárez o el Azul para acá, a fin de estudiar el estado actual y reconocer las necesidades de dicha región, cuidando de discernir la parte de egoísmo que en algunos sujetos falsea los juicios sobre nuestro nuevo gran puerto.

Yo no dudo que semejante viaje hará concebir a cualquier persona de buen sentido el mismo juicio que ha formado el enviado especial de LA NACIÓN.

Cuestiones agrícolas

Bahía Blanca, Marzo 9 de 1883

Señor Director

Debo declarar que escribo bajo la dulce impresión de un melón y medio saboreado para compensar el desagrado de un almuerzo de hotel "badillero"; por tanto, no es extraño que me incline a favor del melón cierta parcialidad; pero por grande que ella sea, nunca llegará hasta hacerme exagerar: Bahía Blanca es la tierra de las cucurbitáceas. Así, los melones de esta mañana y los de anoche era deliciosos, tan deliciosos como los mejores que se puedan comer en Francia. Sin duda los paladares criollos aficionados al rústico dulce de zapallo deben venir a buscar aquí la materia prima para la preparación de esa confitura.

En cambio de los buenos melones, he comido la más detestable lechuga, un pasto duro y fuerte, especie de puna para humanos, muy inferior a la lengua de vaca y aun a la misma verdolaga. Ya podría exclamar ahora: Oh, lechuga romana de Sierra Chica, ¿dónde estás?

Pero aquí no hay penitenciarias ni colonias; los sembradores son escasos y poco entendidos, de modo que escasean también las hortalizas. Este vacío será llenado por italianos que vengan a establecer quintas, como han hecho en Buenos Aires.

A este asunto me refería en mi última carta cuando decía que me ocuparía de la inmigración italiana, considerada de un punto de vista especial. Bien que haya aquí algunas quintas de hortaliza, este género de cultivo necesita rehacerse y extenderse. Ahora mismo se nota ya la falta de vegetales buenos en la alimentación; con mucha más razón se notará

a la vuelta de algunos meses. No se trata aquí de un artículo de lujo, sino de efectos de primera necesidad y éstos tienen una demanda que se refiere tanto a su calidad como a su cantidad. Ahora bien, los únicos inmigrantes espontáneos que se ocupan en nuestro país, con provecho propio y ajeno, de cultivar las hortalizas, son los italianos, como son ellos los únicos capaces de perseverar en un trabajo ingrato como ese en los primeros años.

Por esa causa, me ha parecido útil para ellos y para el país señalarles esta nueva plaza que se abre a la conquista de la azada y la pala.

Los terrenos de Bahía Blanca se pueden dividir en buenos, regulares y malos. Los buenos están en la costa de la bahía y los malos muy fuera del pueblo, hacia el oeste.

Será muy difícil, por no decir imposible, encontrar terrenos buenos a orillas del arroyo (del costado del pueblo) por menos de 16.000 pesos cada chacra, a más de una legua de la población actual. Terrenos idénticos se conseguirán más baratos, a la misma distancia del pueblo, pero arroyo por medio. Estos terrenos dan ya excelente alfalfa, sauces y álamos de primer orden, sin requerir abono de ningún género. Son sin duda los más apropiados a los trabajos de hortaliza que ya se efectúan en ellos.

Los terrenos que llamo regulares, lo son con relación a los primeros; pero podrían ocupar en Europa la categoría de buenos, pues producen, aunque no en abundancia, sin abono. En estos terrenos la alfalfa da por año tres cortes bajos, mientras que en los buenos da cinco muy altos.

En cuanto a los terrenos malos, son malos completamente y su aprovechamiento requerirá previos análisis químicos hechos con la delicadeza y el cuidado que requieren los análisis de tierras. En presencia de la britanización de Bahía Blanca, después del aprovechamiento de los cangrejales y contando

siempre con que vendrán agricultores italianos, no me atrevo a decir que los salitrales no serán nunca aprovechados; pero tampoco me animo, en suma, a afirmar que llegarán alguna vez a serlo. En ésta, como en todas las cuestiones que afectan a los íntimos cambios orgánicos de los seres vivos; en ésta, como en todas las cuestiones que tocan al círculo de la vida, la química tiene la única y última palabra. Solo ella puede decir qué son y qué necesitan los salitrales, para ser utilizados, sea en la forma que fuere.

Una ventaja considerable que tienen en su favor todos los terrenos de Bahía Blanca, es el riego, con agua en el Napostá y se distribuye, como en todas partes, por represas que hacen desbordar el río y zanjas que corren en los costados de las calles, haciendo cada chacra o quinta la sangría que le es necesaria, bajo la superintendencia de un Juez de agua, que tiene ahora la chacra mejor regada… ¡Es natural!

El riego está pésimamente hecho y requiere una intervención eficaz del arte para que se aproveche una cantidad fabulosamente considerable de agua que hoy se pierde en pantanos que se forman en las calles de las quintas y en las mismas calles del pueblo.

Probablemente el agua del Napostá será a la vuelta de un año o dos insuficiente para las necesidades del riego; pero en ese caso se podrá aprovechar la corriente del Sauce Chico, que desemboca en el fondo de la bahía, torciendo el curso de sus aguas para regar la mitad de la región comprendida entre su cauce y el del Napostá, que son sensiblemente paralelos.

La importancia de estas facilidades del riego me parece ser de la mayor entidad y creo que en ella deben poner muy seriamente sus ojos los hacendados o los que quieran serlo.

Es que, en efecto, el riego de estos campos, demostrado como factible y fácil por el riego de las quintas Bahía Blanca, garante la vida de grandes alfalfares u otras praderas artifi-

ciales en que se pueden establecer invernadas, al estilo cuyano, para la exportación del ganado en pie.

Seguramente se dirá que toco en esta parte una cuestión resuelta como imposible, que la exportación del ganado en pie no se hará nunca.

Yo responderé a esa objeción que una casa de Buenos Aires ha efectuado diversos ensayos de exportación de ganado lanar en pie, que compraba los carneros a $70 *m/c* y los vendía en Francia, en el mercado de Avignon, ganando 22 francos por cabeza. Yo no puedo publicar el nombre de la casa, ni puedo manifestar quién me ha dado esos datos; pero garanto que proceden de persona seria, residente en Europa y que se ha ocupado de la exportación de ganado en pie.

Si otros ensayos de esta misma operación han fracasado, es porque han sido mal hechos, con malos animales y sin gente inteligente a bordo de los buques en que la hacienda iba.

Otra causa de fracaso ha sido y será siempre el embarque en Buenos Aires, pues el mismo puerto Huergo aplicado al lanchaje, no resuelve todas las dificultades. El embarque con lanchaje por el puerto Huergo, suprime la translación en carros y la izada y colocación de los animales en la lancha; pero deja tal cual están el viaje hasta el buque y el trasbordo. En Bahía Blanca todo queda suprimido: los animales podrán, como sucede en el puerto de Santander con los animales españoles que se llevan a Inglaterra, pasar del muelle al buque que los ha de trasladar a Europa.

Así el animal no sufre fatigas, ni el mareo de la lancha, que es el peor y en muchas ocasiones el único; también se suprimen gastos considerables, que elevan exorbitantemente el precio de la hacienda y obligan a tomar un seguro siempre caro, pues mientras se puede mandar sin imprudencia, de las balizas exteriores de Buenos Aires a Europa, hacienda sin asegurar, sería insensato mandarla en esa forma de la barran-

ca de la Aduana a balizas. Conozco el caso de un embarque de caballos en que, debido a una demora imprevista de las lanchas, varios animales murieron de sofocación en la bodega de las mismas.

Para mí, pues, no es dudoso que los campos situados a medio día de camino de Bahía Blanca, entre ésta y Fuerte Argentino, sobre Sauce Chico y el Napostá, serán transformados en invernadas para la exportación.

Un viaje de Fuerte Argentino a Bahía no hará desmerecer a un animal invernado con alfalfa, pues hemos visto en Buenos Aires bueyes cuyanos así invernados que, después de cruzar de las provincias de Cuyo a la Capital, obtuvieron 1.500 pesos, sin haber sido sometidos a un re-engorde.

Los animales grandes y bien invernados que se exporten por Bahía Blanca, deben llegar a Europa en estado de dar buena ganancia, pues los malos carneros comprados en la República Oriental para ser llevados al Brasil, que se embarcan en Montevideo con tantas dificultades como en el puerto Huergo, –cuando la embarcación de ultramar no atraca en éste al muelle– son vendidos a buenos precios y dan ganancias de consideración.

Todo hace presumir un buen éxito y la operación vale por lo tanto la pena de ser estudiada en detalles por personas competentes que dispongan de elementos estadísticos, fletamentos, etc., para hacer una discusión numérica del asunto. Los señores Arocena, Diehl, Altgelt, Rodríguez Orey, Vidal, Casal, Tornquist, Roldán, Claraz, Heuser, Arnold, etc., que poseen campos en la región a que me he referido, son los llamados a estudiar primeramente la cuestión y quizá también a resolverla de una manera perentoria.

Sin duda alguna los campos de las islas y de la orilla sur de la bahía, desde el fondo de ésta hasta el mar y sobre los bordes de este mismo en el litoral austral con relación a Ba-

hía Blanca, están mejor que los campos antes citados, para establecer invernadas con praderas artificiales y emprender la exportación. El comandante Howard dice de ellos en su descripción de la bahía, que son anegadizos en la costa, que es árida. Pero en los puntos más altos de las islas, como en la tierra firme, allende la línea de las mareas, crecen pastos tiernos. Ahora bien, lo uno y lo otro se puedan aprovechar, no en invernadas ordinarias con pastos dulces sino en la creación de praderas saladas, como existen en Europa y en el Canadá y que dan la mejor carne del mundo.

Solo los argentinos que han estado en Europa, y de éstos no todos, conocen la delicia de comer una tajada de *quartier de pré salé*. El *pré salé* es la carne del animal mantenido con pastos de prados regados con agua salada y su precio exorbitante la hace inaccesible a las personas de mediano pasar en Europa.

La pradera salada se establece en la orilla del mar y llena sus acequias cuando el agua llega al nivel de la marea alta, pudiendo cuando es necesario guardarse en cuencos una reserva de agua.

Esa pradera, que requiere, según tengo entendido, pastos especiales, da la mejor carne conocida hasta hoy, una carne incomparable, suculenta, alimenticia y agradable, la única carne que pueda aspirar al calificativo del "divino" pavo trufado y que –*à tout seigneur, tout honneur*– debe comerse, como él, según la moda inglesa con champagne "extra-dry".

La explicación de la excelencia de esa carne es tan sencilla como fácil: el agua salada hace cargar de fuertes dosis de cloruros (principalmente del de sodio) a los tejidos de los pastos y formando parte del ser de éstos, pueden duchos cloruros pasar a la economía de los animales y ser absorbidos sin producir efectos purgantes, originando en las combustiones orgánicas esa sobreactividad, ese aumento y complementa-

ción que todos los cloruros no mercuriales producen, como lo ha demostrado Rabuteau. De ahí la fuerza, la consistencia y el sabor de la carne de dichos animales, en quienes los cloruros han perfeccionado el fuego natural de los cambios orgánicos. Las fuentes de la vida mejoradas les preparan de ese modo muerte segura y una especie de honores póstumos, en las mesas regadas por el Mumm, donde humea el *pré salé*.

Ahora bien, dotar a nuestro país de praderas saladas a fin de conseguir esa incomparable carne para nosotros y para la exportación, debe ser, me parece, el objetivo de los que poseen tierras irrigables por el mar, en la costa sur de la bahía y en el litoral atlántico, cerca del nuevo puerto.

Todos los argumentos invocables en pro de las praderas artificiales de pastos dulces son aplicables a las praderas saladas. Puede además argumentarse invocando la especialidad del *pré salé*, su alto valor, siempre cuatro o cinco veces mayor que el de la carne ordinaria.

Se pregunta a Mr. Sempé por qué no hace venir *pré salé* conservado por el frío, como trae langostas, y se verá que en suma hay en ello una cuestión de precio. Nuestros *viveurs*, que tan poco confortablemente viven, no pagarían el *pré salé* europeo; pero pagarían sin duda 25 o 30 pesos por un *filet* de *pré salé* argentino, como pagaron 15 y 30 por los *filets* de bueyes cuyanos. Empezar el negocio en pequeño, para el consumo interno del país, es la manera de ensayarlo eficazmente. Más tarde vendría la exportación, en competencia con la del Canadá, Australia y Nueva Zelandia, si hubiéramos de buscar mercado en Inglaterra y Francia; sola y dominante, si lleváramos las carnes al Brasil, Guayanas y Antillas.

Pero, seguramente, los que lean esta carta por el interés de enterarse del estado de los asuntos agrícolas en Bahía Blanca, han de arder en deseos de escuchar algo sobre la viticultura. Comprendo esos deseos, pues en Buenos Aires se cree

que Bahía Blanca es una especie de Medoc porteño, donde el vino generoso se cosecha en abundancia y se desperdicia.

Error grosero y vana pretensión… como dice el Manual de filosofía. La llamada viticultura de Bahía Blanca es una de las más grandes mistificaciones de nuestro país. Yo ignoro de quién parte la mistificación, ni quién la fomenta y sostiene; pero existe en vasta escala, como que todo el mundo se prepara en Buenos Aires a beber excelente vino barato, cuando llegue el ferrocarril a Bahía Blanca.

Entretanto, la viticultura no existe aquí, ni hay una sola persona competente en tales materias, ni existen viñedos, ni hay laboratorios de vino, ni nada que de cerca o de lejos se relacione con el arte difícil de hacer vino.

Lo único que hay son vastos plantíos mal manejados de parras comunes, con cuyas uvas –uvas de mesa, uvas de comer y no de hacer vino– se prepara un mosto agrio denominado chacolí, que es una de las más detestables bebidas que he gustado hasta hoy.

La uva cosechada es depositada en grandes toneles, donde fermenta; el líquido obtenido se pasa a un tonel en que se le deja "asentar" y las "madres" se arrojan por inútiles. Después de un tiempo de "asiento" el líquido se decanta, trasegándolo a otro barril, y pasado un segundo lapso de "asiento", se expende embotellado.

El líquido que se bebe es una especie de vinaza blanca que, cinco minutos después de sacada de la bordelesa o botella, queda agria y áspera, cambiando al mismo tiempo de color. La oxidación del alcohol es inmediata y la producción del ácido acético origina sin demora, e ignoro por qué causas, la precipitación del tanino. De ahí la acritud y la aspereza del líquido.

No existe, pues, la viticultura, y el chacolí no es vino ni es agradable, sino al contrario ingrato al paladar. Una persona

se enfermó al tercer día de haber pretendido reemplazar con él el vino. No sé si el caso es general y aún me inclino a creer lo contrario.

Esto es lo que hay en plata sobre la viticultura de Bahía Blanca. Es una industria a crearse. No hay duda de que la vid prosperará, sobre todo en las lomas del valle del Napostá, donde el terreno, de buena tierra vegetal, tiene una capa subyacente de "tosca blanca" que es una piedra calcárea deleznable. Pero no solo hay que plantar vides, sino que hay que desarraigar la costumbre de regar las cepas, que aquí observan los pseudo-viticultores. Esto es muy curioso: en todas las quintas los parrales reciben un riego abundante y aunque, hace ya mucho, las dos únicas quintas donde no se ejecuta esa operación son las que dan los mejores chacolíes, a ninguno de los otros quinteros se le ha ocurrido que esa pudiera ser la causa de la inferioridad de sus chacolíes. Esto mide la competencia de los llamados viticultores de Bahía Blanca.

Las parras actuales representan un fuerte capital y difícilmente serán cambiadas; pero hay todavía terreno para crear verdaderos viñedos, que parecen estar llamados a producir un excelente vino, pues la uva de que se hace el chacolí es abundante y excelente. La cosecha de este año ha sido mala, a causa de un fuerte granizo que la destruyó.

En materia de arbolado hay muy poca cosa; la leña es cara y escasa y el carbón mucho más. Se cultivan el sauce y el álamo con la misma incompetencia de los demás cultivos. Hay acacia, pseudo-acacia, ñapindá, aguaribay, espinillo, algarrobillo, durazno, manzanos, perales, etc.; pero todo en muy escaso número y muy mal cuidado. A tres cuadras de la plaza están las quintas, y diez cuadras fuera de éstas comienza la pampa sin árboles. Esto es lo positivo y el que diga lo contrario…

Hablando de cuestiones agrícolas en Bahía Blanca, no se puede pasar sin mencionar siquiera la "quinta del Cura". La quinta del Cura es una quinta perteneciente a Mr. Augusto Rolff, sujeto inglés que vino hace quince años a Bahía Blanca, anduvo algún tiempo muy pobre, hizo un viaje a Inglaterra y regresó con algún dinero, comprando luego el terreno que es hoy su quinta. La quinta misma es igual a las demás de Bahía, salvo que posee muchos pies de tuna de higos y da, con *La Bodega*, otra quinta, el mejor chacolí. En Bahía Blanca se asegura que la quinta del Cura es un modelo de cultivos y en Buenos Aires agregan, los que se dan por bien informados, que es un edén. ¡Poder de la fantasía!

Es una quinta aseada cuyo dueño, según propia declaración, no entiende jota de agricultura. ¡A tal punto es incompetente que, como él mismo me lo ha dicho, habiendo mandado traer libros ingleses sobre agricultura para instruirse, solo cuando los hubo leído echó de ver que los agrónomos británicos no tienen motivo de entender ni conocer la viticultura…!

Pero si la quinta del Cura es un mito popular, no menos lo es el cura mismo, Mr. A. Rolff. En la leyenda popular, en la opinión del vulgo, Mr. Rolff es un sabio, un teólogo, un *clergyman* misántropo y millonario que se ha desterrado voluntariamente en Bahía Blanca.

Yo he encontrado en él un tipo de lo que llamamos en criollo "un inglés fino" que ha perdido su fineza. Su hábito externo, como se dice en patología general, denota que adolece de corea incipiente y que pertenece a una familia de gente distinguida. Me atrevería a afirmar que es normando puro, a pesar de su apellido. Esa redacción puede averiguarlo en la *Collectanea genealógica* de Foster que tiene en su biblioteca.

Se le llama cura porque se le cree pastor protestante, bajo

la fe de una invención que hicieron correr algunos ingleses del Sauce; se le cree sabio porque tiene una buena biblioteca; se le cree millonario porque trajo de Inglaterra una suma de dinero que no alcanzaba a $10.000; se le cree misántropo porque no visita a nadie.

Como *La Bodega* no vende su chacolí, queda solo el Cura único vendedor del mejor vino de Bahía Blanca. Él mismo dice que, como "no es zonzo", se hace pagar caro. En efecto, el chacolí de uva moscatel cuesta en la quinta del Cura $20 la botella de cuarta y media.

Era natural que a la gran mistificación que es la viticultura en Bahía Blanca, correspondiera una gran fábula sobre el mejor viticultor.

Así sucede, y poco se pierde en ello, por suerte. Sin embargo, el chacolí ha merecido ya décimas de los paisanos y el Cura ha de llegar también a merecerlas. Los rústicos trovadores de la Pampa cantarán en Fuerte Argentino la persona del Cura; mas lejos la leyenda aumentará, y probablemente, al pie de los Andes, Mr. Rolff llegará a ser héroe misterioso, rodeado por la aurora de lo sobrenatural. ¡Qué buena pro le haga al cantado y a sus cantores!

Turbot Sauce Hollandaise

Bahía Blanca, Marzo 10 de 1883

Señor Director

Los argentinos de Buenos Aires al norte no conocen el pescado de mar y viven atenidos a surubí y a pejerrey de agua dulce, con un agregado de sábalo, anguila, bagre, dorado y otras especies tan insípidas las unas como las otras.

Así los orientales tienen a este respecto especial orgullo, como que creen formalmente que poseer pescado de mar, no tienen más que una superioridad real sobre los argentinos. En rigor es una ventaja, por cuanto es un recurso gastronómico de alto precio, pero no es al fin más que pescado que se lleva el agua.

Bien poco les ha durado o les va a durar, entretanto, a los orientales su superioridad y esto porque Bahía Blanca tiene que ser el gran puerto de pesquería en que se surta toda la República, desde el paralelo 38º hasta Jujuy.

En efecto, hay aquí cuanto pescado creó Dios, como se dice vulgarmente, y figuran entre ellos los más estimables, como el lenguado, junto con mariscos apreciadísimos: langostas, langostinos, camarones, mejillones y la regia ostra.

Como el señor Director sabe, el estudio de la fauna ictiológica de estas regiones no está ni siquiera empezado. Se ignora, pues, hasta qué punto tengan sus recursos; pero los que actualmente se conocen bastan y sobran para formar un mercado de consideración.

Garanto que hoy se pesca en Bahía Blanca y que se come pescado barato y bueno; pero la pesca es rudimentaria y la preparación del pescado detestable, fuera de los fritos, que son excelentes a causa de la calidad del animal mismo y no

por la habilidad de los cocineros.

Se pesca aquí porque Dios es grande y tan solo para las necesidades del pueblo, que han sido hasta ahora muy pocas; pero la productividad de la pesquería cuando llegue el ferrocarril, presenta tantas seguridades de buena ganancia, que ya hay quien piensa en Bahía Blanca comprar embarcaciones que puedan servir a la pesca.

Me parece excusado entrar en ningún género de consideraciones para demostrar la importancia de la pesquería, pero se ve en ella una industria tan naturalmente llamada a ejercerse por la fuerza misma de las cosas, que no he trepidado en consagrarle una carta especial, destinada sin duda a ser leída con más interés por nuestros subscriptores de la Boca que en un círculo de elegantes.

Pero éstos se engañarían si creyesen que no tiene interés para ellos la cuestión de las pesquerías en Bahía Blanca. ¿Sabemos nosotros cuántos de los elegantes que no han ido más allá de Montevideo trepidan en comer los extraños moluscos de las mesas europeas, simplemente porque nunca se han visto solos para hacer la prueba? Ahora Bahía Blanca podrá sacarlos de su falsa situación de "personas bien" que no gustan de la ostra fresca y la langosta; pero, fuera de que una pesquería nacional dotada de ferrocarril para el transporte de sus productos, puede ser y será un medio de educar el gusto gastronómico y dar variedad y riqueza a la mesa nacional, hay en nuestro país considerable número de gentes que saben apreciar el pescado de mar y los moluscos. Sin duda, en Calamuchita, Soeoncho o Hedionda de Abajo no le arriendo la ganancia al que lleve langostas, camarones y otros bichos raros, pero en las catorce capitales, en las colonias de Santa Fe, en los pueblos todos de la Provincia de Buenos Aires, la venta de pescado de mar tiene que ser necesariamente considerable. Un *habitué* del Café de París

lo mismo que un comensal del General Paz podrían indistintamente pagarse una langosta a la americana, y se la pagarían sin duda aunque no fuera más que por vanidad, siempre que la hubieran a mano. El mercado de consumo está, pues, formado a mi juicio por la República entera y lo está ya, en el momento presente.

En cuanto a los transportes, es evidente que serían mucho más baratos que los fletes ordinarios del Ferrocarril del Sur, pues en todas partes del mundo se establece alimenticias por vía férrea.

Además, establecida la pesca y comenzado el expendio en Buenos Aires, sería por propia conveniencia del ferrocarril cuestión de un cálculo rudimentariamente egoísta, establecer tarifas reducidas para el pescado.

Los pescadores que vengar a Bahía Blanca no necesitarán leyes protectoras, pues serán expendedores de artículos únicos, como el lenguado, por ejemplo, que es superior –¡esta vez los abollamos nosotros!– en calidad y en tamaño, al lenguado de los orientales.

Pensar en que los moluscos brasileros que llegan a Buenos Aires con olor a la brea del buque, hagan la competencia a los moluscos de Bahía Blanca, es pensar un desatino.

Por todos motivos aparece, pues, la pesquería como una industria de excelentes resultados y conviene que los inteligentes en la materia, que están reducidos en el Río de la Plata a una corta escala, se fijen en este nuevo mercado de expendio que se les abrirá con la llegada del ferrocarril.

En cuanto al estado actual de dicha industria en Bahía Blanca, he manifestado ya cuál es, y supongo que nadie creerá que aquí se elabore aceite de pescado. Es una industria complementaria de la pesquería, que no podrá hacerse mientras no haya puerto y ferrocarril.

Entretanto, podemos prepararnos a tener muy pronto la

satisfacción de no ser menos que los orientales en materia de pescados marítimos, de modo que cuando vayan a Buenos Aires nos sea posible obsequiarlos con platos tan buenos como los suyos, diciendo fuerte al mozo del *restaurant*, con el acento que ahora emplean los orientales para hablar de sus anchoas: *Garçon… turbot sauce hollandaise!*

El viaje ultramarino

Río de Janeiro de lejos y de cerca

En el Océano Atlántico, a bordo del vapor Araucania*,*
en viaje de Río de Janeiro a Bahía, Agosto 9 de 1882

Señor Director

Fecho esta carta en medio de la mar salada, que el viajero no se cansa de admirar maravillado. Cuán largo es el espacio que la mirada humana puede abarcar: se extienden las aguas hasta confundirse con la bóveda del cielo que baja hacia nuestro planeta, como azul cúpula. También yo admiro el mar, también lo contemplo como una maravilla de majestuosa belleza; pero fresco aún el recuerdo de otro paisaje, presentes en el espíritu las líneas y los colores de otro cuadro no menos majestuoso, encuentro en él más belleza y lo creo más maravillosamente hermoso que esta inmensa pampa azul y movediza que cruzo en el actual instante.

Quiero referirme al paisaje de Guanabara, la bahía incomparable en cuya orilla derecha se asienta escondida entre pliegues de granito la ciudad de Río de Janeiro, que asoma en algunos puntos de sus cerros como queriendo escalarlos, y buscan hacia las aguas que bañan su pie una salida que no encuentra.

Para ningún viajero se ofrece tan favorablemente dispuesta la bahía de Río de Janeiro, como para el que va del sur con rumbo a su seno. Desde horas antes de la llegada, comienzan a surgir de las aguas los cerros de la cadena en que la bahía está enclavada, y es así que se presentan los primeros a la vista varios peñones destacados a distancia de la boca de la bahía, como centinelas avanzados, en tanto que, a la izquierda, a medida que se avanza, se van dibujando más acentuadamente los picos de la costa, picos de agudas crestas que parecen afiladas a cincel.

Se pasa así por entre esos peñones, mientras en la costa queda inmóvil como una momia o como una petrificación secular, la *Cabeza del Gigante*, caprichoso perfil de una cabeza humana tendida horizontalmente, que la naturaleza ha tallado en la piedra viva.

La entrada de la bahía se va poco a poco haciendo visible, hasta que se descubre al fin claramente. Es un obra pequeña, bordada a la izquierda del viajero, que entra por un pico aislado: el Pan de Azúcar, así llamado por su forma, y que cae al mar directamente, sin escarpas ni contrafuertes. A la derecha se levanta otro pico más alto que el anterior. A su pie se ha levantado un fuerte de piedra, armado de cien cañones, sobre el cual brilla un faro que si indica la entrada de la bahía, también marca el punto de que nadie pasaría el día en que el Brasil cerrara su puerto de Río de Janeiro a la entrada de buques.

De esos picos que he citado, arrancan dos cadenas de cerros que se extienden largamente hasta juntarse en el fondo de la bahía, formando a ésta una cintura no interrumpida que recuerda los anfiteatros de la antigüedad romana. De trecho en trecho las gradas del anfiteatro presentan manchas grisáceas, blancas o rojizas. Es la piedra viva que la mano del hombre o la acción de la naturaleza ha dejado al descubierto. En el resto de la superficie de las montañas, en sus pendientes, en sus hendiduras, en las hondonadas que las terminan, se extienden plantas de color verde oscuro, bosques de palmeras, matorrales de bambúes, una vegetación exuberante que es alimentada por lluvias frecuentes y por este sol abrasador del Brasil, a cuyo cálido beso la vida se reduplica en el mundo de las plantas. Donde quiera que la mirada se fije, encuentra el manto eterno de vegetación que cubre las montañas; donde quiera los árboles, donde quiera las trepadoras lianas. Desde lo más alto de los picos

hasta la primera piedra de su arranque, la roca está vestida, y sus raras manchas desnudas no hacen más que dar relieve a la vegetación.

Ese anfiteatro, sin igual en el mundo, cerrado a todos los vientos, en que el sol parece más abrasador y las nubes más blancas, baña su primera gradería en un cuenco de aguas tan verdes como su vegetación. Se mueven lentamente con tropical pereza; y de trecho en trecho, con cierta simetría, surgen de entre su seno islas pequeñas en que la mano humana ha elevado obras militares, sin conseguir del todo arrancar de sus exiguos suelos plantas y árboles que las coronan como penachos.

He visto esta bahía en una hora de dormida calma en que la luna se levantaba sobre el paisaje, bañándolo en su pálida y dulce luz. A las tres de la mañana de anteayer, el cielo, sin una sola nube, ofrecía a la admiración humana todas las maravillas de su estrellada alfombra. El aire templado parecía llevar en sus átomos anormales cargas de electricidad. El mar despejado semejaba una sábana ligeramente estremecida. La hélice del buque, perezosamente movida, le daba escasa propulsión. Navegábamos serpenteando en demanda de la boca de la bahía que se abría ante nosotros como extendiendo sus orillas para recibirnos.

Algunos minutos después de las tres, traspusimos la boca, y al echar el ancla, afianzamos con un cañonazo el pabellón británico que acabábamos de izar, a menos de tres cables de la cañonera argentina *Paraná*, en que brillaban escasamente las luces de ordenanza, alumbrando de la proa el centinela que se paseaba de babor a estribor con el arma al brazo.

El estampido de nuestro cañonazo fue repercutiendo de cóncavo en cóncavo hasta perderse en algún recodo que le diera salida hacia las tierras. Después, todo volvió a quedar en el primer silencio de nuestra entrada. Todo dormía en

Guanabara, desde sus altos cerros hasta sus verdes aguas, que apenas lamían nuestro casco.

A la luz de la luna, cada vez más alta y más brillante, las masas de piedra perdían la nitidez de sus contornos, cuando se envolvían en su propia sombra, o se destacaban más brillantes cuando las iluminaba de frente el astro de la noche. Tenía frente a mí, en la costa, la ensenada de Botafogo, pequeña bahía, que es un recodo de Guanabara. Su hermosa orilla se veía marcada por una línea extensa de luces. Sobre esa línea, como escalando los cerros que limitan la ciudad, esparcidas sin orden ni simetría, luces de todas intensidades, que parecían estrellas descansando en la montaña. Al nivel de la línea de luces de Botafogo, pero más a la derecha, las luces de los embarcaderos y arsenales, luego las de las islas *das Ratas* y *das Cobras*, más lejos las de los buques; por fin, en el fondo de la bahía, la oscuridad profunda, tinieblas de abismo: era la sombra inmensa de las montañas. Este cuadro oriental fue poco a poco perdiendo sus tintas, y yo no sabría decir de qué manera el sol, saliendo por oriente, iluminando primero las cúspides de las montañas, bañando luego todo en una blanca luz difusa, hiriendo al fin directamente los objetos con sus rayos de fuego, derramó en la atmósfera y en las aguas, en las piedras y en las plantas, el ardiente incendio del día que abrasaba y desvanecía como un gran beso de amor.

En medio de un calor pesado, en el baño de la luz intensa que todo lo alumbraba, Guanabara parecía más hermosa aun que por la noche.

De tiempo en tiempo una nube cruzaba el cielo; nube blanca como la nieve, delicada como un tul, se detenía un momento sobre un pico, y al extenderse sobre el campo azul del firmamento, parecía penacho de la montaña, perezosamente lanzado al espacio en alas de mansa brisa. Una niebla transparente, algo como un vapor cálido y azulado, se

levantaba de las aguas, lo envolvía todo y todo lo velaba, dando a los contornos de las sierras encantadora vaguedad; a sus tonos de colorido, matices desvaídos; al paisaje entero, misterio y sombra.

Por la tarde, cuando el sol comenzaba a caer, la niebla desapareció: el astro rey se ocultaba detrás de las montañas que dibujaban sus contornos sobre su disco de fuego.

La opuesta orilla revelaba a aquella oblicua luz todos sus secretos. Y la ciudad, blanca como una paloma, mejor aún, los trozos de ciudad que desde la bahía se ven, se destacaban enérgicamente sobre el fondo oscuro en que levantaban.

Los pliegues y repliegues que partiendo de un lado de la entrada de la bahía van a terminar en el otro, formando el alto círculo que rodea a Guanabara y limita como un marco de insuperable belleza el plano espejo de sus aguas; los picos de todas formas, las laderas cubiertas de vegetación, los árboles enhiestos, comenzaron a esa hora de las cuatro de la tarde a colorarse de rojo. El arrebol del crepúsculo que empezaba, les daba su tinte peculiar. El paisaje cambiaba; nuevas bellezas se ofrecían al maravillado espectador.

Por desgracia, yo no podría presenciarlas. Nuestro buque, despidiéndose de la plaza con un cañonazo, fue a virar –para tomar rumbo– por detrás de la cañonera *Paraná*, que dejamos a estribor, saludando al pasar con nuestro pabellón inglés su pabellón argentino, lanzado en esos momentos al espacio por una mansa brisa del sudoeste, brisa que venía de la patria, quizá trayendo en sus alas el hálito querido de la Pampa.

El nuevo Londres

Londres, Septiembre 10 de 1882

Señor Director de La Nación

Un insigne periodista inglés que publicó, pocos años hace, un libro notable sobre el mercado financiero de Londres, encontró para su obra este título enérgicamente expresivo: *Lombard Street*. Ese autor quería significar por medio de estas dos palabras que solo se ocuparía de asuntos comerciales, y es evidente que ellas llenaban su objeto con toda precisión, porque no decían más ni menos que lo que el escritor se proponía decir. Esa evidencia es, sin embargo, relativa, en cuanto solo puede ser resaltante para los que conocen bien esta ciudad. En Francia, en España, como en las repúblicas Argentina y Oriental, las palabras "Calle de los Lombardos" tienen un sentido mucho más lato para la inmensa mayoría de las personas, porque en el sentir de éstas, Londres no es más que una ciudad comercial y manufacturera en que los esplendores del arte no surgen a la vida del aire libre como en la hermosa Italia. En consecuencia, para esas personas, decir *Lombard Street* es decir Londres.

Nada más falso, así en nuestra época como en las precedentes, a contar desde que los Países Bajos perdieron su poder marítimo. La idea general, no obstante, que hasta hace poco se tenía de la capital británica, era que ella no pasaba de ser una factoría estupendamente extensa. Londres tenía una fisonomía colonial, un aspecto de rígida sequedad en que se retrataba la exterioridad adusta que la educación y el hábito imprimen en el hombre inglés en su vida fuera del hogar. Casas desnudas de adornos, ennegrecidas por el humo y horadadas en sus frentes por ventanas que rompían los lien-

zos de muro como arrancadas a saca bocado: inmensas filas de chimeneas provistas de ventiladores de hoja de lata que chillaban al menor viento; veredas solitarias fuera de la *City*, que encierra el principal movimiento comercial, y sobre todo ese conjunto de construcciones sin gracia ni estilo, un cielo nublado, una luz gris, la triste ausencia del padre sol.

Apenas hacia Westminster, en los alrededores de Victoria Station y de Hyde Park se levantaban algunas manzanas de edificios privados, con carácter arquitectónico, en que la ojiva hacía todo el gasto de la ornamentación sin alcanzar un grado de pureza que la hiciera verdaderamente hermosa. En la *City* se perdía el viajero en un dédalo de callejuelas sucias y oscuras.

Se pensaba que esto no era más que un hacinamiento de casas de comercio, y hasta se ignoraba o se olvidaba que tras los negros muros de las feas casas particulares estaban cuidadosamente guardados hermosos tesoros de mueblaje, de joyería, de telas, decoraciones, etc. Los comerciantes alojaban sus escritorios y almacenes en casas de dimensiones colosales, muchas, pero todas feas y sin estilo arquitectónico; no menos desdeñosos para con las bellezas del arte en sus moradas privadas, los londinenses se encerraban en casas horrendamente faltas de exterior hermoso.

Tal era creencia general de que pocos dejaban de participar; y los mismos que visitaban Londres de paso, deteniéndose apenas en su inmenso recinto, sin tiempo siquiera para verlo ni darse cuenta de su monstruoso conjunto, se ratificaban en el error, y formulaban juicios como el de aquella dama argentina que exclamaba: "¿Londres?... ¡Puras chimeneas!"

De tales juicios ha resultado que en nuestro país pocas personas aspiren a conocer Londres y que casi todas afecten por esta ciudad un desdén hoy injustificado y que muchas de las

que vienen no vean más que aquello que sus preocupaciones les permiten ver. Si las primeras son perdonables, las últimas no tienen justificación, en cuanto a las que se propongan venir a Europa, creo cumplir un deber aconsejándoles que por ningún motivo dejen de visitar esta ciudad y que la visiten antes que a París. El camino de los argentinos al Viejo Mundo debe ser por Inglaterra; la puerta de entrada, Liverpool o Southampton. Explicaré en otra carta esta proposición; por hoy quiero solo hablar de Londres, de este estupendo Londres, sin igual en Europa, y que será dentro de diez o quince años, la octava maravilla del mundo, una ciudad mucho más grandiosa que la Roma de los Césares, más espléndidamente magnífica que Babilonia y que Tebas, la de las cien puertas. Al pensar así no me apasiona un amor –que no siento– por Inglaterra, ni me ofusca el espectáculo de su metrópoli, porque conociendo como conozco toda la Europa occidental y habiendo antes vivido en Londres, me encuentro en un medio a que no soy extraño. Entre el *maremágnum* de que ahora formo parte, he conservado mi entera serenidad, el aplomo de la tierra natal. No me he mareado. Los que me lean, pueden y deben creer que digo la verdad, quizá menos que la verdad, cediendo a una impresión tranquila que no es suficientemente intensa para poner en juego la imaginación.

Cuando visité Londres por vez primera, hace años, era la calle más hermosa de la *City*, como lo es ahora, la “calle de la Reina Victoria”. La bordeaban ya en 1874 grandiosos edificios de la más rica decoración, espléndida muestra del Londres monumental, y una de las fases de su transformación grandiosa en la evolución que ha hecho el riquísimo emporio, siguiendo la ineludible ley que rige el desenvolvimiento de los pueblos en sus usos y costumbres, cuando se acumulan en sus manos tesoros que sobran para dar satisfacción a las necesidades y permiten llenar los mayores refinamientos de la superfluidad.

Al compulsar las notas de que me estoy sirviendo para escribir y cuando hube hecho la síntesis de mis datos y formulando mi idea general, pensé dar por título a esta carta esta frase: *London as a new Paris*. He reflexionado luego y echándome atrás de ese primer intento, porque me ha parecido poco decir que el Londres actual sea un nuevo París. La capital francesa no tiene, y probablemente no tendrá nunca, las proporciones de grandiosidad que esta metrópoli está alcanzando. Londres es Londres, y eso le basta.

Sería excusado que detallara –¡y qué colosal detalle!– todo lo que encuentro de nuevo en edificios; escribiendo para personas que no conocen esta ciudad, mis enumeraciones, por claras que fuesen, serían siempre un galimatías. Hablando más bien en general, me haré entender mejor, y, felizmente, puedo hacer comprender con exactitud el concepto del nuevo Londres que ha encontrado, merced al conocimiento tan difundido de París en Buenos Aires. Encerraré, pues, en una sola frase ese concepto diciendo que hoy, en Londres, toda casa que se edifica es adornada al estilo de París en su fachada.

En Buenos Aires se sabe perfectamente que el reinado de Napoleón III marca una época de la más trascendental importancia en la historia de la arquitectura. Ha sido durante ese reinado cuando se ha desarrollado la ornamentación de las casas particulares, surgiendo toda una nueva rama del arte.

Antes, la casa particular, la morada de ciudad, no era exteriormente adornada, ni alcanzaba proporciones monumentales. Los arquitectos parisienses han creado esa nueva faz de la arquitectura, nueva faz que irá cada día desarrollándose más y más, perfeccionándose hasta un punto que no podemos hoy concebir.

Ahora bien, esa evolución artística es la que, dominante

hoy en Londres, está transformando del todo la fisonomía de esta ciudad.

En las riquísimas moradas particulares de Belgravia y las adyacencias de Cromwell-Road se encuentran a cada paso empleadas en la ornamentación combinaciones de la línea recta y del medio punto, directamente derivadas del más puro y correcto gusto helénico. El panhelenismo inglés, de que el Ministro Gladstone es la cabeza visible, está hoy, más que en el interés comercial y político del pueblo de Londres, en sus gustos de ultra-magnífica decoración.

El barrio de Charing-Cross, centro de Londres, y cuartel general del visitante extranjero, es, puede decirse, todo un barrio nuevo. La orilla izquierda del Támesis, en una grande extensión, es un paseo, a la manera de los *quais* de París, de proporciones colosales, que lo constituyen una obra gigantesca de ingeniería. En los contornos de los parques, en una palabra, en todas partes, se levantan edificios de muchos pisos cuya grandiosidad iguala, si no supera, la de los más suntuosos palacios de la Europa occidental. Imagínese la arquitectura de la Catedral o del Banco Hipotecario aplicada a la edificación privada, combínense colores de granitos, mármoles y pórfidos en el desempeño de tal concepto artístico y se tendrá una idea aproximada de lo que son estas casas.

Esta parte de Londres más frecuentada por el extranjero completará su transformación cuando se termine la avenida, ya comenzada, que partiendo de la extremidad oriental de Piccadilly, terminará en Oxford-Street, cruzando los tugurios de St. Giles, y llevando la luz y el aire a ese centro indescriptible de población miserable que Dickens ha pintado en toda su fealdad original.

Es así, pues, que el extranjero que haya conocido a Londres hace algunos años, encontrará hoy en su lugar una nueva ciudad, y como al par de la acción privada marcha la

acción de la admirable administración urbana. Más rápida y más radical es la transformación de la ciudad por el empleo de la luz eléctrica, de faroles de gas perfeccionados, sistemas decentes de extracción de basuras, afirmados de madera, apertura de calles nuevas, rectificación de las antiguas, adorno de los paseos, etc.

Así como el señor Sarmiento piensa que por la edificación de una casa de altos en Buenos Aires se pudo presagiar la caída de Rosas, así también he pensado yo que por el adelanto de la arquitectura en Londres, podía presumir un notable cambio en los hábitos de este pueblo. No he tardado en confirmar mi presunción, teniendo, más feliz que el Profeta, la suerte de que viniera a mí la montaña, quiero decir, el argumento colosal con que confirmo mi aplicación a Londres del pensamiento citado sobre la casa de la familia de Pacheco.

He pasado ya un domingo en esta ciudad, y ese día me ha traído el argumento a que me refiero, revelándome un hecho nuevo, que es uno de los rasgos típicos y característicos de la nueva fisonomía de Londres.

No necesito decir cuál era el antiguo domingo londinense, ni recordar el silencio inmenso, la callada soledad de las vías públicas, el escaso número de personas que salían a los parques, el cabizbajo ademán de los que por necesidad abandonaban sus casas.

¡Cuánta diferencia hoy! He recorrido el domingo todos los parques, ejecutando una gira de seis horas y media a pie, en ómnibus, en coche abierto, en coche cerrado, en carruaje de mano (tirado por un hombre) y hasta en velocípedo. En todos los paseos encontré una cantidad inmensa de gente en las calles principales, no pocos transeúntes y en todos los vehículos para pasajeros casi tantas personas como en los días de trabajo. Sin embargo, hasta las 6 ½ de la tarde notaba una diferencia resaltantemente considerable entre el movimien-

to de los días de trabajo y el de ese día. Mas, así que hubo anochecido, el torrente de paseantes que se desbordó por las calles, tanto a pie como en diversos vehículos, fue igual, si no mayor, que el de los días de trabajo.

Regent Street, Piccadilly, el Strand, hasta Fleet Street, Oxford-Street, en suma, las principales vías públicas de esta parte de la ciudad, desbordaban de paseantes; los policianos se veía fácilmente, eran más numerosos que en el resto de la semana, y los cafés, restaurants y tabernas, abiertos desde las 6 hasta las 11 de la noche, parecían colmenas zumbadoras.

Así yo como mi compañero de excursión encontramos que aquella noche de domingo era más concurrida, más animada y más bulliciosa que sus homólogas de la capital francesa, aunque de carácter diverso. Veíamos palpablemente que las gentes que llenaban las calles llevaban el mismo objeto que nosotros y calculábamos a ojo de buen cubero que solo en paseantes había en aquellos momentos en las calles más almas que en toda la ciudad y Provincia de Buenos Aires.

Ciertamente faltaba la luz de las tiendas, y su falta era tanto más notable cuanto que el alumbrado público ordinario de Londres deja mucho que desear.

La general clausura de todos los teatros y salas públicas no era causa suficiente para dar al cuadro un tono triste, antes al contrario pienso que contribuía a aumentar el número de los paseantes, sirviendo así para animar el conjunto del espectáculo.

Cuando a las 12 de la noche me retiré a mi casa, dejando aún en las calles inmensa concurrencia, me apresuré a anotar este hecho importantísimo: el antiguo domingo de Londres ha cambiado, y la fisonomía del actual es más animada, por la noche, que la del de París.

No me incumbe por ahora la tarea de averiguar las causas que han determinado ese cambio, ni cuál será el grado de

poder con que cuenten los observadores del reposo absoluto del domingo para restaurar los viejos hábitos y hacer desaparecer los modernos.

Es de creer, sin embargo, que sea poco menos que imposible detener la corriente de la impiedad que aprovecha el día del Señor para pasear, y es de creer asimismo que estos nuevos hábitos se deban a la frecuentación de Francia por los ingleses, y al comercio de ideas y capitales entre París y Londres.

Sean cuales fueren los motivos que han determinado los hechos que señalo, ellos son positivamente exactos y palpables. Para mi objeto, me es suficiente ponerlos en evidencias, presentarlos como tales hechos existentes y nada más, a fin de que sean conocidos y sirvan para corregir y enmendar el írrito concepto de Londres que corre válido en nuestro país.

Esta magnificencia de edificación, estos nuevos hábitos de vida callejera no pueden por desgracia brillar enteramente sino durante una estación del año, y de esa estación en ciertos días, cuando place al sol disolver el manto de niebla que cubre de ordinario a la metrópoli británica. La mayoría de los argentinos –partidarios de París– invocarán siempre ese desfavorable accidente, en contra del esplendor de Londres. Bien poca cosa es, sin embargo, la niebla, y mucho menos será dentro de algunos años. Hoy por hoy, la meteorología se halla en el primer período de su vida de ciencia, en el período de su colosal *enquête*; a la vuelta de algún tiempo, cuando sea lo que es hoy la anatomía humana, por ejemplo, una ciencia perfecta, el hombre dominará los aires, como domina ya las aguas y las tierras.

Al genio yankee, es decir, al genio de los primeros meteorologistas del mundo, está reservada esa tarea, producir *ad libitum* las lluvias y los huracanes, disipar los granizos y las nieblas, obligar a los cielos a que envíen a la tierra en preciso

momento el beso amoroso del rocío que reverdece el llano y la montaña. Entonces, el hijo de esta ciudad podrá a su libre arbitrio manejar su cielo, encapotarlo, disipar sus nubes o evaporar su niebla, según quiera mostrar la metrópoli al asombrado viajero, que no es, en medio de esta población, más que una insignificante perla de una niebla colosal.

El Museo Etnográfico del Trocadero

París, Setiembre 18 de 1882

Señor Director de La Nación

Los periódicos franceses anunciaron hace poco tiempo, y La Nación lo repitió, que se había inaugurado en el Palacio del Trocadero, de París, un Mueso de Etnografía y Arqueología americanas, por lo cual le llamaban "Museo Americano." Apenas llegado anoche a esta ciudad, me apresure hoy mismo a visitar dicho Museo y daré cuenta en esta carta de mi detenida visita.

El Palacio del Trocadero, con los jardines que quedan delante de él, es lo último que resta de la Exposición Universal de 1878. Edificado con piedra y ladrillo, en forma de arco de círculo, es uno de los más hermosos monumentos arquitectónicos de nuestro siglo, habiendo logrado sus directores, en las proporciones de las diferentes partes que lo componen, una armonía portentosa que da al conjunto un aspecto inexpresable. Es en la galería posterior del primer piso de dicho edificio donde se halla instalado el Museo Americano. El local, gratuitamente cedido por el gobierno francés, no puede ser más a propósito, así en su extensión y distribución como en su iluminación y ventilación.

El acceso al Museo está establecido por una de las dos principales y únicas puertas del palacio, pudiéndose indistintamente entrar por los jardines o por la calle, a la cual da el lado convexo del edificio. Yo entré por esta última y tan luego como puse el pie en el vestíbulo vi un cartel pintado en que se leía en letras doradas: *Musée ethnographique au 1er. – Ouvert au public les jeudis et les dimanches*, de lo cual deduje que no podía entrar hoy, que es lunes. El

vestíbulo estaba solo: una flecha del cartel me indicaba la escalera de subida; la reja de madera que cierra el pie de la escalera para que solo entren las personas por parejas, estaba abierta. Me pareció que era ahogarse en poco agua no subir la escalera, dado que nadie cuidaba su entrada, y la subí tranquilamente, admirando su anchura, la suavidad de su inclinación, las hermosas pinturas de los vidrios de una ventana que le da luz. En el vestíbulo, donde la escalera concluye, empieza el Museo, cuya primera sección –Oceanía– se halla agrupada alrededor del tubo del ascensor de la torre izquierda del Palacio.

Antes de pasar a ese vestíbulo, al cual dan varias puertas, me detuve un momento en el descanso de la escalera, del cual se pasa al primero por dos enormes y elegantes arcos.

Delante del pie derecho central de cuya imposta arranca la archivolta para uno y otro lado, hay una escultura en tierra cocida, un grupo formado por un indio, una india, un tapir, una especie de peludo colosal y un pájaro que quiere ser avestruz. Esa escultura representa, según reza una leyenda que tiene al pie, el río Paraná. Le hacen luego, a derecha e izquierda, en los rincones del descanso, dos esculturas de idéntico género, que representan, una el Amazonas y otra el Orinoco. Las tres son obra de un señor Bronchet, que las firma, como hechas en el Brasil, el año 1856. Son del todo malas y casi me han parecido ridículas. Después de examinarlas a mi sabor, sin que alma viviente me inquietara, pasé, como ya he dicho, al vestíbulo.

Examiné detenidamente la sección de la Oceanía y la encontré muy poco interesante, decorada en uno de sus lados con dos grandes alfombras argelinas, muy semejantes a las antiguas "sobrecamas" arribeñas de muchos colores de que iban muñidos todos los estudiantes que llegaban de las provincias del interior al Colegio Nacional de Buenos Aires, en

tiempos del internado. Considerando que Argelia está un poco lejos de la Oceanía, empecé a sospechar que el Museo –llamado por los periódicos "Americano" y oficialmente "Etnográfico"– era cuanto menos un museo de pega, en que hubiese mucho de *blague*.

Me volví a otro lado a examinar una figura en cera de mujer tahitiana, que no tenía nada de común con una hermana y una sobrina de la reina de Tahití que había hecho el viaje a Europa en el mismo vapor que yo. Me hallaba ocupado en mi mental comparación de la mujer tahitiana con las susodichas princesas, cuando surgió no sé de dónde un sujeto francés, en traje de obrero albañil, que me significó de la manera más cortés la necesidad de poseer tarjeta especial de entrada para visitar el Museo, fuera de los jueves y domingos. Como esperaba hacía rato la notificación, me excusé con aire de asombro de haber infringido los reglamentos del Museo y me apresuré a preguntar a mi interlocutor dónde podría conseguir la tarjeta especial. El hombre me contestó que dirigiéndome a uno de los conservadores del Museo. Como yo repusiera que el caso era para mí bastante incómodo, pues no conocía ninguno de dichos caballeros, y que me parecía más expedito entrar en las otras secciones, ya que estaba en el Museo, el hombre olfateó de lejos una propina y me preguntó si comprendía yo toda la responsabilidad que sobre él hacía recaer mi entrada clandestina. Le protesté que sería discreto y entonces el hombre, inclinándose con la flexibilidad de un diplomático, me dijo melifluamente:

–*Par ici, monsieur, s'il vous plaît*, indicándome con el brazo una puerta cerrada. En ese instante llegaron tres jóvenes franceses, uno de ellos con el uniforme de un liceo, presentaron sus entradas especiales a mi hombre y yo me incorporé a la comitiva, que franqueó la puerta un momento antes indicada por el sujeto en traje de albañil.

Esa puerta da entrada a la gran galería del Museo, de notable extensión, muy poblada de colecciones, la más importante de todas las secciones y exclusivamente consagrada a ambas Américas. Cuando el Museo se inauguró, constaba de solo esa sección, y por tal razón le llamaron los periódicos "americano". Según sus fundadores y con arreglo al decreto que lo ha declarado institución pública y al presupuesto francés, es un Museo Universal de Etnografía.

Actualmente se está aprontando una nueva sala, consagrada a China y el Japón, que se abrirá muy pronto, cuando su arreglo haya terminado, se comenzará el de otra sala para diversos países, y así, poco a poco, el Museo irá invadiendo todo el edificio, que es el propósito de los fundadores de la institución.

Explicada la causa del erróneo nombre de "Museo Americano", volveré al punto en que suspendí la narración de mi visita.

El amable guardián que me había hecho entrar, nos precedía en la marcha y nos daba las más amplias explicaciones sobre todos los objetos expuestos, cayendo a veces en disparates garrafales que mis tres compañeros franceses escuchaban ávidamente y comentaban en voz alta.

No tardamos en entrar en conversación, se hizo ésta general, se nos agregaron dos señoras de luto –bastante feas– que entraron poco después que nosotros y, en mi calidad de americano, aunque pésimo americanista, pude dar explicaciones y datos bastantes correctos, especialmente sobre hamacas paraguayas, el tesoro de los Incas, la yerba, el mate, las boleadoras, tiendas de tiento trenzado, cojinillos de algodón y de cuero, los *tipoís*, el terreno pampeano, los fósiles, el doctor Burmeister, etc.

De los tres compañeros, uno era un cretino que no entendía jota de ninguna cosa, el segundo un alumno de liceo

a punto de terminar sus estudios, y el tercero un estudiante de medicina, éstos, sumamente interesados en todo linaje de cuestiones antropológicas, incluso la de si el hombre americano anterior a la conquista es o no autóctono. De aquí partimos para entrar en detalles de antropología en que mis compañeros hacían el gasto de la exposición de hechos y yo el de las inducciones. Así conversando llegué a saber que conocían a los exploradores Moreno y Lista, sobre quienes el estudiante de medicina me formuló esta pregunta indiscreta:

– *Lequel des deux est le mieux préparé pour les travaux d'anthropologie?*

Evadiendo la respuesta directa, y elevando a esos dos caballeros a una altura un tanto exagerada por el parangón que mis palabras establecían rápidamente, respondí preguntando:

– *Lequel des deux pensez-vous que vaut plus, Broca ou Quatrefages?*

El auditorio se sonrió, comprendiendo que yo me retiraba tirando a cañón sobre el enemigo, como en los simulacros de batallas del ejército alemán y el incidente murió en ese punto, porque justamente una de las señoras feas me interrogaba sobre las ancuviñas peruanas.

Cuando terminó la visita, que fue de más de tres horas, y habiendo ya realizado mi principal objeto, que era ver el Museo, traté de realizar el segundo, que era entrar en relaciones con uno de los conservadores del Museo, cuyo nombre había olvidado, y del cual sabía yo por el Anuario de la prensa francesa, que era miembro de la redacción del *XIX Siècle*, el diario de Edmundo About y Francisco Sarcey. Habiendo leído en LA NACIÓN del 13 de agosto una carta en que se expresaba que no todos los miembros de la expedición Crévaux habían muerto, siendo uno de los sobrevivientes franceses y existiendo en el Museo todas las colecciones

que fueron de aquel explorador, el camino estaba abierto para conseguir mi objeto. Hablé, pues, de Crévaux y de su última expedición, diciendo indiferente y vagamente que yo poseía sobre ella datos nuevos y desconocidos en Francia, que había recibido por el último paquete. No bien hubo el guardián oído esto, cuando me atajó la palabra para pedirme que lo comunicara a los conservadores del Museo. Sin demostrar interés le dije que no tenía inconveniente alguno, y el hombre voló a dar cuenta del caso a sus superiores.

Inmediatamente acudió un caballero francés que me manifestó ser uno de los conservadores y al cual, a mi turno –haciendo sonar los nombres de LA NACIÓN y del autor de *Las Ruinas de Tiahuanaco*– le hice saber quién era yo. La persona con la cual hablaba no era el americanista corresponsal del General Mitre, sino su colega y amigo, es decir, precisamente la persona a quien yo buscaba: Mr. Armando Landrin, que, al mismo tiempo que conservador del Museo, es Administrador del Palacio del Trocadero y redactor del *XIX Siècle*.

Mr. Landrin, escuchó con el mayor interés mis datos sobre el ciudadano francés sobreviviente a la catástrofe de Teyo, me pidió el número de LA NACIÓN en que estaba la carta que los contenía, y como yo me ofreciera a traducírsela, nos dimos cita en la redacción del *XIX Siècle*, para las 6 de la tarde. Después de esto cambiamos tarjetas, y me despedí, siendo puntual a la cita. Llevé la traducción y el número de LA NACIÓN que causó general *epatément* en la redacción del *XIX Siècle*.

Tal ha sido mi visita al Museo Etnográfico, y como la he narrado en detalle sin preocuparme de hablar del Museo mismo, es justo que ahora lo haga. Difícil es, sin embargo, que pueda dar idea cabal de él, por el número grande de objetos que lo componen y que no admiten descripción.

El Museo está dispuesto de una manera especial, en el sentido de que sus estantes no se hallan, como en la generalidad de las galerías de exhibición, a lo largo de los muros. Sea porque el local no permita esta disposición, sea por efecto de una feliz innovación de los conservadores, los estantes son de dos frentes, como el que envió a la Exposición Continental y figuró en la sección chilena, la Quinta Normal de Santiago de Chile. Cada estante tiene de largo la tercera parte del ancho de la sala del Museo y se coloca, en el sentido de esta dimensión, adosado, por uno de sus extremos, a un lienzo de muro que separa dos ventanas en uno de los lados de la sala y que separa dos arcos de comunicación con otra galería en el costado opuesto. Resulta de esta disposición que cada dos estantes forman con el muro a que están adosados una especie de compartimento perfectamente iluminado en cuyo centro hay una mesa-vidriera llena de objetos. Entre las dos grandes filas de estantes queda una ancha calle, el espacio no puede estar mejor aprovechado, los objetos mejor iluminados, y –cosa importante– de ninguna otra manera se podría conseguir que el visitante quedase aislado en cada sección o sub-sección, para estudiar tal o cual objeto.

Me consta de buena fuente que el gobierno de Buenos Aires se llevará a La Plata nuestro valioso Museo Público.

La disposición del Museo Etnográfico de París debe aprovecharse en el nuevo de La Plata y en el que reemplace al que emigra de Buenos Aires. Esa disposición que no la he visto nunca empleada, me parece singularmente adecuada a la exhibición de colecciones mineralógicas, ornitológicas, cranianas, aracaidológicas, etc. Pienso, por lo tanto, que los directores del Museo Antropológico y los arquitectos del nuevo Museo Mineralógico de Buenos Aires deben estudiarla. Me permito desde luego adelantar que con el sistema de iluminación que se ha dado al Museo Industrial de Buenos

Aires en su local de la calle de la Victoria, el arreglo de estantes a que me refiero es de imposible adopción.

Ahora, en cuanto a las colecciones que forman la sala americana, pienso que no hay en el mundo ninguna exhibición igual de artefactos americanos pre y post-colombianos. El mismo Museo Británico es pobre a su lado. Excuso decir que los objetos están colocados dentro de los estantes con arte admirable, el arte francés de las exhibiciones públicas en que se confunden la elegancia y el chic con la comodidad y el pulcro aseo.

He dicho que los artefactos del Museo son pre y post-colombianos, porque pienso –aunque no tengo ninguna autoridad como americanista– que algunos de los objetos corren parejas con los que, según el Doctor L. V. López, le fueron vendidos al Vizconde de San Januario. Esta opinión ha sido robustecida por declaraciones del propio guardián que me franqueó la entrada al Museo, quien tres veces, delante de tres colecciones distintas, me dijo con aire de profundo misterio, en secreto, inclinándose sobre mi oído:

– *Ça c'est du faux, nous allons tout retirer.*

Cúmpleme declarar que las tres colecciones son pequeñas y de poco valor.

Todos los países de América, menos Chile, están representados en la sala y debo decir que no hay entre las colecciones más que una insignificante, pues aunque las colecciones del Paraguay, Brasil, Canadá, Estados Unidos, Venezuela y Colombia son muy pequeñas, tienen en cambio el mérito de ser altamente interesantes por los valiosos objetos que las componen.

Las colecciones del Perú, de Centroamérica y de Méjico son las más extensas, las más valiosas y las más interesantes del Museo. Me es de todo punto imposible detallarlas, en cuanto sus números se elevan a cifras sobradamente altas.

Diré, sin embargo, que la edad de piedra tiene en esas colecciones una representación de primer orden, y pienso que si otros museos poseen mayor cantidad de objetos de dicha edad, ninguno los posee mejores en calidad.

Los silex y las obsidianas que aquí se ven son de mérito fabuloso que supera con mucho a los mejores ejemplares idénticos hoy en posesión del Museo Británico, por ejemplo. Desgraciadamente el número de esas piezas es escaso, y calculo a ojo de buen cubero que no habrá más que unas quinientas puntas de flechas, cuchillos, hachas, etc. De cualquier modo, sea cual fuese el estante que se elija, el visitante encuentra a cada paso objetos dignos de admiración, desde las momias peruanas y las hamacas de paja brasilera, hasta los pequeños amuletos de jaspe en forma de sombrero alto –casi digo "galera"– procedentes de Centroamérica.

Todo lo anterior se halla en la gran sala de los estantes; paralelamente a ella corre, del lado cóncavo del Palacio, una galería, que comunica con la sala por medio de grandes arcos. En esa galería se ven algunos originales y muchas reproducciones de monumentos mejicanos, tejidos de todas procedencias, armas, etc. Hay allí unos pequeños estantes negros adosados a la pared y que no tienen más de un metro de altura, en que se encuentra la única colección insignificante a que más arriba aludí. Como ya se habrá comprendido, esa colección es la del Río de la Plata. Hay en ella dos frenos de hierro, con sus riendas y cabezadas de tiento trenzado, varios juegos de boleadoras, media docena de mates horrorosos y… pare usted de contar. Las boleadoras, mal retobadas, no valen nada; en cuanto a las trenzas de tiento, son de primer orden y una de las cabezadas tiene un fiador de trenza de a 64, mérito que yo hice valer mostrando a los compañeros de visita la *regence* de mi reloj, hecha con trenza de tiento, de a 32, por un trenzador de la calle Buen Orden,

hombre “muy baqueano” en su arte.

La colección de Laponia, que forma en este Museo una sola sala, no vale la pena de una descripción y la nueva sala chino-japonesa no se halla aún en estado de ser bien apreciada, aunque se pueda desde luego asegurar que es muy rica, bien que no tanto como la sección americana.

Saludo al Señor Director.

En el Teatro de la Ópera

París, Octubre 19 de 1882

Señor Director

No intentaré seguramente una descripción del Teatro de la Ópera de esta ciudad, oficialmente llamado "Academia Nacional de Música". Semejante trabajo, sobre ser superior a mis fuerzas, sería casi inútil en Buenos Aires, donde se cuentan por millares los grabados, dibujos, pinturas y fotografías que representan ese monumento. Por consiguiente, solo me propongo hablar del interior del teatro y, aun asimismo, renunciando también a las descripciones.

He visto dos veces *Fausto*, dos veces *Francesca de Rimini* y otras tantas *Hugonotes*, lo cual equivale a decir que mientras alguna circunstancia especial no decida en contrario, no volveré ya más a la Gran Ópera. Desgraciadamente la primera bailarina de este teatro, una española, Rosa Mauri, o *Rositá*, como aquí la llaman, se halla enferma en cama, con una pierna retobada entre un vendaje de yeso, de modo que no he tenido ocasión de apreciar el mérito de sus famosas piruetas, tanto más famosas cuanto que le valen cada noche miles de francos en regalos.

La primera noche que asistí a la Ópera, fue a escuchar *Fausto*, que se ponía en escena con motivo de la *rentrée* de la *prima donna* Sra. Krauss. El teatro estaba lleno, y como era lunes –día de los abonados– la concurrencia era tan selecta y distinguida cuanto puede serlo en la estación presente.

Asistían a la representación la esposa y la hija del Presidente de la República, Gounod, Carlos Garnier, arquitecto del teatro, el Ministro de Estados Unidos en París, que es el jefe de la casa con quien se ha hecho la negociación del

último empréstito de la Provincia de Buenos Aires, el embajador de Inglaterra en París, todos los críticos de la prensa parisiense, Mr. Francisque Sarcey incluso, y el ex comisario de marina de la República Argentina, Don Luis del Carril, con su señora e hija, en el palco.

Vi también una familia norteamericana en *avant-scène* de la derecha, cuyas alhajas reunidas debían valer, según un joyero con quien hablé, alrededor de un millón de patacones: la familia se componía de la madre, la hija, el hijo y el padre, estos dos con botones de nácar en la pechera de la camisa, sin duda para formar contraste. Mme. Wilson, la hija de Mr. Grévy, ceñía vestido muy escotado de seda, color patito, con encajes de color amarilloso y guantes del mismo matiz con muchos botones. El tocado era en *baudeau* con una especie de rodete ni alto ni bajo, peineta imperceptible y un ramo de flores artificiales en el lado izquierdo. No llevaba joyas, ni siquiera aros.

Mme. Grévy no tenía tampoco aros, ni llevaba más joya que su lente de oro, estilo inglés, pendiente de un cordón finísimo de seda. Peinada lo mismo que su hija, pero sin flores, ceñía vestido muy escotado de raso negro, con encajes del mismo color, y calzaba guante blanco muy alto. Durante los entreactos, la señora se cubría con una *pelérine* de encaje negro cuyas puntas cruzaba por delante.

Gounod, vestido con el más deplorable abandono, escapó del teatro así que comenzaron a cantar. Parece que solo había ido a informarse del estado de la sala. Al encontrarlo en un corredor, sabiendo que era Gounod, me acerqué disimuladamente y lo pisé como por distracción. Le presenté mis excusas, pero no pude encontrar coyuntura para entrar en conversación. ¡Me pidió perdón por haberlo yo pisado! Esto me hizo recordar lo que decía Bulwer: que en Francia, a la inversa de Inglaterra, es una felicidad tropezar con algu-

no por el placer que proporciona recibir las atentas excusas de la galantería francesa.

Al entrar a sentarme en la tertulia de orquesta que había tomado, encontré delante de mi localidad al hermano del famoso rey Cettiwayo, acompañado de un ayudante. Habían llegado ese día a París, de paso para Londres, y eran el *clou de la soirée*, si es que podía haber otro *clou* que Mme. Krauss.

No dejó de costarme algún trabajo llegar hasta mi tertulia, pues anda entre unas y otras filas muy escaso el espacio, tanto que para poder circular con comodidad sería necesario suprimir unas tres o cuatro hileras. Ignoro si es por esta causa o por otra que no van las señoras a las tertulias de orquesta. Van, sí, a la mitad posterior de la platea, que se llama el "anfiteatro".

Si yo dijera que la orquesta es "buena" no diría una novedad en Buenos Aires y consignaría, además, una patochada. La orquesta es admirable, está mucho más arriba de todo elogio y no se puede apreciar sin haberla escuchado. Abundan en ella las calvas y las canas y se ve de entre su masa surgir una que otra cabeza al estilo de 1830, bien poblada de gran melena.

De los artistas que cantaron solo el bajo era digno del teatro, un bajo de un órgano admirable, dotado a la vez de un gran talento dramático. Era decididamente la personificación del *Mefistófeles* de Goethe. La serenata fue repetida a pedido del público, y era deplorable que mientras el bajo llenaba la escena con su voz y su ademán, el pobre tenor, retirado de aquél a alguna distancia, se hubiese clavado en las tablas como un santo de palo.

Mme. Krauss, que fue aplaudida con un entusiasmo verdaderamente francés, es una mujer gruesa, bastante entrada en años, con un timbre de voz muy simpático, gritona de cuando en cuando y que luce demasiado los incisivos supe-

riores, separados por una abertura que se distingue a simple vista y por la cual escapa silbando una parte del aire que espira; ese silbido es una especie de nota suplementaria de todo su canto y no alcanzo a comprender cómo esta señora ha podido con tal defecto llegar a la posición que ocupa en el mundo artístico.

Un sujeto que me era absolutamente desconocido y se hallaba a mi lado en las tertulias, me informó que Mme. Krauss es íntima amiga del escultor Carrier-Belleuse y que le ha servido de modelo para una estatua. La estatua de la República Argentina en el monumento de San Martín, obra de Belleuse, tiene, en efecto, algún parecido en la fisonomía con Mme. Krauss y pudiera ser esa la estatua a que se refería mi interlocutor del teatro. Pero la máscara de la estatua es mucho más bella que la fisonomía de Mme. Krauss, que es chata y nada hermosa, pues su rostro es de dimensiones exageradas. En suma, la estatua se asemeja a Mme. Krauss, porque Mme. Kauss tiene tipo algo pampa, menos el color, naturalmente.

Esta *prima donna* posee un cuerpo colosal, hercúleo, con una cintura desmedida y todo lo demás, hacia delante, en relación a lo anterior. Calculo que debe ser "de las mejores mujeres" –según el criterio de Napoleón I– porque tiene la configuración y el tamaño para la misión que el grande hombre le asignaba en la creación.

Como se comprende, con estas condiciones físicas es imposible no echar una especie de borrón en papeles como el de Margarita, cuya personalidad moral es incompatible con una individualidad obesa o altótica, y, lo repito, Mme. Krauss parece más bien una luchadora de circo. Juntando esto con lo de los dientes incisivos separados, no sé qué diría un *dilettanti* bonaerense sobre esta cantatriz.

El tenor era un sujeto que parecía hijo de Mme. Krauss y

debía tener botines nuevos, porque pisaba muy fuerte, probablemente para amoldarlos. De su voz solo diré que se le solía acabar en ocasiones y entonces "le jugaba resuello". El público lo aplaudió, probablemente agradecido a que él cantó todo el *Salut, demeure chaste et pure!*, digiriéndose tan pronto a la platea como al cielorraso de la sala.

Valentín era un tipo muy curioso: "grande de cara, ancho de pescuezo, botija de cuerpo, largo de brazos, cortito de piernas". Voz, puede ser que la haya tenido; su escuela parece fue escasa y, en resumidas cuentas, no sé cómo puede haber entrado en la Ópera. Murió sin la gracia del gladiador antiguo, dándose un cocazo furibundo en las tablas; se levantó cuando todos lo creíamos muerto, y caminó durante la agonía pisando tan fuerte como el tenor, para caer al fin en los brazos robustos de un corista cuya barba negra, verdadera, sobresalía de la blanca postiza que llevaba.

Así como afrancesadamente se suele decir que una persona tiene "el coraje de sus opiniones", yo me puedo permitir la licencia de decir que la Siebel de la representación a que me refiero, es una dama que tiene "la franqueza de sus piernas". No es, por cierto, escaso mérito el mostrarlas flacas cuando se puede recurrir al algodón; es también el único mérito de Siebel.

Marta irreprochable en la parte plástica y dramática y aún en su escuela de canto; no así en su voz, un poco pasada de sazón y cascada. Los coros eran tan numerosos que se contaban por centenares los individuos que los componían, y según su cantidad, así era también su calidad.

El lujo de los trajes es fuera de toda ponderación; su variedad, infinita y su efecto indescriptible. Habituados a la uniformidad militar de los trajes teatrales de nuestras escenas, los argentinos tenemos necesariamente que admitir esta riqueza y esta variedad de los guardarropas de la ópera

parisién. Las masas de pueblo están aquí compuestas de individuos cuyos trajes son todos distintos, a punto de que no se encuentran dos iguales ni en la forma, ni en los colores. Excusado es decir qué telas y qué arte se emplean en los trajes de las primeras partes. Haré, sin embargo, una sola observación para mostrar cómo se manejan en este punto las cosas.

Es sabido que los trajes negros en particular, y oscuros en general, empequeñecen las personas. Mme. Krauss, para acercarse en lo posible al tipo físico de Margarita en el Fausto, lleva durante casi toda la representación un vestido de color violeta. En efecto, parece más delgada y más baja que cuando sale con vestido blanco. Ese color violeta, del cual habló hace algún tiempo el Fígaro como de una maravilla de tintorería, no he podido descubrir lo que tenga de especial. Es un matiz medio entre el "borra de vino" claro y el violeta oscuro. Lo que es soberbio, es el encamado de los dos trajes de Mefistófeles, uno de felpa y otro de *satinette* como nunca había visto en la realidad y que me parece copiado de los cuadros de Rubens. El encamado de la felpa es brillante, el de la *satinette* es mate, y ni uno ni otro fatigan la vista, no obstante la pureza enérgica de su tono.

Pero la maravilla de las maravillas aquí es el lujo de las decoraciones. He visto escenas de *Fausto* y *Hugonotes* que, sin la música, habría jurado no haber visto nunca, tal era y tan grande, tan inmensa, tan desproporcionada, la diferencia entre estas decoraciones y las de nuestros teatros. Un solo dato bastará para juzgar el punto: la serenata que canta Mefistófeles en *Fausto*, es cantada en una plaza que une el puente de un castillo a la entrada de una ciudad. La decoración consta de catorce órdenes de bambalinas en cada lado del proscenio, y el cielo y el bosque que forman el fondo del paisaje, parece que fueran realmente bosque y cielo.

El gabinete del Dr. Fausto, la aparición de Margarita, el jardín de ésta, un jardín verdadero, en que no hay más que plantas de la flora alemana; la iglesia, todo, en una palabra, es estupendo y decora al natural la obra poética de Goethe. No sabría decir qué es lo mejor, porque si pienso en la iglesia, recuerdo la plaza, después del cuadro final, luego la taberna; en suma, de cada situación, de cada escena, se puede decir que son todas a cual mejor.

Mencionaré, por lo tanto, un solo cuadro en particular: los infiernos o el infierno, como se quiera. Primero es un infierno tétrico sombrío, oscuro, color de piedra; llega Mefistófeles con Fausto. Aquel hace a éste los honores de la casa. De todos lados huyen brujas, demonios y condenados, y cuando los dos personajes quedan solos, después de diversas explosiones de diferentes colores, caen los muros grises y parduscos y aparece un recinto sonriente, inundado de luz, adornado con jardines, al cual desborda de todos lados un Amazonas de mujeres, las bailarinas y las figurantes que adornan el proscenio mientras aquellas danzan. Fausto ocupa el centro del foro, una especie de trono celeste, rodeado de mujeres hermosísimas que lo acarician; Mefistófeles, a su lado, se deja adorar, y comienza un baile tan brillante y ostentoso como insípido e incomprensible, que se prolonga más de media hora.

El total de personas que figuran en la escena debe ser alrededor de doscientas cincuenta, todas del sexo femenino, divididas en grupos uniformados, entre los cuales el más numeroso y mejor vestido es el de las mujeres egipcias, que llevan polleras de seda color perla. No comprendo el sentido estético del ballet; es un gusto difícil de apreciar, pero calculo que los aficionados y entendidos deben aspirar un placer inmenso en este espectáculo, tal como se desempeña aquí.

La escena, o más bien el cuadro final del Fausto, Mar-

garita, muerta en su prisión y su efigie o la transfiguración de su alma subiendo al cielo entre nubes y rodeada, como las vírgenes de Murillo, por un coro de ángeles, es una cosa portentosa, que parece mentira y puede admirar a cualquiera, aun al genio más notable, no digo a un simple periodista en viaje.

Este cuadro recibe, además de la luz de la sala, la luz de la *rampe*, un chorro de luz eléctrica que sale de la concha del apuntador y dos de cada costado. Es imposible formarse idea del empleo que se hace aquí de la luz eléctrica. En todos los teatros se explota, tanto en Francia como en Inglaterra; pero en ninguno se saca de ella el partido que en la Ópera. Hay momentos en que el proscenio recibe seis chorros de luz eléctrica que se cruzan y se confunden en un solo punto, o que iluminan diversos personajes o decoraciones. Las luces de colores, también eléctricas, se aplican a las situaciones fantásticas o fantasmagóricas, en las representaciones y en los ballets; es algo indecible, que la pluma no podría hacer comprender. ¿Cómo expresar, en efecto, lo que es la iglesia del Fausto, con más de veinte varas de altura, arcos, de una majestad sin igual, un órgano portentoso ejecutando(voz celeste) una plegaria acompañado por un coro dulcísimo, Margarita arrodillada, bajo un lampo de luz eléctrica blanca, Mefistófeles, detrás, envuelto en una aureola roja de otro foco eléctrico?

Fácilmente se puede deducir de todo lo anterior que por la orquesta y la exoneración escénica se puede ir a la Ópera, aunque los artistas no valgan mucho. Y, en efecto, hay mucha gente que no va por otra cosa; pero aquí la masa del buen público es muy temperante en su asistencia a la Ópera, porque es un teatro bastante aburrido, como todo lo majestuoso.

Los ingleses, los americanos y una parte de los franceses,

van a la Ópera en traje de mañana, con saco, algunos con polainas de cuero y muchos con gemelos en caja colgada del hombro izquierdo. De parte de los ingleses es una falta de cortesía totalmente injustificada, pues en *Covent Garden* no entraría el mismo Príncipe de Gales sin frac en una noche de representación lírica; pero aquí se aprovechan de esa libertad, que es una de las pocas de que no gozan en su país.

Los que hacen consistir la república en el uso de la blusa y dicen que mala educación es la base de la democracia, me parece que disfrazan innoblemente la institución. Tratándose de la Ópera, no es solo una consideración de mera convención social lo que me hace no estar conforme con el hábito, que ha empezado a cundir en París, de ir a la Ópera de saco o con *jaquette*. Es que, en un teatro como la Ópera, todo debe estar en armonía, y no se puede subir o bajar su escalera –peldaños de alabastro opaco, baranda de jaspe, pasamanos de ónix– sin ponerse colorado cuando no se va elegante desde el zapato hasta el peinado. El traje de las personas que van a una casa debe corresponder a la casa misma y es en este sentido que principalmente choca ver gentes que asistan mal vestidas a la Ópera.

Ya he dicho que el Teatro de la Ópera es aburrido, porque es por demás majestuoso; lo repito sin más explicación, porque me parece ésta suficiente y deduzco de aquí que es sabia y prudente la dosis que el público se propina: una vez por semana. Es que hasta los buenos republicanos de chaquetón que traen a sus señoras con botín elástico de cuero de perro, asisten solemnemente a estas representaciones en que el espíritu del rey sol preside al desempeño de la obra y a la *contenance* de los espectadores.

Pero, con todos los méritos que pueda tener este teatro, con su lujo, su majestad, sus cuarenta millones de francos de costo, mientras canten en él los actores de que dispone,

siempre será inferior a muchos teatros del mundo, entre los cuales me atrevo a colocar al Colón de Buenos Aires. Con lo que todo el mundo sabe el gusto musical francés y con seis ocasiones en que he asistido a la Ópera, he formado la convicción de que vale algo más un *dilettanti* de Buenos Aires que uno de ese teatro. Éste tiene un gusto exclusivo, y por lo tanto, estrecho, mientras que el primero comprende más la música dramática, tiene su criterio en general más ilustrado.

Pero observo que me he extendido sobremanera hablando del sexo masculino y apenas de paso he tocado lo referente al sexo femenino. Será, pues, para mis compatriotas de este sexo, mi última palabra, “el postre”, como dicen los chicos golosos.

El teatro de la Ópera está construido de tal manera que las localidades más caras son perfectamente adecuadas a la exhibición de trajes de gran lujo y esa exhibición es tanto más brillante cuanto que los trajes de teatro son generalmente claros y la sala está entapizada en género granate oscuro.

He visto en esa galería muchos originales poco dignos de la exhibición pública, ocupando palcos, pero ninguna dama de buen tono se presenta de otro modo lujosamente. Los trajes de Mme. Grévy y Mme. Wilson eran riquísimos la noche en que las vi, según dije antes, y la sencillez de sus atavíos consistía en no llevar alhajas, lo cual suele ser también lujo.

Las argentinas que vengan a París no podrán rivalizar en el lujo de las joyas con muchas parisienses, pero podrán presentarse tan bien como la mejor en cuanto al traje, y es lo que les aconsejo que hagan. En los entreactos, que es cuando se da más fuerza a la luz de la sala, pueden quedarse en sus palcos una vez y bajar otra al foyer, sin sombrero y sin tapado, del brazo del respectivo caballero, igualmente sin sombrero, y estoy seguro de que en este país no dejarán de hacerse admirar.

No aconsejaría, sin embargo, a ninguna argentina que le permitiese a su modista encajarle una *toilette épatante*, chillona o extravagante, pues ese género de gente: el *demi-monde*, expresión que se traduce por sí misma. La exactitud del corte, la elegancia sencilla de telas ricas adornadas con encajes, flecos o guarniciones –según la moda dominante– también ricos, será lo suficiente. Pero… no, no necesito hacer indicaciones: la porteña de buen tono lo es en todas partes. Venga, pues a la Ópera de París, como va al Colón, y llamará la atención… si es hermosa.

De un mundo a otro en trece días

Marsella, Abril 26 de 1884

Señor Director

He terminado esta mañana, al llegar a Marsella, mi quinta travesía del Atlántico. Creo que se me podría acordar ya el título de catedrático en la materia; pero yo me contento con el muy modesto de "entendido", que basta para mi objeto, cual es el de convencer al lector que no le habla de navegación un navegante playero. ¿Sería impertinente agregar que el corresponsal que escribe no se ha mareado jamás, ni aun en el canal de la Mancha? No pienso que sea impertinente, porque el lector queda seguro de que el corresponsal ha podido siempre observar en plena salud, lo cual garante la exactitud de las observaciones.

¿Y qué hacer a bordo, cuando no se va mareado, sino observar, criticar, murmurar –¡sobre todo murmurar!– que es la forma más perversa pero más fecunda de recoger la cosecha de las observaciones ajenas para cambiarlas por las propias?

He observado, pues; he murmurado a bordo de todos los buques en que he navegado, y he murmurado enormemente a bordo del Nord-América –antes Stirling Castle– el gran buque rápido sobre el cual se ha escrito mucho, pero se ha dicho poca cosa, el buque en que he venido a Europa y en el cual también me volveré probablemente al Río de La Plata, porque el mal trago pasarlo pronto, y hay pocos tragos tan amargos como el de una larga navegación.

La duda sobre si el Nord- América puede o no hacer sus viajes con la rapidez anunciada en los prospectos, no tiene razón de ser: el buque hace el camino directo de Montevi-

deo a Gibraltar en trece días, aun con vientos y corrientes en contra como los hemos tenido en este viaje. Agregando un día de Buenos Aires a Montevideo y dos de Gibraltar a Marsella, se ve que el vapor no tarda más de dieciséis días en su carrera a Francia y diecisiete en su viaje completo a Génova. Es posible que los armadores prometan menos tiempo, pero el pasajero no debe contar con él, porque entre el momento de la llegada y el del desembarco, suelen mediar muchas horas, como nos ha sucedido ahora en Marsella, adonde llegamos a las 8 de la mañana y desembarcamos después de las 2 de la tarde.

Me parece completamente innecesario comparar la duración de los viajes del Nord-América con lo de los demás vapores que navegan entre Europa y el Río de La Plata. El pasajero puede hacerlo con los prospectos en la mano para juzgar de la rapidez.

Y nótese que la velocidad de un viaje oceánico es su primera condición. Aquellos a quienes se les observa que viniendo a Marsella en el Nord-América, ganan de cuatro a nueve días sobre los viajes de los demás vapores, aquellos a quienes eso se les dice y que contestan encogiéndose de hombros, no saben de la misa la media de materia en navegación. Nueve días de mar ahorrados son otras tantas semanas de trabajo aprovechado, de bienestar conseguido y de malestar evitado. En nueve días se puede conocer Madrid y darse una idea de su importancia; en nueve días se puede ir de Europa a Estados Unidos y descansar de la travesía; sobre todo, nueve días quitados a la contemplación de un mar siempre igual, son semana y media que se gana para estudiar o para divertirse en Europa, nueve días robados a una vida monótonamente bestial en que el hombre come y duerme sin goce, y lee sin fruto como una máquina inconsciente.

Hablo así porque espero que no se me exija una diser-

tación plagada de clisés sobre el cambio comercial de las naciones, la rapidez de las comunicaciones comerciales, la importancia de la navegación por vapor, etc.

Quiero referirme aquí a los *turistas* –¡perdone la Academia!– que viajan por placer o por instrucción, a los que vienen a Europa a curarse o a los numerosos comisionados oficiales y empleados diplomáticos que vienen del Río de la Plata al viejo mundo.

Para tal gente –*in ea vivimus et movemus*– hay, sin embargo, una importante circunstancia que no dejaré de tener en cuenta: el trato a bordo.

En el balance de viaje de un comerciante apurado hay una pregunta que no se contesta, cual es la de: ¿valen más 16 días mal pasados que 25 días de buena vida? Claro está que el comerciante hace caso omiso de las comodidades y está claro también que el estanciero en viaje se atiene mucho a pasarlo con la mayor suma posible de comodidades.

En el caso del Nord-América puedo garantir que el pasajero no será mejor tratado en ningún otro vapor de los que van al Río de la Plata, y se puede agregar que ninguna compañía ha ido tan adelante en las mejoras del servicio doméstico, como la compañía propietaria del antiguo Stirling Castle.

Campanillas eléctricas en los camarotes, servicio de restaurant a toda hora dentro y fuera del comedor, luz toda la noche en el salón y en el *fumoir*, piano en la cámara de segunda clase, lavado de la cubierta a las 4 de la mañana cuando nadie está despierto, son todas mejoras y ventajas que no se aprecian desde tierra, pero que a bordo tienen un inmenso valor, porque hacen la vida más fácil, menos aburrida y más libre.

Nada iguala, sin embargo, el mérito de la solicitud que muestran los camareros del Nord-América. En todos los vapores se nota en los criados una insolencia, una mala volun-

tad y una brusquedad que chocan en el más alto grado. Puedo garantir que el pasajero que se queje de los camareros del Nord-América, no tiene razón. Son todos italianos, la mayor parte han estado en Buenos Aires y hablan español y serían óptimos sin cierto detalle que la administración del vapor puede salvar mandándoles llevar siempre las uñas cortas.

Cuando el viaje comenzó, interpreté en mal sentido la solicitud que mostraban conmigo y con mis compañeros el maestresala y los criados, que sabían mi condición de periodista y conocían el diario en que escribo. Muy luego he podido convencerme de que la benevolencia del servicio no era exclusiva para los que pudiéramos acreditar o desacreditar públicamente al vapor, sino que se extendía a todos y cada uno de los pasajeros por igual, aun sin atender a la condición social de muchos de educación dudosa.

¡Desgraciado, en los buques donde la servidumbre *a de l'esprit*, desgraciado del tipo cursi que se les afirme a los maccaroni con cuchara! No serán tales criados los que den cuenta de las quejas de los pasajeros para anotarlas en un libro *ad hoc*, como sucede en el Nord-América.

En este buque, como en cualquier otro, es un engaño creer que la amistad de las autoridades pueda proporcionar excepcionales comodidades al pasajero.

Han pasado ya los tiempos en que los capitanes de buque podían a voluntad mejorar o empeorar la vida del pasajero. Hoy todos somos iguales ante el precio del pasaje y ante la propina que los camareros esperan.

Prueba de ello es que en los buques más lujosos del mundo –que son los que van de Europa a Estados Unidos– el pasajero no ve ni siquiera la cara del capitán que, lo mismo que sus oficiales, "no existe para el pasajero", según la fórmula inglesa.

Tal cosa no sucede en el Nord-América, pero es muy justo

decir que los oficiales, en su contacto con los pasajeros, no hacen sino esforzarse en dar a la travesía atractivos y encantos que distraigan a los sanos y curen a los mareados.

En cuanto al comandante, un lobo marino que habla cuatro idiomas (sin contar el *zeneize*) no deja resorte por tocar para dejar contentos a los viajeros: organiza y dirige los pasatiempos gimnásticos de los niños, juega al truque con los criollos viejos, y a los demás juegos con quien se presente, toca el piano, hace quemar fuegos artificiales al pasar la línea ecuatorial, no corteja a ninguna dama y pasa en el puente de servicio las noches sospechosas, por mínimo que sea el riesgo de una mar gruesa o picada.

Como capitán de buque vale un tesoro, para presidir una mesa no tiene precio, sus subalternos lo aman más que le temen y será imposible que un americano conversador lo trate sin estimarlo.

Con todo, yo lo querría más si él diera menos con los pasajeros, porque se puede asegurar a priori y en todos los casos, que la familiaridad de las autoridades con sus subordinados acaba por dar alguna vez malos resultados, así en tierra como en los buques.

Precisamente el Nord-América es el único buque que puede establecer con fruto el sistema de la comida libre, para abolir la mesa presidida por el capitán, las bromas que éste da y recibe y la obligada compañía de gentes desconocidas y muchas desagradables.

Cierto es, como ya lo he dicho, que se puede almorzar y comer a cualquier hora, fuera de la mesa común, pero este sistema no por todos puede ser costeado, una vez que en el precio del pasaje se ha abonado la comida.

Lo verdaderamente útil sería que no se cobrara más que el pasaje neto, dejando la comida aparte para que cada uno tomara lo que quisiera.

Este sistema de vida aseguraría al buque la concurrencia de los pasajeros más acaudalados que van del Río de la Plata a Europa.

¡Qué hazaña haría la compañía si encontrara el medio para que nunca se vieran sobre cubierta o en el comedor personas en zapatillas o con camisa de dormir y saco abierto para lucir la sedería de aquella pieza!

La eliminación de los mal educados completaría las reformas que según se dice van a hacerse en el Nord-América, una de las cuales es la supresión de la segunda clase, cuyos pasajeros pasan el día mezclados con los de primera en una misma toldilla del castillo de popa.

La rapidez del vapor es de 17 millas por hora en término medio, pero podría llegar a 20 millas con una subvención gubernativa que le costeara el exceso de carbón necesario.

Andando a vapor a 20 millas por hora, ganaría 72 millas por día y 1.152 millas en todo el trayecto a Marsella, con relación a su marcha actual, y el viaje que es hoy de dieciséis días, quedaría reducido a trece días, desde Buenos Aires a Marsella y catorce a Génova.

Por desgracia, esa subvención no sería de fruto sino elevándola a 150.000 pesos nacionales por año como mínimum. Ciertamente el gobierno argentino podría en cambio colocar cuatro oficiales de marina a bordo para hacer estudios prácticos y disponer algunos pasajes gratuitos para sus empleados, agentes y comisionados: pero a pesar de todo, dudo mucho que el Congreso reputara bien gastado ese dinero, aunque se le demostrara con cifras lo que ganaría el comercio con esa rapidez de comunicaciones, cuya base principal es la supresión de la enojosa escala en el Brasil.

De cualquier modo, hemos puesto una pica en Flandes con este vapor y es un deber patriótico sostenerlo, máxime

cuando ya se anuncia que otras compañías se preparan a hacerle competencia.

Rumores cuyo fundamento ignoro atribuyen a la compañía francesa de Mensajerías Marítimas, el propósito de mandar al Río de la Plata un buque que hará el viaje a Burdeos en quince días.

Las compañías italianas no se pueden apurar más de lo que se apuran, y es lógico suponer que en este *steeple chase* las compañías inglesas no dejaran que sus rivales se golpeen la boca.

Ganaremos con todo esto los que viajamos y ganará el país, que estará mejor servido, siempre que no resulte cierto, como lo afirman algunos pesimistas, que el Nord-América no ha dado hasta ahora más que pérdidas.

Mucho me violenta el dar fe a semejante aserción, por tantas cosas extrañas se ven que no sería ésta una de las mayores.

París en verano

París, Mayo 12 de 1884

Señor Director de La Nación

Se criticaba en Buenos Aires el proyecto de recibir a De Amicis con una manifestación popular y la idea de que grupos de gente fueran a saludarlo desde la calle; a él, que es un europeo habituado a las solemnidades realizadas debajo de techo y entre cortinados.

No, decía yo entonces; no debemos renunciar a la idea de una manifestación al aire libre.

Es que no sabríamos, o podríamos concebir bajo nuestro hermoso cielo, fiestas más alegres, agasajos más efusivos ni emociones más comunicativas que las que se desenvuelven a la luz del sol, en medio de la calle, con los átomos del aire por vehículo y la electricidad de nuestra atmósfera por impulso. ¿Qué mente puede elevarse, qué imaginación puede encenderse, qué corazón puede matar de amor cuando no se siente el rostro acariciado por una brisa tibia, cuando los cielos no hacen estremecer con sus rayos, cuando no se conocen el calor abrazador ni la luz enceguecedora?

Tristes comarcas, tristes ciudades y tristes campiñas, las que el sol ilumina pobremente: la bruma las envuelve, la melancolía las habita, el suicidio las domina en los árboles sin flores, hojas muy oscuras, en los corazones la apatía, en las inteligencias la metafísica, frío en el aire¸ soledad en los espacios, silencio en todas partes, ¡hasta en las cunas!

Bajo la luz del sol abrazadora cunde por los aires la alegría, la una lleva a la otra y en la atmósfera, en las cosas, en las personas, hasta en los cementerios, el padre sol reanima a los que mueren y da nuevo vigor a los que viven.

Tal así ahora este hermoso París encantador, madre de abominaciones, foco de delicias, mundo, demonio y carne reunidos, morada paradisíaca, regio esplendor. París, el único París del mundo.

Remisa la primavera en sus comienzos, ha llegado ahora el verano antes de tiempo, todo lo ilumina, todo lo alegra, todo lo adorna y embellece. Cada calle es una decoración, cada avenida un jardín, cada jardín un edén.

Donde quiera que se tienda la vista encuentra el viajero la hermosura de la vida nueva *les peupliers en feuilles et les marronniers en fleurs.*

Así también los cielos están cubiertos de flores sobre cada lago de césped canteros de todos matices, los chorros de las fuentes ruidosamente lanzados al aire, y arriba, en las copas de los árboles, los pájaros pintados, cantando sus amores. ¡Cómo juguetean, cómo se persiguen, cómo vuelan sobre las pelouses de césped bien cortado, cómo acuden a recoger los granos que los niños les arrojan a puñados!

Por la mañana, a mediodía, a la tarde, a la noche, a toda hora y en todo momento, mundos de gente por las calles, en las plazas, en los parques y en los jardines, respirando el buen aire del verano, bañándose en la luz caliente del sol, recogiendo las emanaciones de la vegetación renovada.

De madrugada, aún no salido el sol, pero ya asomado en una magnífica aurora roja, cabalgatas numerosas, amazonas solas, caballeros silenciosos van al bosque, y durante cinco horas, por lo menos, todo es ir y venir, carruajes y caballos, quien muy a prisa, quien muy despacio, unos en grupos, otros separados, todos contentos de ver un cielo sin nubes, el aire sin huracanes y la tierra florecida.

Por la tarde, cuando los últimos rayos de la "corona de los orbes" iluminan la cúspide del Arco de Triunfo y del Monte Valeriano, la escena se repite con una nueva nota de amor

que es a la vez la línea, el perfume y el color: las hermosas mujeres, hermosamente ataviadas, todas deseosas de mostrar sus galas, todas elegantes, cansadas de la vida muelle, ansiando un rato de brisa, de fresco y de sombra, bajo los altos árboles que se cubren de flores.

Hasta las iglesias parecen más bellas. Cantan ahora las mujeres las alabanzas de María, madre de Dios, y todas van a ella "con flores a porfía". Los grandes órganos lanzan sus majestuosos sonidos, nubes de incienso envuelven las imágenes, los vasos sagrados devuelven en chispas de oro las luces de los cirios y en el aire blandamente movido se expanden los cánticos femeninos, ofrenda de corazones.

El domingo –día de humildes– toda la población está en la calle, las giras campestres son toda la ocupación de la jornada, las mujeres brincan como cervatillas, alegres y contentas, los niños retozan en los céspedes y los hombres más tranquilos fuman sus cigarrillos tirados en el suelo, delante de la gran naturaleza reverdecida, en medio del dulce silencio de los campos, bajo las caminatas a pie, almuerzos sobre la yerba, carreras, saltos, cabalgatas en mansos jumentos; ¡qué sé yo cuánta escena, cuánto cuadro se ve en esos paseos de la gente buena trabajadora! Parecen todos locos y la verdad que a los parisienses los enloquece el campo.

Mostrar una pierna bien torneada no es impudicia, abrazar a una joven y alegre "gallina ciega" no es pecado, arriesgar un equívoco no es inconveniente y hasta el achisparse parece un complemento obligado del paseo. A cada paso un idilio se presenta, silenciosas parejas se entrecruzan, se oyen ruidos de besos, estallan carcajadas y alegres cuchicheos se funden en abrazos furtivos.

Es que estamos en la estación de los amores:

l'air y est plus doux et l'oiseau plus léger.

Todos los búcaros están de flores llenos, las almas de con-

tento y los espacios de luz. Todo se anima, todo se rejuvenece, vuelve el ardor a los espíritus y la salud a los enfermos. La gran ciudad entera anegada por los rayos de un sol ardiente está de fiesta, con su ropaje verde; parece que viviéramos en nuestra hermosa tierra y buscamos ansiosos el limonero en flor, los azahares perfumados, la nube solitaria que trae en su seno la furiosa tormenta de una hora, con su tremendo aguacero diluvial.

No, no retumba en estos espacios el trueno formidable, no florece la planta de las desposadas, las nubes no derraman con ímpetu sus aguas, no zumba el huracán abrasador, ni el río levanta olas de mar embravecido.

La Coruña, su vida y su comercio

Candás, Junio 24 de 1884

Dudo mucho de que un viajero avezado a las dificultades de encontrar tema, y pasado maestro en las de desarrollar cualquiera de ellos, hallara en La Coruña asunto propio para desempeñar una de esas cartas platerescas, hispanófilas y frías, como cosa de mundos muertos, que es tan fácil escribir desde cualquier ciudad española donde haya catedral, castillo y tal que otro convento. Nada de artístico, nada de suntuoso, nada de brillante hay en La Coruña. Estuve en ella el mes pasado, en viaje de Francia, por Burdeos, en paquete inglés, y aún tengo frescos los recuerdos de mi llegada y residencia, en que forzosamente comparaba por triplicado lo que veía con lo que acababa de dejar y con lo que tenemos en Buenos Aires.

Así, no trepido en afirmar que –a ojo de buen cubero– La Coruña y sus treinta mil habitantes podrían caber en la Boca del Riachuelo, bien que el suelo podría no sustentarlos, porque los edificios son hechos de piedra.

Las calles son angostas, tortuosas y mal pavimentadas, las casas todas cubiertas en sus frentes de feos y cómodos balcones cerrados con vidrieras, el aire va escaso por las calles y el sol poco los vivifica.

Antiguamente tuvo La Coruña importancia suficiente para ser erigida en plaza de armas de primera clase, y por tal motivo tenía en el istmo que la une a la tierra firme (está en una península) poderosas fortificaciones de gran altura, con baterías corridas de un extremo a otro, reductos y bastiones, cubiertos unos, a cielo abierto otros, todos artillados con las mejores piezas de que en aquellas épocas se podía disponer.

Habiendo venido hoy a ser inútiles tales aspavientos de piedra, se resolvió, pocos años hace, derribarlos, y ya no queda de ellos más que un caballero que sufre inconveniencias de lavanderas, pescadores y gentes de peor jaez nocturna y diurnamente guarecidas en sus fosos. En todo lo que antes cubrían las fortificaciones van ahora levantándose casas construidas a la moderna, y quedan delineadas calles rectas y muy anchas, con árboles y aceras. Es una nueva ciudad que se levanta pausadamente y en la que mi ánimo, muy gozoso de ver progresos, se entristecía al pensar que ellos caminan aquí con el "tardo paso" de los bueyes homéricos de "retorcidos cuernos".

Todo sigue en estos países y en esta ciudad una misma marcha. Se adelanta, sin duda; pero ¡con cuánto retraso y con cuánta lentitud! Tan primitivamente se comercia, que habiendo acudido yo un día martes a sacar pasaje para Gijón en un vapor que salía el inmediato viernes, me respondió el jefe de la agencia:

– Hombre, vea usted, como no urge y ahora estamos ocupados: vuelva usted el jueves.

Si hubiera podido ir en ferrocarril a Gijón, abandono el vapor y se lo escribo al de la agencia para enseñarle a tratar asuntos comerciales. Desgraciadamente, hay en la línea de León a Oviedo un trozo de diligencia (de Busdongo a Puente de los Fierros) que me arredró, y la lección se quedó en nada.

Bien pequeña, insignificante y pobre, es La Coruña, comparada con Montevideo o el Rosario de Santa Fe; pero aventaja a cualquiera de éstas si se miran las cosas con detenimiento y se aprecia su importancia dentro de sus propios elementos constructivos, en su medio ambiente, y en su papel político, social y comercial.

La Coruña despierta recién, como toda España, a la vida

del mundo moderno y de la civilización imperante. En ella comienza a dar sus frutos el sacudimiento renegador de 1868. En vano el reinado temporal de gabinetes mal nacidos puede, como en este instante, detener por un momento la marcha del país: hay una fuerza superior que lo impulsa, la misma que mueve al mundo moderno todo entero, libérrima en sus funciones en los países como el nuestro¸ pero en ninguna anulada, aunque en algunos como España esté limitada.

La Coruña es pobre porque pobre es el país que acaudilla, si se me permite la expresión. Su vida es como de aldea y la infestan la mendicidad odiosa y la vagancia no menos odiosa de las clases pasivas. Pero es una ciudad dirigente, un centro pensante, una lonja comerciante, un puerto de pesca, de cambios internacionales y de emigración.

Y este es el punto adonde quería llegar, por ser el que más interés tiene para nosotros.

Bien sabido es que los hijos de la ciudad y provincia de La Coruña emigran en gran número a América y principalmente al Río de la Plata. Poca parte tiene, si ha tenido alguna, en esta emigración, la acción de los gobiernos argentinos y de sus representantes consulares. Los inmigrantes han salido espontáneamente, huyendo de la miseria, del servicio militar y de los impuestos. ¿Podría, sin embargo, hacer la acción oficial algo eficaz para mantener, fomentar y estimular esa emigración? Creo que sí. Un ensayo se hizo una vez, y dio excelentes resultados, tan excelentes que se alarmaron las autoridades españolas; pero aquel ensayo tenía por base el abono de los pasajes a los emigrantes, y el resultado fue natural.

Otros medios serían necesarios. El pasaje abonado lleva al país de inmigración a los impotentes, a los vagos, a los desacreditados sin refugio y sin domicilio, que, teniéndolo

todo perdido, corren el último albur. Y lo que necesitamos es la población sana que encuentre en sí misma los medios de transporte,

El valor de una resolución suprema, el propósito de trabajar y el fundamento de una conducta moral.

Ahora bien, tal clase de población puede ser empujada a nuestras tierras por medio de una publicidad discreta, que encierre, sin mostrarlo, una propaganda eficaz.

Véase, por ejemplo, lo que pasa con los vapores de la compañía A. López y Cía. No hay periódico que no publique sus anuncios, y el lector, forzado a leer por entero estas hojas de higuera, tiene necesariamente que enterarse del movimiento postal con La Habana, que se le ofrece así en la forma más disimulada del ofrecimiento.

En cambio, no hay un solo anuncio de vapores para el Río de la Plata, y la ignorancia de la población respecto de la llegada de los buques ingleses y franceses que navegan hacia nuestros puertos tan solo es igualada por la ignorancia de los empleados del correo en este y otros puntos que les son idénticamente indiferentes.

Bien poco trabajo tendría, sin embargo, una propaganda oficial, para desempeñarse cumplidamente en la esfera limitada que se le señalara, y la cual no debería, a mi juicio, ir más allá de los anuncios de vapores, la rectificación de los numerosos y frecuentes errores de los periódicos sobre nuestro país, el servicio de datos e informes a los que los solicitasen, la publicación de estadísticas, y el reparto profuso de mapas semejantes al del Señor Latzina.

La Coruña puede dañarnos alguna vez, así como ahora nos favorece, porque las fuerzas que nos han servido espontáneamente, pueden, por causas que no es dado desde ahora señalar, ponerse al servicio de otros países que recojan los frutos que al presente nada nos cuestan.

Es que La Coruña, como antes lo he dicho, tiene una influencia considerable y creciente sobre la región que lleva su nombre. Y es importante recordar que no ha mucho unidas directamente por ferrocarril las provincias gallegas al resto de España, se ha de empezar a producir en ellas un acrecentamiento de vida, de producción y de cambios, que se hará palpable dentro de diez a quince años, que no menos tardan aquí en madurar los frutos del progreso moderno.

Los hijos de La Coruña, son laboriosos, pero lo son con tan poca presteza que no lo parecen, y así la ciudad en que habitan figura medio muerta, como si su población anduviera dormida. Solo por las noches zumba una bulliciosa colmena en la calle Real y en el Cantón Grande, paseo bastante sin gracia, levantado en una lengua de tierra quitada al mar. Salen entonces todos los elegantes y todas las buenas mozas a subir y bajar multitud de veces la calle Real, que es angosta y sin aceras. Como diversión no es mucha la que allí goza, pero al fin es una distracción en una ciudad donde tan pocas hay.

Por la mañana no hay objeto en levantarse temprano: el movimiento empieza tarde y se interrumpe pronto para dar lugar a la comida¸ que unos toman a las 12 y otros hacen a las 3, previo almuerzo de muy poco momento a las 10 a.m.

Entre el día no se ve más que militares de particular; a la tarde comienzan a henchirse de gente los cafés; luego viene el paseo ya dicho, y después de las 9 p.m. cada mochuelo busca su olivo.

Lujo, no existe, pero hay, en cambio, mucha pobreza ostentosa de la que se ha llamado, con razón, vergonzante. Propiamente hablando, no hay dandis, que merezcan en realidad el nombre de tales, pero abunda la elegancia de provincia, de modas trasnochadas.

Pruebas son todas estas del alejamiento en que la po-

blación vive del diario movimiento moderno que radica en Nueva York, Londres, París, etc.

Pero guárdese el viajero de observar tales cosas a un coruñés. Al punto estalla en él ese amor ciego de la cosa propia, ese vivo afán de ponderar los trastos viejos de la casa, que son en cada español, sentimientos nobles pero exagerados ¿Atrasada La Coruña? ¿Dónde está el menguado que tal se atreve a afirmar? ¡Duro con él!

Duro daba yo también en ellos, y como con ser gallegos no me ganaban a terco, acababa a menudo por tomarles por caminos de atajo que ellos no esperaban me franquearan paso, porque no me suponían conocedor de cosas españolas.

Lamento no haber tenido tiempo ni ocasión de frecuentar la sociedad femenina de La Coruña, sabiendo poco menos que oscuras sobre ella, y pudiendo apenas decir que vi mujeres en las calles y miradoras, todas vestidas modestamente, ninguna de ojos feos, muy pocas de aire provocativo.

Podría cerrar aquí mi carta diciendo que esta vida mansa de arroyo silencioso, debe ser de una profunda moralidad: la verdad es que hay aquí la apariencia de la más completa virtud, pero también es verdad que, según documentos estadísticos que tengo a la vista, de cada cinco nacidos dos son hijos ilegítimos.

Pascual Madoz señala como una de las causas de esa alta cifra de nacimientos naturales, la llegada de buques al puerto. En algo influirá ello, no lo dudo, recibiendo La Coruña como mil quinientos buques anuales.

La última estadística que he podido consultar es la de 1880, que da las siguientes cifras:

BUQUES ENTRADOS
Vapores- correos españoles................ 28
Vapores- correos extranjeros............ 18

Vapores españoles no postales.......... 453
Vapores extranjeros no postales........ 81
Buques de vela españoles.................... 325
Buques de vela extranjeros.................. 270
Total 1.170

Bien expurgada esta cuenta resulta que en los rubros 3° y 4° hay un mismo vapor repetido varias veces por pertenecer a carreras fijas de cabotaje y que del rubro 2° la mayor parte han ido a sacar emigrantes, sin dejar en cambio efectos ni dinero. Además todos vapores de los rubros 3° y 4° son de pequeño tonelaje y van a La Coruña de escala, ya sea yendo de los puertos vascongados a Barcelona por vía de Gibraltar, ya sea regresando, por la misma vía, de Barcelona a los puertos vascongados.

Mucho más minucioso habría deseado ser y proporcionar informaciones más detalladas, pero no he podido procurarme los documentos necesarios y no he querido echar mano de los datos que publican los periódicos, porque se me ha asegurado que no son exactos.

Por montes y por valles

Candás, Junio 20 de 1884

Señor Director de La Nación

Va a cumplirse un mes que estoy en Asturias no lejos de los parajes en que el Infante Pelayo se levantó en armas contra los moros. Apenas alejado de Gijón por dos horas de camino, me encuentro, sin embargo, a muchas leguas de distancia de todo centro urbano en que impere, con todos los usos del día, la civilización contemporánea.

Podría ir y venir en el día a Oviedo, capital política y sabia de Asturias; podría ir de noche a escuchar *La Pasionaria* en Avilés, puerto de segundo orden; pero me mantengo en un medio agreste y cerril en cumplimiento de mandato formal, y me consuelo andando a caballo, paseando a pie por la costa, conversando con los labradores, visitando ruinas, buscando muebles viejos en las casas que antes han sido señoriales.

He recorrido así todos los caminos que salen de Candás formando los rayos de una estrella. Unos siguen líneas de cumbres muy altas, otros trepan atrevidamente las montañas, las trasponen y llevan al viajero a nuevos valles; algunos van por el fondo del mismo valle en que nacen, corriendo paralelamente arroyos de agua clara; los nuevos contornean los cerros sin abrazarlos, y se extienden blancos, como cintas de hilo; otros cruzan prados y sembrados que avanzan con sus tapices de esmeralda para no dejar más que un sendero estrecho.

Cualquiera sea el camino que se tome, la soledad es grande, la quietud profunda, el silencio tumular, el paisaje hermosísimo. La vista no se cansa de admirar tanto valle verde, tanta montaña florecida, tanto pinar oscuro y sombrado.

Durante largas horas se marcha, al paso corto de un caballo serrano, bajando y subiendo cuestas sin cesar; se sale de un valle para entrar en otro y cuando al término de un descenso, en la abertura de dos montañas separadas por corta distancia, cree el viajero encontrar la tierra abierta delante de sí en una hermosa llanura muy extensa, halla el paso cerrado y la mirada detenida por moles de piedra idénticas a las que antes ha recorrido, y sobre las cuales levantan erguidos sus troncos oscuros y sus copas verdes los elegantes pinos.

El pino domina en las alturas, crece solo o en bosques, cubre la tierra dándole sombra y frescor. Donde quiera que se vuelva la vista, se le encuentra, y se acaba por mirarle como a un amigo complaciente que cobija al viajero contra el sol y las lluvias. Yo tengo hace cerca de un mes presente sin cesar en el espíritu el verso de Lozano sobre la voz de Dios:

Olla susurrando del monte en los pinares.

Todas las ideas unidas en mi mente a la idea del pino, han venido a mi memoria, y de tal manera se han constituido en obsesión que temo encontrarme de pronto escribiendo una columna sobre los usos del pino en la vida del hombre moderno, y de la necesidad de su plantación en Patagonia: ¡Santo Cristo de Candás! Nada tendría ello de extraño, cuando no se ven más que pinos bien crecidos en el monte y mal aprovechados en el valle.

¡Qué senderos tan estrechos suben hasta las cumbres, y qué veredas tan tortuosas bajan hasta los arroyos!

En cada vuelta cree uno que va jugando la vida, y es el caballo el que va jugando, baqueano consumado, alpinista meritorio, excursionista infatigable que no necesita polaina con borlas ni bastón con púa de acero.

Yo no sabría cómo expresar el ansia que se apodera de uno al cabo de cierto tiempo, sobre todo cuando se camina por debajo de robles, en cinas o castaños; en mi ánimo siento

una opresión, luego es una opresión real en el pecho, y la imperiosa, imprescindible necesidad de salir de la oscuridad del monte, bajar al llano angosto, y ver sobre mi cabeza mucho cielo, y delante de mi persona todo el campo que pueda. Aquello no me parece campo, yo desearía el mío propio, el de mi país, llano, inmenso, sin tropiezos, bien barrido por el viento, bien alumbrado por el sol, bien sembrado de pastos por la mano de la naturaleza, y cruzado en todos sentidos, por muchos animales sueltos que dan de patadas cuando se les toma, y huyen a carrera tendida cuando se les quiere tomar. ¡Oh! ¡Qué no daría yo aquí por ver unas manadas de yeguas con su padrillo! Creo que gritaría *¡Viva la patria!*

Aquí las montañas están medidas por agrimensor, unas pobladas de pinares, otras divididas en pañuelos de manos que diversos arrendatarios siembran; en las pendientes, en los escasos trozos de llanura, todo el terreno se ve surcado por cercas vivas de plantas espinosas, que parecen de lejos cintas oscuras tendidas sobre las laderas de los cerros. Todas las propiedades son pequeñas y parece que las van a cultivar enanitos muy chiquitos, con arados como juguetes, tirados por *ponneys* también muy chiquitos. Y estas pequeñeces me irritan. ¿Por qué no siembran en grande escala? ¿Por qué se acaba a los veinte pasos la propiedad que uno va cruzando? ¿Por qué no tienen muchos caballos y muchas vacas? Me encolerizo al pensar estas cosas, me digo a mi mismo que yo no debo estar en tierra de tanda pequeñez y hago propósito de irme al día siguiente.

Pero muy luego se me pasa el enojo insensato y vuelvo muy gozoso a andar mirando, mirando, mirando siempre. Es una delectación muy tranquila, muy quieta, muy silenciosa. El paisaje es sereno pero no es majestuoso, es hermoso pero no es variado. Se goza un mismo cuadro en marcos diversos, se goza una misma vista con contornos variados:

en el fondo los mismos planos, las mismas figuras, los mismos colores. El aire apacible, el calor templado. En suma, ¡qué diablos! Es la monotonía de la llanura horizontal dividida en superficies quebradas.

La regularidad de la accidentación trae este resultado y como la altura de las cumbres no impone miedo, el paisaje no alcanza las proporciones de lo majestuoso.

Las casas que de trecho en trecho se encuentran, son pobres, sucias, bajas y mal construidas; descoloridas de lejos, apenas manchan las pendientes, y demasiado mal coloridas de cerca, no prestan belleza al cuadro ni lo animan con su presencia.

Yo no sabía hasta hace poco qué faltaba en estos campos para darles el último toque del gran pincel de la naturaleza; sentía, o más bien presentía, que de una fuerza carecían, pero no sabía darme cuenta de cuál era ese factor animador. Hace pocos días, al caer la tarde, una gran tormenta ennegreció el horizonte en todo el norte: una tempestad tremenda se anunciaba, y veíamos a la inmensa nube avanzar en silencio. Mandé ensillar mi caballo, calcé mis polainas y mi gran capote de abrigo, y me lancé a un pinar que cubre un monte muy elevado. La tempestad me alcanzó cuando llegaba a él, las cataratas del cielo vertieron todas sus aguas, el viento arrancó árboles de cuajo, hubo aludes en las montañas y naufragios en el mar, pero en toda la comarca no se vio un relámpago ni se oyó un trueno, y cuando después de tres horas de recios aguaceros volvía a mi casa bajo el azote de una lluvia fina, volvía sabiendo qué fuerza falta en este cielo para animar los seres vivos y dar fuertes colores a los inanimados. ¡Falta el relámpago que enceguece, falta la centella que divide los muros, falta el rayo que mata!

Otras son, sin embargo, las impresiones del viajero cuando se aleja de la costa, para acercarse a las escasas gargantas

que dan paso hacia las Castillas. Se elevan aquí las montañas hasta alturas andinas, serpentean los caminos sobre hondísimos precipicios, descienden a valles muy profundos, y ni por un solo momento es dado desasirse de la impresión de terror que domina el ánimo en presencia de tan magnífico espectáculo.

Muchas páginas se han escrito y pueden escribirse, por ejemplo, sobre el camino de Busdongo a Puente de los Fierros, que pasa por el Puerto de Pajares, franqueando la única vía de León a Oviedo, y por tanto el camino más directo de Gijón a ambas Castillas.

Hasta ahora el servicio de comunicaciones se hace de Busdongo a Puente de los Fierros por medio de diligencias: en el primero de dichos puntos muere el ferrocarril de León, y del segundo arranca el ramal de mismo ferrocarril que va a Oviedo y Gijón. El trozo de vía férrea que falta para unir a ambos puntos será inaugurado el 4 de agosto, y el servicio de diligencias será consecuentemente suprimido.

Yo he preferido recorrer a caballo el camino que hacen las diligencias y no tendría palabras para ponderar lo que vi, ni expresar los terrores que sentí en medio de aquellas altísimas montañas, en lo hondo de los valles, al borde de los principios y en las cumbres debajo de las cuales una espesa capa de niebla me cegaba la vista del valle.

Hay una frase regia que da idea de lo que ha sido necesario trabajar para abrir el camino del Puerto de Pajares. Dícese que Carlos IV, cuando conoció el coste de la carretera, preguntó si estaba empedrada con piezas de plata.

Y bien, no, no era necesario tanto para elevar a precios fabulosos y exigir trabajos ciclópeos en la ejecución de ese camino, obligado a pasar por un punto en que el viajero se encuentra a 1.415 metros sobre el nivel del mar, en la cumbre de la Perruca.

Cuando, con los adelantos del día, el ferrocarril ha franqueado el Puerto de Pajares, rescatando pendientes, le ha sido necesario tender ocho leguas y media de vía para unir dos puntos –Busdongo y puente de los Fierros– que están separados por dos leguas y media de distancia. Los bairenos de los obreros han abierto en esa vía de ocho leguas y media, ¡sesenta túneles, que forman una extensión total de tres leguas de galerías! Carlos IV, informado de lo que ha costado este nuevo camino ¿no habría podido con justicia preguntar si estaba empedrado con monedas de oro?

En el desarrollo de estos valles, en el despliegue de alturas oblicuadas y de acantilados perpendiculares, en la caída de los torrentes que rugen sin cesar, en la soledad de todos los parajes, en el silencio de todos los ámbitos, puede el ánimo encontrarse a cada paso embargado por la impresión de lo sublime del terror, ya sea que el viajero mire hacia abajo cómo puede encontrar una muerte segura, ya sea que contemple hacia arriba las montañas que parecen prontas a desplomarse.

Yo de mí sé decir que caminé en silencio, sin cruzar palabra con ningún caminante, entregado por completo a un fantaseo en que no había una sola idea de alegría, ni siquiera de contento. De trecho en trecho bajaba del caballo para darle descanso y cuando una pendiente no muy rápida me permitía acalorar la marcha, lanzaba el animal a galope, pero lo detenía muy pronto porque el paso rápido de los paisajes ante mi vista me mareaba y me aturdía. El animal mismo, no habituado a aquella marcha rápida, temblaba en ciertos parajes, y yo sentía, por la inseguridad de su paso, que el terror lo dominaba.

¿Por qué, paseando en los Alpes, no había sentido yo antes idénticas impresiones? Es que entonces iba acompañado; no iba, como ahora, solo, completamente solo ante la gran

naturaleza silenciosa, con la conciencia despierta, entregado a todos los pensamientos, sin freno que los detuviera ni valla que los desviara.

En esta cordillera cantábrica, llena la memoria con recuerdos de recientes lecturas, mi espíritu no podía apartarse de pensar en la guerra homérica de Asturias contra los moros, ni podía tampoco dejar de pensar en la grandeza incomparable de la invasión árabe que franqueó estos montes y estos valles para llevar sus reales hasta Gijón. Sin guías, sin caminos, sin albergues y sin recursos, los agarenos subieron hasta las mayores alturas y descendieron hasta las más grandes profundidades, triunfando sin cesar al primer e irresistible empuje de sus armas incomparablemente gloriosas.

Cuando el interés particular de un caudillo pudo identificarme con el amor a la independencia y el fanatismo religioso del pueblo aborigen, la ley natural de las derrotas compensatorias se cumplió, y los asturianos fueron reconquistando uno por uno sus montes y sus valles. Estaba escrito, sin embargo, que en Asturias, como en el resto de España, alguna grandeza había de marcar el paso de los árabes. Así, la ruta que siguieron en su retirada, simple y estrecho sendero señalado entonces por sus correos, fue más tarde camino para los godos y es hoy la misma carretera que Carlos IV preguntaba si estaba empedrada con monedas de plata.

No quedan, sin embargo, monumentos ni edificios de los árabes. De trecho en trecho ciertas ruinas marcan el sitio en que se elevó un castillo, algunas son godas, otras pertenecen a más cercanas épocas, pero todas demuestran el señorío cristiano, y en la tradición popular que las envuelve flota la historia de los antiguos señores feudales que batallaban contra los moros, los condes y barones terratenientes que levantaban sus casas fortalezas donde conquistaban, por pequeña que fuese, una extensión de territorio.

De aquellas remotas épocas solo quedan esas ruinas, "las tinieblas de la antigua historia", según la enérgica expresión del poeta, y las pobres iglesias desnudas por fuera, frías por dentro, sin aire, sin luz y sin vida, como sepulcros colosales, cuyas viejas inscripciones la edad presente no lee ni necesita leer.

Pero no, queda también algo más, queda algo significativo, algo que impresiona, que hace pensar y que consuela. Quedan de trecho en trecho, alejadas unas de otras, las ruinas de las viejas ermitas, las ruinas de esos templos sucios, húmedos infectos, las ruinas de las capillas miserables en que pasaban su vida orando los hijos del ascetismo cristiano, los ermitaños holgazanes que renegaban del trabajo que ennoblece, de la patria que glorifica, de la familia que honra, de la amistad que dignifica.

Un viento más terrible que los huracanes de las montañas en que esas ermitas se levantaban, ha volado sus techos y derribado sus muros; los santos que las adornaban han ido no se sabe adónde, los hombres que las habitaban han desaparecido sin encontrar sucesores y las lluvias destructoras van llevando una por una las piedras de sus fabricas.

Es que también alcanza a las cerradas gargantas, a los profundos valles y a las altas montañas el huracán de la idea moderna; es que a todas partes llegan los anhelos que apartan al hombre de la vida estéril; es que sin duda hemos llegado a la plenitud de los tiempos.

Emigración asturiana

San Juan de Luz, Julio 1 de 1884

Señor Director de La Nación

Heme aquí de vuelta en tierra francesa, después de una permanencia en España. Puedo recapitular notas e impresiones, y con más libertad de espíritu y más vigor material, hablar de las Asturias y de su vida, como ya hablé antes de su orografía.

Hay en Buenos Aires pocos asturianos, y esos son casi todos de las inmediaciones de Rivadeo, villa que nos da mucha inmigración pero que pertenece a Galicia, pues está precisamente rayana con Asturias, ría de por medio.

La emigración asturiana se dirige de preferencia a Cuba, y el número de los emigrantes es tal, que entre los que han regresado al Principado en los últimos diez años han transformado el aspecto de la villa de Avilés, por ejemplo, que parece un puerto francés de recreo, rodeada como está de hermosos chalets y pintorescas residencias suburbanas, edificadas por los emigrantes reintegrados a la patria.

Grande sería, entretanto, la conveniencia de que nuestro país recibiera una fuerte corriente de inmigración asturiana, porque todo cuanto se pueda decir en elogio del trabajador asturiano es pálido ante la realidad.

Fortaleza física, honradez, sobriedad, constancia en el trabajo, docilidad en la obediencia al patrón, respeto a la autoridad, amor a la familia y prole numerosa, son las condiciones de estos hombres buenos y recomendables, ya sean marineros, labradores, mineros u obreros de fundición.

Porque en estas cuatro grandes clases se dividen principalmente los trabajadores asturianos; predominan los labra-

dores, les siguen los marineros, vienen luego los mineros, y se colocan en última escala los obreros de las fábricas de acero de Mieres y Gijón. Hay también obreros en loza y porcelana y cigarreras, en Gijón y Oviedo; pero nunca aconsejaría la aclimatación de la cigarrera en nuestro país, donde ya es tiempo de que se trabaje a máquina.

Creo, pues, que la principal inmigración que podríamos buscar en Asturias, sería la de labradores y marineros.

¿Qué dificultades presentaría la empresa de decidir a los asturianos a dirigirse a Buenos Aires? ¿Cuáles deberían ser los medios que se emplearán con tal objeto?

Responderé a la segunda pregunta –no creyendo en la eficacia de la inmigración oficial–, que sería necesario limitarse a una propaganda tenaz, activa e incesante que probablemente no tendría casi ningún efecto en los dos primeros años pero que acabaría por dar resultados. El centro de operaciones de la propaganda tendría que estar en Oviedo, pero sería necesario establecer también fuertes destacamentos en Gijón, Rivadeo, Sama de Langreo, Mieres, Avilés, Cangas de Onís y Cangas de Tineo. Los libros-mapas del Señor Latzina deberían ser distribuidos por millares en las aldeas, los libros de más importancia y noticias sobre nuestro país remitidos regularmente a los periódicos, los documentos públicos y demás publicaciones oficiales dirigidos a los notables de los pueblos, etc.

Todas estas medidas tendrían que ser fecundas por una trascendental, cual es la de que los buques de vapor ingleses y franceses, que tocan en los puertos españoles, de Santander al Oeste, hicieran escala en Gijón. Sin esta facilidad de embarque, nunca conseguiremos una fuerte corriente emigratoria asturiana, y obteniendo dicha escala nos colocaríamos en condición más ventajosa que Cuba, como se verá

Actualmente, los vapores-correos que hacen el servicio de

Cuba a la costa cantábrica, van de La Habana a la Coruña directamente, depositan allí la correspondencia y siguen hasta Santander, con escala en Gijón. Los emigrantes asturianos que no pueden pagar la travesía de toda España, hasta Barcelona, toman el paquete cuando pasa por Gijón, de La Habana para Santander.

En este puerto permanece el vapor varios días, y comprende nuevamente viaje a Occidente (sin escala en Gijón) en derechura a La Coruña. Después de esta escala dobla el cabo Finisterre, toca todos los puertos de Galicia, baja el Atlántico hacia el sur, entra en el Mediterráneo, previa escala en Cádiz, y llega al fin a Barcelona, término de su viaje. Durante todo esto, desde Santander hasta Cádiz inclusive, el vapor ha ido recogiendo sus pasajeros para Cuba, de suerte que cuando sale de Barcelona ya no toca sino en Cádiz, y de este puerto hace rumbo directo a las Antillas.

Me parece que la sola enunciación de este inconcebible itinerario basta para demostrar las ventajas que sobre el viaje a Cuba presentaría para los asturianos el viaje a Bueno Aires en los paquetes de las *Messageries Maritimes*, de la Mala Real o de la Compañía del Pacífico.

Pero la escala de un vapor no puede ser arbitrariamente solicitada por un país, sino que se ha de fundar por fuerza en una necesidad demostrada o en una probabilidad próxima de fletes y pasajes. Ya he dicho que éstos solo se conseguirían remotamente, y debo agregar que me parece fácil conseguir los primeros, sobre todo una vez que Gijón quede directamente ligada al resto de España por su línea férrea no interrumpida (Madrid a Gijón por Venta de Baños, Palencia, León y Oviedo).

¿Qué fletes podría dar Gijón a los buques que van al Río de la Plata? Carbón de piedra, artefactos de hierro y acero, vinos de Toro y Zamora, porcelanas, lozas, tejidos de Palen-

cia, lienzos crudos y conservas de pescados y mariscos.

Desde luego, debo aclarar que he visto cargar carbón de piedra y artefactos de hierro y acero con destino a Inglaterra, y me ha sido demostrado que si Gijón no tiene una exportación mayor, se debe a que su puerto no abriga sino embarcaciones menores.

Ahora, el estudio minucioso de las condiciones de ese nuevo mercado, las listas de precios, las cantidades de artículos que el mercado puede dar, el tipo de lanchaje, la tasa de los seguros, las comisiones, los plazos y condiciones de las ventas, etc., son o deben ser materia de un examen especial y un análisis comparativo que mis facultades no me permiten hacer, y que, a la manera alemana, debe encomendarse al Vicecónsul argentino en Gijón bajo la dirección del Plenipotenciario acreditado ante S. M. Católica.

El actual Vicecónsul argentino en Gijón, a quien no tengo el honor de conocer, es el director de la usina de gas de dicha ciudad y según se me ha informado, persona de altas dotes intelectuales y de estimable representación social. Por desgracia, su notoriedad consular es nula, pues habiendo yo acudido a la policía a preguntar por su domicilio, se me contestó que no había en Gijón Cónsul argentino. Convendría, en consecuencia, elevar su categoría y encomendarle el estudio del mercado de Gijón, haciéndolo asesorar con alguno de los tan numerosos como inútiles diplomáticos, enviados financieros, y comisionados especiales que los gobiernos argentinos costean en Europa.

De ese estudio habría de resultar muy claro si hay lugar o no a pedir la escala de los paquetes ingleses y franceses en Gijón, según lo que el comercio bonaerense resolviera en vista de los datos suministrados por el gobierno.

Mi opinión, vagamente fundada, es que se abriría para Buenos Aires, un nuevo mercado¸ que la escala de los va-

pores se haría regular, y que poco a poco una corriente continua de inmigrantes asturianos se dirigiría a la República Argentina.

He dicho ya que esa inmigración sería para nosotros de la más alta conveniencia, y no necesito por ahora insistir en tal concepto, pero debe pasar a contestar la primera pregunta que yo mismo he formulado sobre la referida inmigración, a saber, ¿qué dificultades presentaría la empresa de decidir a los asturianos a dirigirse a Buenos Aires?

En tesis general, las dificultades con que se puede tropezar para hacer emigrar a los individuos de un pueblo o nación se hallan en razón inversa de las comodidades materiales y las libertades políticas de que esos individuos gozan. Así, por ejemplo, un pueblo que gana jornales bajos y no goza de derechos políticos, emigrará más fácilmente y en mayor número que un pueblo donde los jornales sean altos y se ha le establecido el sufragio universal. La buena paga de un relativo bienestar, y el derecho de votar retiene al ciudadano en el suelo patrio, porque se ve investido en un nobilísimo carácter, y la verdad es que un hombre no puede llamarse realmente tal mientras no tenga una intervención, aunque remota, en la gestión de los negocios públicos.

Ahora bien, del punto de vista político, y aun independientemente de la no existencia del sufragio universal, la condición de la masa popular española, y más particularmente de la clase labradora, es hoy la más deplorable en que pueda yacer una agrupación humana.

Abrumada bajo el peso de contribuciones cuantiosas, empobrecida por la competencia norteamericana y rusa, sin voto en los comicios, sin voz en las diputaciones provinciales, sin protección gubernativa, sin créditos bancarios, sin seguros sobre las cosechas, la agricultura española languidece hasta el punto de no bastar al consumo de su propio

país, que se ve obligado a importar maíces, trigos y harinas de América y de Rusia.

Se ve, pues, que en toda España concurren las condiciones que facilitan la emigración del labrador. Si se piensa que las razas españolas son las que más han colonizado en el mundo, queda aún más enérgicamente demostrada la facilidad de hacer emigrar al español.

Volviendo la vista al problema particular de la emigración asturiana, excusado es repetir que la condición política del pueblo sigue la regla general de toda monarquía. En todos los distritos rurales de Asturias, el pueblo oprimido, despojado de sus derechos, arbitrariamente vejado cada día, lleva la vida material de una máquina: trabaja, come, duerme, se multiplica, oye misa, calla y obedece. Y la desgraciada condición del hombre llega hasta el punto de poderse decir, al revés del molinero de Sans-Souci, que no hay jueces en Asturias.

En cuanto a la vida material, su miseria es casi irlandesa. Un labrador arrendatario no reúne al año 150 fuertes de ganancia líquida; renueva sus trajes cada tres o cuatro años, va constantemente calzado con almadreñas que él mismo fabrica, ignora completamente todo lo que constituye la existencia agradable, come "borona" o pan de maíz, dos o tres pulgadas cúbicas de tocino por día, muchas habas y muchas coles. Cada hombre de éstos hace su vida un constante equilibrio entre su escasa cosecha y sus necesidades. Feliz el que poseyendo algunas vacas, puede ayudarse de ellas vendiendo su leche, atándolas a los carros y arados, y recogiendo sus diarios residuos para fertilizar la tierra.

Así también, es imposible imaginar –a pesar de la limpieza– nada más pobre, nada más deplorablemente desprovisto de comodidades, que la casa del campesino asturiano, casi siempre grande y bien ventilada.

Todo el mundo trabaja, los ancianos, los adultos, los niños y las mujeres; todos gimen bajo un yugo igual desde que amanece hasta que anochece y, en definitiva, la vida de estos pobres hombres viene a ser un círculo vicioso de miseria; viven para trabajar y trabajan para vivir. He buscado en vano un labrador enriquecido.

Cuando les hablaba de las medianerías y tercianerías de los puesteros de nuestras estancias, yo veía claramente que no me creían; pero una vez que les había explicado la razón de ese sistema, reflexionaban y me manifestaban sus primeras dudas y su posterior convencimiento.

Hay algo más: la raza asturiana es una raza migratoria. Cada verano, bajan a los llanos de León y de Castilla, a trabajar en las cosechas; durante la ausencia de los adultos, trabajan los ancianos, las mujeres y los niños.

Pero todas estas consideraciones que abogan a favor de las facilidades con que el hombre asturiano emigra o puede emigrar, no son suficientes al objeto de dirigir a Buenos Aires una corriente migratoria. La verdad es que el problema se presenta más difícil, pues se trata en realidad de desviar hacia Buenos Aires, la emigración que ahora va a Cuba.

En este caso, hay que establecer, o más bien, queda desde luego declarada, una guerra de jornales.

¿Podemos nosotros darlos mayores que Cuba? ¿Podemos nosotros ofrecer al inmigrante labrador, más fácilmente que Cuba, los medios de reunir un capital en corto tiempo? ¿Podemos hacerlo propietario desde su llegada al país y abrirle créditos que le permitan trabajar inmediata y productivamente?

Creo que se puede responder afirmativamente a todas estas preguntas, y que aun las respuestas pueden ser reforzadas, considerando que el estado político y financiero de la Gran Antilla empeora de día en día y ha de empeorar aún

más bajo la administración conservadora de Cánovas del Castillo y comparsa.

Un escritor español ha dicho: "habrás oído muchas veces a los hombres de nuestro pueblo quejarse del rigor con que son tratados; al más expansivo, al más liberal, al más exagerado, dale –poca cosa– una banderola de guarda. Desde ese momento, aquel hombre se vuelve un Atila, y es el más despótico de la tierra"

Y bien, en Cuba cada español lleva una banderola de guarda; la guerra de la independencia solo ha servido para acrecentar los rigores por parte de la que se llama madrepatria, y que no es ni patria ni madre para los colonos. Las consecuencias de un régimen tan absurdo, han tenido necesariamente que influir sobre el estado económico del país, y así como el mundo puede ver languidecer a uno de los países más ricos del planeta, humillado en su condición política, explotado en su riqueza pública, cohibido en su riqueza privada y en el desarrollo de las fortunas particulares. Todo lo cual puede explicarse brevemente diciendo que Cuba lucha hoy por obtener a buenas lo que el Río de la Plata consiguió de un golpe hace setenta y cuatro años: el comercio libre.

Este estado anormal, este empobrecimiento, y una nueva guerra por la independencia, cuyos primeros síntomas se sienten ya, nos colocan, por desgracia, en mejores condiciones que Cuba para recibir la emigración asturiana.

No será ciertamente la iniciativa particular la que dé comienzo a ese movimiento de España ni en nuestro país, y el gobierno argentino o el de alguna de las catorce provincias, tendrán necesariamente que hacer los estudios y la propaganda indicada.

Los argentinos opuestos a la inmigración latina, que desearían ver a nuestra república colonizada por las razas del norte de Europa, no deben temer que el elemento asturia-

no, elemento que me parece ser una especie étnica, vaya a sustentar y fomentar por su cruzamiento y reproducción las condiciones desfavorables bajo algunos aspectos que ha legado a nuestra sangre el antecesor revolucionario, de que descendemos.

El asturiano es católico, como el vascongado y como el gallego, pero se distingue más que éstos por las dotes intelectuales. Es evidente que la extinguida grandeza española fue hija del preclaro talento castellano, pero no es menos cierto que un número considerable de grandes hombres españoles, verdaderos faros de la nación, según la expresión de Hugo, han sido oriundos de Asturias, como Don Gaspar de Jovellanos, por ejemplo.

Y es muy fácil explicarse el hecho de que los hombres notables de Asturias sobresalgan entre los hombres de un país que produce tantos talentos como España. El asturiano no es "listo" como el andaluz, pero es reservado, reflexivo, lento en las resoluciones y naturalmente analizador. "Manifiesta, dice un autor, grandes disposiciones para las ciencias abstractas". Además el asturiano es grave, serio y formal, por lo que, como los ingleses, aplica su imaginación, no a hacer versos, sino a los graves asuntos de la más alta abstracción, como las matemáticas, sin perjuicio de mostrarse en caso necesario digno de tratar debidamente las más graves materias de aplicación, como la legislación y la economía política.

El talento es, en suma, la característica más acentuada del pueblo asturiano. Pocos pueblos en la Europa habrá que se hallen tan lejos como él de la civilización contemporánea, pocos tan burdos, tan bastos, tan faltos del pulimiento que han recibido las poblaciones rurales durante lo que va del corrido siglo; pero también pocos pueblos tan bien dotados intelectualmente, ninguno quizá que sea a la vez, como el pueblo asturiano, talentoso, moral y sobrio.

Y la prueba de su elevado exponente intelectual está en la plasticidad que su carácter ofrece a la modelación de los adelantos modernos. Es necesario ver a los americanos, como ellos les llaman, en retorno de Cuba, vestidos con trajes yankees, caminando con la cabeza alta, hablando tranquila y sentenciosamente, finos en sus maneras, galantes en sus atenciones, curiosos y enterados de la vida política del mundo entero, lamentando el atraso de la patria, deseosos de hacer valer su carácter de ciudadanos.

Tal es la emigración que sería conveniente llevar a nuestro país. Pueda ella ir en gran número y obtener en la tierra el bienestar y la paz de los hombres de buena voluntad, para glorificar a su Dios en las alturas.

Periodismo parisién

San Juan de Luz, Julio 10 de 1884

Que los franceses son dados a ciertas extravagancias públicas y afectaciones pueriles, no necesito probarlo.

Entre las que son del dominio general y me parecen ser de las más ridículas, figura la manía de desfigurarse el nombre de pila, que es casi moda entre los hombres de nota.

Así París tiene un pintor famoso que se llama buenamente Carlos y firma Carolus, un Juan que se da del John inglés para adscribirse luego el apellido más vulgar y más fundamentalmente francés que pueda haber: Lemoine. Hay un Mario, que ha desdeñado el legítimo Marius, hay varios Tonys que son lisos y llanos Antonios, uno o dos Leo que son simples Leones, diversos Jéhan y no pocos Francis. Este Francis da según parece un saborete inglés al nombre. ¿Sabor a qué habrá querido darle a su nombre otro François que se denomina Francisque?

Francisque: el que siga un poco el movimiento parisién sabe ya que quiero referirme a M. Francisque Sarcey, crítico de teatros y de bellas letras, en general.

¿Por qué ha preferido Francisque a Francis, Frank o a un simple e intrigante Fr. que hubiera podido usar?

No lo sé.

El hecho es que Francis que firma y Francisque le llaman y le llamarán hasta su muerte, en que el implacable estado civil reponga las cosas a su estado juicioso con el sacramental: *Le jour tel de l'an tel est décédé le sieur François (dit Francisque) Sarcey.*

¡Dios aleje por muchos años ese día fatal y puede el Señor Sarcey gozarlos de vida feliz, hoy sobre todo que ha, puede decirse, rehecho su persona!

Y esta persona no es cualquiera. M. Sarcey es un hombre serio, es una personalidad, un personaje. Es el primero y el único crítico literario de Francia, dado que M. Taine *n'est pas dans le mouvement.*

Por el contrario, Sarcey está de lleno en el movimiento del día, lo sigue, lo azuza, lo estudia y lo comenta. Sarcey es una parte integrante de *Tout-Paris*, y sin su nombre o sin su persona, no hay cosa completa, excepto la *high-life* de los salones que tiene a Renan, a Caro, a Feuillet y a Dumas.

Porque M. Francisque Sarcey es ante todo y sobre todo un burgués, quiero decir, un *bourgeois*. Redacta un diario de especieros y pertenece en propio, casi podría decir por derecho propio, pero es más justo que diga por derecho consuetudinario y por completo, a la *bourgeoisie.* Es su hijo, su representante y su ídolo.

Físicamente es bajo, gordo, muy gordo, con piernas muy flacas; lleva la barba entera recortada y encanecida, es calvo de toda la parte superior de la cabeza, gasta muy corto lo que le queda de pelo, cuida poco –demasiado poco– su tocado en general, y creo que no usa bastón, porque no se lo he visto nunca llevar.

Moralmente es un tipo bastante extraño. Así, por ejemplo, entre la gente que piensa no hay en París un solo individuo que, tomado separadamente, deje de convenir en que Sarcey es una mediocridad bastante pobre. Entretanto, París entero espera la palabra de Sarcey sobre los dramas nuevos, y no hay un solo autor que no le tema en su estreno.

Yo creo que este anacronismo es debido a que Sarcey suele con frecuencia reflejar en sus escritos la opinión de la mayoría; está dotado de una especie de sexto sentido que le hace sondar muy exactamente la opinión pública y dar como suyo el fallo de ésta. De aquí que la gente, lo que se llama "gla gente", haya formado a Sarcey una atmósfera que se im-

pone a los literatos cuando éstos no se hallan en las cumbres.

Pero también es cierto que Dumas, Pailleron, Labiche, Feuillet o Sardon hacen de Sarcey el mismo caso que de mí, que no escribo críticas en París. Reputándose a sí mismos, muy justamente, superiores a Sarcey en el más alto grado, lo miran con suprema indiferencia, aun aquellos mismos que le acuerdan su amistad.

Otro tanto sucede con los novelistas, que no encuentran en Sarcey el talento, la vastitud de ideas necesarias en un crítico eminente.

En suma, no ha podido imponerse como autoridad y ha quedado reducido al papel de mentor del vulgo iletrado que aspira a darse un barniz de crítica, para hablar en las reuniones sociales con aire de saber algo.

Y como el vulgo es la mayoría, la cabeza de M. Sarcey puede hoy parecer rodeada de un nimbo, solo que el nimbo es de fideos. *Bourgeois jusqu'à la moelle des os, M. Sarcey!*

Pero M. Sarcey no es solamente escritor. Es también lector y conferencista, muy seguido en sus conferencias por un público atento, asiduo y cariñoso.

Da sus conferencias en una sala pequeña del Boulevard des Capucines, a una cuadra próximamente de la Magdalena.

Es mal lector, en primer lugar porque no sabe leer, y luego porque, siendo demasiado gordo, el aliento no le alcanza casi nunca y corta los períodos cuando no las frases.

En cambio, habla de una manera atrayente y seductora. Propiamente, no habla sino que conversa, como si sus auditores fueran amigos íntimos reunidos espontáneamente a visitarle en su casa particular.

Yo lo he estudiado mucho para ver de encontrar el secreto de su arte, y he acabado al fin por saber que su arte está precisamente en no tener ninguna. Prepara muy concienzudamente su estudio de un autor, sin preocuparse de la forma

en que lo enunciará; escribe su memorándum de apuntes que lleva en un papelito angosto, marca con papeles los trozos de libros que ha de leer para ilustrar su conferencia, y se fía, para el éxito bueno o malo, en el aplomo sin igual con que sabe mirar de frente al público y hablar una hora y media como si lo estuvieran aplaudiendo, siendo así que nadie piensa en aplaudirlo.

Yo he ido a escucharlo sin estar prevenido en su contra y me he sentido atraído e interesado por su manera de expresarse, en la cual encontraba un no sé qué agradable. No era el estilo, que no lo tiene hermoso, no era el metal de voz, no eran las ideas, era algo que positivamente yo sentía y no sabía explicar ni definir.

Expresaba una vez a M. Emile Zola este extraño caso, haciendo al mismo tiempo resaltar la pobreza de ideas del crítico, y el eminente escritor naturalista me dio, con una sola palabra, la clave de lo que para mí era un misterio, diciéndome:

– *C'est qu'il parle avec bonhomie.*

Por eso he dicho antes que su arte consiste en no tener ninguna, y dejar que su conversación corra tranquilamente; para su objeto le basta con cuidarse mucho de no dar aire de discurso a la conferencia. Por eso también está siempre protestando su sinceridad de juicio, sus sanas intenciones, su horror de aspirar al papel de magister.

Magister lo es, por fas o por nefas; es magister a su manera, y la verdad es que la vida le debe ser muy dulce, erigido como está en tirano tranquilo de los pobres de espíritu. Domina las almas de poca monta, les impone, sin que los sospechen, sus ideas y el nimbo resplandece cada vez más, mientras llega el día de entrar en la Academia, si lo dejan. Puede decirse, sin embargo, que ya tiene un pie dentro, pues fue electo su amigo y compañero Ed. About del cual decía

Girandin que era más feliz que él, porque habiendo sido los dos igualmente inhábiles para llegar a ministros, About tenía, sin embargo, menos talento.

En cuanto a la sinceridad de Sarcey como crítico, nunca me pareció de buena ley; yo presumía que algo ponía de su parte para cargar la mano al contrario y favorecer al amigo o halagar el gusto de su público. Después he sabido un *trichage* que usa con frecuencia y del cual no escapa ninguno de los escritores que no están en las buenas gracias del crítico.

Garanto la autenticidad del caso que voy a narrar, y al mismo tiempo lo señalo como una curiosidad de las pequeñas miserias de la vida literaria de París.

M. Emile Zola que, como se sabe, ni vive en París sino una parte del invierno, se encuentra un día en que había perdido el tren, con M. Alphonse Daudet, en el patio de la casa editorial de Charpentier. Era la ocasión. Daudet invita a Zola a comer y se van al Café Inglés. Concluida la comida, buscan un teatro a donde ir y Daudet, que leia en un diario la lista de las diversiones públicas, grita de pronto:

– *Tiens! Sarcey fait une conférence sur moi ce soir. Vous irez voir ça et puis vous me reconterez ce qu'il a dit.*

Dicho y hecho. Los amigos se separaron para reunirse después de la conferencia, y M. Zola escuchó desde un rincón oscuro lo que el crítico decía de su cofrade.

Muy ajeno Sarcey de que era escuchado por el insigne jefe de la escuela naturalista, se dejó ir como siempre contra esa escuela, pero sin decir nada nuevo ni nada que mereciera especial recuerdo. Lo que hubo de cómico fue que M. Zola le descubrió que cuando elogiaba un pasaje y lo leía para hacerlo conocer, lo leía siempre mal a fin de que el auditorio no lo apreciara en todo su mérito…

La persona muy respetable que me contó este hecho me decía que M. Zola estaba indignado de semejante proceder,

mientras que Daudet, cuando lo supo, se reía de la manera más bonachona y calmaba la ira de su amigo, diciéndole:

– *Laissez- le donc, c'est son affaire…*

Tremendo equívoco que solo Daudet es capaz de hacer; la reputación de Sarcey rueda con esa última palabra, aunque yo mismo le he oído decir en la sala de conferencias que no hablaba contra los naturalistas por llevar gente, agregando que el número de sus auditores no le importaba, y concluyendo por decir:

– *Je suis payé ferme.*

Y véase, sin embargo, como trata a veces a los naturalistas este gato que araña y esconde las uñas:

"Desearía –dice– que Daudet, que *es tan fino y tan precioso analista* y que también es un miope reconocido, quisiese darnos una monografía de las sensaciones nacidas de la miopía extrema".

Traduzco este párrafo de su artículo de anteayer en el *XIXe Siècle*, su artículo de *rentrée*, artículo anunciado con ocho días de anticipación, artículo esperado, leído y comentado. En todos los diarios de ayer viene extractado y parece que ese artículo es el primero de una serie. Para variar, M. Sarcey se ocupará en todos ellos de sí mismo. Será su *rentrée*, después de la cual entrará en otros asuntos, relacionándolos, sin embargo, para variar, con la persona de M. Sarcey.

Esta *rentrée* es un suceso, un acontecimiento parisiense. Ha preocupado, preocupa y preocupará la atención pública. Desgraciadamente, el cólera es el león del momento y le hace una competencia terrible a Sarcey y a su extirpada catarata.

Porque ha habido catarata de por medio, y ésta es la clave de la *rentrée*, del artículo citado y de los demás que le seguirán y tendré el buen gusto de no leer.

Un buen día del último mayo, París fue matinalmente sorprendido por sus diarios en que se anunciaba que M. Sarcey

tomaría muy pronto una licencia temporal para hacerse extirpar una catarata que le cegaba el ojo derecho.

¡Cómo! ¿M. Sarcey era tuerto y París lo había ignorado? ¿M. Sarcey tuerto? *Allons donc, pas possible!*

Nada era más cierto, sin embargo. Los periódicos siguieron hablando del asunto, hasta que la operación se efectuó con la mayor felicidad, durante el mes de junio, y veinte días más tarde el operado volvía a sus tareas, presentándose al público en el artículo que antes he citado, y en el que el autor, para variar, habla de sí mismo por espacio de dos columnas.

C'est moi, me revoilà! J'entre avec un oeil parfaitement rétamé et una gaité remise á neuf.

Así comienza el artículo, y cuando uno cree que el operado va a contar sus padecimientos o a enseñar a sufrir a sus lectores, resulta que M. Sarcey se ocupa en contar que es miope, cómo descubrió su miopía y algunas de las desazones que le ha ocasionado.

Así como quien no quiere la cosa, suelta una frasecita diciendo que escribe sobre su enfermedad porque tantas personas se lo han pedido, tantas otras le han escrito, que no ha podido resistir.

Un americano, que por cierto tiene mucho talento, me decía un día que, leyendo los artículos de Sarcey, el lector sale "en su plata". Es lo que pasa con el artículo de *rentrée,* en que el lector ni gana ni pierde. El autor no enseña, ni divierte y ni siquiera entretiene.

Para mí ese artículo es un síntoma; es un síntoma de la enfermedad que aqueja al periodismo francés.

Y aquí era donde yo quería llegar: he hecho a grandes rasgos el retrato del personaje, lo he mostrado imparcialmente en su insignificancia y cada uno puede a cada paso encontrar escritores mejores que él, periodistas más brillantes, pole-

mistas más ardientes, eruditos como él no lo es, analizadores como no lo será nunca.

Entonces, si M. Sarcey es una mediocridad reconocida, ¿por qué se le permite que escriba sobre sí mismo impunemente? ¿Por qué se espera su artículo para comentarlo, y por qué se le discute en los cafés? ¿Por qué él mismo se extiende a lo largo de dos columnas diciendo de su propia persona cosas que solo interesan a su familia y en el sagrado de la familia debieran quedar?

Nadie tomará a mal en París esa conducta, ningún periódico la criticará, ningún periodista se alzará a castigar al atrevido que levanta las cortinas de su dormitorio para que el público lo vea, como hubo uno que hizo llorar lágrimas de sangre a Janin cuando éste narró en los *Debates* su propio casamiento y habló a los lectores de su desposada como un hermano podría haberlo hecho con su hermano en el secreto de una carta.

¿Quién pueda imaginarse a Jorge Augusto Sala volviendo a sus tareas, después de una enfermedad, por medio de un artículo sobre sí mismo extendido en dos columnas del *Daily Telegraph*?

Hermoso, hermosísimo artículo sería, pero ni Sala, ni ningún otro escritor inglés, en ningún otro diario, intentarían siquiera su inserción.

Es que el periodismo inglés, que saca su fuerza del anónimo, sobrepone la persona moral del diario a las personalidades de sus redactores, mientras que en Francia se saca a la plaza, se transparenta, se abulta y se destaca ante todo y sobre todo la persona de cada uno de los redactores, su apellido, su individuo, sus sentimientos y hasta su vida privada: "Tengo hace largos años (dice Sarcey en su artículo), la costumbre de cortar mi vida en tajadas y servirla día a día a mis lectores".

Y bien, nada contrista tanto el ánimo del lector serio, nada rebaja tanto nivel de un diario como la persona de sus redactores servida en artículos de autobiografía que no pueden ser otra cosa que auto-panegíricos.

M. Sarcey podría morir mañana, hoy mismo; su desaparición no marcaría un vacío irreparable, su ciencia no se echaría de menos, su brillo de escritor no sería lamentado, su palabra de maestro sería sin demora reemplazada.

¿Para qué entonces hablarnos de sí mismo, contarnos sus querellas, hacernos confidentes de sus niñerías?

No leáis, se dirá. Bien, no leo a Sarcey. Pero si me vuelvo hacia Pontmartin, hacia Weiss, encuentro siempre el mismo personalismo; dondequiera que mire, en cualquier rama del diarismo que me fije, siempre se presenta al autor ante todo, la firma primero que nada, y tras cada frase, en cada palabra el interés personal revelándose, los miedos individuales, los favores de la amistad, las protecciones de camarilla, todas las miserias de la vida detrás del artículo de periódico, como las ropas usada del baño detrás del biombo que lo oculta.

Yo no llevo mi ira en este caso contra M. Sarcey solamente. He querido presentar en él al tipo del periodista insignificante y leído, que se muestra en el momento de hablar de sí mismo con el propio igual aplomo con que el *Times* de esa fecha se ocupaba de los destinos futuros del Egipto y de los capitales de los que se fiaron a la buena fe de su gobierno.

M. Sarcey, ocupándose de su miopía, en una serie de editoriales, a propósito de una catarata que le han felizmente extirpado, no es el creador de un género absurdo de editoriales. Ya he dicho que Julio Janin describió su boda en los *Debates*; en las columnas del mismo diario M. John Lemoine ha contado poco a poco, en su cincuenta años de redacción, cómo y de qué manera fue el británicamente educado. Cada día, en todos los periódicos, los redactores hablan de sí mis-

mos, y ni *Le Temps* escapa a esa horca caudina, porque su cronista de los lunes se encarga de hablar de su persona en largas y pesadas crónicas, en una de las cuales, hace poco, el autor había tenido la habilidad, haciendo un reportaje del laboratorio de Pasteur, de hablar más de sí mismo que del venerable sabio y sus trabajos.

Es así como los repórters franceses han sabido transformar los reportajes americanos, de simples entrevistas en verdaderas discusiones. El repórter empieza preguntando, pero luego objeta, niega, vuelve a objetar y el personaje entrevistado se retrae y se calla.

¿Qué decir, por ejemplo, de esos cortos editoriales políticos firmados por los redactores en jefe y en que aparece bajo rúbrica personal lo que debiera ser la expresión anónima del diario?

Hasta las noticias van en ciertos periódicos con un sello personal y llevan al pie, en casi todos, un pseudónimo inútil y falso, porque ninguna sección de informaciones es hecha –en París al menos– por un solo individuo.

Pero ¿qué queda por decir cuando se ven las crónicas parlamentarias firmadas ya con nombres propios, ya con pseudónimos?

El arma poderosa que pone en manos de cada redactor este sistema, no deja nunca de ser esgrimida para provecho propio y también se puede decir que ningún periodista del mundo iguala en desenfado y en habilidad al periodista parisién, en el arte difícil de darse *bombo sans en avoir l'air…*

Hace pocos días leía un número del *Intransigeant*, en el que tres de sus redactores, en tres distintos artículos sobre tres distintas materias, se daban bombo a sí mismos. Eran Rochefort, Victor Meunier y otro que trataba de las sociedades cooperativas para demostrar que el ahorro es un robo del capitalista al obrero.

Digamos, pues, que en justicia M. Sarcey es menos culpable de lo que a primera vista parece. En ocasión de la operación que ha sufrido, habla de sí mismo siguiendo la moda dominante y la costumbre de todos sus colegas.

Por otra parte, esto no es una novedad en Sarcey que, como él mismo lo dice, ha servido su vida en tajadas al público en sus cosas propias y privadas, y merced a ese sistema sabemos de Sarcey, como de Ch. Monselet, cuáles son los platos que más agradan al crítico, y que entre los quesos ninguno le proporciona tanto placer como el Camembert.

Así también yo he pedido (y aquí llegamos ya a la autobiografía hablada), yo he podido, digo, escuchar a M. Sarcey cosas muy curiosas.

Daba una vez una conferencia sobre Barbey D'Aurevilly y decía que ese literato es un insigne conversador que posee los mayores atractivos para cautivar a un interlocutor. Yo, agregaba, no tengo ese talento. About sí lo tiene; oh, About es un conversador benemérito. Yo no he podido nunca lograr ese talento. *Je n'ai jamais pu me faire ce talent-là*.

Desde luego el hombre diciendo que no tenía "ese" talento, sentaba *ipso facto* que tenía los demás.

En otra ocasión le he oído explicar que él nunca fue *gamin*, es decir, que no tuvo una niñez chacotona, libre, juguetona y aturdida.

También le he oído explicar que no ha podido aclimatarse nunca del todo en París, que no ha podido penetrarse de la travesura parisiense y embeberse en el espíritu brillante de esa población.

De esta manera, un autor llega a ser cosa del dominio público, se le discute en todos sus detalles, se le conoce en toda su vida íntima, y el lector, muy enterado de menudencias domésticas, sabe, por ejemplo, de boca del mismo Arsenio Houssaye, que comió ayer con Blowits y Mr. Pulitzer, de

New York, en casa de Laurent.

Y Houssaye no se anda por las ramas, cuenta toda la comida, presenta a Mr. Pulitzer a sus lectores. Es el fundador de un diario neoyorkino del género del *Figaro* parisiense. El tema se presentaba a hacer la descripción del nuevo diario yankee y a explicar las diferencias que tiene con su modelo, impuestas por los gustos, la ilustración y la exterioridad moral del público neoyorkino. Pues bien, M. Houssaye no lo hace, pasa como por sobre ascuas sobre todas esas cuestiones, apenas las toca como una mariposa a las flores, pero queda satisfecho porque, de una columna gastada ha perdido la mitad en futilezas, para terminar con la absurda afirmación de que el *Figaro* neoyorkino no va a hacer una "revolución radical en el periodismo americano".

Solos y solistas

San Juan de Luz, Julio 23 de 1884

Señor Director de La Nación

Vive aquí hace catorce años un coronel inglés que ha militado en la India; es un sujeto respetable, preside nuestra mesa redonda, almuerza con brandy y come con whisky, sabe las cosas cuatro días después que suceden, porque los diarios que lee tardan tres días en llegar de Londres. Y da solos. Ya van dos veces que me cuenta la insurrección de los Cipayos; a la tercera le voy a contar la batalla de Caseros, que ya le he contado una vez, y si reincide, le pegaré unos moquetes, fingiéndome epiléptico.

Este es uno de los inconvenientes de las estaciones balnearias: los solistas. Y cuenta que los de acá no son como los de allá. Dios te libre y te guarde, lector, de un solista francés, ¡y te libre y te guarde sobre todo si te trinca en ferrocarril, porque no hay escapatoria!

N… –digamos Natalio– era uno de los más temibles solistas de Buenos Aires. Yo sé de un ingeniero que le temblaba y de un periodista que le huía. Los solos de Natalio tomaban cada día mayores proporciones. De pronto se transformó; hablaba si le hablaban, se detenía en la calle si le atajaban, exponía brevemente las cuestiones y se despedía sin retardo. ¿Qué había sucedido? Poca cosa. Natalio había tenido negocios con ingleses, especialmente con ingenieros. Uno de ellos, después de soportar seis meses de solos, resolvió aplicar un remedio supremo; a grandes males… Un día Natalio encuentra al inglés en la calle de la Florida, lo saluda de acera a acera, le hace seña de pararse y cruza la calle. El inglés se encara con Natalio y sin el menor

preámbulo le dice estas o parecidas palabras:

– Caballero, usted tiene la costumbre de hablar demasiado largo, yo estoy muy ocupado, tenga la bondad de decir brevemente lo que quiere.

Natalio, estupefacto, quiso pedirle una satisfacción, pero el inglés no le dio tiempo, porque se metió en un coche de *tramway* donde iba Felipe Haymes, que fue el primero que supo la cosa.

El remedio del inglés surtió el efecto deseado, pero ¿quién se anima a aplicárselo a un desconocido? Y aun tratándose de un conocido ¿quién se arma de suficiente valor para espetar semejante brulote?

Yo estoy más bien por el sistema de Luis Goyena. Es sencillo, práctico y guarda modo; lo que es una gran ventaja.

El caso es que Luis Goyena no sabía cómo sacarse de encima un solista formidable, más temible que el Natalio del anterior cuento, y cuya especialidad era la filosofía política en su más trascendental esfera; sin que esto importara un desdén de otros temas igualmente amenos, como la teología, el ontologismo en teodicea, la psicología frenológica, la intervención del Estado en materias agrícolas, etc. Al cabo de un semestre de indecibles sufrimientos, Luis combinó un plan de ataque y esperó tranquilo que el enemigo trajera el suyo. El solista se presentó un día en el Ministerio, saludó según costumbre, se sentó, y se preparaba a hablar cuando Luis, sin darle tiempo, comenzó a explicarle la tramitación de los expedientes, sus retardos, su marcha, sus secretos, etc. Eran las tres de la tarde. De tiempo en tiempo el solista quería hablar: "Permítame, permítame", le decía Luis, y seguía su explicación. Iban a dar las 6 cuando el ministro llamó a Luis y el solista tuvo que irse sin pronunciar una palabra. Santo remedio. Desde ese día no volvió más al Ministerio.

Pues bien, yo he tratado de aplicar este sistema a los solis-

tas europeos y no me ha dado resultados, quizá porque ellos creen que uno también es solista.

Y lo repito, el gran peligro de una playa es el solista, la bestia feroz que no respeta ni nuestros esplines ni nuestras digestiones, para la cual no hay momento que no sea propicio y en cuyas garras no hay quien no perezca.

Los solistas europeos

Es que el solista bonaerense es un solista que se puede llamar autofónico: habla él mismo, él solo y nadie más que él.

Entretanto, en Europa, a la vez que existe esa especie, se encuentra también la del solista-preguntón.

A fines de mayo salía yo de París con destino a España, vía Bordeaux, como las cartas que se mandan al Río de la Plata en paquete francés. Mis amigos me dejaron instalado en un *sleepingcar*, desde cuya ventanilla había yo hablada en español a mis acompañantes, que se quedaban en París. Un inglés joven y no mal apuesto, que iba en el mismo compartimento que yo, me habló en español inmediatamente que el tren se puso en movimiento, y le respondí lleno de gusto al ver que se expresaba en nuestro idioma con una pureza de acento y una corrección gramatical poco comunes en los ingleses que aseguran saber el castellano.

En pocas palabras me hizo saber el inglés que está hace once años establecido en Andalucía, y que se ocupa en la exportación de vinos, pasas y conservas alimenticias.

A mi turno le manifesté que yo era periodista, natural y vecino de Buenos Aires.

¡No le hubiera dicho semejante cosa! Yo no sé de dónde sacó aquel hombre la cantidad de preguntas que me hizo. El hecho es que habiendo salido de la estación de París a

las 8.35 de la noche, eran las 11.30 y todavía tenía el inglés muchas cosas que preguntarme. Yo, que me caía de sueño, aproveché una coyuntura para taparle la boca, visto que mis enormes bostezos eran inútiles.

– ¿No cree usted –me preguntó– que una persona conoce mucho el mercado productor español, podría ir a Buenos Aires y sacar alguna ventaja?

– Mire, míster, –le contesté– ni piense en semejante cosa. En Buenos Aires ya no hay lugar para nuevos importadores españoles; los que existen ahora se hacen tal competencia que se están arruinando.

El inglés inclinó la cabeza, reflexionó durante algunos instantes y sorbió un trago de brandy sin mirarme. Cuando se reincorporó, con intención de seguir preguntándome cosas, según me pareció, me encontró desnudándome apresuradamente. Tomó el prudente partido de salirse al corredor mientras yo me acostaba y pude al fin conciliar un sueño reparador que era mi menor merecimiento después del interrogatorio sufrido.

Quizá el inglés –de quien no me despedí al día siguiente– era un honrado comerciante que podría haber ido a Buenos Aires a trabajar con fruto para sí y para nuestro país. Y quizá mi última respuesta ha privado a la patria de un inmigrante ($1000 *m/n* en término medio cada uno) que podría haberle dado honra y provecho. La culpa no es mía; es del inglés.

Solistas y periodistas

Pero no se crea que en nuestro oficio de periodistas no sabemos soportar un solista. Soportamos millares al fin del año.

Cada redactor tiene sus devotos. Yo, por ejemplo, tenía el hombre de Quilmes, un terrible ejemplar que habló una

vez duramente tres cuartos de horas –medidos por reloj– para decirme en resumen que la noche anterior se había efectuado en Quilmes un robo de dos yeguas y que los abigeos se venían repitiendo con mucha frecuencia en ese pueblo. Pues bien, por librarme del hombre de Quilmes llegué hasta darle cartas de recomendación para la Policía de la Provincia de Buenos Aires, y eso sin saber quién era ni cómo se llamaba.

Pero cada vez que venía me dejaba algo útil; cierto que sus noticias eran como esencia de rosas: había que exprimir una carrada de hojarasca para sacarle una gota de líquido; pero al fin algo se le sacaba.

Pues bien, todos los que dan noticias, los que se quejan de las autoridades y quieren "un hecho local", las pensionistas militares impagas, los agentes electorales, los que han sido testigos de un suceso cualquiera, en suma, todos aquellos que sin ser o haber sido periodistas, acuden a un diario, todos, todos son solistas.

De aquí que lo sepamos soportar y más aún, que lo sepamos explotar. Algunos son terribles, sin embargo, y eternamente me acordaré de uno que acudió una mañana, apenas llegados Ojeda y yo a la redacción, a darnos una noticia verdaderamente trágica.

El hombre iba jipando, no podía hablar, estaba pálido. Saludó consternado, se secó la frente sudorosa, se sentó y comenzó diciendo:

– Amigo –se dirigía a Ojeda– la señora de tal ha catado ayer a punto de morir y quien sabe todavía si la salvamos…

Lo natural era contar inmediatamente el suceso: pues, no señor, durante su cuarto de hora el hombre hizo reflexiones vagas, pronunció lamentaciones que no entendíamos, y disertó sobre los peligros inesperados, mientras nosotros escuchábamos sin respirar, esperando, en la mayor y más sincera

ansiedad, saber qué habría sucedido. Al fin contó, con muchas digresiones, lo que nosotros publicamos al día siguiente en un quinto de columna; diez minutos de lectura para los más acendrados enemigos del tipo chico.

Esta clase de solos son como las tormentas, que vienen adonde uno está. ¿Qué decir de los solos que las necesidades del reportaje nos obligan a veces a ir a buscar?

El Director y los lectores podrán valorar en muy poco una correspondencia que he escrito hace días sobre emigración asturiana. ¡Ni el uno ni los otros saben lo que me cuesta! Para reunir los datos y recoger los informes en que debía basarme, tenía que buscar a la gente y conversarle. De antemano sabía que cada interlocutor era un solista, pero yo marchaba al sacrificio como víctima resignada poniendo mi pensamiento, al igual de un mártir cristiano, en lo que me esperaba en el otro mundo.

Solos asturianos

En Asturias inauguró mis solos un francés, viajero de comercio, que me informó detalladamente de todo cuanto atañe a su gremio. En seguida caí en las garras del dueño del hotel, también francés y no menos mudo que su compatriota. Algunos otros martirios sufrí, aunque más leves, en la ciudad de Gijón.

Cuando pasé a Candás, pequeño puerto de pesquería donde residí una temporada, el monstruo cayó sobre mí desde el primer día.

El dueño de la posada donde me alojaba era carabinero, y daba también alojamiento a dos de sus compañeros de armas. Cuando después de instalarme, bajé el día de mi llegada al comedor para reconocer la casa, encontré a mis tres

carabineros reunidos. Nos saludamos con los dos huéspedes y se produjo un silencio embarazoso. Al fin yo lo rompí con una pregunta estúpida, dado que los hombres estaban de uniforme.

– Con que entonces, ¿son ustedes carabineros?

Tres voces a unísono:

– Sí, señor, carabineros.

– ¿Es muy recargado el servicio?

¡Aquí de Luis Goyena! Pausadamente empezó a hablar el más viejo de los carabineros, que se llamaba Benigno, y me explicó en detalle el servicio de guarda-costas, sus inconvenientes, sus ventajas, sus penurias, etc.

En seguida comenzó Pérez, el dueño de la casa, que es sastre de oficio y estaba remendando pantalones. Me explicó lo que ellos llaman el servicio de guarnición, que es el de aduaneros en los puertos comerciales.

Cuando Pérez terminó, comenzó Benito, el más joven de los tres, un antiguo sacristán infiel al hisopo y las vinajeras. Este me explicó las comisiones extraordinarias en tiempo de paz y el servicio militar en tiempo de guerra.

Total: hora y media larga en que yo no hice más que escuchar cosas que ya sabía. Aprendí, sin embargo, algo de provecho, y es que el solista puede ser, como algunos tratados diplomáticos, triple o tripartito, y puede presentarse, como las pinturas flamencas primitivas, en trípticos. ¡Cuidado con ellos!

El solista es irresponsable

Es evidente que los solistas lo son sin saberlo, y que si supieran que lo son, no lo serían; hay pues que armarse de paciencia con ellos y mirarlos antes con lástima que con odio.

Por eso me ha parecido siempre una atrocidad esta frase que frecuentemente he oído en Buenos Aires:

– Ché, mirá que aquel es un pícaro: ¡no te descuides con los solos que da, mirá que son tremendos!

Pero, por ejemplo, aquí donde no hay nada, absolutamente nada en qué divertirse, aquí donde las excursiones concluyen pronto, aquí donde por mucha resistencia que se oponga cae uno al fin a la playa armado de silla de tijera, quitasol y diario ¿cómo evadir el ataque del solista?

Por la mañana, pongo por caso, salgo a la acera del hotel, a diez pasos del malecón, me siento bajo el elegante cobertizo con mis diarios de París, y empiezo la lectura. De pronto veo un par de pies dentro de un par de zapatillas de cuero de ternera, y a medida que voy levantando la vista voy viendo aparecer un par de pantalones muy anchos y muy altos, bien tenidos por fuertes tiradores; una camisa de franela, un saco negro muy holgado y muy desprendido, una corbata morada, un cuello de goma, una barba blanca, una cara risueña, un brazo que levanta un sombrero blanco muy grande.

Pincé, mon cher, pincé! Es el Coronel que viene a darme los buenos días para poder averiguarme lo que dicen los diarios de París. Es inútil que le lea los diarios. Al contrario, goza oyéndome, porque ha encontrado que no leo atropelladamente como los franceses.

Podré escapar al Coronel, pero cuando éste se vaya vendrá el "*capitaine au long cours*", que es peor porque cuenta sus viajes. Y es inútil que me fugue, por ejemplo, a la plaza, porque cuando menos piense aparece, como anteayer y ayer, el capitán de marina que se sienta en el banco y me dice con mucha frescura:

– Ya que tiene dos diarios, ¡préstame uno!

Y a medida que va leyendo va comentando en alta voz, haciéndome notar esto o aquello, renegando, hablando con-

tra el Presidente y a favor de los ministros, etc., hasta que de pronto se interrumpe y me dice:

– *Ecoutez-ça!* (Lee cualquier cosa). *Eh bien, je vous dirai que... et je vais vous dire pourquoi...*

Entonces no hay quien le tape la boca. Es una canilla de aguas corrientes abierta en la cocina mientras la sirvienta pela la pava en la puerta de calle con el vigilante.

Yo le dejo hablar y espero tranquilamente las 10 de la mañana –hora del almuerzo– en que todas las bocas se mueven para otra cosa que para hablar.

Analizando estos casos se ve muy bien que si un interés particular mueve a los dos solistas a buscarme por la mañana, hay uno cuando menos de buena fe me explica y comenta lo que lee, para que yo agregue a lo que sé las cosas que él sabe y yo ignoro.

La variedad de solista que se caracteriza por la costumbre de tomarle a uno un botón de la levita es la más temible variedad de la especie. Y, sin embargo, es imposible dejar de reconocer que ese solista habla porque se cree agradable; si supiera que disgusta se iría.

No hay, pues, que indignarse contra los solistas y mirarlos como a criminales o como a "pícaros", según la expresión porteña.

El solista es tan criminal como un convicto de homicidio involuntario.

¿Cómo castigar por delincuente al que no tuvo la intención de delinquir, cuando los hechos demuestran que no hubo tal intención?

Esto no quiere decir que uno deba soportar a los solistas; ciertamente se les debe huir como a la peste, y hasta reconozco el derecho de aislarlos en las reuniones sociales, buscando modo de que no encuentren con quien conversar, para que aprendan a vivir.

Hay en Buenos Aires un solista que viene justificando su fama con los hechos –como ciertos cigarrillos– desde que Rosas subió al poder. Tres generaciones lo han soportado. Al fin lo he visto una noche, en una casa de la calle Florida, recostado en una chimenea, pasar más de una hora sin que nadie le dirigiera la palabra en medio de un animadísimo baile. Cansado, pero no arrepentido, salió del salón y fue a refugiarse entre sus coetáneos, en la sala de conversación. Es que le habían formado la conspiración del silencio; sin que nadie dijera una palabra, todos sabían la consigna, que no era roncar, sino callar.

¿Qué es un solo?

En todos los parlamentos del mundo hay oradores fastidiosos, y los cronistas parlamentarios los conocen muy bien. En el Congreso argentino hay tal o cual representante que es orador fastidioso, y a quien no se da, sin embargo, ese calificativo, sino el de solista.

¿Por qué solista, con relación a una Cámara? Nadie lo sabe, pero la calificación queda, dura y se perpetúa. El representante es un solista parlamentario. ¿En qué consiste que sus discursos sean solos? Es un matiz de clasificación que nadie podría explicar y que, no obstante, todo el mundo comprende, de cuya naturaleza nos sentimos penetrados. Prueba de ello es que cuando en una Cámara habla un orador fastidioso, sus honorables colegas se van a antesalas, mientras que cuando habla un solista reconocido, se van a la calle, dejando a la Cámara sin quórum.

Ahora bien, si tratándose de parlamentos es imposible dar una diagnosis diferencial del discurso parlamentario y del solo, no sucede lo mismo en la vida común.

Un solo es, en general, una larga tirada de conversación

en que habla una sola persona sobre cosas que fastidian a sus interlocutores, o que simplemente no les interesan.

Hay que advertir, con todo, que el solo puede variar en sus causas; así para mí el solo está más bien en la manera de decir que en las cosas dichas. Y en la mayor parte de los casos sucede así, pues si se observa con fijeza se verá que los más agradables conversadores, los "*causeurs*", como dicen los franceses, son grandes solistas, porque hablan ellos solos, bien que de una manera grata.

La naturaleza de lo hablado influye mucho en el carácter de solo que pueda tomar la conversación.

Tomemos un ejemplo de actualidad. El Doctor Koch, sabio micrógrafo alemán que ha descubierto el microbio del cólera, acaba de cruzar dos veces Francia, yendo de Berlín a París, Marsella y Tolon, y regresando de Tolon a Berlín por Marsella, Lyon y Berna (de Suiza). En tan larga correría es verosímil que haya encontrado compañeros de ferrocarril que, aun sin conocerlo, lo hayan obligado a hablar del cólera. Y bien, si esos compañeros no han tenido una tintura siquiera de patología animada, habrán probablemente tomado al Doctor Koch por un solista, y hasta me parece oír a un francés:

– Eh *bien, il est raide le prussien. Il nous a fait une belle descente!*

Y no se crea que esto es pura imaginación. Conozco un caso práctico análogo.

Un sabio, un extranjero va a tomar baños a Montevideo. Sobreviene el famoso maremoto de la última estación. El naturalista explica los maremotos en sus conversaciones, los explica como entendido en la materia, científicamente: la gente huye del sabio diciendo que da solos. Una vez agotado aquel tema, el naturalista se entretenía en tomar piedras de la playa, daba su clasificación, explicaba su naturaleza

y hasta amenizaba su conversación señalando las afinidades de ciertos guijarros con las piedras preciosas. Pues también decía la gente que esas conversaciones eran solos. Era que los interlocutores, no iniciados en la historia natural, tenían puesto su interés en otras cosas: el amor, la política, las modas, los bailes, el teatro, etc.

Es por esta divergencia de pareceres que una misma conversación puede ser para una persona, muy interesante, y para otra un solo.

En Montevideo, durante los baños, una rueda de señoritas y caballeros, exige de uno de estos que cuente una hazaña de que fue autor hace algunos años. El joven resiste sinceramente, y al fin cede. Su trágico relato, hecho sin afectación ni bombo, interesa a todos los presentes. Solo una de las niñas se inclina disimuladamente sobre el hombro de un caballero que escuchaba con la mayor atención, y le dice en secreto:

– ¡Por Dios! ¿Cuándo acaba este hombre su cuento?

Podría multiplicar al infinito los casos idénticos o análogos; pero esa tarea sería innecesaria, y basta dejar sugerida la idea de que, en general, se reputa solo una conversación que principia por no interesar, y se prolonga sin dar tiempo a hablar.

Hay además el solo de preguntas, de que ya he dado noticia y ejemplo, y en el cual despliegan una infatigable actividad las viajeras inglesas.

Consecuencias

Las consideraciones que de estos conceptos se deducen son tan naturales y tan claras que parece innecesario mencionarlas, puesto que, en general, bastará hablar a cada uno de lo que le interesa para no ser solista.

Esta recomendación es mucho más difícil de cumplir que lo que a primera vista parece, porque generalmente cada hombre se pinta a los demás a su imagen y semejanza.

En viaje, por ejemplo, hay para los europeos pocos viajeros tan solistas como los argentinos. Y eso depende de una sola cosa: la manía de hablar de "la tierra", y de describirla con los más rosados colores, empleando las formas más difusas de lenguaje.

Llega un criollo a Burdeos o Marsella; toma el tren y le cae en él un compañero europeo que, por desgracia, le pregunta su nacionalidad. Es seguro que al oír el nombre de Buenos Aires el europeo suelta un bolazo de marca mayor. Entonces el criollo empieza una explicación geográfica sobre nuestra situación con respecto a la del Brasil, sigue con una idea general de Buenos Aires, luego saca a bailar la temporada lírica del Colón (ésta no falta nunca), después Palermo, etc., hasta la primera estación en que el europeo, so pretexto de estirar las piernas, se baja del coche y corta el solo.

Porque solo es para el europeo, a quien Buenos Aires le interesa tanto como si no existiera; pero el criollo no lo entiende así, imaginándose ingenuamente que lo escuchan con el mismo interés con que él habla en su país.

Hace diez años, en 1874, llegaba yo por primera vez a Europa. Desembarco en Burdeos, descanso dos días y salgo para París en el exprés de las seis de la tarde. En el vagón íbamos tres criollos y un sujeto que, por haber arrancado con violencia el tren, lanzó una blasfemia en italiano. Sobre el pucho no más me le fui al humo en italiano, y ya empezamos conversación. No habíamos andado dos kilómetros, cuando supo que yo era de Buenos Aires y supe a mi vez que él era cantante de ópera italiana. Pues bien, sobre música en general y sobre la música italiana en Buenos Aires en particular, hablamos cerca de cinco horas, escuchándonos

mutuamente con el más grande interés; por supuesto que no perdí la ocasión de hacerle una descripción de Buenos Aires y sus adelantos.

Muy nocivo me fue este encuentro, porque me hice esta reflexión: ¡mire usted, después dicen que los europeos no se interesan por nosotros!

Yo habría debido comprender que el cantante me escuchaba por su propia y particular conveniencia de poseer sobre Buenos Aires datos minuciosos para buscar o aceptar una contrata.

No lo entendí así y por eso es que tengo que acusarme de algunos solos dados sobre Buenos Aires a diversos europeos.

Recomiendo, pues, a los viajeros novicios, que no se dejen arrastrar por sus buenas intenciones patrióticas, ni tampoco por el recuerdo de las peripecias de un viaje. Nada hay más agradable que un cuento de inmigración, de viaje o de milicia, para salpicar una conversación, pero un relato metódico, largo y sin carácter cómico o trágico de viaje por países conocidos, es uno de los socios más fastidiosos.

En suma, la cuestión de ser o no ser solista se resuelve en la de ser o no ser discreto, y bien sabido es que una de las formas palpables de la discreción es la de no hablar sino lo estrictamente necesario, porque como dice con mucha galanura el proverbio árabe, si la palabra es plata, el silencio es oro.

Pero la verdad es que hay muchos hombres discretos que son furibundamente solistas. Los hombres que se eligen en todas partes del mundo para las bancas de senadores son generalmente ancianos, hombres de peso, hombres respetables, hombres discretos. Pues bien, la mista tela que da los senadores da los solistas y es muy frecuente ver que se elige senador a un solista; reuniéndose así en una y misma persona esta cualidad social y aquella condición política.

La prevención del solo

Podemos decir, entonces, ya que vemos a los solos bajar de las alturas, que contra aquellos –como en la lucha por la vida– el hombre es el animal más mal armado.

El ingenio humano es, sin embargo, el arma más perfecta, y así como ha perfeccionado sus instrumentos para la lucha con las especies inferiores, también puede mejorar sus defensas contra el solo.

Ya hemos hablado de su represión; pero su prevención ¿cómo lograrla?; ¿cómo conseguir que el solista no se apodere de nosotros?

No tengo que ocuparme de los que hacen vida sedentaria y que, en la ciudad donde viven, pueden echar mano a la aproximación de un solista, de los zaguanes, de los *tramways*, de los comercios donde se entra y no se compra, etc.

Los viajeros, sea en tren, en diligencia o en mesa redonda, no tienen más que un refugio: el silencio. El silencio británico, respuestas cortas, pocas o ninguna pregunta, ese es el método único.

El que calla otorga, dice el refrán; Velez dijo que no dice nada. Lo seguro es que el que calla observa.

Un viajero silencioso puede, por lo tanto, darse cuenta de si entre sus compañeros hay alguno temible, tenerlo a distancia y hasta explotarlo en caso necesario para provocar en otro compañero una conversación discreta y útil.

Este método es probado. Ha sido ensayado en Europa y en América con muy buen éxito.

Por lo demás, es una costumbre inglesa, buena como la mayor parte de ellas, que evita esas súbitas familiaridades de viaje, principiadas no se sabe cómo, y terminadas las más de las veces por un robo o una estafa; *ce qui reviendra u même.*

Es de advertir, sin embargo, que para un viajero deseoso

de conocer el país en que viaja, soportar un solo suele ser a la larga o a la corta de utilidad positiva, dado que el viajero debe considerar a su yo comisionado por un no yo para hacer una inquisición del país que visita.

Oyendo solos con santa paciencia se suelen atar cabos, hace largos años sueltos; y citaré de ello un ejemplo personal, contando uno.

Cuento al caso

Un vasco, isleño del Carapachay, volvía hace algunos años, a la oración, a su rancho. Llevaba sobre un hombro una azada y sobre otro un rastrillo, y pendiente de ambos instrumentos un costillar de carnero, una bolsa de papas, una botella de vino y las alpargatas. Al desembocar del sendero estrecho que conducía a su rancho, e ir a entrar en el patio, vio con espanto un tigre sentado sobre las patas traseras, que golpeaba el suelo con la cola. El vasco, enloquecido, lanzó gritos insultando a la fiera como si fuese un hombre y en seguida le arrojó a la cabeza la azada, el rastrillo, todo cuanto llevaba. El tigre huyó sin siquiera llevarse la carne, y el vasco sufrió un ataque cerebral, del que pudo felizmente salvar.

Este cuento inverosímil es completamente verídico: lo he oído a personas demasiado serias para entretenerse en contar mentiras. Yo había por lo tanto creído siempre en la verdad del cuento, pero me quedaba la duda de cuál había sido el impulso instintivo o el motivo deliberado que había hecho retirarse al tigre para no volver.

Ahora bien, el capitán de marina que me da solos me contaba hace días las cacerías de tigres en Conchinchina y en el Tonkin, donde ha vivido cinco años, y me decía que solo el tigre cebado o la tigre con cría atacan de frente al hombre:

el tigre que no ha probado la carne y la tigre sin cachorros, esperan la presa ocultos en un matorral y saltan sobre ella de atrás; si la víctima descubre a la fiera antes de pasar por delante de ésta y se arma para atacarla, el animal huye a ocultarse en el bosque.

¡Aquí estaba la explicación del caso del vasco! Atando dos cabos sueltos yo encontraba aclaradas mis dudas.

En presencia de este y otros hechos análogos es precioso conceder al solo una utilidad eventual y decir de él lo que los franceses de la existencia humana: *Décidément, la vie a du bon*. ¡Qué diablo! El optimismo consuela.

Cómo se debe ir a París

Salies-de-Béarn, Setiembre 4 de 1884

Señor Director de La Nación

He dicho una vez que la puerta de entrada de los argentinos en Europa es Inglaterra, y tuve pronto los argumentos para demostrarlo; pero no lo hice porque me convencí de que nadie me haría caso, dado que nuestros compatriotas no conciben un viaje a Europa que no tenga París por primer objetivo. Esta es la verdad de los hechos.

París, el boulevard, el bosque, las Tullerías, el Louvre, las cacotas: he aquí el programa de la gran mayoría de los argentinos que parten para Europa. Para sus giras posteriores no hacen programa, no estudian itinerarios ni geografía, no se preparan, en una palabra.

Es que la mayoría de los argentinos viajan "al tun-tun", porque es moda venir a Europa. Viajeros de estudio y de provecho tenemos pocos, de suerte que son, por el contrario, muy numerosos los que vienen baúles y vuelven petacas.

Yo iría hasta aprobar que un muchacho de la calle Florida aprovechase un viaje a Europa para perfeccionarse en el arte de atarse la corbata, pero desearía que al mismo tiempo que ese muchacho gasta su dinero aprovechara bien su tiempo y llegara a París con un ligero barniz europeo, que no se adquiere en el vapor, y que es indispensable para comprender y apreciar a París desde el primer momento.

Lo que se hace hoy

Un argentino que llega a Marsella, Burdeos o el Havre se

manda mudar inmediatamente a París. Los viajeros y más aún las viajeras traen la fiebre de París y del boulevard, el tiempo les parece corto para llegar a ese deseado París; ni siquiera descansan de la travesía y se lanzan en los trenes rápidos para llegar cuanto antes.

Generalmente hacen el viaje de noche –la misma noche del día de la llegada– y caen a París al día siguiente llovidos de América, con dinero y sin experiencia, dispuestos, como dicen a cada rato, a no dejarse robar, rendidos de cansancio porque no saben viajar de noche en los trenes, cubiertos de polvo y hollín, con los ojos irritados y de mal humor, renegando contra la Aduana nacional.

Las más de las veces se libran a la ventura en la elección de hotel, expresándose en francés como pueden, y son robados por los cocheros sin que lo sospechen. Les cobran, por ejemplo, cinco francos por un viaje de dos y medio, y se hacen muy frescos esta reflexión:

– ¡Hombre! 25 pesos. Lo mismo que allá; sí, pero es un viaje de 50, ningún cochero me llevaría del Once a casa con dos baúles por menos de 50 pesos… No se puede decir que sea caro.

¡Y le han cobrado el doble del valor del viaje!

Psicología del recién llegado

¿Qué pasa en el espíritu del hombre robado y contento, en los primeros días de su residencia en París?

Pasa un *spleen* enorme, un disgusto sin límites, un deseo violento de regresar a la tierra, una acrimonia tremenda en las críticas y un prurito increíble de criticarlo todo.

El argentino recién llegado a París es, con raras excepciones, un ser desgraciado: sufre, se desconoce, y si no se vuelve

a Buenos Aires inmediatamente, es única y exclusivamente por el qué dirán, de vergüenza a la crítica.

Y es natural que nuestros viajeros sufran estas penas. Caídos de pronto en un mundo nuevo, sin amigos, sin los saludos de la calle Florida, viéndose solos en todas partes y sometidos a usos y costumbres, sino del todo, en gran parte desconocidas; en una palabra, habiendo de súbito cambiado de medio ambiente, la adaptación no puede ser inmediata, y su producción causa por fuerza sufrimientos morales que no por ser pasajeros son menos intensos.

Todo argentino que no tenga una gran instrucción y gustos muy refinados, falta a la verdad si asegura que París le ha agradado desde el primer día, a menos de entregarse a la disipación.

París aturde primeramente y repugna después; por eso la primera semana de nuestros compatriotas es una semana de continuas y acerbas críticas, un desahogo de virulentas cargas contra los edificios, las personas y las costumbres, una corriente incesante de juicios formulados sin fundamento.

Por otra parte, el hombre que no ha viajado, encontrando que los monumentos y las ciudades son siempre más hermosos en las vistas fotográficas o grabadas que en la realidad, experimenta una decepción (exceptúo, de lo que conozco, la escalera de la Gran Opera de París y la tumba de reyes de España en el Escorial). Así, pues, para el recién llegado de Buenos Aires, París vale menos de lo que él se había forjado en su imaginación. Había poetizado a sus anchas, y se encuentra, ante la realidad, defraudado: ¡le han robado la plata!

¡Feliz si encuentra un hombre que lo saque de su error!

De todos modos, el criollo defraudado no se rinde a dos tirones, discute, porfía, vuelve a la carga, se empecina y no se

da por vencido hasta muchos días más tarde.

Y no escuchan razones, sino que ellos, novicios aún, pretenden convencer a los que conocen a París y tienen experiencia en los viajes.

Hay, sin embargo, algunos taimados como gauchos que disimulan la procesión que les anda por el cuerpo y se dan aires de conocedores.

Con uno de esa especie me pasó una cosa curiosa. No sabía ir del Café de la Paix al Palais Royal (donde vivía), lo cual es como no saber ir del Café de París al Mercado del Plata; pero eso no obstaba para que se diera aires. Yo acababa de llegar de Londres. Lo encuentro frente al Grand Hôtel, nos hablamos y sin más preámbulo me pregunta, ahuecando la voz:

– ¿Y qué le parece París?

– ¿Qué le parece a usted que no lo había visto nunca?, le contesté.

– Hombre, tiene razón, –me contestó sonriendo– he dicho una tontera.

Y luego me contó su situación de espíritu y la absoluta imposibilidad de orientarse en una ciudad cuyas calles no se cortan en ángulo recto.

He tenido ocasión de observar por cerca de un mes a uno inteligente e instruido a quien nada podía sacar de esta fórmula:

– Esto tendrá muchos monumentos y será muy lindo, pero a mí nadie me convence de que sea mejor que Buenos Aires, para vivir.

Este hombre, joven, progresista, estudioso y por añadidura descendiente de francés, no había podido, en tres semanas y pico, penetrar en la vida de París y gustar de sus placeres artísticos, literarios y científicos –o, como lo decíamos nosotros, París no le entraba.

París no le "puede entrar" desde el primer día a ningún argentino, si largas lecturas, o una pasión o manía no han preparado su espíritu a encontrar todo bueno en París.

Causas

Nada es más natural que ese desagrado de los recién llegados. En último análisis el sentimiento denominado patriotismo se resuelve en fenómenos de costumbres.

La tierra de los padres es amada por las costumbres individuales y por sedimentación secular de costumbres que depositan en el espíritu gérmenes de sentimientos, más tarde desarrollados y reforzados por lo que se puede llamar el egoísmo nacional.

Sucede, pues, que el viajero arrebatado a la tierra de sus costumbres, se encuentra de pronto en una tierra que lo obliga a cambiarlas. Es un hecho de adaptación al medio, como ya lo he dicho. La consecuencia es un sufrimiento natural y lógico que exalta el patriotismo en todas sus formas, desde las más puras hasta las más groseras.

Además, como ya lo he dicho también, París aturde a un argentino, porque su intensidad de vida no tiene ni puede tener punto de comparación con la de Buenos Aires. El espíritu habituado a la intensidad de la vida porteña, no puede concebir y se pierde pretendiendo medir la intensidad de la vida parisiense.

Dentro de estas causas está toda la explicación del fenómeno señalado. Se trata ahora de saber si esas causas de desagrado y sufrimiento pueden ser suprimidas en todo o en parte.

Estudios previos

Conozco el caso de un viajero que habiendo concluido sus estudios en el Colegio Nacional, vino a Europa seis meses más tarde, a los 18 años, con todo el entusiasmo que generalmente inflama a nuestra juventud cuando se trata de Francia y sus cosas. Frescos aún los recuerdos de la historia estudiada y de las novelas leídas, rico el espíritu en nociones sobre París, su vida y su fisionomía, vehemente el ansia de conocer esa vida en la práctica, el joven viajero estallaba a cada momento en un arranque de ingenua admiración al cruzar en carruaje descubierto de la estación de Orleans al boulevard Montmartre.

De pie en la victoria, tomado de las barras del asiento del cochero, señalaba a éste, por sus nombres, cada uno de los monumentos que encontraban al paso. El cochero, sonriente, ratificaba las designaciones. Ese viajero no tuvo en París un solo momento de tedio ni fastidio. Estaba preparado para gustar de él, desde el primer momento, por sus inclinaciones y sus lecturas abundantes. Puede decirse que conocía, personalmente a una persona con quien había estado en correspondencia. La simpatía databa de tiempo anterior; entonces se estrechaba la amistad.

Conozco dos o tres casos idénticos, pero no tengo sobre ellos pormenores especiales, de suerte que no puedo citarlos.

Ahora bien, ni estos casos ni el que he referido pueden erigirse en regla o tomarse como modelos para todos los viajeros en general, porque no se puede exigir que todo el mundo se dedique a estudios de costumbre, ya sea en las geografías pintorescas, ya sea en las narraciones de viaje.

Pero, para viajar en algún provecho es absolutamente indispensable viajar con guía, y cuando se tiene la ventaja de

una buena navegación, como la tenemos nosotros con Francia, conviene aprovechar esa navegación y leer durante ella la guía. Un hombre que llega a un país sin haber leído una guía siquiera de dicho país, llega ciego, porque es muy cierto que el que no sabe es como el que no ve.

Pero las guías no enseñan nada sobre las costumbres, y por muchas que se lean, el viajero no verá nunca, con ellas, en la mano o en la memoria, más que los monumentos y las calles. Imposible penetrar en los hábitos de un pueblo por medio de sus guías escritas.

En consecuencia, volvemos al punto de partida: con guía o sin guía, el viajero argentino que no lleve cartas de recomendación para algunas familias, no podrá conocer las costumbres del hogar francés.

¿Nos encontramos en un callejón sin salida?

Veamos.

Viajo por jornadas

Un viajero que llega a Marsella (viajero, del nivel común) puede encontrar asuntos que lo entretengan una semana en esa ciudad, si, como debe hacerlo, visita detenidamente sus monumentos, museos, fábricas notables y alrededores.

Después, ese viajero, para ir a París, encuentra ciudades de todo género a cada una de las cuales puede consagrar uno, dos o tres días, según su importancia.

Suponiendo que el viajero, durante su permanencia en Marsella ha ido a Tolón y a La Ciotat, se presentarán a su paso Aix, Arlés, Avignon, Nîmes, Lyon, Mâcon, Autun y Fontainebleau.

El viajero que desembarca en el Havre puede hacer la hermosa navegación del Sena, pero no encontrará a su paso

más que la ciudad de Rouen y tendrá que desviarse al Norte si quiere ir a Amiens.

En cambio, el que desembarca en Burdeos cuenta, en primer lugar, con los hermosos e interesantes alrededores de esa ciudad y cuando se dirige hacia el Norte encuentra a Augulema, Poitiers, Orleans, Chartres y Rambouillet.

Poco se necesitará saber de Francia y del mundo para comprender que la primera o la última vía, seguidas por etapas, constituyen un viaje del más alto interés y del mayor provecho. Agréguese que en cada ciudad hay excursiones a los alrededores, y se verá que un hombre que gaste dos meses en semejante viaje podrá decir con razón, cuando concluya, que ha visto Francia, y los franceses dicen que "*celui qui a beaucoup vu a beaucoup retenu*".

En efecto, semejante viaje muestra el corazón de Francia, hace penetrar en sus costumbres, da la idea de la verdadera vida francesa, que solo se ve en provincias, familiariza con el idioma, da a conocer el trabajo de los campos, hace apreciar el verdadero estado del país, y demuestra al viajero que los nobles sentimientos de la familia, del hogar y de la patria, generalmente befados en París, se cultivan y conservan puros en provincia.

Verá el viajero monumentos antiguos y modernos, fábricas, usinas, escuelas, grandes iglesias, etc. etc. Verá también corazones y donde quiera que pise dejará amistades.

Pero ¿cuál será, fuera de estas consideraciones generales de utilidad universal, la especial ventaja que sacará de semejante viaje el argentino iletrado o no lector?

Respuesta

La contestación es categórica: entrará a París como al término natural de su viaje, con la emoción de conocer al fin la gran

capital, pero preparado a apreciarla, gustarla y comprenderla.

Dos meses o dos meses y medio de ver continuamente novedades interesantes, lo habrán habituado o más bien adiestrado a visitar ciudades, de suerte que la visita a París no será más que una aplicación en vasta escala de lo que ha aprendido por experiencia.

Sesenta o setenta y cinco días de vivir entre puros franceses, sin amigos y hasta sin conocidos, lo habrán obligado a hacerse reflexivo y caviloso.

Pero, sobre todo, la vida francesa, las costumbres, los hábitos especiales del pueblo y de la sociedad le serán conocidos y casi familiares, sino en todo al menos en parte.

Nada le parecerá extraño, porque llegará harto de ver extrañezas y habiendo conocido y apreciado la vida de provincias, podrá como nadie apreciar la de París desde el primer momento.

Y él solo podrá decir con autoridad, cuarenta y ocho horas después de su llegada, que si París es la cabeza pensante de Francia, también es su tirano y su cloaca máxima.

A pesar de esto, la emoción de París no dejará de producirse en el ánimo del viajero, porque ante su grandeza, que es la síntesis de todas las grandezas francesas, sentirá la misma admiración que los demás, y aun quizá una admiración más grande, porque verá reunido en una sola agrupación y representado en una sola masa homogénea e incomparablemente hermosa, todo cuanto había visto antes separado y dividido.

Así, sin leer más que su guía ni estudiar ningún libro, el viajero iletrado llegará a París con el espíritu repleto de ideas, de imágenes y de conocimientos que elevarán su nivel mucho más de lo que él mismo se imagina.

Todo viaje es eminentemente sugestivo, por corto que sea.

Ahora bien, después de haber recorrido la Francia y estudiado sus provincias, en una región al menos, la entrada y

la vida en París deben necesariamente sugerir al espíritu una suma incalculable de ideas enteramente nuevas, y dar a la inteligencia mucha más latitud de pensamiento que a aquel que solo conoce el puerto de desembarco, el viaje en tren de noche y París.

Pero, abandonando estas consideraciones, y aun a riesgo de repetir lo que ya hemos dicho, debemos recortar una vez más que el viajero a que nos venimos refiriendo no tendrá su semana de *spleen*, no vociferará contra los franceses y, sobre todo, hablará prudentemente de lo que conoce, guardando silencio sobre lo que no haya visto, porque se habrá acostumbrado a juzgar con tino.

Para todo el mundo

Y bien, la manera largamente indicada de ir a París por jornadas, es la manera que todos debieran adoptar viniendo del Río de la Plata.

Los mismos argumentos que abogan a favor de dicha manera para el hombre iletrado, pesan con doble fuerza cuando se examina el provecho que debe necesariamente dejar a un espíritu ilustrado semejante viaje enriquecido con el estudio sumario de cada paraje.

Las enseñanzas de un viaje son tanto mayores cuanto más minucioso es el viajero, y si a esa preciosa cualidad agrega la de estudiar de noche lo que haya visto de día, su saber será difícilmente sobrepasado.

Por otra parte, las familias que no tienen en nuestro país una idea correcta de las costumbres europeas, deben contarse en el número de los viajeros ciegos, y a ellas aprovechará muy particularmente el viaje por jornadas.

Toda argentina que llega a París tiene que hacer un apren-

dizaje. Preparada por el roce en provincia, nuestra viajera llegará a París con más aire europeo que si fuera directamente, y por lo tanto prestará menos asidero a la crítica, si es que no ha adquirido en su viaje costumbres francesas que modifiquen su americanismo de hábitos y usos.

Un argumento que se aplica distintamente a todo viajero, para demostrar la conveniencia de no ir a París sin conocer antes una región siquiera de Francia, es el de que, cuando se ha visto París, todo lo demás es pequeño, y la visita a las ciudades de segundo orden se hace aburrida y, por lo tanto, infructuosa.

Por una fatalidad tan extraña como general a todos los viajeros, el espíritu hace sus comparaciones con París. Es indudable que la modesta ciudad de provincia queda achatada.

Entretanto, en el viaje por jornadas las comparaciones no pueden hacerse sino con Buenos Aires y con lo que se ha visto en Francia misma. De aquí un aprendizaje y una enseñanza totalmente imposibles cuando París ha llenado de golpe el espíritu.

Y es preciso tener en cuenta que la mitad del provecho de un viaje la dan las comparaciones con la tierra natal, siempre que no haya espíritu preconcebido contra el país que se visita.

Es posible que estudiando el asunto más detenidamente, se encuentren más argumentos a favor del viaje por jornadas, sea quien sea el viajero.

A mí solo se me ocurre que conozco muchos individuos a quienes no han conseguido inspirar buen juicio sus largos viajes. Hay, sin embargo, un proverbio según el cual los viajes forman al hombre.

Este proverbio no es de nuestra época. Es de la Edad Media y de la Edad Moderna, cuando se viajaba por jornadas cortas, se dormía en casas de familia, se penetraba en los

hogares y daban alojamiento los castillos.

Hoy los viajes no muestran más que la exterioridad de las ciudades y las naciones; pero hay medios de penetrar en las sociedades extranjeras y estudiar sus costumbres para sacar de los viajes el verdadero provecho que de ellos se debe esperar, siempre que no los instigue un fin comercial.

Yo creo que esos medios, como los mandamientos de la Santa Madre Iglesia, se resumen en dos, pero no diré cuáles son, porque su examen vale una carta y ya es tiempo de cerrar ésta.

COLECCIÓN LOS RAROS
Obras publicadas

1.
Idioma nacional de los argentinos.
Lucien Abeille
Estudio preliminar de Gerardo Oviedo

2.
¿Qué es esto? Catilinaria
Ezequiel Martínez Estrada
Estudio preliminar de Fernando Alfón

3.
El Tempe argentino
Marcos Sastre
Estudio preliminar de Carlos Bernatek

4.
Vida de muertos
Ignacio B. Anzoategui
Estudio preliminar de Christian Ferrer

5.
Vivos, tilingos y locos lindos
Francisco Grandmontaigne
Estudio preliminar de Alberto Mario Perrone

6.
Prometeo & Cía
Eduardo Wilde
Estudio preliminar de Guillermo Korn

7.
Del Plata al Niágara
Paul Groussac
Estudio preliminar de Hebe Clementi

8.
Viaje maravilloso del Sr. Nic Nac al planeta Marte
Eduardo Holmberg
Estudio preliminar de Pablo Crash Solomonoff

9.
Hacia la vida intensa
Julio Molina y Vedia
Estudio preliminar de María Pia López

10.
A rienda suelta
Last Reason
Estudio preliminar de Gabriela García Cedro

11.
Las tentaciones de Don Antonio
Enrique Méndez Calzada
Estudio preliminar de Liliana Guaragno

12.
La familia del comendador y otros textos
Juana Manso
Estudio preliminar de Lidia Lewkowikz

13.
Pablo o la vida en las pampas
Eduarda Mansilla de García
Estudio preliminar de María Gabriela Mizraje

14.
*Las descentradas y otras piez*as teatrales
Salvadora Medina Onrubia
Estudio preliminar de Josefina Delgado

15.
Los gauchos judíos
El hombre que habló en la Sorbona
Alberto Gerchunoff
Estudio preliminar de Perla Sneh

16.
Teatro, sainete y farsa
Raúl González Tuñón, Nicolás Olivari, Florencio Parravicini, Pedro E. Pico y Alberto Vacarezza
Estudio preliminar de Bernardo Carey

17.
El petróleo
Jorge Newbery y Justino C. Thierry
Estudio preliminar de Fernando *Pino* Solanas y Felix Herrero

18.
Historia funambulesca del profesor Landormy
Arturo Cancela
Estudio preliminar de Darío Capelli

19.
Crónicas del centenario
Juan José de Soiza Reilly
Estudio preliminar y selección de textos por Vanina Escales

20.
El patrimonio linguístico extranjero
en el español del Río de la Plata
Rudolf Grossmann
Estudio preliminar de Fernando Alfón
Traducción de Juan Ennis

21.
La filosofía del ajedrez
Ezequiel Martínez Estrada
Estudio preliminar de Teresa Alfieri

22.
Mi fe es el hombre
María Rosa Oliver
Estudio preliminar de Álvaro Fernández Bravo

23.
Antología (1835-1910)
Germán Avé-Lallemant
Estudios preliminares de Víctor García Costa
y Roberto Ferrari

24.
Antología
Nicolás Olivari
Estudio preliminar de Jorge Quiroga

25.
La Pampa habla
Luis Franco
Estudio preliminar de Daniel Campione

26.
Relatos completos
Gerardo Pisarello
Estudio preliminar de Cristina Iglesia

27.
Un enigma literario: el Don Quijote *de Avellaneda*
Paul Groussac
Traducción de Patricia Giordana
y Fernando Alfón

28.
Temas existenciales
Homero M. Guglielmini
Estudio preliminar Gerardo Oviedo

29.
El último reportaje de John Reed
Dardo Cúneo
Estudio preliminar de Susana Cella
Epílogo de Horacio González

30.
Burla, credo, culpa en la creación anónima
Bernardo Canal Feijoo
Estudio preliminar de Ricardo Abduca

31.
Dogma de obediencia
Leopoldo Lugones
Estudio preliminar de María Pia López y Cecilia Larsen

32.
Crónicas del bulevar
Manuel Ugarte
Estudio preliminar de Claudio Maíz y Marcos Olalla

33.
La Argentina que yo he visto
Manuel Gil de Oto
Estudio preliminar de Guillermo Korn

34.
El salar
Fausto Burgos
Estudio preliminar de Cecilia Romana

35.
El enigma argentino
Félíx Weil
Estudio preliminar y traducción de Daniel Scarfó

36.
Crónicas, folletines y otros escritos (1879-1884)
Benigno B. Lugones
Estudio preliminar de Diego Galeano

37.
Literatura popular inmigratoria
Anónimo
Estudios preliminares de Ángela Di Tullio e Ilaria Magnani

38.
La mala vida en Buenos Aires
Eusebio Gómez
Estudio preliminar de Eugenio Zaffaroni